
FANY SÁNCHEZ
La balada del ABISMO

LA BALADA DEL ABISMO

LA BALADA DEL ABISMO

FANY SÁNCHEZ



© La balada del abismo, Fany Sánchez, 2023

© Diseño de cubierta: Fany Sánchez (pintura digital e integración de recursos de Freepik)

© Ilustración y maquetación: Fany Sánchez

Impresión: Amazon

Sello: Independently published

ISBN: 9798399679532

Espero que te guste mi novela. Siéntete libre de compartirla con quien quieras, siempre y cuando sea con la mera intención de reseñarla, animar a otros a leerla y compartir pensamientos con otros

lectores y lectoras. Recuerda que no debes reproducir mi obra completa ni parcialmente de ninguna forma sin mi consentimiento, pues estarías vulnerando mis derechos de propiedad intelectual. Sin embargo, ¡siéntete libre de compartir su existencia y lo que te ha hecho sentir con el mundo!

A todos aquellos que se ven sumidos en el abismo. Hay salida, aunque no lo creas. Solo debes encontrarla. Lo difícil es aprender a perder en el camino.

Contenido





Prefacio: La sombra

Una niña jugaba a la orilla de un arroyo. Apenas tendría unos diez años, de cabello oscuro y ojos azules. Movía sus muñecas de un lado a otro, fingiendo que volaban o quién sabía qué. Ella era consciente de que todo era mentira, y que era algo mayor para jugar como lo hacía. Pero ya siendo tan pequeña no quería crecer, porque sabía que todo era más complicado cuando eras adulto.

Un ruido la sobresaltó, haciendo que se girase y soltase todo lo que tenía en sus manos. Una sombra se acercaba a ella, silenciosa, tranquila. La observó fijamente a medida que iba tomando forma y color. Era humanoide, aunque quizás algo desfigurada, semejante a los monstruos de sus pesadillas. Se tensó y se arrastró hacia atrás, pero se detuvo antes de caer al arroyo. La terrorífica figura se cernía sobre ella y no podía escapar.

Algo la envolvió, ni siquiera supo de qué se trataba; solo sintió calidez y una luz dorada que alejaba a la criatura, atemorizándola. Cerró los ojos con fuerza y sintió una presión sobre su clavícula, como si alguien la estuviese tocando con un dedo, y la sensación de quemazón fue horrible. Gritó.

Abrí los ojos de golpe y me incorporé en la cama. Mi cuerpo estaba cubierto de un asqueroso sudor que impregnaba la piel, dejando una sensación pegajosa y fría. Lo primero que hice fue llevarme la mano al lugar que había sentido arder durante el sueño, allí donde llevaba una marca de nacimiento con forma de estrella. Apenas era visible, situada justo bajo el hueso de la clavícula. Froté mi rostro con frustración y eché mi cabello hacia atrás. Maldije en voz baja. Hacía tiempo que no tenía esa pesadilla, una que resultaba muy recurrente cuando era niña. Había creído durante mucho tiempo que había sido real, que algo demoníaco había estado a punto de matarme. Sin embargo con el tiempo mi padre me había hecho entender que solo había sido un mal sueño. No obstante continuaba teniéndola, y cada vez la quemazón resultaba más dolorosa.

Observé la marca y, como cada vez que ocurría, esta se había enrojecido e inflamado. Bufé con angustia y cubrí mi rostro con la almohada para no gritar. Iba a ser una noche muy larga.

1. Todo comienza de nuevo

Las pinceladas se sucedían como si no hubiese otra cosa en el mundo. Podía ver las pequeñas motas de color azul que se habían depositado sobre la piel de mis manos, nívea y suave. Observé la pintura, colocada sobre el caballete que había en una esquina de mi habitación, desde un ángulo más amplio. Algo faltaba, aunque no estaba segura de qué. En el cuadro podía verse una joven de cabello rubio, de espaldas, completamente desnuda. Estaba sumergida en un lago oscuro hasta la cintura, caminando hacia el frente, con una gasa roja rodeando su cabeza a la altura de los ojos. Me estremecí y sacudí, tratando de obviar los pensamientos que se sobrevenían en mi mente, y continué captando la lobreguez de las aguas. El despertador sonó, haciéndome dar un respingo y, con éste, un trazo grisáceo manchó el cabello de la chica que me daba la espalda. Maldije en un murmullo y dejé el pincel en el vaso de disolvente. Me levanté y observé la hora en el reloj. Ya había llegado el momento de ir a clase y apenas había dormido. Todo por la maldita pesadilla.

Tras darme una ducha en la que me dediqué a tratar de retirar la pintura de mis manos sin mucho éxito regresé a mi cuarto y me puse el vestido que había dejado preparado el día anterior. Se trataba de una tela fina de flores, perfecta para el frescor de otoño que comenzaba a hacer mella en el clima, de manga larga. Siempre aprovechaba hasta el último rayo de sol para poder utilizar vestidos y faldas. Me puse la chaqueta por encima y bajé las escaleras, escuchando a mi padre trastear en la cocina ya. Eché una ojeada a la escopeta que reposaba junto a la entrada. No tardaría mucho en irse a trabajar.

—Buenos días, papá. —Me acerqué a él, que se encontraba sentado a la mesa degustando sus tostadas, y besé su cabeza antes de sentarme yo también. Di un apresurado mordisco a las mías, seguido de otro y otro más.

—¿Tan hambrienta estás que no tienes tiempo ni de respirar? — Rio mi padre mientras me observaba. Supe que había reparado en los restos de pintura de mis dedos, que anoche no estaban cuando me fui a dormir, y agradecí que no hubiese mencionado nada acerca del insomnio. Normalmente se dedicaba a echarme la bronca por no descansar lo suficiente para ir a clase. De todos modos no tenía de qué quejarse, mis notas eran impecables de igual modo.

—No tan hambrienta, pero si respiro mucho tardaré más y perderé el autobús —respondí al tiempo que terminaba mi desayuno.

—Sabes que yo puedo llevarte, ¿no? No tendría que desviarme mucho del trabajo.

Sonreí antes de levantarme y darle un nuevo beso en la mejilla. —Gracias, papá, pero no hace falta. Puedo ir en el autobús.

Eché la mochila al hombro y me encaminé al exterior. Me detuve con la mano sobre el pomo cuando escuché sus palabras.

—¿Otra vez la pesadilla?

Llevé la mano a las bolsas que había bajo mis ojos y que había tratado de cubrir con maquillaje. O no había hecho un buen trabajo, o mi padre me conocía demasiado bien como para notarlo en cada movimiento de mi cuerpo. Seguramente fuese lo segundo, aunque lo primero tampoco me extrañaría. No solía maquillarme de una forma recargada, así que no tenía nada lo suficientemente cubriente como para ocultarlas. Me encogí de hombros y, tras un suspiro, me giré hacia él con una sonrisa lo más deslumbrante posible.

—Ha sido un mal sueño. Pero no te preocupes. Hacía tiempo que no pasaba, y en mucho tiempo no volverá a ocurrir. —Hice una pausa tras ver que no lo había convencido demasiado—. En serio, todo va bien. Me marcho ya o perderé el autobús. ¡Te quiero!

—¡Y yo! —gritó para que pudiese oírlo, pues ya había cerrado la puerta y me estaba encaminando a la parada.

Aceleré en una pequeña carrera al ver que allí estaba, aunque el conductor tuvo el detalle de esperar a que subiese para arrancar. Era mucho más agradable que el hombre que conducía cuando regresaba de clase. Estaba segura de que ese no dudaría en marcharse aunque me viese corriendo hacia él y echando hasta los pulmones por la boca. Me acomodé en el asiento y puse los auriculares en mis oídos, para inmediatamente sacar los apuntes de mi clase de griego. Aunque apenas fui capaz de centrarme, pues mis ojos viajaban constantemente al exterior, a los árboles que pasaban por la ventanilla mecidos por el viento. Observé las nubes, grises y opacas, que amenazaban con una tormenta otoñal. Me estremecí al pensar en mis piernas al aire y en la fina chaqueta de mezclilla que me había puesto por encima. Crucé los

dedos para que no me sorprendiese ningún chaparrón en el transcurso de la mañana. Desde luego, tras haber visto cómo evolucionaban las nubes durante horas mientras pintaba, no imaginaba que todo fuese a oscurecerse de esa forma.

Cuando me di cuenta ya había llegado al instituto. Miré mis apuntes y cerré el cuaderno con un suspiro, guardándolo en la mochila antes de echármela al hombro y salir apresuradamente. Caminé entre la gente y sonreí al localizar en mi campo de visión una melena anaranjada que se mecía de un lado al otro. Con sigilo me acerqué a sus espaldas y toqué su hombro.

—¿Quién coño eres y qué coño haces? —preguntó Hallie a la par que se giraba con una mano en alto. Contuve una risa, tapando mi boca con la mano, y ella comenzó a golpearme suavemente. Estaba segura de que, si no hubiese sospechado que se trataba de mí, lo primero que habría hecho habría sido darme un puñetazo. Siempre preguntaba después—. No vuelvas a hacer eso. Vas a provocarme un infarto —me reprendió. Alcé las manos en señal de derrota y sonreí.

—Lo siento, culpa mía.

Me encogí de hombros y comenzamos a caminar. Por una vez el autobús había llegado a tiempo y podíamos disfrutar de unos minutos antes de entrar en clase, así que nos lo tomamos con calma.

—¿No se supone que hoy iba a hacer sol? —preguntó mi amiga con una mueca de fastidio. Inspiré hondo y miré al cielo fijamente antes de asentir. Realmente eso habían dicho, en parte por ello había escogido ponerme ese vestido tan fino, pero lo cierto era que las nubes se arremolinaban cada vez más oscuras a nuestro alrededor. Hallie me miró fijamente antes de continuar hablando—. ¿Y a ti qué te pasa? ¿La pesadilla otra vez?

Giré la cabeza tan rápido que bien podría haber sido la niña del exorcista; sentí un crujido incómodo que me hizo llevarme la mano al cuello con una mueca. ¿Cómo era posible que lo supiera con solo mirarme a la cara? Me encogí de hombros y asentí de nuevo.

—Sí —admití—, pero no es gran cosa. Con suerte habrá sido solo algo puntual esta noche, nada de qué preocuparse. —Ella alzó una ceja en mi dirección.

—Deberías ir a un psicólogo —explicó—. Creo que podría ser de

ayuda. Puede que entienda el significado. —Me codeó, quizás con la esperanza de que esta vez sí le hiciese caso. Negué con la cabeza entre risas.

—Es solo un sueño. No tiene ningún significado especial.

Me encogí de hombros y continué en silencio mientras ella cambiaba de tema y comenzaba a hablar sobre su teoría acerca de que la profesora de inglés haría un examen sorpresa en los próximos días. Según ella, había ido dejando pistas que solo alguien muy atento habría captado. No podía discutírselo; a pesar de mis buenas notas, no destacaba por ser muy observadora en ciertas ocasiones, así que era fácil que esas supuestas pistas se me hubiesen escapado. Después de todo me distraía con facilidad, sobre todo cuando un tema no era de mi especial interés.

Llegamos a las taquillas y abrí la mía, seleccionando qué libros necesitaba para las primeras clases. Me estremecí al sentir un escalofrío recorrerme de arriba abajo. Las palabras de Hallie pasaron a un segundo plano, uno muy profundo en el que no tardaron en convertirse en un murmullo de fondo sin forma. La temperatura en el pasillo pareció bajar varios grados de golpe, y el tiempo semejaba transcurrir demasiado lento. Me giré sobre mi hombro a tiempo para ver a un joven de espaldas a mí, cogiendo sus propios libros. Contemplé su figura: era alto, delgado, los músculos de su ancha espalda contrayéndose y estirándose a medida que rebuscaba entre los volúmenes. Su cabello negro caía en ondas hasta la altura de sus orejas, algo despeinado. El sonido de su taquilla al cerrarse me hizo dar un respingo, y mi respiración se cortó de golpe cuando se dio la vuelta y me miró fijamente. Le mantuve la mirada, no por orgullo, sino porque fui incapaz de apartar la vista de esos ojos negros como el carbón que me observaban con detenimiento. Una sonrisa asomó por su comisura derecha. Era comedida, quizá buscando ocultarla, pero ahí estaba. Tragué saliva y rocé inconscientemente la tela de mi vestido, ahí donde descansaba la marca que ardía en mis sueños. Un codazo en mis costillas me devolvió a la realidad y parpadeé lentamente varias veces hasta que mis oídos se acostumbraron de nuevo al bullicio. Cuando volví a mirar en busca del chico ya no estaba allí. Escudriñé ambos lados del pasillo, comprobando que no había ni rastro.

—¿Quién era ese? —pregunté. Todavía estaba consternada por el encuentro. Hallie miró al lugar vacío donde antes había estado el desconocido.

—¿El chico que estaba ahí? —inquirió, señalando la taquilla exacta. Asentí y dejé escapar un suspiro de alivio. Tras su repentina desaparición ya temía habérmelo imaginado—. Pues, a pesar de que acabes de ignorar completamente todo lo que te acabo de decir… —Hice oídos sordos ante el retintín que empleó en su tono para demostrarme que le había molestado mi ensimismamiento; realmente debía de haberme perdido muchas cosas en el transcurso de los minutos—. Creo que es Alix Hayes. Mi madre todavía no conoce a sus padres, pero los rumores sobre él ya pululan por ahí. Se supone que hoy es su primer día de clase.

La madre de Hallie trabajaba en la cafetería más concurrida del pueblo. En Obsidian nada ni nadie podía escapar de sus ojos y oídos. Por supuesto, era en gran parte debido a que el nuestro era un lugar lleno de cotillas. Hasta la médula. La mayoría de los pueblerinos no sabían cuándo debían mantener el pico cerrado, y no sería la primera vez que me veía salpicada por las estupideces que salían de sus bocas. Claro que seguramente era inevitable en un lugar tan pequeño y familiar donde todo el mundo se conocía; muchos se creían con derecho a opinar sobre temas que no les incumbían porque se consideraban de la familia o grandes amigos. Nos dirigimos hacia nuestra primera clase y nuestros caminos se separaron, ya que Hallie tenía matemáticas mientras que yo griego. Cuando entré en el aula tragué saliva al observar mi sitio habitual. Allí, en lugar de mi compañera de siempre, estaba el chico nuevo. Mis ojos bailaron rápidamente al final de la clase y encontré a Lauren, acongojada en su nuevo asiento. Me miraba con culpabilidad. Reafirmé los libros en mi regazo y caminé hasta mi silla, sintiendo cómo las botas tamborileaban con un sonido sordo en el suelo a mi paso. Me dejé caer bruscamente y solté mis cosas sobre la mesa en un golpe seco. Tras mirar al frente durante unos segundos en los que mi mente martilleaba a mil por hora en busca de las palabras adecuadas, me giré sobre mi hombro y lo miré fijamente para tratar de captar su atención.

—Ese no es tu sitio —musité con voz firme. No quería llamar la atención de nadie ni causar un revuelo, solo entender qué le pasaba por la cabeza. En su silencio comencé a atusar un mechón de mi cabello castaño, tratando de calmar los estúpidos nervios que bullían en la boca de mi estómago.

—Ahora sí lo es. —Me miró de soslayo, dibujando una sonrisa peculiar en su boca. Estaba cargada de perversión, aunque no entendía de qué

modo exactamente.

—¿Esta es tu forma peculiar de hacer amigos? Porque déjame decirte que no está funcionando. —El aliento abandonó mis pulmones cuando su rostro se giró completamente hacia mí, de nuevo con esa media sonrisa que parecía jugar con mi mente. Esos ojos negros como dos pozos sin fondo hacían imposible apartar la mirada a cualquier otro lugar. Tragué saliva, pero mantuve mi vista firme. No pensaba dejarme intimidar si era eso lo que quería.

—No me interesa hacer amigos. Además, no te importa lo más mínimo.

El profesor llegó en ese instante y llevé mi mirada al frente, sintiendo cómo parte de mi cuello se enrojecía a causa de lo violenta que había resultado su respuesta. No exactamente lo que había dicho, sino la amenaza de la que bebían sus palabras. Algo iba mal con la persona que se sentaba a mi lado, desde luego. El resto de la clase transcurrió tranquila y lentamente, aunque mentiría si dijese que había tomado apuntes con normalidad. Lo cierto era que no había sido capaz de centrarme en escribir una sola palabra coherente, así que finalmente desistí y deposité el bolígrafo junto a las hojas prácticamente en blanco. La campana que anunciaba el fin de la clase me hizo dar un respingo, abandonada como estaba a mis propios pensamientos. Miré a mi lado, pues pretendía volver a encarar al chico ahora que había tenido tiempo de meditar sobre posibles respuestas y contraataques, pero ya se había marchado. Observé fijamente el hueco que quedaba entre mi silla y la mesa que había atrás, y me pregunté cómo había pasado entre ambas sin que me hubiese enterado. Estaban tan juntas que lo más probable habría sido que hubiese tenido que pedirme que me apartase. Dejé las cavilaciones al observar cómo Lauren se acercaba a mí, encogida sobre sí misma al punto de parecer que quería resultar invisible.

—Oye, ¿por qué te has sentado allí? Siempre te sientas conmigo —dije casualmente mientras echábamos a andar. Ella caminaba con lentitud, como si temiese salir de clase siquiera.

—¿No te ha echado a ti también? —preguntó con el ceño fruncido, mirando al suelo.

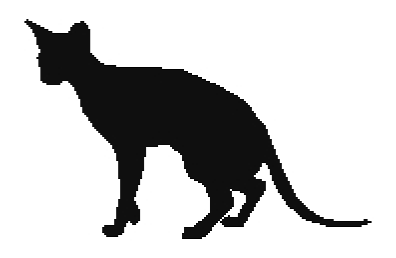
—No. Es más, he intentado echarle yo —respondí con una mueca—. Pero se ve que no ha funcionado.

—Me da miedo —susurró. Sus ojos estaban completamente teñidos de pánico. Atusó su cabello rubio con frenesí y miró a su alrededor, como si temiese que la escuchase. Pero ya no había ni rastro de él.

—Solo es un chico inofensivo, Lauren. No pasa nada. Es imbécil, pero nada más —expliqué. Ella me miró con los ojos demasiado abiertos.

—Zoe. —La forma en la que pronunció mi nombre erizó los vellos de mis brazos—. Hay chicos que matan.

Antes de que pudiese preguntar nada puso pies en polvorosa y se perdió entre el mar de estudiantes que se formaba en los pasillos en cada cambio de asignatura. Permanecí en la puerta unos instantes, con la mirada perdida cavilando sobre lo que acababa de decir. Podía haber mencionado cualquier tipo de cosa, pero había escogido la palabra matar. Sacudí la cabeza. No podía imaginar qué le había hecho o dicho para que pensase de esa manera; lo que sí tenía claro era la sensación de congoja que había dejado en cada átomo de mi cuerpo, sin ningún sentido aparente, la negrura de sus ojos.



El resto de la mañana transcurrió, para mi sorpresa, tranquila. En numerosas ocasiones esperaba volver a encontrarme con Alix y mantener la conversación que mi mente había tenido tiempo de maquinar durante las siguientes horas. Sin embargo apenas nos habíamos visto, y las veces que sí había sido algo tan fugaz que no había tenido tiempo de alcanzarlo siquiera. La maestra de la clase de arte no fue ese día, así que pude marcharme antes a casa. Quizás en otra ocasión habría esperado a Hallie, pero me encontraba tan cansada debido a las pocas horas que había dormido que decidí irme en el primer autobús que pasó. Me acomodé en el asiento y me puse los auriculares. Una canción aleatoria a la que apenas presté atención. En su lugar apoyé la frente en el cristal y cerré los ojos, dejando que mi respiración se relajase. Sentí cómo el rugir del motor al arrancar acompañaba la vibración de la ventana cuando comenzó a circular y

me dejé llevar por la música.

Tras varios minutos en los que seguramente me había dormido, a juzgar por lo desorientada que me encontraba, me reacomodé sobre el cristal y abrí los ojos. Un escalofrío recorrió mi espalda al ver que los prados verdes no eran lo único que corría junto al autobús. Había una figura persiguiéndonos. Tan negra como la noche que parecía absorber toda la luz que se encontraba a su alrededor, proporcionándole un halo oscuro que la hacía todavía más terrorífica. Era humanoide, a camino entre animal y hombre, corriendo en sus cuatro extremidades como si alcanzar el autobús fuese lo único que le importaba. Y ciertamente iba ganando. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal, haciendo que me enderezase, y mis ojos se abrieron desmesuradamente al contemplar que, además de alcanzarnos en altura, también se acercaba poco a poco al costado del vehículo. Contuve un grito de horror, mis músculos paralizados hasta el punto de que dolían a causa de la tensión, cuando sentí el horrible chirrido de sus garras contra la chapa metálica. Cerré los ojos con fuerza al sentir el frenazo del autobús, y entonces imaginé lo peor. Podía ver con claridad tras mis párpados lo que ocurriría si el conductor se bajaba en ese instante. Esas garras relucientes llenas de esquirlas atravesando su cuerpo como si fuese un muñeco de trapo. Y luego subiría al autobús y terminaría conmigo. Era como la criatura de mis pesadillas. Una mano tocó mi hombro, haciéndome dar un respingo, y arrancó uno de los auriculares de mis orejas. Abrí los ojos de golpe, sofocada, y vi al hombre que me miraba fijamente. Volví al mundo real, miré a mi alrededor y comprobé que era la única que quedaba en aquellos asientos.

—¿Piensas bajarte, niña? —preguntó con voz seca y malhumorada—. Es la última parada.

Miré al exterior, confusa al no encontrar nada. ¿Acaso no lo había visto? ¿No había escuchado el chirriante sonido de las afiladas uñas atravesar el metal? ¿Era mi imaginación tan potente como para crear algo así? Sacudí la cabeza y asentí, levantándome y saliendo a trompicones del autobús sin decir una palabra. Por suerte solo me había saltado una parada, aunque tendría que caminar hasta mi casa. Sentí la puerta cerrarse a mis espaldas con un golpe sordo que me sobresaltó de nuevo. Aferré el asa de mi mochila y me atreví a girarme cuando el vehículo emprendió la marcha, el sonido del motor alejándose velozmente de mí. Allí estaban, cuatro surcos que trazaban el recorrido de sus dedos, si es que se les podía llamar así. Di un par de vueltas sobre mí misma; no había más que prados vacíos a mi

alrededor. Ni rastro de esa criatura que tanto me recordaba a mis peores sueños. Decidida a no quedarme más por allí eché a andar. Lo que resultaba un escaso camino de apenas quince minutos se volvió eterno, girándome ante cada sonido, cada movimiento de arbustos. Maldije el hecho de vivir en un pueblo tan disperso, sobre todo en las afueras, donde no había ningún núcleo definido de casas que pudiese darme la seguridad que estaba buscando. Me repetí numerosas veces que solo había sido mi imaginación, que la pesadilla me había trastornado más de lo que había creído en un principio, pero el latido acelerado de mi corazón y las pulsaciones en la estrella de mi clavícula decían otra cosa completamente distinta. Cuando llegué a mi casa me apresuré a sacar las llaves del bolsillo y abrí rápidamente la puerta, abalanzándome contra ella para cerrarla y así evitar que algo pudiese seguirme al interior. Me quedé parada unos segundos, con la mano apoyada contra la puerta y calmando mi respiración, que estaba tan acelerada que amenazaba con provocarme un ataque de pánico. Respiré hondo un par de veces, sintiendo mi pecho subir y bajar lentamente, y me centré en la sensación. Algo suave rozó mi pantorrilla, solo un segundo, pero no pude evitar el alarido que salió de entre mis labios.

—Mierda, Ast —dije mirando a la gata que esperaba en el suelo a ser atendida—. Joder, casi me provocas un infarto. —Me agaché con cuidado y la cogí, acariciando su piel rosada y lampiña justo entre las orejas—. Dios —jadeé.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —Las palabras atropelladas de mi padre precedieron el sonido de sus pasos apurados hasta llegar a la entrada, donde me encontraba con la gata entre mis brazos.

—Lo siento, papá. Me asusté, no ha pasado nada. —Acaricié una vez más a Ast y la deposité de nuevo en el suelo. Feliz por el trato recibido se marchó en dirección a la cocina, probablemente deseando comer si es que no lo había hecho ya.

—¿Te pasa algo? Estás muy pálida. Además, has llegado pronto.

Caminé a su lado de vuelta a la cocina, donde la mesa ya estaba puesta. La comida reposaba sobre los hornillos para mantenerse caliente hasta mi llegada. Me sentía estúpida. A salvo, pero estúpida al fin y al cabo, por haberme dejado sugestionar de esa manera. Hacía tiempo que la pesadilla no me afectaba tanto.

—De verdad, papá, todo va bien. Acabé pronto las clases y me quedé

dormida en el autobús, así que tuve que bajarme en la última parada. Cuando llegué Ast me asustó, ya está. Nada de lo que haya que preocuparse.

—Vale, vale —dijo haciendo un amplio gesto con las manos—. Siéntate, anda. Enseguida te sirvo la comida.

Me dejé caer en la silla y emití un tenue suspiro, esperaba que apenas audible. Ahora que mis músculos se habían relajado tras toda la tensión del camino me dolían horrores. Lamí mis labios cuando mi padre puso un plato de albóndigas en salsa con puré de patata ante mí. El olor era delicioso, y mi estómago comenzó a rugir sin poder evitarlo. Comenzamos a comer, pero mi padre apenas había probado bocado cuando empezó a atusarse la barba. Solo hacía eso cuando algo le preocupaba, generalmente relativo al trabajo. Me interrumpió antes siquiera de que hubiese preguntado.

—Ni tú ni tus amigas vais al lago, ¿verdad? —cuestionó con fingido desinterés. La sola mención al lago de este pueblo era cualquier cosa excepto irrelevante. Las náuseas comenzaron a abrirse paso por mi estómago.

—Amiga —corregí con una risa, ya que solo estaba Hallie, incómoda —. Y no. Ni locas nos acercaríamos a ese lago. Jamás. —Hice una pausa, con la garganta seca de repente—. ¿Qué ha pasado? ¿Otra vez?

Mis palabras quedaron suspendidas en el aire unos segundos, el silencio solo interrumpido por un maullido, hasta que mi padre suspiró sonoramente y bebió un poco de agua para aclarar su garganta antes de proseguir.

—La hija del jefe de policía ha desaparecido —explicó. Su rostro vino a mi memoria. La conocía, Kaytlin. Tenía un par de años más que yo —. Estaban de acampada en el bosque. Todos sus amigos le dijeron que no lo hiciese, que era peligroso nadar allí. Pero no los escuchó. Dicen que parecía ida, como si lo único que le importase fuese meterse en el lago.

Sabía perfectamente de qué hablaba, no necesitaba escuchar más. En Dark Lake había una leyenda, aunque era más cierta que cualquier historia para asustar a los niños. Los primeros registros que se tenían del pueblo indicaban que probablemente llevaba ocurriendo toda la vida. El lago que había en medio del bosque, aquel que daba su nombre al pueblo, cuyas aguas eran tan oscuras que apenas se podía

ver más allá de un palmo bajo la superficie. El acceso estaba prohibido, nadie podía pisar esas aguas, claro que mucha gente no cree en leyendas. Todos aquellos que habían osado adentrarse ahí habían desaparecido sin dejar rastro alguno. Los guardabosques como mi padre, junto con los agentes de policía, pasaban días buscando, meses, pero nunca encontraban nada. En ese lago no había absolutamente nada más que agua y peces, lo devoraba todo. No creía en sucesos extraños, así me había educado mi padre desde niña, pero lo que sí tenía claro es que cuanto más lejos pudiese mantenerme de él mejor.

—Kaytlin sabía de sobras que era peligroso. Ha sido una estúpida —murmuré empujando mi plato todavía medio lleno hacia delante; mi apetito se había esfumado por completo. Mi padre sabía cuánto me afectaban los temas relacionados con aquel lugar, pero tarde o temprano me enteraría, si no por él por los rumores del pueblo.

—Si hubieses sido tú no me gustaría que hablasen así de ti — me reprendió con dureza. Lo miré y fruncí el ceño. Cada vez que ocurría algo relacionado con el lago mi padre pasaba días viniendo a casa solo para comer y cenar, eso cuando podía. Por no hablar de lo preocupada que estaba solo de pensar en que tenía que estar cerca de aquel maldito lugar. Resoplé con fuerza y retorcí mis dedos entre ellos, nerviosa.

—Si fuese yo sería tan estúpida como ella, y me tendría bien merecido que me lo llamasen. Pero ten claro que nunca entraré a ese lago, papá —expliqué en un intento de tranquilizarlo, cruzando los brazos sobre mi pecho.

Iba a levantarme, encerrarme en mi cuarto a pintar parecía la mejor opción del mundo, pero mi teléfono sonó, rompiendo la tensión del momento y de paso el sepulcral silencio que se había instaurado entre nosotros. Ast me miró fijamente durante segundos, como preguntándome si no pensaba coger el trasto infernal que perturbaba su descanso bajo mis pies. Observé la pantalla con frustración antes de descolgar: Hallie. Me pregunté si pensaba reprenderme por haberme marchado sin siquiera despedirme, o si nuevamente había decidido aplazar una de nuestras tantas citas de estudio; esas en las que yo trataba de ayudarla a ponerse al día con las asignaturas que le resultaban más complicadas. Me apresuré a deslizar el botón verde y me llevé el móvil a la oreja.

—Zoe. —El llanto impregnaba sus palabras, lo que me alertó de que

algo iba muy mal.

Me tensé en el asiento, mis músculos de nuevo tan tiesos como cables de acero. El hipido constante que brotaba de su pecho me preocupaba y la insté a hablar, aunque traté de ser lo más delicada posible para no empeorar su estado. Sabía que no era por Kaytlin, no tenían relación más allá de haberse visto un par de veces, así que algo más había sucedido. Hallie nunca lloraba por nada. Lo que dijo a continuación me dejó helada.

«Aaron está muerto».

2. Los ojos que observan

No solía conducir rápido pero ese día pisé el acelerador todo lo que pude para llegar cuanto antes. Los hipidos constantes y desconsolados de Hallie sentada a mi lado acompañaban de fondo el camino, mis sentidos tan embotados que todavía no era capaz de analizar lo que me había contado. Estaba tan centrada en tratar de aclarar mis ideas que casi me pasé de largo la casa de Aaron, derrapando un poco debido al frenazo de último momento. Si mi padre me viese conduciendo así su coche me mataría. Lo dejé aparcado en un lugar donde no molestase demasiado, ya que la ambulancia todavía estaba allí. Pude distinguir cómo unos hombres metían una alargada bolsa negra en ella y un escalofrío me recorrió de arriba abajo, acompañado de la sensación de un sudor helado resbalando por mi columna. Tuve ganas de vomitar. Nos precipitamos fuera del coche y fuimos recibidas por la familia. Los observé en silencio, tiesa en mi sitio, mientras Hallie se acercaba a abrazarles. Su padre, alto y atlético, mantenía una postura encorvada que junto a sus ojos hundidos y enrojecidos lo mostraba demasiado vulnerable, siempre tan estricto e imponente como era. Su madre estaba despeinada, el cabello rubio envuelto en una suerte de maraña pajiza, las mejillas empapadas y un pañuelo en la mano. Dudaba que le quedasen muchas lágrimas. Y su hermano pequeño, Jeremy, que apenas tenía catorce años, erguido cuanto podía y con los ojos húmedos. Aunque no soltó ni una lágrima. Su postura era similar a la mía, los músculos tensos en una posición demasiado rígida, incómoda seguramente. Tuve ganas de abrazarlo pero no lo hice, ya que sabía que no le gustaban demasiado las muestras de afecto y contacto físico. Me encogí sobre mí misma, pues había salido sin chaqueta y hacía algo de frío. El tiempo estaba como loco, normalmente a esas horas todavía quedaba algo de calor. Sin embargo ese día había amanecido distinto, aunque no sabía muy bien hasta qué punto se trataba de mi imaginación.

—Lo siento muchísimo —alcancé a murmurar, tan tenue que dudé de si lo había pronunciado en voz alta, y recibí un asentimiento cariñoso por parte de sus padres.

La mirada de Jeremy puesta en mí tenía un cariz que no me gustaba; algo pasaba a parte del hecho más que obvio de que su hermano había muerto. Nunca lo había visto así, lo que reflejaban sus pupilas iba mucho más allá del dolor presumible en su situación.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Hallie. Estaba claro que no había querido indagar mucho en una llamada telefónica, aunque yo estaba tan susceptible que cualquier pregunta me resultaba indiscreta. —Un animal lo atacó —se adelantó Jeremy, dejándome alarmada ante la frialdad de sus palabras.

Ahogué un grito ante la revelación, cubriendo mi boca con la mano. ¿Y si ese animal era…? No podía ser lo que había visto persiguiendo al autobús, ¿o sí? ¿Quería decir eso que si me hubiese bajado cuando todavía seguía en las inmediaciones probablemente sería yo la que estuviese muerta? Los arañazos en el lateral, ¿no los había imaginado? Tragué con dificultad el nudo que se estaba formando en mi garganta ante el aluvión de pensamientos que saturaban mi mente. Desde luego si todo era una jugarreta de mi mente, sin duda era una bien preparada. Miré al cielo, donde las nubes grises se arremolinaban amenazando con tormenta.

—Por favor, pasad —indicó la madre de los chicos—. Hace algo de frío ahora y a todos nos sentará bien algo caliente.

Asentimos y nos dispusimos a entrar cuando la mirada de Jeremy puesta más allá de mí me hizo girarme. Quizás no lo hubiese hecho si los vellos de mi nuca no se hubiesen erizado bajo los ojos que, muy dentro de mí, sabía que me encontraría. Allí, al final de la propiedad, se encontraba Alix Hayes. En la acera, lo suficientemente lejos para no estar invadiendo el domicilio, pero demasiado cerca como para ser un encuentro fortuito. Estaba vestido completamente de negro, con un abrigo grueso de color desgastado que llegaba por sus rodillas, y nos miraba fijamente. Me estremecí y me armé de valor para acercarme, a punto de ser retenida por Hallie. Pero tenía que hablar con él, no podía seguir así. Llegué a su lado y una ráfaga de aire alborotó las ondas oscuras de mi cabello, algunas metiéndose salvajemente en mis ojos.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunté con brusquedad. Él pestañeó y las comisuras de sus labios se alzaron levemente en una suave sonrisa que me dio ganas de borrarla de un puñetazo—. Te he hecho una pregunta —añadí al ver que se tomaba su tiempo en contestar.

—Eres muy impaciente cuando buscas respuestas —indicó divertido—. Por suerte o por gracia divina no estoy sordo y he podido oírla. —Alzó el mentón, marcando las líneas rectas y angulosas de su mandíbula—. Veo que este pueblo es bastante peligroso.

—Si la has oído contéstala. ¿Qué haces aquí, observando como un depredador? —pregunté, mis dientes rechinando con rabia. Estábamos tan cerca que su elevada estatura se hacía palpable. No obstante apenas se pasaría unos diez centímetros de mi metro setenta y ocho.

—Curioso que uses esa precisa palabra, Zoe Cox —enfatizó mi nombre completo, dejándome sorprendida al ser consciente de que lo conocía —. Pasaba por aquí y al ver que había movimiento he decidido quedarme a observar. Después de todo, no podía perderme el morbo de ver un cadáver. Casi diría que me pone.

El descaro en sus palabras y las comisuras de sus labios cada vez más alzadas hicieron que mi brazo se lanzara como un resorte hacia su rostro, dispuesta a darle el puñetazo que tanto ansiaba. La sangre en mis venas bullía, y estaba segura de que si hubiese podido verla en ese instante bajo un microscopio estaría burbujeando y echando humo. Su mano detuvo la mía a escasos centímetros, apretando con fuerza mi antebrazo. Tanto que mis dedos fueron deshaciendo el puño con dolor, comenzando a hormiguear. Su tacto era extraño, electrizante e incluso abrasador. Vi cómo su mirada se ensombreció, aunque la sonrisa no desapareció de sus labios. Deseaba borrarla con todas mis fuerzas. Acercó su rostro hasta que su aliento rozó mi nariz, haciéndome parpadear con perplejidad.

—Te estás metiendo en cosas que no debes. Ten cuidado con lo que juegas, pequeña Zoe. Quien juega con fuego se quema —canturreó.

Y tras esas palabras me soltó y se dio la vuelta, simplemente echando a caminar en dirección a quién sabe dónde. Por mí podía irse al mismísimo infierno. Regresé al interior, donde todos se habían acomodado ajenos a mi pequeño altercado. Suzanne, la madre de Aaron y Jeremy, me pasó una taza humeante de chocolate. Di un sorbo, saboreado el dulce en mi paladar e ignorando la picazón de mi antebrazo. Bajé la manga para ocultar la marca enrojecida que había quedado ahí donde me había agarrado, la silueta de cinco dedos. Parecía estar en carne viva, como si me hubiese arrancado la piel.

—¿Vendréis mañana? —preguntó Suzanne tras un tiempo de entretenida aunque triste charla.

—¿Mañana? —me aventuré a preguntar desconcertada, intercambiando miradas con Hallie, que se mostraba tan confusa como yo. Sus ojos enrojecidos causaban una angustia asfixiante en mi pecho, no soportaba ver a mi mejor amiga así.

—No las hagas sentirse obligadas, Suzz, no es agradable para todos —indicó su marido con reproche, a lo que ella bajó la vista apenada, probablemente dándose cuenta de que quizás nos presionaba demasiado con solo sugerirlo.

—No te preocupes —expresó Hallie tomando su mano con cariño encima de la mesa de café, lo que le sacó una tímida sonrisa a la mujer—. Estamos aquí para lo que necesites.

—Es que vamos a hacer el velatorio en casa. —Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no atragantarme inconvenientemente con el sorbo de chocolate que tenía en la boca, y disimulé todo lo que pude el ataque de tos que atenazó mi garganta—. Sabemos que no es lo convencional, pero en mi casa siempre se ha hecho así. Creemos que es más íntimo, menos frío.

Miré a un hueco vacío que parecía haber sido preparado ya para tal fin, junto a la ventana, y me estremecí solo con pensar en la posibilidad de tener un cadáver en el salón. Creo que por mucho cariño que le tuviese a la persona en cuestión sería incapaz. No podría volver a mirar la estancia sin recordar el dolor de la pérdida.

—Vendremos —indicó Hallie. A duras penas logré asentir para mostrar mi acuerdo.

La acompañaría por el gran aprecio que le tenía, y también por la relación amistosa que habíamos entablado con esa familia a lo largo de los años, pero desde luego me parecía una práctica del todo desagradable y anticuada.

Aaron había sido muchas veces nuestro niñero. Hallie y yo pasábamos tardes enteras jugando bajo su supervisión mientras nuestros padres trabajaban o sencillamente querían estar tranquilos para charlar y tomar algo. Y Hallie estaba perdidamente enamorada de él. Lo observaba desde la lejanía y suspiraba por lo apuesto que era. Incluso me había encargado alguna vez de dejarlos a solas; tontas ilusiones de niñas pequeñas, creyendo que alguna vez se fijaría en ella. Quizás hubiera ocurrido ahora que había vuelto de la universidad y pensaba quedarse un tiempo en el pueblo, y que nosotras habíamos crecido y ya éramos casi mujeres adultas. Pero el destino es cruel, a veces de una forma macabra.

Nos despedimos de la familia y decidí ir con Hallie a su casa. Su

madre no había podido conseguir turno libre en Obsidian y no quería dejarla sola tanto tiempo. Su mirada estaba perdida cuando subimos al coche, ni siquiera hablaba. Se limitaba a respirar con una calma espeluznante, y sus labios temblaban de vez en cuando. Marqué el número de mi padre y esperé tres toques hasta que descolgó el teléfono.

—Hola, papá. Oye, ¿te importa si hoy duermo en casa de Hallie? —La miré de soslayo. Ella pareció reconectar con el mundo y me miró para dedicarme una comedida sonrisa de agradecimiento. Aunque no lo hubiésemos pactado con anterioridad sabía que en aquellos momentos me necesitaba a su lado, no tenía ni que pedírmelo.

—Claro que no, cielo. Después de todo tenemos muchísimo trabajo ahora y a duras penas llegaré a dormir unas horas. — Fruncí el ceño con frustración recordando lo ocurrido en el lago. Ahora se sumaba el ataque de un animal que andaba suelto por el bosque y que había reunido el valor de adentrarse en el núcleo urbano. Y como buen guardabosques debía ayudar al departamento de policía en todo lo que pudiese—. Hay que cazar a ese animal antes de que nos cace a nosotros.

Asentí y colgué el teléfono, demasiado brusca y sin despedirme siquiera. Tragué saliva con fuerza. No era suficiente con que se pusiese en peligro rondando el maldito lago, ahora también tenía que buscar un animal extremadamente peligroso.

—Tranquila —susurró Hallie mientras acariciaba mi mano.

Sabía a la perfección lo difícil que resultaba para mí soportar que mi padre se implicase en cada cosa extraña que sucedía en el pueblo. Temía perderle a él también. Siempre le había dicho, y lo seguía haciendo, que ojalá se hubiese dedicado a la fontanería. Lo más peligroso que podría sucederle sería hacerse daño con una llave inglesa.

Tras parar en mi casa a recoger a Ast, a quien no pensaba dejar todo el día sola, y algo de su comida, conduje hasta casa de mi amiga, esta vez más despacio, tratando de relajarme. Mis manos se aferraban al volante con tanta fuerza que mis nudillos se volvieron blancos durante todo el trayecto. No tardamos en acomodarnos en el salón, y el hacer un maratón de comedias sin sentido que ayudase a olvidarlo todo se tornó muy apetecible. Después de todo era viernes por la noche, así que no tendríamos que madrugar al día siguiente. Aunque

sinceramente dudaba que Hallie hubiese sido capaz de ir a clase aunque hubiese tenido que hacerlo.

No tardamos en quedarnos dormidas acurrucadas en el sofá, con la televisión todavía encendida, la gata hecha un ovillo en mi regazo bajo las mantas. En mi mente no dejaba de rondar la criatura del autobús. Si esa cosa, fuese lo que fuese, había sido la causante estaba claro que no le importaba lo más mínimo exponerse ante los humanos. Y no imaginaba cuán peligroso podía llegar a resultar eso.

Miré a mi alrededor. Todo era blanco, tanto que molestaba a la vista. Ni siquiera mi cuerpo proyectaba sombra alguna en el suelo. Mis ondas oscuras caían en cascada por mis hombros, retiradas tras las orejas, y solo llevaba un fino camisón que llegaba por mis rodillas. Estaba descalza, el suelo frío bajo mis pies haciéndome tiritar, así que abracé mis brazos desnudos en busca de calmar la piel erizada. Di un paso al frente y observé cómo debajo de mí se formaba una onda similar a la que hace la superficie del agua cuando algo la toca. Me estremecí al inevitablemente recordar el lago.

Di varios pasos más, dejando tras de mí lo único que indicaba de dónde venía; mas las ondas desaparecían a los pocos segundos, impidiendo que pudiese regresar al punto de partida. No sabía hacia dónde ir, todo era igual, me desorientaba. Sabía que era un sueño, era consciente, pero la angustia y los sentidos embotados hacían que se volviese demasiado real. Seguí caminando, ya que el resultado sería exactamente igual que quedarme quieta, y quizás moviéndome el sueño cambiase de escenario. Poco tardé en golpearme con algo, una especie de muro invisible. No dolió, ya que se sentía acolchado bajo mis manos cuando lo toqué para comprobar que en efecto estaba ahí. Me giré, dispuesta a caminar hacia otro sitio, pero pocos pasos bastaron para encontrarme de nuevo con la dichosa pared. ¿O acaso era otra? Giré en redondo, comprobando con mis manos que era como estar en una caja que se había estrechado de golpe, y ya no podía moverme de ahí. Sin embargo todo seguía blanco, inmenso y terrorífico, impoluto.

Decidí quedarme quieta, quizás así el encierro desapareciese, y una sombra veloz apareció en mi campo de visión. No otra vez, por favor. Apareció más veces; estaba en todas partes, acechando. Yo giré y giré, tratando de escapar sin éxito y procurando no perderla de vista a pesar de que resultaba imposible. De repente la tenía de frente, sin forma de nada en concreto, negra como el carbón más oscuro. El contraste con lo que nos rodeaba era aterrador. Poco a poco la figura fue cobrando sentido, y de repente tenía a Alix ante mí. Con el cabello alborotado y su abrigo negro,

pero no su característica sonrisa. Me observaba serio, con curiosidad, caminando hacia mí. Traté de alejarme pero no podía moverme. Se detuvo solo un par de pasos antes de alcanzarme y su mirada se dirigió a mi pecho. Miré hacia donde él lo hacía, justo donde mi marca de nacimiento palpitaba, y luego de nuevo a sus ojos negros. Alzó el brazo con tortuosa lentitud, cada vez más cerca, hasta que su dedo índice rozó levemente la marca. Entonces la sentí arder y él desapareció, dejándome sola y confusa de nuevo en ese lugar blanco e inmenso, estallando en llamas.

Abrí los ojos y me incorporé de golpe en el sofá, sofocada. Miré a Hallie a mi lado, que parecía dormir tranquilamente. Con una sonrisa acaricié a Ast, que al ver que me había despertado lamió mi cara con su áspera lengua y se reacomodó sobre las piernas de Hallie. Me levanté a por un vaso de agua con pesadez. La pesadilla nunca había cambiado hasta ahora, siempre había sido la misma. Rocé la marca, que se encontraba inflamada, como siempre que soñaba con ella, y suspiré hondo antes de beber el agua de una sentada. Algo en el jardín me sobresaltó. Se movía hacia la parte delantera de la casa. Volví corriendo al salón, alcanzando a ver por la ventana una silueta humana que corría, vestida de negro. Alix. Tenía que ser él. Ast, sobresaltada y con el lomo erizado, gruñía tenuemente hacia el mismo lugar en el que había desaparecido la sombra. Me precipité hacia la entrada y abrí la puerta de golpe, dándome de bruces con la madre de Hallie.

—Eh, tranquila —dijo acariciando mis brazos con delicadeza—. ¿Qué ocurre?

—Había alguien fuera, estaba, yo… —comencé a balbucear. Mi respiración se fue calmando cuando vi que me miraba con el ceño fruncido sin comprender—. Lo siento, estamos algo…

—Susceptibles, lo sé. —Allison me abrazó con fuerza—. Será mejor que entremos, hace algo de frío.

Asentí y entré con ella, tratando de ignorar los ojos negros que había visto en la penumbra.

Observándonos.



3. Te veo

Me miré en el espejo una vez más. No era demasiado de mi estilo, pero no había pasado por casa y apenas tenía ropa negra a la que poder acudir en un día como aquel, así que había cogido algo prestado del armario de Hallie. Era un vestido negro de gasa, con mangas holgadas y puño ceñido, que me llegaba por las rodillas. Sobrio pero elegante. Odiaba vestirme así, tan… de luto. Mi amiga se había puesto una falda larga hasta los tobillos y una blusa de tirantes. La miré fijamente, sus ojos enrojecidos de tanto llorar. Durante la noche se había despertado numerosas veces en las que me había limitado a abrazarla con fuerza y dejar que se desahogase todo lo posible. No me importaba haberme mantenido despierta casi en su totalidad, ya que así había logrado mantener alejadas las nuevas pesadillas. Por supuesto no le había contado a Hallie que había cambiado, no era el momento adecuado. Además, Ast me había hecho gran compañía. Siempre lo hacía.

—¿Estás segura de que quieres ir? —le pregunté mientras acariciaba su hombro con cariño—. A Suzanne no le parecerá mal si decidimos no hacerlo.

Ella terminó de recoger su cabello anaranjado y me miró, dudando por unos segundos.

—Quiero estar allí.

Asentí sin convicción alguna. Por un momento había deseado que se echase atrás y dijese que prefería quedarse en casa, pero en el fondo sabía que necesitaba esto para terminar de asumirlo. Y quizá yo también, para ser consciente de que algo así había sucedido en el pueblo, que el chico que tantas horas nos había cuidado no podría disfrutar de su juventud.

Dejamos a Ast en mi casa, ya que no podía llevarla conmigo a todas partes, y no tardamos en llegar al hogar de los Sheppard, que parecía desierto a excepción del coche familiar. Quizás todavía no había llegado nadie.

Hallie no tardó en entablar conversación con Suzanne, mientras que yo me mantenía algo alejada mirando frecuentemente el teléfono. Mi

padre tampoco comería en casa; al parecer había pistas contradictorias en el bosque, pero lo que sí sabían era que se trataba de algo muy grande y que no se alejaba demasiado de la ciudad, lo cual era una gran señal sobre nuestras cabezas que gritaba peligro; aunque ninguno de ellos parecía darse realmente cuenta. La mirada de Jeremy fija en mí terminó por hacer mella y atraer mi atención. No tardó en hacerme una seña y acercarse al ataúd de su hermano, que se encontraba colocado junto a la ventana. Dudé unos instantes ante su petición silenciosa y extravagante, aunque decidí caminar hacia él, ya que el solo hecho de que solicitase compañía en un momento así resultaba extraño. En pasos silenciosos me situé junto a él y lo observé, consciente de que en el último año había crecido y ya me pasaba unos cinco centímetros. Era casi tan alto como Alix. Su cabello rubio, unos tonos más oscuro que el de su madre, estaba largo y despeinado; caía sobre sus pestañas. Él no me miró, y al seguir la dirección de sus ojos inevitablemente contuve un suspiro mientras un escalofrío recorría mi espina dorsal. La parte superior del féretro estaba abierta, mostrando a un Aaron algo pálido, con semblante serio y pacífico. Sus manos apoyadas sobre el pecho, vestido con un elegante traje negro. Era el que había llevado en su graduación. Tragué saliva con fuerza, verdaderamente espantada al ver el cadáver.

—No fue un animal. —La voz de Jeremy fue apenas un susurro, de modo que solo yo lo oyera, y mi cabeza se giró automáticamente hacia él. Fruncí el ceño, insegura de lo que había oído—. Fue otra cosa.

—Jer… —comencé a decir con cautela. Sabía lo que el duelo podía hacerle a alguien, y entre sus efectos se encontraba el desvarío—. ¿De qué estás hablando?

—Zoe, yo lo encontré. —Mi respiración se entrecortó, pues esa información era del todo nueva para mí. Incapaz de seguir mirando su rostro inexpresivo y el dolor que se escondía tras sus ojos alcé la vista al frente para seguir escuchando—. Esa cosa aún no se había ido, y cuando me escuchó se asustó y salió corriendo. Ahora lo ves aquí y casi parece que no haya ocurrido nada. —Asentí, consciente de que no se apreciaba ningún rastro del ataque—. ¿Sabes por qué? —Temerosa por el tono que estaba adquiriendo su voz, tan oscuro que crispaba los nervios, moví de un lado al otro el mentón, negando e instándolo a que continuase. Jeremy giró bruscamente la cabeza hacia mí, clavando sus ojos en los míos—. Porque no le di tiempo a terminar la mitad que ves.

Mis ojos se cristalizaron y llevé una mano a mi boca, espantada.

Ahogué un grito de horror que quedó atascado en mi garganta, atragantándome con mis propias ideas, que en ese momento estaban alborotadas e inconclusas.

—Jeremy, ¿me estás diciendo…? —comencé, incapaz de terminar la frase. Él volvió a su postura inescrutable, aunque percibí que sus ojos estaban humedecidos.

—Lo devoró hasta la cintura. Completamente.

Miré el rostro de Aaron, tan sereno, y lo único que podía pensar entonces era que no había nada bajo la parte cerrada del ataúd.

—¿Qué coño viste, Jeremy? —pregunté en un susurro, apenas consciente de lo que me acababa de decir—. ¿Por qué crees que no era un animal?

Di un vistazo rápido a nuestras espaldas, asegurándome de que los padres de los chicos hablaban con Hallie sin reparar en nuestra conversación. Conociendo a Jeremy dudaba que hubiese compartido su loca teoría con ellos. No lo creerían, y no estaba segura de hacerlo yo tampoco. Sobre todas las cosas, no debía hacerlo.

—¿Crees en los monstruos, Zoe? —preguntó. Lo miré fijamente—. Era como una sombra. No sé, muy oscura. Tenía forma humana, o algo parecido, a medio camino entre bestia y hombre. —Sus palabras me helaron la sangre. Parecía estar describiendo los monstruos de mis pesadillas—. Y la boca… Los colmillos…

—Jer, debiste imaginarlo —dije rápidamente desechando su idea, aunque mis palabras temblaron con violencia—. Los traumas causan… Eso, no pudo ser real.

—Acabo de ver cómo me has mirado. Tus ojos, —Me miró de nuevo con una sonrisa triste—, no es la primera vez que ves algo así. No quiero que me mientas, sino que me ayudes a descubrir qué era eso.

—Solo he visto algo parecido en mis sueños. No puede ser real.

—Pero es la misma criatura. —Apreté mis labios en una fina línea mientras sentía cómo un sudor frío se apoderaba de mi nuca; no podía negárselo, no podía mentirle a la cara. Él dio un paso hacia mí—. Por favor, Zoe, ayúdame. Voy a volverme loco si nadie me cree.

Lo miré, el brillo en sus ojos, y su rostro volvía a ser el de un niño. Había perdido la frialdad anterior para suplicarme ayuda. ¿Pero qué podía hacer yo? Al menos evitar que hiciera una locura y tuviésemos que enterrarlo a él también.

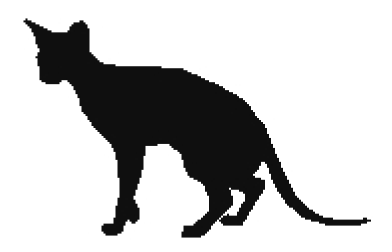
—Lo haré —murmuré, tragando saliva con la intención de aclarar mi garganta. Podía tacharme de loca a mí misma; nadie en su sano juicio alentaría esa clase de fantasías—. Pero por el momento solo investigaremos por internet. Busca todo lo que quieras y pondremos en común lo que encontremos. Nadie debe saber lo que estamos haciendo y, por lo que más quieras, no hagas nada sin consultarme a mí primero. Si accedo a esto eres mi completa responsabilidad.

Él asintió, claramente agradecido, y yo avancé con pesadez hacia el sofá para unirme a la charla que el resto mantenían, tratando de no llamar demasiado la atención.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Hallie tomando mi mano—. Estás pálida.

—No te preocupes, Hallie, estoy bien —indiqué con la voz seca.

No podía decirle lo que nos traíamos entre manos. Ella necesitaba aceptar lo ocurrido, cerrar el capítulo y continuar con su vida. Yo asumiría la carga por las dos. Con suerte no encontraríamos nada y Jeremy iría olvidando poco a poco lo que creyó ver. Después de todo, ¿qué probabilidades había de que realmente existiesen los monstruos de mis pesadillas? Esperaba que absolutamente ninguna, por nuestro propio bien.



Había sido un día agotador. Cuando la familia de Aaron comenzó a llegar a la casa no tardamos en irnos, ya que habíamos tenido suficientes emociones como para ver una familia completamente destrozada, lágrimas y condolencias reiteradas. Simplemente no

podíamos más, y yo llevaba horas deseando poner pies en polvorosa. Decidí dejar a Hallie un poco, ya que era consciente de que también necesitaba tiempo para procesar sin distracciones, y llegué a mi casa poco antes de la cena. Además, Ast estaría deseando recibirme. Cuando llegué estaba sola, mi padre no tardaría en llegar, pero no pude evitar cerrar todo a cal y canto. Mi respiración se aceleraba con cada ruido, el leve parpadeo esporádico de la luz siendo excesivamente perceptible, y los chispazos del aceite en la sartén me mantenían en una constante alerta. Esperaba terminar cuanto antes con la investigación de Jeremy, pues temía volverme loca de remate si seguía tan paranoica por mucho tiempo.

—¿Ast? —pregunté con un hilo de voz mientras terminaba con la cena. No la había visto desde que había llegado, y era raro que no acudiese a recibirme a la puerta—. ¡Ast! —De nuevo sin respuesta—. Maldita sea, Ast, trae tu culo de gata esfinge aquí ahora mismo si no quieres provocarme un ataque.

El sonido de algo caer me sobresaltó. Me giré, a punto de tomar la sartén entre manos para golpear a lo que fuese que se había acercado, pero resultó ser que la gata había volcado el cuenco de madera donde guardábamos la fruta. Lo recogí todo y, tras colocarlo de nuevo sobre la mesa, la levanté en brazos. Emitió un suave maullido y lamió mi mejilla, arrancándome una sonrisa.

—Si quieres mandarme al hospital hazlo de una vez. No creo que pueda soportar más estar asustada a todas horas, querida.

La llave en la puerta, aunque era obvio que se trataba de mi padre, me hizo dar un respingo. Vino a la cocina y depositó un beso en mi cabeza.

—Huele de maravilla —indicó. Yo reí, pues simplemente eran unas hamburguesas—. ¿Estás bien? Estaban los cerrojos puestos. —Asentí mientras metía la carne en el pan y comenzaba a añadir ingredientes, perfectamente consciente de que no acostumbrábamos a cerrarlos hasta que nos íbamos a dormir. Ast, tras bajar de mis brazos, se restregó por las piernas de mi padre mientras él abría una bolsa de comida húmeda y la servía en su cuenco.

—Es solo que estoy un poco nerviosa, con todo lo que está pasando, ya sabes. —Puse los platos en la mesa mientras pensaba con cautela en qué sería lo próximo que dijese—. ¿Se ha sabido más acerca del animal? —pregunté escurriéndome sobre la silla. Él dio un mordisco a

su hamburguesa antes de responder.

—No mucho. Parece desorientado, da muchas vueltas, pero siempre sin alejarse de los límites de la ciudad. Es casi como si quisiese despistarnos. —Una leve risa acompañó sus palabras, una que yo no pude replicar. Quizás fuese precisamente eso lo que buscaba, despistar. —¿Cómo están los Sheppard? He oído que el pequeño Jeremy lo encontró.

—Lo llevan lo mejor que pueden —indiqué—. Y Jeremy ya no tiene nada de pequeño —reí—. Ha crecido mucho este último año. Tiene muchas cosas en la cabeza, pero estará bien. Sé que lo estará.

—¿Y Hallie? —preguntó—. Esa chiquilla de verdad tenía la esperanza de lograr algo con él.

—La tenía. Sinceramente, yo también —suspiré con ensoñación—. Pero supongo que a veces el destino tiene otros planes, para algunos más injustos que para otros.

Mi padre asintió y los dos permanecimos en silencio durante el resto de la cena. En momentos como ese echaba de menos a mi madre, a pesar de que jamás la había conocido realmente. Solo había fotografías suyas, su aspecto era lo único que me sabía de memoria. Mi padre me contó que había muerto a los pocos meses de nacer yo; se había puesto enferma. Cuando se marchó parte de él se apagó, no necesitaba que me lo contasen para estar segura de ello, pero sabía que yo lo ayudaba a seguir adelante. Igual que él a mí. Éramos como la pareja perfecta: uno sostenía al otro, y no hacía falta preguntarse quién quería más. Estaba claro que los dos lo daríamos todo por el otro.

Me despedí dispuesta a una noche de sueño reparador y subí a mi cuarto; esperaba poder dejar el insomnio a un lado por una vez y descansar. Por más que las imágenes se agolpaban en mi mente pidiendo ser pintadas, verdaderamente necesitaba dormir. Un mensaje hizo vibrar mi teléfono, así que terminé de ponerme el pijama y lo cogí. Número desconocido. Al ver que no era uno de mis contactos inevitablemente miré por la ventana, aterrada ante la sola idea de que alguien estuviera ahí, en el jardín, observándome en la noche. Si así fuera no tendría manera de saberlo, oscuro como estaba en el exterior. Mi corazón empezó a latir a mil por hora y mi respiración se aceleró. ¿Era posible que Alix Hayes me estuviese acosando? Porque se volvía una opción cada vez más verosímil con el paso de los días. Frustrada

desbloqueé el móvil y abrí el mensaje con dedos temblorosos.

> **Les he pedido tu número a mis padres. Tranquila, les he puesto una excusa. He estado buscando y se me han ocurrido vampiros u hombres lobo, aunque tengo que ver un poco más.**

Suspiré con fuerza y tuve ganas de lanzarle el teléfono a la cabeza. De hecho, si lo hubiese tenido delante seguramente lo hubiese hecho. ¿Quería volverme loca antes siquiera de empezar? Tecleé con rapidez en respuesta.

> **Jeremy, me has dado un susto de cojones. La próxima vez que vayas a mensajear a alguien después de haber hablado de monstruos pon tu nombre antes de escribir nada. No te obsesiones, ya te informaré sin descubro algo. Ahora duerme, es tarde.**

Dejé el teléfono sobre la mesita de noche y me estiré sobre la cama, mentalmente agotada. No podía creer cómo se había descontrolado el pueblo en apenas dos días. Sabía que era imposible, pero era incapaz de olvidar la casualidad de que todo hubiese comenzado tras la llegada de Alix Hayes. Las sensaciones que me producía, el pavor de Lauren al hablar sobre él. Quizás solo me estaba dejando llevar por las locuras de Jeremy, pero me había comprometido a ayudarlo. Si jugaba bien mis cartas era posible que poco a poco fuese sacando esa loca idea de su mente sin que se sintiese atacado, hacerlo parecer idea suya. Porque la realidad era que me negaba a creer que algo así pudiese ser siquiera posible. Un nuevo mensaje me sacó de mi ensimismamiento.

> **Gracias por todo, Zoe. Sabía que serías la única que me creería. Será nuestro secreto. Nunca voy a olvidar que hagas esto por mí.**

Golpeteé con el dedo el móvil unos segundos antes de decidir qué debía responder, sintiéndome mal por planear lavarle el cerebro sin siquiera haberle ayudado primero.

> **De nada, Jer. Por favor, intenta descansar. Yo no tardaré, estoy agotada. Besos.**

Me giré entre las sábanas y en menos de lo que creí posible me quedé completamente dormida.

La vibración de mi móvil me despertó ligeramente. Aún con los ojos entrecerrados, miré la hora. Eran las dos de la madrugada. No podía creer que Jeremy continuase despierto. Seguramente tendría insomnio, y no era de extrañar tras haber encontrado medio cuerpo de su propio hermano. Sacudí la cabeza para borrar esa imagen de mi mente, o tendría que levantarme a vomitar, y desbloqueé el teléfono

para ver un mensaje de un número desconocido. Solo que no era Jeremy. De hecho, ni siquiera figuraba un número de teléfono, si es que eso era posible.

> **Te veo. Te observo. Te tengo.**

Una mano que rodeó mi cuello, asfixiándome. Y grité.

4. Peligroso

Mi cuerpo todavía temblaba sentada en mi cuarto, tapada con una manta y con una taza de té relajante entre mis manos. Ast daba vueltas sobre mi regazo, claramente inquieta. La había sentido arañar la puerta segundos antes de lo ocurrido. Mi padre hablaba con el jefe de policía en una esquina de la habitación, y las intermitentes luces rojas y azules me cegaban desde el otro lado de la ventana. Lo había llamado por mí, aunque sabía que no me creía, y la conversación que mantenían ajena a mí no hacía más que confirmarlo. Hablaban como si yo no estuviese presente.

—Siento haberte hecho venir, Harold. Es que Zoe insistía en que había alguien. Lo he comprobado y todo parece cerrado con normalidad. Además, el mensaje que creyó recibir no está en su teléfono. —Tragué saliva. Estaba ahí, pero de repente había desaparecido sin dejar rastro. De todos modos, aunque siguiese en mi móvil, nadie habría creído la llegada de un mensaje sin número de emisor.

—Tranquilo, Gordon, no te preocupes. Los chicos están asustados desde la desaparición de mi niña y lo ocurrido con el hijo de los Sheppard… Y no los culpo. Cada vez que las desapariciones del lago comienzan, todo se convierte en histeria. Mantén a tu hija alejada de ese lugar. —Mi padre asintió con firmeza y me miró entonces, frunciendo el ceño y apartando a su amigo de una forma demasiado brusca para acudir a mí.

—¿Qué demonios…? —comenzó, rozando mi cuello con la yema de los dedos. Emití un quejido ante la molestia de su roce. Su tacto había enviado impulsos dolorosos a cada uno de mis nervios, y la mueca que se dibujó en mi rostro no hizo más que confirmar que me había dolido demasiado. Observé de soslayo mi muñeca donde, tapado bajo la manga del pijama, estaba el moratón que había quedado del agarre de Alix. Aunque era tenue, también había dolido así el primer día.

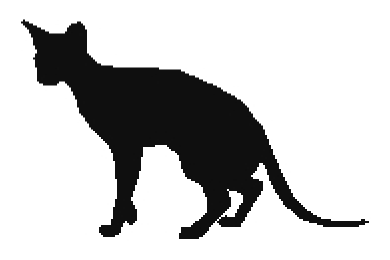
El jefe de policía se acercó a mí ante sus palabras y mi rostro se descompuso en una mueca alarmada, pues no entendía qué estaba ocurriendo.

—¿Estás seguro de que no había nada abierto? —preguntó Harold llevando la mano al arma, preparado para desenfundar. Eso solo podía significar problemas, y que por algún motivo repentinamente habían

decidido creerme.

—Todos los cerrojos están echados —explicó mi padre dándome la espalda y cubriéndome con su cuerpo, con la intención de protegerme de cualquier cosa.

Mientras el jefe comenzaba a caminar para inspeccionar los recovecos de mi hogar, aquellos donde pudiese haber cualquier cosa oculta a nuestra vista, cogí el teléfono y observé mi reflejo en la pantalla. En mi cuello se dibujaban moratones a ambos lados de la garganta, con la forma de unos dedos apretando. Justo como había quedado la marca en mi brazo ante el breve contacto con Alix, tras haberse pasado el enrojecimiento. Me estremecí de pies a cabeza, me acomodé de nuevo en la manta y di un sorbo de té. Ast maulló y frotó su cabeza contra mi vientre, buscando mi calor, así que distraídamente acaricié su tripa, recibiendo una ola de calor procedente de su piel desnuda. ¿Era posible que hubiese sido él? ¿Por qué me hacía esto? Cada vez tenía más claro que debía ayudar a Jeremy en su investigación. Necesitábamos respuestas, y solo nosotros podíamos encontrarlas, ya que parecíamos ser los únicos que creían que algo verdaderamente malo estaba sucediendo en el pueblo. Tragué saliva, no muy segura de hasta dónde podría llegar sin quemarme.



El otoño apenas acababa de empezar, pero la brisa era bastante fría estos días. Por eso no me costó nada llevar un pañuelo atado al cuello al día siguiente en clase. Había decidido no contárselo a Hallie hasta que la viese en persona para no asustarla más de lo debido, aunque lo cierto es que era para asustarse; sobre todo cuando veías las horribles marcas que poco a poco iban cambiando de color en mi garganta.

—No crees que ha sido él el que se ha colado en tu casa, ¿no? —preguntó dándole un bocado al sándwich mientras disfrutábamos del descanso entre clases sentadas en el exterior. Alisé mi vestido de florecillas rosadas y acomodé el pañuelo negro en mi cuello, para que

cubriese las marcas pero no me hiciese daño al rozarlas, lo cual era sumamente complicado de conseguir. Miré a la multitud, en su busca, pero no tuve éxito.

—El jefe de policía no encontró nada en mi casa —expliqué—. Y todo estaba cerrado a cal y canto. —Froté mis ojos, donde descansaban unas grandes ojeras debido a que no había logrado conciliar el sueño el resto de la noche ni la siguiente. Por más que me aseguraba de que los cerrojos estaban echados sentía que no podía ni fiarme de mi sombra. Además, Ast había estado muy inquieta desde el incidente, y era consciente de que los gatos son capaces de sentir cosas; cosas que nosotros no—. Le ha dicho a mi padre que a veces la gente se hace daño en sueños, así que si vemos que persiste debería visitar al psiquiatra. —Abrí más los ojos en una mueca de hastío al pronunciar la última palabra. Ella me miró con una ceja alzada. Aunque se encontraba ya bastante bien podía ver cómo faltaba el brillo característico de sus ojos, o cómo su sonrisa nunca llegaba a estar completa. La marcha de Aaron le había afectado más de lo que le gustaría admitir.

—¿Como si fueras sonámbula? —preguntó, a lo que yo asentí de inmediato—. No quiero ofender a tu padre ni desprestigiar la opinión de los agentes pero, ¿en serio? ¿Qué clase de estúpida piensan que eres? Una cosa es ser sonámbula, pero dudo que en tus sueños te dediques a intentar asfixiarte a ti misma, o romperte la tráquea. Además, esas marcas son claramente de unas manos más grandes. Las tuyas son mucho más finas. —Las extendí ante mí y las observé, sabiendo que tenía razón.

—Soy consciente de que alguna gente llega a tratar de hacerse daño en sueños —le expliqué, a lo que ella se mostraba confusa—.

Y es de sobras sabido por mi padre, y por ti, que cada tanto tengo pesadillas traumáticas que no logro entender…

—¿Crees que tienen razón? —La observé fijamente, para después mirar al frente de nuevo y comer un último gajo de mandarina. Mi mente trabajaba a mil revoluciones por segundo sin ser capaz de llegar a una conclusión certera.

—Con el tiempo he aprendido a diferenciar con gran precisión los sueños de la realidad, en qué lugar estoy en cada momento. —Hice una pausa y llené mis pulmones de aire—. Alguien estuvo en mi cuarto, Hallie, y quiso matarme. Necesito saber quién ha sido.

—¿Recuerdas algo? —Su voz firme parecía querer encubrir lo que sus ojos contaban, que en realidad estaba tan aterrada como yo de que alguien en el pueblo quisiese hacerme daño.

En esos momentos vi a Alix atravesar las puertas dobles del instituto y me apresuré en bajar de un salto de la mesa en la que me había sentado y colgar la mochila en mi hombro. Le dediqué una última mirada de soslayo a mi amiga.

—Unos ojos negros como el abismo más profundo.

Mis palabras la dejaron pálida, aunque apenas salieron por mi boca aceleré el paso con la intención de no perder al chico. Compartiríamos clase en unos minutos, y quería aclarar lo ocurrido cuanto antes. No me veía capaz de sentarme tranquila a su lado con todo lo que sospechaba rondando mi mente. —¿Dónde estuviste anoche? —pregunté con rapidez, dejando una distancia prudencial entre ambos, y mis manos comenzaron a temblar. Algunos compañeros nos miraban fijamente sin dejar de caminar; indiscretos, como cada maldita persona de este pueblo. Alix se giró lentamente frente a su taquilla, quedando cara a cara conmigo, lo que me produjo un violento cosquilleo en las puntas de los dedos. Su sonrisa de suficiencia me crispaba los nervios, mi mano se sacudía en el fuerte agarre de la cinta de la mochila.

—En mi cama. Si quieres esta noche me acompañas y así lo compruebas. —Guiñó un ojo y miró mi ropa—. Bonito pañuelo.

—No te atrevas a hablarme así —le advertí entre dientes, sintiendo que si seguía comportándose de esa forma me abalanzaría sobre su yugular.

—¿Así… cómo? —preguntó con falsa confusión. Todo en su rostro gritaba culpable, algo en el fondo de mí me lo advertía. Esos ojos negros ocultaban demasiados secretos. El problema era que cada vez resultaba más complicado separar la intuición de la paranoia.

—Como si fueses un ángel que jamás ha roto un plato. Como si no me hubieses tocado. —Una mueca indescifrable cruzó su rostro por unos segundos.

—Créeme, Zoe —recalcó mi nombre, degustando la palabra como si fuese el más dulce caramelo —. Me encantaría tocarte, en serio, pero

te aseguro que no tengo ni la más remota idea de lo que se me acusa. Te queda increíble el pelo recogido, por cierto. —Indicó echando la mano hacia una onda que enmarcaba mi rostro, suelta de la coleta. Aparté su mano de un golpe seco antes de que llegase a rozarme la piel y él apretó los labios en una sonrisa algo forzada. Entrecerré los ojos.

—Creo que no es casualidad que sueñe contigo a diario y en el instante en que despierto alguien me intente asfixiar en mi propia cama —acusé, algo más bajo para que nadie pudiese escucharlo. Lo que faltaba era que me tachasen de loca, los rumores no tardarían en llegar a mi padre y entonces sí me internaría en un psiquiátrico.

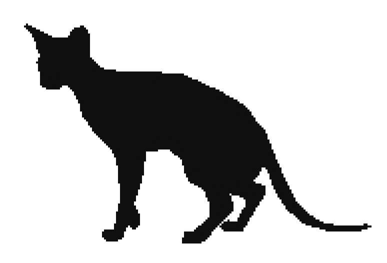
—Te diré un par de cosas. —Una sonrisa volvió a dibujarse en su rostro, acompañada de un tono genuinamente divertido—. Uno, no te imaginas lo estimulante que me resulta saber que sueñas conmigo, dulzura. Me encantaría que un día me hables de esos sueños, estoy seguro de que podemos llevarlos a cabo como tú gustes. Y dos, puede que entre mis prácticas favoritas se encuentre asfixiar un poco antes de llegar al clímax, pero te aseguro que recuerdo cuándo me acuesto con una chica bonita en su cama. —Se humedeció el labio inferior mientras me observaba fijamente a los ojos, descentrándome por un instante. Traté de recolocar mis ideas con cuidado, aunque se había vuelto una práctica en extremo complicada.

—Entonces, ¿cómo explicas esto? —pregunté apartando ligeramente el pañuelo.

Su expresión cambió a una de confusión, incluso preocupación. Llevó su mano hacia mí y retiró la tela hasta dejar al descubierto casi al completo las marcas. Hice una mueca ante el roce, pues resultaba doloroso todavía. Sus ojos bailaron entre los míos y mi garganta, para después alejarse y volver a sonreír. Aunque ni de lejos se asemejaba a su habitual sonrisa. Estaba claro que ahora le preocupaba algo, quizás haber sido descubierto.

—No sé qué te ha pasado ahí, pero no intentes culparme a mí. Si hubiese sido yo te habría gustado, créeme. Así que sea lo que sea lo que haya pasado, te aconsejo que te alejes de quien lo haya hecho. Porque si no hay placer de por medio deja de ser una práctica divertida. —Hizo una pausa en la que fui incapaz de articular palabra. Tenía la sensación constante de que debería leer entre líneas para comprender lo que sus ojos trataban de decir, pero me resultaba imposible seguir su hilo de pensamientos—. Nos vemos en clase, Zoe.

Y se marchó en un suspiro, dejándome sola en medio del pasillo. El sonido de la campana advirtiendo de que se retomaban las clases me asustó, haciéndome dar un respingo, y ante la incipiente oleada de estudiantes me apresuré a recolocar mi pañuelo. Sus palabras me habían dejado descolocada. No podía fiarme de él, de eso estaba segura, pues su rostro contaba algo distinto a sus labios. Él sabía algo que yo no y estaba burlándose de mí. Sabía que tenía algo que ver con todo lo que estaba ocurriendo en el pueblo, y si hacía falta lo acosaría hasta que confesase.



Resoplé con fuerza. Me sentía como una fugitiva, ya que había quedado con él en una cafetería pequeña y poco transitada en lugar de ir a Obsidian, con la esperanza de que nadie nos viese y comenzase a cuchichear. Mi pañuelo seguía alrededor de mi cuello, rozando constantemente la piel sensible y amoratada. Tardaría un tiempo en adquirir un color medianamente natural, y era imposible cubrirlo con maquillaje. No cubría lo suficiente, y retirarlo por las noches sería una tortura innecesaria. No podía borrar la conversación con Alix de esa mañana de mi cabeza; la naturalidad con la que hablaba de todo, esa expresión que denotaba que el mundo era un chiste para él, esa sonrisa con la que se burlaba de mí en mis propias narices. No sabía el por qué de su fijación en mí, pero como no se detuviera pronto tendría que plantearme otras medidas que tomar. Porque estaba segura de que sus ojos eran los que me habían observado antes de apretar mi tráquea. Nadie tenía unos ojos tan negros.

—Hola, siento el retraso —dijo Jeremy mientras se dejaba caer frente a mí, soltando la mochila a su lado. Miró a su alrededor, a la cafetería, que se veía anticuada y algo destartalada. Mobiliario de madera incómodo e incluso apolillado en algunas zonas que esperaba que no fuesen demasiado importantes—. Podrías haber escogido un lugar un poco más… Higiénico —susurró al ver que se acercaba el camarero. Pidió un refresco y abrió su mochila para sacar un montón de papeles.

Abrí un poco los ojos, sorprendida ante lo que había encontrado en apenas dos días. Podía imaginarlo pasando la noche en vela, con los ojos enrojecidos a causa del abuso de la pantalla—. Tengo un poco de todo, aunque siempre acaba llevando a lo mismo. La verdad es que es increíble, pero supongo que…

—Jer, para —indiqué para cortar su verborrea excitada. Tenía que devolverlo a la tierra, y si continuaba hablando tan rápido acabaría perdiéndome. Mi cabeza barajaba demasiadas cosas como para lograr centrarme en una sola—. Hablemos con calma. Recuerda que nadie debe enterarse. He escogido este sitio precisamente porque en Obsidian todos nos conocen. Y prefiero mantener a Hallie alejada de esto. —Di un sorbo a mi zumo de melocotón y esparcí un montón de papeles buscando algo que captase mi atención entre todos ellos. Estaban cubiertos de subrayador y otras notas—. ¿Has dormido algo? —pregunté horrorizada al ver semejante caos.

—Poco. Y por lo que veo tú también —indicó mientras observaba mis ojeras. Se despeinó el cabello rubio con la mano, alborotándolo. Era increíble lo mayor que parecía, lo que había crecido en tan poco tiempo. Ya no era el niño que siempre habíamos conocido—. He oído lo que te ha ocurrido.

—No sé qué crees que me ha ocurrido. —Fruncí el ceño y lo interrumpí antes de que pudiese responder, intentando que no viese el temor que inundaba mis ojos cada vez que recordaba la sensación de esas manos asfixiándome—. Pero no vamos a hablar de eso. Vamos a hablar de tus conclusiones y lo poco probables que son.

—¿Tan rápido desechas mis opciones? —preguntó él con una mueca, recostándose contra el respaldo de la silla y dando un sorbo a su refresco.

—Estas cosas, Jer… —comenté, cogiendo los papeles que hablaban de hombres lobo y otras criaturas de la noche—. No son normales. Ni reales —recalqué.

—Nada en este pueblo es normal —se limitó a responder, un argumento que fui incapaz de contradecir—. Vamos, ¿qué clase de lago hace que la gente se esfume? —preguntó de forma retórica. Un hombre cercano a nosotros nos dedicó una mirada de reproche. No se solía hablar del lago y de sus desapariciones, mucho menos en un lugar público, y aún menos cuando se sufría un nuevo caso—. Tu propia madre, Zoe, lo sabes mejor que nadie. —Mi rostro se agrió ante

una frase tan falta de tacto, y deseé darle un puñetazo en la cara—. Lo siento. —Bajó la mirada a sus manos, sintiéndose mal por su euforia. Extendió el brazo hasta acariciar mi mano con la suya. Las miré, luego a él, que pareció avergonzado y la retiró al instante.

—Mi madre murió porque enfermó poco antes de nacer yo. Está enterrada en el cementerio, Jeremy. Eso de que desapareció en el lago son rumores absurdos de gente que no tiene otra cosa que hacer. —Hice una pausa y miré su expresión culpable—. No te preocupes. —Le resté importancia, como si la cosa no fuese conmigo, y regresé mi vista hacia los papeles. Estaba cansada de escuchar rumores, pero habían sido tan habituales en mi niñez que había logrado desarrollar una aparente indiferencia. Recorrí las diferentes criaturas. Las más repetidas, hombres lobo y vampiros—. ¿Has oído alguna vez algo acerca de un vampiro que se coma literalmente a la gente? —le susurré, dando la vuelta a una de las hojas—. Son más de hincar colmillo, no de arrancar de cuajo—. Me arrepentí enseguida de mis bruscas palabras, aunque no parecieron afectarle. Me sorprendía la calma con la que se lo tomaba, aunque seguramente la investigación le ayudaba a distraerse a su forma—. ¿Hombres lobo? No había luna llena, ni era de noche.

—Vamos, Zoe —rió él—. De verdad no tienes ni idea de esto. ¿Nunca has visto series o leído libros? Hay tantas versiones diferentes de los seres sobrenaturales que no podrías saber cuáles son ciertas aunque quisieras. —Hizo una pausa y trató de rebuscar algo—. Pero en ciertas culturas hay criaturas que desmiembran a sus víctimas y, tras succionarles la sangre, se llevan los trozos del cuerpo a sus guaridas.

—A tu hermano no le succionaron la sangre que yo sepa — aclaré, tratando de devolverle a la realidad.

—¿Y si no le di tiempo? —explicó. Su expresión me recordó a cuando me había contado acerca de lo realmente ocurrido con su hermano—. Quizás no se comió la otra mitad y solo se la llevó a su guarida.

Reprimí una gran arcada, pues era muy desagradable hablar de temas así. Imaginarlo. Lo miré fijamente, asqueada, y tomé un sorbo de zumo con la esperanza de que suavizase mi mal sabor de boca.

—Entonces, ¿de qué bicho estamos hablando? —pregunté, resignada a seguir el juego del chico con la esperanza de que, de paso, pudiese descubrir algo más acerca de Alix Hayes.

—Una especie de vampiro indígena. —Su sonrisa denotaba fascinación.

Puse los ojos en blanco y dejé caer la cabeza entre mis manos, frustrada. ¿En qué demonios me estaba metiendo?

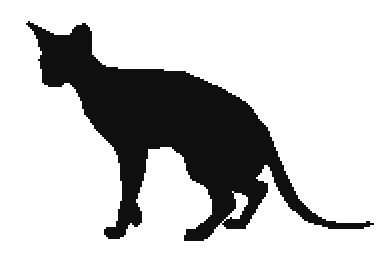
5. ¿Qué eres?

Llevaba toda la noche sin pegar ojo cuando mi alarma sonó. Se me había quedado encendida de nuevo; algo que si hubiese estado durmiendo plácidamente habría detestado, pero no era el caso. Era de nuevo fin de semana. Cinco días de clase habían transcurrido sin apenas darme cuenta, ocultando mis salidas esporádicas para continuar investigando con Jeremy y de paso observando con cautela a Alix. Lo había analizado minuciosamente, o eso creía, desde las sombras. Después de nuestro último encontronazo no quería enfrentarme a él, me negaba a continuar escuchando sus constantes burlas encubiertas. Porque eso debían ser, o de lo contrario me desconcertaba todavía más.

Miré durante unos instantes el cuadro por terminar que tenía en una esquina de la habitación, junto al espejo de pie. Se trataban de unas escalofriantes manos fantasmales saliendo de la oscuridad, como si un velo traslúcido las recubriese. Me estremecí y alcancé el cuaderno en la mesita, estirando todo lo posible el brazo con tal de no moverme demasiado. En noches como esa, en la que no había dormido lo más mínimo, el cansancio era tal que me molestaba moverme más de lo estrictamente necesario. Abrí la libreta y comencé a leer los post-it que cubrían las hojas con mi enmarañada teoría. Por sorprendente que pudiera parecer, y a la que más sorprendía ciertamente era a mí, me había resignado a contemplar cualquier clase de posibilidad, por descabellada que fuera. Y para mi disgusto el chico de ojos negros tenía todas las papeletas de ser algo horrible. Esa forma de moverse, como un suspiro, una sombra. Criaturas que te atacan en los sueños; estaba segura de que eran sus ojos los que me acechaban en la noche, en los recovecos más oscuros. Ese aura oscura y maligna que lo rodeaba, que me producía terribles escalofríos cada vez que lo tenía cerca. Realmente no había nada que me hiciese sospechar más allá de suposiciones y sensaciones, pero todo ello bastaba para que mi mente se descontrolase en busca de una respuesta. La paranoia me estaba arrebatando la cordura, y de paso la salud. No recordaba la última vez que me había sentido enferma con solo respirar. No era nada concreto, solo un estado de cansancio irreparable que me saturaba por completo.

Froté mis sienes con frustración, demasiado agotada como para siquiera pensar, y decidí en un último intento desesperado volver a

poner música en mi teléfono. Poco a poco el sonido arrullador del piano me hizo olvidar las manos que se habían aferrado a mi garganta y conseguí conciliar un sueño sin pesadillas.



El sonido de mi teléfono me despertó de golpe, haciéndome dar un respingo sobre la cama. Me desenredé como pude de entre las sábanas, que parecían haberse fusionado con mis piernas, y rebusqué el móvil por toda la cama. Me había quedado dormida con él junto a mi mano y quién sabía cuántas vueltas había dado desde entonces. Cuando al fin lo alcancé descolgué rápidamente sin siquiera comprobar de quién se trataba.

—Zoe. —La voz de Hallie sonaba animada, lo que me alegraba enormemente—. ¿Te he despertado? Debes de estar gastándome una broma.

Con un gruñido me dejé caer en la cama de nuevo y estiré mis músculos, que todavía parecían un tanto agarrotados, mientras asentía con la cabeza.

—Ajá —murmuré—. ¿Qué hora es? —pregunté, dejando escapar un bostezo por accidente.

—Son casi las cuatro de la tarde. —Sus palabras me impulsaron a levantarme como un resorte.

Sin dejar el teléfono me puse una bata fina y bajé corriendo las escaleras, casi cayendo por culpa de las zapatillas mal puestas, directa a la cocina. Maldije en voz baja, lo que me faltaba era despeñarme y romperme el cuello. Observé una nota en la mesa, con la letra ordenada de mi padre.

> Hoy no podré comer en casa, cielo, nos veremos esta noche. Besos.

Suspiré sonoramente tras leerla.

—¿Sigues ahí? —preguntó Hallie, ya que llevaba un buen rato sin contestarle.

—Sí, perdona. Es que creí que había dejado plantado a mi padre para comer. —Los fines de semana, salvo días con demasiado trabajo como aquel, procurábamos comer juntos al menos una vez. No es que no lo hiciésemos habitualmente, pero preparábamos entre los dos un plato que solía cocinarle mi madre y él me había enseñado a mí. No es que nos saliera demasiado bien, aunque era divertido y nos distraía—. Pero hay una nota. Supongo que lo veré de noche.

—Déjalo para mañana. —Fruncí el ceño ante la contundencia de su afirmación, tratando de revisar en mi agenda mental qué clase de día especial era—. Hoy es la fiesta, ¿recuerdas? —Me golpeé levemente la frente. Habíamos hablado del tema a principios de semana, lo que se me antojaba ya muy lejano, y no me había vuelto a acordar—. Y tú tendrías que estar en mi casa en exactamente tres minutos. —Miré el reloj y, efectivamente, eran las tres y cincuenta y siete—. Pero como soy un alma benevolente y comprensiva te permitiré que llegues tarde. Aunque no mucho.

Reí ante su comentario. Desde la muerte de Aaron no había vuelto a oírla hacer sus típicas bromas, y ya las echaba de menos. Una parte de mí se sentía fatal por no tenerla al tanto de mis investigaciones en torno a Alix Hayes y sus misterios, pero no quería preocuparla sin motivo. Además de la altísima probabilidad de que me tomase por loca o paranoica. Seguramente ambas. Aunque no me sorprendería que supiese que le ocultaba algo; después de todo, había acertado con el examen sorpresa de inglés.

—Me ducho y ya voy, ¿de acuerdo? No tardaré nada. —Ella asintió tras el teléfono y colgué la llamada.

Miré a mi alrededor unos segundos para centrarme. Garabateé rápidamente en la parte trasera de la nota de papá explicando que estaría con Hallie toda la noche y subí las escaleras de dos en dos de camino al baño. Me duché más rápido de lo que nunca había hecho y ni siquiera me molesté en secar mi cabello, ya lo haría más tarde. Me vestí con cualquier cosa y metí varias prendas en una mochila que me eché al hombro. Tras asegurarme de que todo estaba en su sitio y las ventanas bien cerradas tiré de la puerta y eché la llave. Resoplé,

apartando un mechón que se me había metido en los ojos; sin duda el prepararse rápido no era lo mío, me angustiaba demasiado.

No tardé en llegar a casa de Hallie, que me recibió con una enorme sonrisa, aunque no tardó en borrarse de su rostro para convertirse en una mueca.

—¿Qué ocurre? —pregunté abriendo demasiado los ojos, alarmada, y algo sofocada a causa de la pequeña carrera que me había pegado. Lista en veinte minutos, lo jamás visto. Bueno, casi. Tuve la tentación de girarme al barajar la posibilidad de que algo aterrador se encontrase a mi espalda.

—¿Te has visto el pelo? —señaló. Entré a su recibidor y observé con horror en el reflejo que estaba hecho un desastre, encrespado como si fuese una oveja. Volví a mirarla, que ya me observaba con el ceño fruncido, y eso solo podía significar una cosa.

—No —le advertí, arrancándole una sonrisa—. No. Vamos, por favor… —pedí, aunque ella continuaba asintiendo—. No lo veo necesario.

Pero minutos más tarde allí me encontraba, sentada en su cuarto de baño y sintiendo el calor de la plancha al alisar mi cabello. Era algo que le encantaba hacer, aunque apenas le dejaba. Desde que un día me había quemado un mechón de pelo no había vuelto a confiar en ella de la misma manera. Había tenido que hacerme un pequeño flequillo que había tardado años en crecer de nuevo. Por eso no solía dejarle hacerlo, aunque no había podido resistirme a su súplica esta vez.

—Un poco más y listo.

Finalmente desenchufó el artilugio y, tras apartarlo bien lejos de mí, retiró mi cabello detrás de mis orejas. No estaba acostumbrada a llevarlo tan liso, aunque me encantaba. Me miré un par de minutos más en el espejo del baño, tratando de ignorar las sombras apenas perceptibles que permanecían todavía en mi cuello, y decidí que era un buen momento para mostrarle todo lo que había cogido del armario. No tenía muy claro qué ponerme; como me había olvidado por completo no lo había pensado a lo largo de la semana, que era lo que solía hacer cuando íbamos a algún sitio fuera de lo habitual.

—Ponte… —Meditó unos instantes—. La blusa verde con los vaqueros

ajustados. Te dejo los tacones.

Cogí la ropa y me cambié, miré mi reflejo y sonreí con satisfacción. Era una blusa de mangas largas y amplias, retenidas por el puño al final, con un escote en pico hasta debajo del pecho. El pantalón era ceñido y me hacía buen culo, como siempre decía Hallie. Ella dio su aprobación mientras me tendía los tacones negros un poco anchos, como sabía que me gustaban, ya que nunca me había entendido bien con los finos que mi amiga solía usar. Se puso una falda ajustada de color granate y una camiseta negra de manga larga, ceñida también.

—Vamos allá —dije con una sonrisa.

—Vamos allá —secundó.

La fiesta era en casa de Charlie Preston, un chico con el que había salido el año anterior. Iba a ser en el bosque, como siempre hacía, pero con todo lo que estaba ocurriendo el cuerpo de policía no creyó que fuese responsable permitirlo. Aunque no entendía muy bien la diferencia, pues su jardín colindaba con parte de la frondosa arboleda. Sus padres se habían ofrecido encantados —todo lo que fuese presumir de casa era bienvenido entre alguna gente del pueblo—, y habían dicho que mientras nos mantuviésemos en el interior no habría problema. Veríamos cuánto tiempo aguantaban un puñado de adolescentes borrachos sin salir a perderse por el bosque.

Llegamos y el ambiente ya olía a alcohol a pesar de apenas haber empezado. La música era alta y ensordecedora, algo que me servía para acallar las voces y locuras que rondaban mi mente y no me dejaban dormir. Después de todo, la fiesta había sido buena idea para alejar las paranoias que me azotaban las últimas semanas. Hallie me dijo algo que no alcancé a entender y desapareció unos minutos, volviendo con dos vasos grandes de plástico. Di un trago para comprobar lo cargado que estaba y subimos al piso superior en busca de un lugar un poco más tranquilo. Era algo difícil movernos teniendo en cuenta todos los cuerpos que se apilaban bailando las canciones que sonaban, aunque finalmente logramos algo de espacio en uno de los balcones. Al menos estábamos al aire fresco, evitando el calor excesivo que había en el interior y que pronto traería un innegable olor a sudor y humanidad.

—Parece que se va animando la cosa —comentó Hallie contoneándose ligeramente al ritmo de la música.

—Yo la veo más que animada ya —me carcajeé mientras daba otro sorbo. Sin darme cuenta ya había terminado mi bebida, aunque mi mano no estuvo mucho tiempo vacía. Agradecí al desconocido que me había dado el nuevo vaso.

—Las fiestas de Charlie. Nunca pasas sed —rió Hallie dando un sorbo.

—No sé qué hacía con él —indiqué mirando a todas partes, considerando la opción de encontrarlo con sus amigos ricachones de siempre. No me incomodaba su presencia, si no no estaría en la fiesta, aunque encontrármelo de frente no estaba precisamente entre mis deseos—. Cuanto más lo pienso menos lo entiendo. Somos tan diferentes. —Y aún así no podía evitar recordar con cariño los momentos bonitos que habíamos pasado. Di un trago antes de que Hallie pudiese responder, ya que imaginaba lo que diría, y tosí un poco—. No sé qué le echa a esta mierda —dije algo más alto para que pudiese escucharme—, pero siempre me emborracho muy rápido. De hecho, creo que ya lo estoy un poco. —Mi risa floja me delataba. Eran vasos grandes, lo cual influía si llevabas la misma velocidad que yo, además de que por el sabor parecía ser una mezcla de varios licores de nombres impronunciables. Desde luego algo en mi cerebro me decía que parase, sobre todo estando en un balcón. No sería la primera vez que alguien quisiese probar si llegaba a la piscina desde allí.

—La verdad es que no entiendo cómo a los padres de Charlie les parece bien esto —dijo, acercándose a mi oído para que la oyese.

—Porque así pueden ser los padres más enrollados del pueblo —respondí en tono burlesco, dando lo que pretendía que fuese el último trago—. Ellos son así. De hecho, todo su grupo de niños ricos es así. Repito que no entiendo qué hacía con él.

Mi mirada se perdió entonces más allá de la puerta que nos devolvía al interior. Allí mis ojos se encontraron con los de Alix, que al verme dibujó una sonrisa y dio media vuelta para marcharse. Cerré los ojos, frustrada porque ni siquiera en una fiesta pudiese dejarme tranquila, y me giré para mirar al bosque. Quizás si mi mirada se perdía entre la frondosa y oscura arboleda lo olvidaría y podría reconectar con la fiesta. Lo que no esperaba era encontrarlo allí de nuevo, en el límite entre la civilización y los árboles, observándome. Miré mi vaso y de nuevo a él. No era posible haber llegado tan rápido, mucho menos con la cantidad de gente que había en el camino.

—¿Zoe? —preguntó Hallie, consciente de que me había sumergido en

mi propio mundo, sin estar al tanto de lo que me acechaba.

—Ahora vengo.

Hallie trató de detenerme, pues no quería quedarse sola, pero le dije que estaría de vuelta enseguida. Si ese cabrón quería jugar conmigo iba a ponérselo muy difícil.

Salí a trompicones de la casa y di un último trago al vaso. Aunque quizás no fuese la mejor idea, algo que estaba segura de que completamente sobria nunca hubiera hecho, en aquel momento a mi rabia interior le pareció buena idea adentrarse en el bosque para pedir explicaciones al chico. Fui a donde él había estado, justo en el límite, pero ya no había nadie. Me estaba tanteando, estaba claro. Inspiré hondo y di unos cuantos pasos al interior de la arboleda. No me alejaría demasiado, solo lo suficiente para ver si seguía en las inmediaciones. Ningún animal se acercaría, una cosa era aproximarse a zonas habitadas y otra muy distinta a una casa llena de luces y ruidos estridentes. Si es que eso era un animal, algo que comenzaba a dudar en serio. Di un par de vueltas sobre mí misma, algo desorientada, sin encontrar ni rastro de él.

—Bu —susurró una voz a mi espalda, haciéndome gritar de verdadero terror. Entonces Alix apareció frente a mí, con esa media sonrisa que tanto lo caracterizaba—. El bosque es peligroso, Zoe, ¿qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo. —Mis palabras se atropellaron debido a la mezcla explosiva entre nervios y alcohol, saliendo en un exabrupto exacerbado.

—Te lo digo en serio, sal del bosque. —Su sonrisa no se torció ni flaqueó, pero su tono resultaba amenazante—. No quieres encontrar lo que pueda haber por aquí.

—Creo que tú eres lo más peligroso que puedo encontrar por aquí —repliqué, para después añadir con voz contundente—. Acosador.

—¿Yo, acosador? —caminó hacia mí, haciéndome retroceder, y ya no me pareció ver atisbo de su habitual tono sereno. Su sonrisa se había borrado completamente, sus palabras salían en una mezcla de amenaza y tormento—. Eres tú la que se dedica a perseguirme y acusarme de cosas sin sentido.

—¿Sin sentido? —pregunté. Di un traspiés hacia atrás gracias a los

tacones, que se enterraron en la tierra fresca, y él me sujetó para estabilizarme. Tardé unos segundos en reaccionar y aparté su agarre de un manotazo, mirándolo fijamente—. Para mí tiene todo el sentido del mundo.

—Debes de ser la única. Ilústrame con tus descabelladas ideas que me convierten en acosador — alzó el tono, claramente molesto, y por un segundo temí sus manos. Que volviesen a aferrarse a mi cuello con ferocidad.

Fruncí el ceño un instante y traté de ordenar los pensamientos que bailaban sin control en mi cabeza sin mucho éxito. Todo me daba vueltas, y aunque parte de ello era debido al alcohol, sin duda la mayor parte era la angustia que me producía tenerlo a escasos centímetros de mí y recordar sus manos asfixiándome. Acaricié mi garganta sin apenas ser consciente, movimiento que no pasó desapercibido para él, pues torció levemente la cabeza.

—Si hiciese caso a mis teorías no te tacharía de acosador, sino de asesino y monstruo. —Miré al suelo y me reí, una mezcla de nerviosismo e incredulidad ante lo que iba a sugerir—. Claro que son ridiculeces. Pero en un pueblo donde la gente desaparece al entrar en un lago, ¿de qué debería sorprenderme?

En un movimiento inhumanamente rápido me apresó contra un árbol, sus brazos a ambos lados de mi cuerpo impidiéndome escapar. Sentí su aliento contra mi rostro, cálido y húmedo, y mi corazón comenzó a latir desbocado. Mi pecho ascendía y descendía demasiado rápido, tanto que casi dolía.

Lo había provocado y me había confirmado lo que sospechaba. No podía ser humano, no con esa forma de moverse.

—Deja las ridiculeces a un lado y puede que aún estés a tiempo de escapar. —Sus labios se movían con lentitud, su presencia resultaba embriagadora—. Mejor, vete de aquí ahora mismo, márchate con tu padre del pueblo y no volváis. No es un buen sitio para ti. Ni para nadie.

—Deja tú los secretismos y dime lo que eres. —Apreté la mandíbula con fuerza.

—No me tientes. —La sonrisa regresó, aunque era mucho más amarga. La conversación estaba tomando un ritmo vertiginoso, con

intercambios constantes de información a medias—. Si lo hiciese todo sería más fácil para mí, porque huirías sin dudarlo.

—¡Dilo! —le grité, acercando mi rostro inconscientemente al suyo. Estábamos ya a escasos centímetros—. Deja de jugar conmigo porque voy a volverme loca.

—¿Cómo has sabido que soy algo? —dio otro rodeo a la conversación, acariciando con el dorso de la mano mi mejilla. Me estremecí ante su tacto, aunque no fui capaz de apartarme. No cuando, contra todo pronóstico, resultaba tan agradable. Una parte de mí creía que todo era una locura, pero se había movido demasiado rápido, como la estela de una sombra. Eso sí que era imposible.

—Una corazonada. Y por esa corazonada te has expuesto, confirmándolo. Así que ahora suéltalo. — Cuanto más me tanteaba más nerviosa me ponía. Estaba segura de que el hecho de que jugase conmigo no tendría un buen final para mí si estaba en lo cierto.

—Dilo tú —me indicó—. Di lo que piensas. Háblame de esas ridiculeces. Me fascinas. —Sus dedos recogieron una lágrima que resbalaba por mi rostro. Los nervios me estaban jugando una mala pasada. Mis piernas temblaban tanto que en cualquier momento fallarían al sostenerme.

—Creo que eres… —Hice una pausa, porque hasta en mi mente embriagada sonaba estúpido, pero lo solté de golpe. Como quien arranca una tirita rápidamente para que duela menos—. Un vampiro.

Sus pozos negros me miraron unos segundos fijamente, bailando entre mis ojos y mi boca, y de repente estalló en una carcajada ronca. Maldije en mi interior, si todo eso era alguna clase de broma me vengaría de la peor forma posible. Me sentía como si estuviese en una cámara oculta.

—Qué mona —expresó con una sonrisa, arrugando levemente la nariz —. Pero esto no es Crepúsculo, dulzura. —Fruncí el ceño ante su comparación. Su rostro se ensombreció antes de continuar—. Si fuese un vampiro estarías a salvo de mí. Pero créeme, soy algo mucho peor.

Tragué saliva con fuerza, y esta pasó con dificultad por mi faringe. Fuese lo que fuese ya no tenía sentido correr, golpearle o llorar. Solo quedaba pedir que fuera rápido. Cerré los ojos con fuerza antes de pronunciar mis últimas palabras. Siempre me dijeron que la curiosidad

mató al gato, pero al menos este gato moriría sabiendo.

—¿Y qué eres? —Mi voz salió como un débil murmullo, y por un momento dudé que me hubiese oído.

Sentí cómo se acercaba a mí, su mandíbula angulosa rozando mi cuello cuando aproximó sus labios a mi oreja, su aliento cosquilleando mi lóbulo. Separó los labios y lo escuché lamer uno de ellos.

Inspiré con fuerza, preparada para el final de todo.

—Un demonio.

6. Oniria

Cerré los ojos con fuerza de nuevo, tanto que comencé a ver lucecillas blancas, esperando que echara a reír y me confesase que me estaba gastando una broma pesada. Pero cuando los volví a abrir me observaba con curiosidad, sus ojos oscuros mostrando una diversión extraña, y la cabeza ladeada. Su mirada era depredadora, salvaje. Tragué saliva y solté de una bocanada el aire que estaba conteniendo.

—Entonces tú… Tú… —comencé a decir, temblando y tartamudeando —. Tú mataste a Aaron. Tu fuiste el que entró en mi casa y quiso estrangularme, tú… Eres un monstruo.

Una sonrisa se dibujó en sus labios y acercó su mano a mi cuello, rodeándolo pero sin apretar, ascendiendo en una suave caricia que me hizo estremecer, para detenerse al aferrarse a mi mentón. Mi pecho ascendía y descendía con rapidez, temiendo que en cualquier momento daría mi último aliento. Sus labios se entreabrieron, mas tardó varios segundos en pronunciar palabra.

—Te aseguro que yo no hice ninguna de esas cosas. —Acercó su rostro al mío, acariciándome con su cálido aliento—. Tengo mis propios propósitos en este pueblo, y por el momento ninguno de ellos es matar a nadie. Te daré explicaciones, pero no será aquí ni ahora. Debes volver a la fiesta. — Miró atrás sobre su hombro, donde la potente música era tan solo un murmullo—. Tu amiga se preguntará dónde estás y no queremos que tu padre y el jefe de policía se alarmen.

—Pero… —Apenas era capaz de ordenar mis pensamientos, mi cerebro estaba completamente embotado. Su tacto era como un imán, una parte de mí no quería separarse de él.

—No me busques. Yo iré a ti cuando sea el momento. Sé que te cuesta acatar órdenes, pero no quiero que recaiga sobre mí si cometes cualquier estupidez. —Se acercó a mi oído de nuevo, haciendo que mis piernas temblasen sin control—. Tranquila. Si quisiese matarte ya lo habría hecho. Estás a salvo por el momento. —Su mano libre bajó hasta mi cintura y se recreó un instante en acariciarla con delicadeza —. Ahora vuelve a la fiesta.

De forma brusca nuestras pieles perdieron el contacto, haciéndome

sentir una sacudida de vuelta al mundo real, y cuando quise responder ya no estaba en ninguna parte. Se había esfumado sin dejar rastro. Me tambaleé, necesitando unos segundos para deshacerme del apoyo del árbol sin caerme, y avancé desorientada por el bosque hasta que llegué al jardín trasero de Charlie. Froté mis ojos con fuerza. Nuestro encuentro había sido tan surrealista que apenas podía creer lo que había ocurrido. Pero ahora tenía claro que no había nada de humano en Alix Hayes, y no sabía cuán peligroso podía llegar a ser el terreno en el que me estaba metiendo. Podía estar mintiéndome, jugando conmigo solamente para hacer más divertida la caza. Sin embargo, algo me decía que debía confiar en él, que era sincero. Y no tenía ni idea de si realmente era así o se trataba de un magnetismo diseñado para atraer a la presa.

—Zoe, ¿dónde demonios te habías metido? —Me reí involuntariamente de su elección de palabras mientras se precipitaba junto a mí, sonando preocupada por encima de la música—. Te he buscado por todas partes, desapareciste de repente. —Reparó en mi rostro y enmudeció unos segundos—. ¿Qué te ha pasado? Parece que hayas visto un fantasma.

Mis ojos azules se fijaron en ella y tardé en responder, pestañeando en exceso, todavía algo desorientada. Era como si durante toda la conversación en el bosque hubiese estado en otro mundo.

—Sí, sí. Perdona —respondí precipitadamente—. La bebida… Me sentó mal, creo, y tuve que salir a vomitar. La verdad es que no me encuentro nada bien, quiero volver a casa. —Tuve la esperanza de que no notase la ferviente súplica en mi petición.

A cada palabra que decía mi voz sonaba más desconectada con mi mente, como si no acabase de ser yo quien las pronunciaba, y me estremecí al recordar los ojos negros de Alix. Tenía algo que me provocaba, aunque no entendía exactamente de qué manera.

—Ya, creo que ha sido el peor garrafón de la historia. —Se llevó la mano a la cabeza, sonriendo. Forcé una pequeña sonrisa en respuesta, intentando transmitirle que todo iba bien. Aunque para nada era así.

—Eh, chicas. —Una voz se arrastró hacia nosotras, claramente perjudicada. No tardé en reconocer a Charlie—. Zoe, ¿podemos hablar? Tenía ganas de verte hoy, he tardado en encontrarte.

—No es el momento, Charlie —murmuré. Como siguiese hablando

mucho más iba a echar hasta la bilis. Él sonrió y puso una mano sobre mi hombro.

—Estás guapísima, aunque tienes mala cara —comentó. Su cabello castaño apuntaba a todas direcciones. Estaba claro que hacía tiempo que no se lo cortaba. Quizás por fin fuese a seguir sus deseos de dejárselo largo, algo que no hacía más que repetir cuando estábamos juntos pero finalmente nunca cumplía.

—Charlie, vete ya, no me encuentro bien.

—Eh, ¿quieres volver dentro? Seguro que puedes tumbarte a descansar en algún cuarto.

—Será mejor que la dejes tranquila —advirtió Hallie interceptando su agarre, que se dirigía directo a mi brazo. Yo los observaba con el estómago cada vez más revuelto. El fuerte olor a alcohol que desprendía mi ex novio no hacía nada por ayudarme, junto con el sabor asqueroso que se estaba formando en mi boca—. Nos vamos a casa.

—Venga, quedaos un rato más. Por favor —suplicó con esa sonrisa fascinante que siempre había tenido.

—Fuera, ahora.

No debería haber hablado. Mis palabras fueron el mecanismo que activó por fin los deseos del líquido de mi estómago, que pugnaba por salir, y no pude evitar inclinarme hacia delante para vomitar. La mezcla de alcohol y emociones salieron hacia delante sin poder hacer nada para remediarlo, salpicando a Charlie de una mezcla asquerosa que todavía me hizo sentir peor.

—Joder, Zoe, qué puto asco. Tienes que aprender a beber —dijo él dándose media vuelta, amenazando con vomitar también, y se encaminó hacia la casa. Lo miré con los ojos entrecerrados y las manos sobre las rodillas, todavía jadeando en busca de algo de aliento. Aunque trataba por todos los medios de no respirar por la nariz, ya que eso probablemente me haría vomitar de nuevo.

—¡Quizás si no nos hubieses dado esta mierda de bebidas! — gritó Hallie antes de apoyar su mano en mi espalda para intentar reconfortarme.

—Al menos me he librado de su inminente intento de volver a ligar conmigo —dije con una débil risa. Ella emitió una carcajada en respuesta.

—Tranquila, ¿sí? Le pediré a mi madre que nos recoja. Puedes quedarte en mi casa.

Asentí y ella sacó el móvil de su bolsillo para hablar con Allison. Por inercia cogí mi teléfono, solo para hacerme desear no haberlo hecho al leer el mensaje que me esperaba en la pantalla.

Te veo.

Lo bloqueé sin responder y miré a mi alrededor, aterrorizada. ¿Podía tratarse de Alix? En esos momentos no podía estar segura de nada, y cualquier posibilidad parecía probable, pero quería creer que el supuesto demonio era alguien en quien podía confiar. Al menos, todo lo que pudiese confiarse en una criatura así.

—Ven, vamos a sentarnos allí mientras esperamos. Estás más pálida que antes.

Asentí y tomé la mano de Hallie, dejándome arrastrar por ella mientras mi mirada se perdía en el bosque, incapaz de olvidar la mano de Alix rodeando mi cuello con delicadeza. Era imposible que aquel tacto cálido fuese el mismo que había intentado estrangularme en mi cuarto. Antes creía que había sido el culpable, pero después de probar el suave tacto de sus dedos deshaciéndose en caricias esa opción había quedado anulada por completo. No podía haber sido él. Nos sentamos en el porche a esperar y Allison no tardó en aparecer. Llegamos a casa de Hallie y, en cuanto me dejé caer en la cama, me sumí en un profundo sueño, agotada mentalmente. Necesitaba olvidarlo todo por unas horas.

Todo era blanco a mi alrededor. De nuevo el mismo sueño, el camisón fino apenas cubría mi piel, y nada que indicase hacia dónde ir. Sentía el cuerpo pesado, mis pies se negaban a caminar, así que esta vez decidí no moverme. Después de todo había dos opciones: que algo ocurriese igualmente, o que mi estatismo hiciese morir el sueño ahí. Incluso podría desencadenar un cambio de escenario, lo cual quizá resultase interesante. No tenía ganas de que un nuevo sueño volviese a repetirse en bucle en mi mente. Miraba a mi alrededor, a ese enorme lugar vacío, con curiosidad. Aparté mi cabello sobre un lado, algo nerviosa, esperando quizás la aparición del temido demonio. Ahora que sabía lo que él era me

preguntaba si su aparición en mis sueños se debía a mis propios delirios o de alguna forma él podía adentrarse en el plano onírico. No descartaría ninguna opción. Como si escuchase mis pensamientos apareció frente a mí, dando pasos al frente que se desdibujaban en ondas en el suelo. Una brisa fresca sacudió mi camisón e hizo que me encogiera levemente. No podía hacerme daño en mis sueños, ¿no? Aunque tampoco estaba segura de que quisiera hacerme daño. Se detuvo ante mí, a escasos centímetros, y una sonrisa de medio lado se dibujó en sus labios.

—Me esperabas —reflexionó. Mis labios se entreabrieron pero finalmente no hice más que asentir —. Debo admitir que estaba deseando volver aquí.

Alzó la mano y acarició mi mejilla con el dorso de esta. Me estremecí. Su tacto era más real que cualquier sueño posible.

—¿Cómo haces eso? —pregunté. Permanecía en mi sitio, estática, recibiendo sus casuales caricias sin apenas pensar con claridad.

—Puedo hacer muchas cosas que tú desconoces.

Avanzó un paso, pegó su cuerpo al mío y aproximó sus labios a mi cuello. Su piel me rozó, enviando descargas eléctricas directamente a mis nervios, las puntas de mis dedos hormigueando con una sensación indescriptible. Su aliento acariciándome se tornaba algo demasiado extasiante. Con una mano retiró un mechón tras mi oreja. Cerré los ojos e incliné levemente la cabeza hacia atrás, sintiendo un cosquilleo en mi vientre a medida que sus labios acariciaban mi cuello sin llegar a quedarse, solo leves roces. Suspiré y percibí cómo sonreía sobre mi piel.

—¿Lo sientes? —preguntó—. Puedo enseñarte muchas cosas, Zoe, solo debes confiar.

Acarició mi cintura y me atrajo contra sí, lo que hizo que nuestros cuerpos quedasen todavía más pegados si era posible. Sus labios bajaron por mi hombro, después por mi clavícula. Abrí los ojos y él me observaba sin apartar su dulce tacto. Su cabello estaba algo despeinado.

—No sé… —Mis palabras eran entrecortadas a causa de la temperatura que empezaba a ascender por mis mejillas, que seguramente se estaban enrojeciendo. Él alzó el rostro y sus labios quedaron a milímetros de los míos—. ¿Cómo confiar en un demonio? Todo lo que está ocurriendo en Dark Lake, yo…

—Confía, Zoe. —Su pulgar acarició mi labio inferior, haciéndolo

descender—. Confía.

Entonces él desapareció y todo se volvió negro.

Abrí los ojos de golpe, mas no me incorporé en la cama para no despertar a Hallie. Mi respiración era acelerada y entrecortada. Tuve que realizar un gran esfuerzo para normalizarla de nuevo. Me llevé la mano al cuello, allí donde había recibido las caricias de los labios de Alix. ¿Ahora estaba teniendo sueños eróticos con un demonio? Necesitaba saber si eran solo producto de mi imaginación o si realmente eran encuentros reales. Porque lo cierto era que lo parecían. Se sentían muy reales.

—Oye, ¿qué haces despierta? —murmuró Hallie. Con la luz de la luna que entraba por las rendijas de la persiana pude percibir cómo sus ojos estaban abiertos y mirándome fijamente.

—Nada, perdona. Me acabo de despertar, pero volveré a dormirme enseguida.

—¿Estabas soñando con el chico nuevo? —preguntó risueña mientras me daba un codazo. Fruncí el ceño con una sonrisa y agradecí la penumbra que nos envolvía.

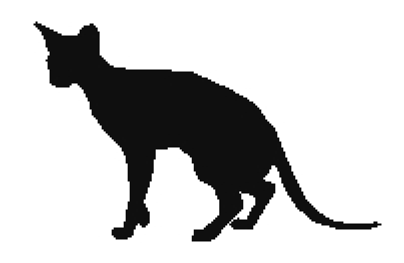
—No, qué va, claro que no —reí.

—Pues dijiste su nombre. Varias veces. —Me mordí el labio, sabiendo que me había pillado—. Lo sabía.

—Sigue durmiendo —reproché, dándole la espalda y cerrando los ojos con la esperanza de volver a caer dormida enseguida. Todavía tenía el alcohol dando vueltas a su antojo por mi organismo, haciendo que todo me diese vueltas cuando hacía cualquier movimiento brusco.

—Pero… —protestó, haciéndome ver que quería hablar sobre el tema. El caso es que yo me negaba a hablar sobre Alix Hayes, pues no podía contarle nada acerca de lo que era realmente. Sería demasiado peligroso para cualquiera que lo supiera; estaba segura de que ya lo era para mí, aunque todavía no sabía cuánto. —Sigue durmiendo —repetí entre risas.

Se quedó en silencio, resignada, y con el simple sonido de nuestras respiraciones logré dormirme de nuevo, esta vez sin sueños que recordar.



Cogí una tostada y comencé a untar la mantequilla, concentrada en quién sabe qué. El domingo lo había pasado sola en casa con Ast, ya que mi padre había salido en una larga partida de búsqueda sin éxito. En cambio el lunes, si todo iba bien, se tomaría un día de descanso. Por eso pensaba volver directamente de clase con el fin de aprovechar la oportunidad. Di un mordisco, disfrutando de la textura de la mantequilla y el crujir del pan recién salido de la tostadora.

—¿Habéis descubierto algo? —pregunté. Estaba claro que Alix me debía muchas explicaciones y, aunque todavía no sabía mucho, me aterrorizaba pensar que ese animal era un demonio al que mi padre podía acercarse demasiado y salir perjudicado. Por no hablar del misterio del lago, del que estaba segura que también tenía información para mí. Tantos años de desapariciones inexplicables debían tener un sentido, y él sabía algo. —No demasiado, la verdad —dijo mi padre mientras untaba la mermelada—. Todo el tiempo lo mismo. Huellas enormes e irreconocibles que no llevan a ninguna parte. Y el lago, donde no hay absolutamente nada. No sale nada en los análisis del terreno.

—Quizás deberíais dejarlo estar —sugerí dando un trago de zumo, y me empleé en lograr que mi tono pareciese despreocupado—. No creo que encontréis nada.

Mi padre me miró y alzó una ceja, sorprendido y decepcionado.

—Yo jamás dejaría de buscarte, cariño, y Harold tampoco lo hará con su hija.

—En el lago siempre se deja de buscar, papá —indiqué. Lo miré seria. Siempre me había dicho que mi madre había muerto, ridiculizaba los rumores que decían que se había perdido en el lago. Pero aunque así hubiese sido, habría tenido que dejar de buscar. Por el bien de todos,

por no perder la cordura—. Y lo sabes. No encontraréis nada, los buzos se niegan a introducirse en sus aguas. Si los aparatejos que usáis para analizar el fondo no detectan nada es porque ahí no hay nada. Sabemos perfectamente lo que hace ese lago. —Su mirada se ensombreció y yo me encogí levemente—. Y el bosque… Cualquier animal lo suficientemente astuto como para engañaros y llevaros a callejones sin salida es peligroso. Dejadlo estar, no se ha vuelto a acercar nadie.

Se levantó y caminó hacia mí, agachándose a mi lado. Tomó mi mano y apreté los labios con fuerza; tuve que esforzarme por contener las lágrimas.

—Sé que estás preocupada, cielo, pero tranquila. No haremos nada que nos ponga en peligro.

El problema es que no tenían ni idea de en qué se estaban metiendo. Ni siquiera yo la tenía, pero sí sabía que ya estaban poniéndose en peligro con el solo hecho de acercarse allí. La cola de Ast rozó mi pierna, distrayéndome momentáneamente y arrancándome una sonrisa mientras acariciaba su cabeza. El ronroneo en respuesta me llenó de satisfacción.

—Solo… Tened cuidado —pedí mientras daba un último mordisco a la tostada. Miré el reloj con calma—. Mierda. —Di un sorbo apurado al café y me levanté, cogiendo la mochila y echándomela al hombro. Besé su mejilla, todo ante sus risas divertidas—. No quiero llegar tarde, nos vemos para comer.

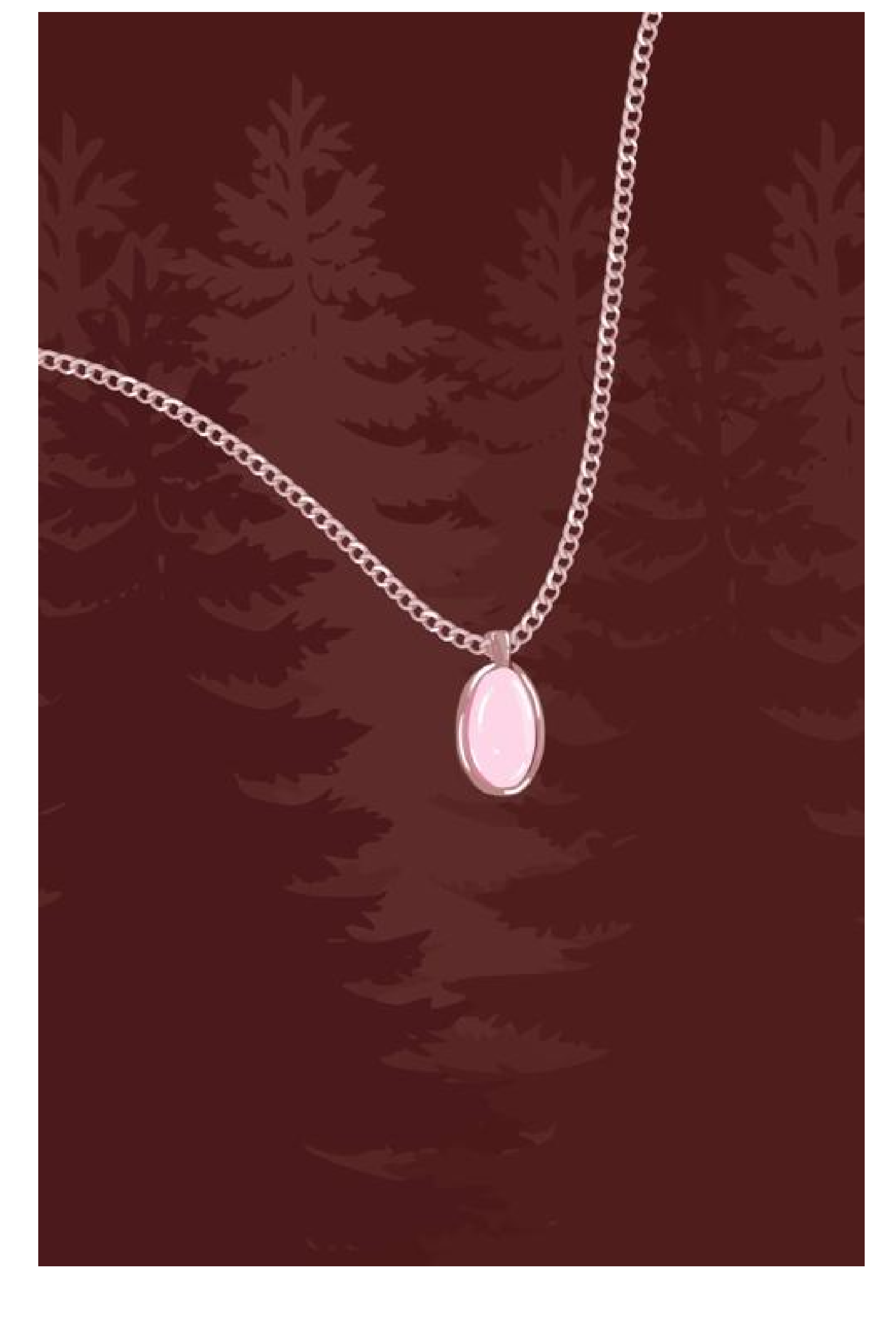
Él asintió y, tras coger las llaves, salí apresuradamente de casa. Me detuve al ver una pequeña caja en el suelo. Fruncí el ceño y la cogí. Caminé hasta la parada de autobús examinando el paquete, un papel azul lo envolvía junto con un lazo rojo. Al ver que el transporte todavía no llegaba lo abrí con cuidado para descubrir una caja de madera tallada con símbolos extraños. Acaricié los relieves, sin conocer su significado, y deslicé la tapa. En su interior se encontraba un colgante de plata y lo que parecía ser cuarzo rosa, de color muy suave y tallado de forma ovalada. Acaricié la fría piedra y tomé la nota que había en su interior.

Póntelo y jamás te lo quites. Confía, Zoe.

Saqué el collar de la caja y, con algo de dificultad, me lo colgué al cuello, complacida con el peso que depositaba sobre el hueco de mi

garganta. Estaba segura de que era de Alix y, a pesar de que no sabía al cien por cien si podía confiar en él, las energías que emanaba la joya eran puras. Agradecí el tacto frío contra el calor de mi piel.

Cuando el autobús llegó me armé de valor. Pensaba buscar respuestas, y no aceptaría un no.



7. Miguel Ángel y otras pinturas

Hallie y yo estábamos sentadas en el patio, como cada periodo libre, en una de las mesas destinadas a la comida del alumnado. Estaba terminando de comer mi plátano cuando lo vi acercarse. Tras atragantarme y asegurarme de que no iba a morir, al menos todavía, me enderecé en mi sitio y resoplé.

—Madre mía, qué martirio —murmuró Hallie enterrando su rostro entre las manos. Asentí en silencio, mortificada al extremo. Observé cómo se paraba frente a nosotras y me dedicaba una sonrisa. Noté mis orejas arder al recordar lo ocurrido en la fiesta.

—Hola, Charlie —saludé, fingiendo que no me preocupaba un nuevo acercamiento. Digamos que los últimos meses de nuestra relación habían sido demasiado intensos como para querer revivirlos; aunque por supuesto habíamos tenido cosas buenas, pero quedaban ligeramente opacadas por su vehemencia.

—Hola, Zoe —dijo él. Se sentó junto a mí, en el borde de la mesa. Lo miré fijamente, esperando a que continuase—. ¿Cómo estás? El sábado no parecías encontrarte muy bien.

—¿Lo dices porque te vomité encima? No, la verdad es que no estaba muy bien. —Hallie contuvo una risa y volvió a ocultar su rostro entre las manos. Charlie carraspeó y ajustó el cuello de su polo de marca. Podría oler su incomodidad a kilómetros de distancia.

—Ya, bueno, eso no importa. —Hizo una pausa y observó cómo alzaba una ceja en su dirección, en cuestión a las palabras que había escogido —. O sea, sí importa, pero no por mí. Yo solo quería saber si te encontrabas mejor.

—La próxima vez que sirvas alcohol en una fiesta no estaría de más mejorar un poco la calidad — añadí con una sonrisa divertida. Él meneó la cabeza, sonriendo también.

—Pues sí. Ya que estás podrido de pasta… —musitó Hallie. La miré con reproche, aunque contuve una risa que pugnaba por salir de mi garganta.

—Vale, vale, culpa mía —indicó alzando las manos en un gesto de rendición—. Bueno, además de comprobar si estás bien, quería proponerte algo. ¿Te apetece venir a ver el entrenamiento de fútbol después de clase? Luego podemos ir a cenar o algo así. Si quieres, claro.

Lo miré, frunciendo el ceño, y desvié mi vista al frente de nuevo. Vi a Alix observándonos desde la entrada. Nuestros ojos conectaron por una fracción de segundo, intensamente, y luego entró. Miré de nuevo a Charlie, que esperaba mi respuesta con una ilusión difícilmente disimulable, y resoplé.

—No, Charlie. Gracias por la oferta. —Hallie miró a otro lado, claramente intentaba disimular su diversión—. ¿Te has cansado de todas tus amiguitas ricas y has decidido volver a mí? Porque pierdes el tiempo. —Me levanté y eché mi mochila al hombro, ante su sorprendida mirada—. No te metas en algo de lo que no puedas salir bien parado, Charlie. Hazme caso.

Palmeé su hombro y me perdí entre el alumnado, sin siquiera esperar a Hallie, buscando respuestas. Cuando crucé las puertas dobles miré a todas partes. Alix no estaba por allí. Fui hasta nuestras taquillas, que se encontraban cerca, pero tampoco estaba. Quizás lo había interpretado como una señal de que lo siguiese y simplemente había sido un cruce de miradas sin importancia. Después de todo, no habíamos hablado realmente desde nuestro encuentro en el bosque. Me di la vuelta, dispuesta a regresar a junto de mi amiga y esperando fervientemente que se encontrara sola de nuevo, cuando una mano me cogió del brazo y tiró de mí hacia el baño de chicos. Miré a Alix, que tenía una sonrisa dibujada en el rostro mientras me observaba. Esa arrogante sonrisa.

—Espero que no te importe estar en el baño de chicos, en el vuestro siempre hay alguna chica retocándose el maquillaje o cotilleando pensando que nadie las oye. —Negué con la cabeza, todavía asombrada ante cómo me había atrapado. Sería tan fácil para él matarme. En menos de un pestañeo, y nadie se enteraría—. Por cierto, ¿lo de comerte el plátano de esa manera era una provocación? Porque realmente parecía una provocación. Y ha funcionado —sonrió aún más dando un par de pasos hacia mí, aunque se detuvo al ver que yo retrocedía—. Demasiado pronto para insinuaciones, de acuerdo. Te repito que no quiero matarte. No lo haría, nunca. —Lo miré con los ojos entrecerrados, intentando descifrar cuán en serio hablaba—. Llevas el colgante —señaló. Llevó el dedo a la joya que colgaba de mi

garganta en un gesto fugaz.

—Sí —musité. Estar tan cerca de él, en un lugar vacío pero a la vez tan rodeado de gente, me ponía sumamente nerviosa. Todavía no podía olvidar la conversación en el bosque, la forma en la que me miraba. La forma en la que me había tocado durante mi sueño—. Supongo que una pequeña piedra no puede hacerme daño.

—Al contrario, es una protección. Por eso no quiero que te lo quites. —Asentí, todavía no muy convencida—. Conseguiré que creas en mí, Zoe. Por el momento, sé que tienes preguntas, así que dispara. Me encanta mirar tu boca cuando hablas.

Me reí ante su comentario. Seguía sorprendiéndome lo descarado que podía llegar a ser.

—¿Qué hay de los sueños? —inquirí, apoyándome contra la mesa donde se encontraban los lavabos. Él me imitó, dejando su mano muy cerca de la mía de forma intencional.

—¿Dices esos sueños que tienes conmigo? —sonrió con burla.

—Esos mismos.

—No sé, dímelo tú. ¿Qué crees de esos sueños? —Lo miré fijamente.

—¿Siempre vas a responder así a mis preguntas? ¿Haciendo que lo adivine?

—Solo cuando tenga curiosidad por escuchar tus conclusiones.

Aparté mi mirada de la suya, intimidada ante su intensidad. En lugar de ello miré a mis pies, donde mis zapatillas se juntaban. Inspiré hondo antes de responder.

—Creo que tienes la habilidad de meterte en mis sueños. Y no sé cuánto debería asustarme eso — admití.

—No debería asustarte nada, porque ya te he dicho que no quiero hacerte daño. —Hizo una pausa y se acercó más a mí, rozando mi piel. Me estremecí ante el contacto, pero no me aparté—. ¿Te gusta que te visite en sueños? —preguntó con una sonrisa de medio lado, traviesa. Tragué saliva y lo miré fijamente, tratando de sonar lo más convincente posible sin mucho éxito.

—Me resulta totalmente indiferente. —Me encogí de hombros.

—Oh, dulzura, mientes fatal. Pero me encanta que lo intentes.

—No miento.

—Oh, ya. —Se separó de la repisa y se puso frente a mí, dejando mis piernas entre las suyas y apoyando las manos a mi espalda. Mi respiración comenzó a agitarse, nerviosa ante su cercanía, y un cosquilleo recorrió mi vientre. Exhaló su respiración en mi rostro y su nariz rozó la mía. Bajé la mirada, sentí el leve cosquilleo de mis pestañas contra los pómulos. Una de sus manos se posó en mi cintura, solo un roce, a lo que emití un jadeo ahogado. Se apartó con una sonrisa triunfal y volvió a su postura anterior—. Acabas de decirme lo contrario con tu forma de respirar.

—Quizás es solo que me das miedo —murmuré, derrotada.

—Quizás… —musitó divertido—. Vale, ¿algo más o ya ha sido muy intenso para empezar? — cuestionó. Lo miré fijamente de nuevo.

—¿Quién mató a Aaron? ¿Es otro demonio? ¿Lo conoces? — No sabía si quería saber la respuesta, pero tenía que hacerlo. Tenía que preguntar.

—Todavía es pronto para decirlo. —La sonrisa desapareció de su rostro e hizo una mueca—. No logro interpretar los rastros que deja, es como si supiese ocultar muy bien su olor. Dudo que haya algún demonio a quien no sea capaz de reconocer, pero algunos saben tapar muy bien las huellas, incluso a los de nuestra propia especie.

—O sea que el pueblo está en peligro —dije con frustración. Las esperanzas que había puesto en que Alix tuviese una rápida solución se esfumaban entre mis dedos.

—Diría que sí. Esa es una de mis intenciones aquí, descubrir quién es y qué es lo que quiere.

—¿Y por qué quieres hacerlo? Es decir, es de los tuyos, es lo que hacéis, ¿no? Matar humanos sin que os importe una mierda nuestro sufrimiento.

Alix emitió una risa ronca y negó con la cabeza.

—No todos los demonios somos tan malos. Algunos tenemos un poco de decencia. Si no, ¿por qué habría dejado el amuleto en tu puerta?

—No sé, eso me pregunto yo —musité con un hilo de voz, más para mí que para él.

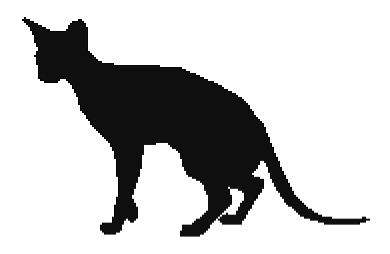
El timbre sonó, indicando que debíamos volver a clases, y él se encaminó hacia la puerta. —Suficiente charla por hoy, dulzura. Tranquila, no tardaré mucho en volver a ti. No podría resistirme aunque quisiera.

—Pero… —comencé a quejarme. Él se giró y me miró de arriba abajo, tan intensamente que todo mi cuerpo se estremeció y mis piernas amenazaron con no sostenerme más.

—Pásalo bien con el jugador de fútbol.

Guiñó un ojo y salió con rapidez, dejándome sola y confundida. Por más que intentaba descifrar el retintín que había puesto en esa última frase, resultaba difícil de creer posible cualquier tipo de reacción humana en un demonio. Aunque qué sabía yo, si acababa de enterarme de que existían. Estaba claro que los misterios de su comportamiento todavía se me escapaban. —¡Para tu información, le dije que no! —justifiqué a la nada elevando el tono de voz con la esperanza de que lo oyese.

Estaba segura de que, si me había escuchado, estaría sonriendo. Después de todo estaba entrando en su juego sin poder evitarlo lo más mínimo.



La clase de arte había acabado ya. Como el profesor de la siguiente asignatura se había ausentado se nos permitía a quienes quisiésemos quedarnos hasta el final de la jornada. Probablemente si hubiese sido

cualquier otra materia habría vuelto a casa, pero esa era especial para mí. Cuando pintaba sacaba mis demonios al exterior, y en esos momentos tenía muchos acechando. Di varias pinceladas de azul, tratando de darle el aspecto que quería, pero me estaba costando lograrlo. Mordí mi lengua con concentración, al fin conseguí que el aspecto de la gasa fuera de un rojo traslúcido bastante realista. La maestra danzó a mi alrededor y finalmente se detuvo sobre mi hombro, haciendo que parase de pintar.

—Oh, no pares, querida. Es una obra espectacular.

Entrecerré los ojos, queriendo ver qué era lo que faltaba, sin éxito alguno. Finalmente amplié mi visión y lo contemplé en su totalidad. Era un lienzo grande, solía escogerlos así. Se trataba de una joven, de espaldas, desnuda en la noche. Se adentraba en un lago, el agua llegaba ya por sus muslos, y una venda roja resbalaba de su cabeza y comenzaba a destapar sus ojos. Era muy similar al que había pintado en mi casa, como si fuesen parte de una serie, solo que ese era todavía más oscuro y tenebroso. Apreté el pincel con fuerza entre mis dedos. La luz de la luna la inundaba, arrancaba destellos en su silueta, y se reflejaba en el agua cristalina.

—Algo controvertida en el pueblo en el que estamos, ¿no crees?

La voz de Alix a mis espaldas me trajo de nuevo a la realidad. Me di cuenta entonces de que todos se habían marchado, incluida la maestra, y me pregunté cuánto tiempo llevaba ensimismada en mis pensamientos.

—Lo creas o no, mis pinturas se limitan a las preocupaciones en mi cabeza.

—¿Te preocupa el lago? —preguntó con seriedad. Asentí con lentitud sin mirarlo—. Si te soy sincero, espero que nunca descubras lo que ocurre ahí. No es un lugar al que deberías acercarte, jamás. Y nunca sin mí.

Me giré para mirarlo.

—¿No vas a contarme nunca lo que pasa en el lago? ¿El por qué la gente desaparece?— Me levanté y comencé a limpiar mis pinceles y recoger todos los útiles que había empleado.

—No si puedo evitarlo. Créeme, es por tu bien.

Su semblante serio me hizo encogerme sobre mí misma, verdaderamente preocupada por cuál sería la verdad. Sin embargo algo me decía que, si a un demonio le preocupaba lo que podría encontrar allí, desde luego no podía ser nada bueno. Porque se supone que un demonio no le teme a nada, ¿no?

—¿Y tú qué pintas? —pregunté con la voz suavizada. Me acerqué a su lienzo.

—¿Ahora te interesa lo que pinto? —inquirió con diversión mientras me seguía.

—Sinceramente, por más que no quieras matarme, según tú —recalqué—; creo que sería bueno tener de mi parte a alguien que podría hacerlo sin que le falle el pulso. Así que deberíamos intentar llevarnos bien.

—Eres una chica lista, Zoe. De acuerdo. —Extendió un brazo hacia su cuadro y lo observé. Decir que era una obra de arte era poco, los trazos perfectos dignos de la Capilla Sixtina.

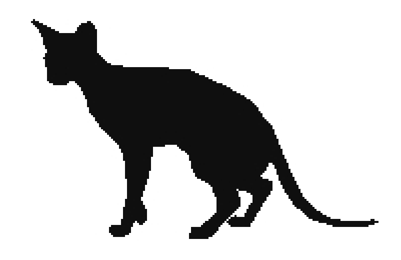
—¿Un ángel caído? —sostuve con burla. Se veía a un hombre arrodillado, desnudo, con las heridas de las alas arrancadas en su espalda, rodeado de algunas plumas en el suelo. La delicadeza del trazo era sorprendente.

—Qué puedo decir, soy todo un romántico. —Otra vez esa sonrisa en su rostro. Parecía que nunca dejase de sonreír, aunque fuese de esa manera inquietante.

—¿Sabes? Podrías haber disimulado tus dotes artísticas. Solo para no sobresalir tanto.

—Ya lo he hecho, dulzura. Te contaré un secreto. —Se acercó a mí, rozando mi oreja con su aliento —. Yo le enseñé a Miguel Ángel todo lo que sabía. Entre muchos otros, claro.

Y salió del aula sin darme tiempo siquiera a cuestionarme si se estaba quedando conmigo o de verdad había sido así. Lo que me hizo preguntarme cuántos siglos había vivido. Cuántos conocimientos encerraría esa cabellera negra que, aunque me costase admitirlo, anhelaba despeinar entre mis dedos.



Aspiré el delicioso aroma al llegar a casa. Podía escuchar desde la entrada cómo mi padre empleaba diversos utensilios en la cocina, aunque fuese incapaz de adivinar de qué se trataba. Dejé la mochila en el salón y me dirigí allí con una sonrisa. Ast me interceptó por el camino, así que en un rápido movimiento la cogí en brazos y la llevé conmigo mientras acariciaba sus orejas. El ronroneo de fondo me relajaba sobremanera.

—¿Esa ensalada lleva aguacate? —pregunté, llamando la atención de papá. Se giró sobre su hombro, perdiendo de vista el pollo durante unos segundos, y me regaló una amplia sonrisa.

—Sí, como a ti te gusta. También lleva nueces, pasas y manzana. —Mis tripas rugieron al escuchar sus palabras.

Coloqué las cosas que faltaban en la mesa mientras él terminaba de preparar la comida y eché el pienso húmedo de Ast en su cuenco. Mientras ella comía me dejé caer en la silla, agotada.

En el camino de vuelta no había dejado de pensar en la situación con Alix. Todo parecía tan surrealista. Una parte de mí todavía deseaba que fuese una maldita broma pesada.

—Delicioso, papá —admití con una sonrisa. Tomé la servilleta entre mis manos y comencé a juguetear con ella—. ¿Habéis descubierto algo más?

—Cada vez hay más huellas del animal, aunque siguen sin llevar a ningún sitio concreto. A veces parece que viviese entre nosotros, en el pueblo. —La carcajada que siguió a sus palabras dejaba claro que su sugerencia era una completa idiotez, aunque a mí me recorrió un escalofrío helado. Después de todo lo que había averiguado no lo veía algo tan descabellado.

—Papá… —comencé a decir. Cuando dejó la comida sobre la mesa y se sentó frente a mí lo miré con ojos suplicantes—. ¿No hay manera de que dejes esta partida de búsqueda a un lado? Simplemente olvídala, sigamos con nuestras vidas.

—No quiero hacer eso. —Me miró frunciendo el ceño—. Ahí fuera hay un animal suelto. Pone al pueblo en peligro. Te pone a ti en peligro. No quiero que se acerque a ti o a cualquiera de tus amigos. No podemos permitir que vuelva a repetirse algo así. Ya viste lo que le hizo al hijo de los Sheppard.

—Odio estar asustada continuamente, papá. —Corté un pedazo de pollo y, acompañado con un par de hojas de lechuga, lo metí en mi boca. Tras masticar cuidadosamente proseguí—. Siempre con miedo a que no regreses a casa una noche.

—Tranquila. —Sonrió ampliamente antes de continuar—. Soy difícil de matar.

—No me hace gracia, papá. Si algo te pasara yo…

—Eh —interrumpió, poniéndose serio—. No va a pasarme nada, ¿de acuerdo? Atraparemos a ese bicho del demonio y todo esto habrá acabado. Y en cuanto al lago, si nadie más se acerca estaremos bien. Es una solución muy fácil.

Recordé entonces lo que me había contado acerca de Kaytlin. Cómo los chicos que estaban con ella habían afirmado que parecía ida, en trance, cuando se metió en el agua. ¿Y si a eso se refería Alix? ¿Y si alguna clase de demonio era capaz de controlar la mente humana hasta el punto de estar completamente bajo su merced y obligarlo a entrar? Quizás luego los devoraba hasta no dejar nada, y por eso nadie había aparecido jamás. Me estremecí y di un sorbo al vaso de agua frente a mí, tratando de pasar con ella el sabor desagradable que estaba anidando en mi boca, mientras mi mano temblaba al punto de derramar alguna gota.

—Tened cuidado. Por favor.

—Lo tenemos. Cada día, cielo, cada día.

—Genial —musité.

Di vueltas a la comida que todavía quedaba en mi plato y finalmente

me obligué a terminarla. No quería que mi padre pensase que no me gustaba; al contrario, era un manjar que en cualquier otro contexto habría disfrutado inmensamente. Además, no podía dejar de comer cada vez que tuviese un disgusto. Algo me decía que no habían hecho más que empezar.

—Clase de arte, ¿eh? —preguntó para cambiar de tema señalándome con el mentón—. Tienes manchas azules y blancas en el brazo.

Miré mi muñeca, donde efectivamente se encontraban, y comencé a reír.

—Sí, me has pillado —dije a la par que metía otro bocado entre mis dientes.

—He visto el que tienes en tu cuarto. ¿Han vuelto las pesadillas, Zoe? Sabes que puedes contármelo. Te ayudaré, buscaremos ayuda si es lo que necesitas. Pero, por favor, habla conmigo.

Recordé esas manos fantasmales saliendo de la oscuridad.

—Papá, sabes que no me gusta que mires mis cuadros, mucho menos que te pongas a analizarlos. Los que quiera que veas, cuando estén terminados —recalqué—, simplemente te los enseñaré. — Hice una pausa, mirando sobre mi hombro a algún punto impreciso en el pasillo —. Sigo sin entender por qué no me dejas usar el antiguo despacho de mamá para pintar. A pesar de que jamás he entrado parece ser grande, tendría privacidad, y estoy segura de que dormiría mucho mejor si el olor a pintura y disolvente no se me metiera por la nariz. —Iba a reír para acompañar mis palabras, aunque el semblante serio y autoritario que había adquirido mi padre me detuvo de inmediato. Me encogí sobre mí misma. La había cagado otra vez.

—Te lo he dicho muchas veces. Nadie entra ahí, ¿entendido? El despacho de tu madre está cerrado por una buena razón. ¿Por qué no puedes simplemente dejar el tema? —Lo cierto era que desde que tenía uso de razón hacía esa pregunta periódicamente, obteniendo siempre el mismo resultado. Pero por alguna razón no podía dejar de pensar que era algo estúpido. No tenía sentido dejar un cuarto vacío cuando podía sacarle partido.

—Papá, por favor. —A pesar de que sabía que no lo conseguiría necesitaba intentarlo una vez más—. Me ayudaría a sentirme más cerca de mamá. Por lo que siempre dices pasaba horas ahí dentro.

—¡He dicho que no! —El golpe que sus puños dieron sobre la mesa, haciendo temblar los cubiertos y vasos, me hizo dar un respingo. Lo miré, con los ojos muy abiertos y sin saber qué decir—. Lo siento, cielo, será mejor que descanse. Por un día que tengo libre debería aprovechar.

—Claro. —Arrastré la silla hacia atrás, empujando con una mano el plato sin terminar hacia delante, y me levanté—. Si necesitas cualquier cosa estaré en mi cuarto. Solo si ya estás relajado cuando me lo pidas.

Sin esperar respuesta subí las escaleras, seguida de cerca por Ast, no sin antes observar la puerta de roble cerrada. Siempre estaba con la llave echada, la niña rebelde que había en mí lo había intentado numerosas veces pero era imposible encontrarla abierta. Entré en mi cuarto, tiré de la puerta con fuerza y me dejé caer en la cama con un gran suspiro. La pequeña gata saltó a mi regazo y comenzó a frotarse contra mis manos, buscando las caricias que no tardé en brindarle. El sonido de mi teléfono me sacó de mi ensimismamiento. Rodé sobre el colchón para poder sacarlo de mi bolsillo trasero y comprobé que se trataba de Jeremy. Quería que nos viésemos. Entonces recordé las investigaciones que estábamos llevando a cabo. No habíamos vuelto a hablar del tema, ni siquiera había pensado en cómo alejarlo de todo aquello ahora que sabía la verdad. Me senté y pasé las manos por mi cabello, angustiada. Mierda, Jer.

8. El susurro del demonio

Estaba en la cafetería, esperando a Jeremy, y no podía dejar de juguetear con el colgante en mi cuello. Lo deslizaba entre mis dedos índice y pulgar con la esperanza de calmar la ansiedad. ¿Qué iba a decirle? Ni siquiera había tenido tiempo a pensarlo, tan apresurado como estaba por mostrarme los supuestos nuevos descubrimientos que había hecho, las renovadas teorías que rondaban su mente. Claro que lo que yo debía lograr era que olvidase todo eso, que se centrase en sus estudios y dejase de meterse en la boca del lobo una y otra vez, cada vez más profundo. Ni siquiera sabía lo que podría ocurrir si llegase a adivinar algo de la verdad y algún demonio se enterase. Di un trago a mi vaso de zumo. No quería ni pensarlo. O lo que podría pasarme a mí. ¿Podrían acusarme de desvelar secretos a los humanos? No podía dejar que lo descubriese, no podía ponernos todavía más en peligro.

—Hola, siento haberte hecho esperar —dijo apresuradamente cuando llegó junto a mí. Se movió más cerca, como si fuera a hacer algo, aunque finalmente dio un paso atrás y se dejó caer en la silla. Su amplia sonrisa, mostrando los dientes, me estaba poniendo de los nervios—. No te vas a creer todo lo que he estado leyendo. Creo que estoy más cerca de la verdad.

—Jeremy. —Mi voz salió en un hilo agudo y chillón debido a la histeria que atenazaba mi garganta. Carraspeé para tratar de devolverla a la normalidad—. Tenemos que dejar esto. Se acabó.

Sus ojos se encontraron con los míos, y estaban cargados de frustración y decepción. Negó con la cabeza y se inclinó sobre su mochila, sacando un montón de papeles desordenados incluso más grande que las veces anteriores. Los desparramó completamente por la mesa y comenzó a hojearlos con urgencia.

—No, está todo aquí, creo que estoy tirando del hilo correcto. Hazme caso, vamos por el buen camino.

—He dicho que tenemos que parar. —Alcé la voz, aunque no demasiado con el fin de que nadie escuchase de lo que hablábamos. Nos tacharían de locos.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Acaso tienes miedo, Zoe? Querías averiguar lo que le pasó a mi hermano tanto como yo. ¿Qué ha cambiado? —Hizo una pausa y evaluó mi mirada—. ¿Es por el chico nuevo? Te vi hablando con él en los pasillos. —En ese momento recordé que Jeremy iba al mismo instituto, aunque rara vez se dejase ver, y me pregunté cuánto habría visto—. Oye, sé que tenías sospechas muy turbias sobre él, aunque no quisieses contarme nada. Estaba allí cuando se llevaron el cuerpo de mi hermano. ¿Crees que acaso tiene algo que ver? Porque si es así debes decírmelo, podemos…

—¡Basta! —miré a ambos lados y esperé pacientemente a que las cabezas que se habían girado para evaluar la situación volviesen a sus asuntos. Notaba cómo el sudor frío comenzaba a deslizarse por mi espalda bajo la fina tela de mi camiseta. No podía dejar que siguiese por ese camino, no podía dejar que se acercase a Alix. Con lo persistente que era Jeremy había posibilidades de que descubriese algo. Eso si él no decidía matarlo primero por meterse en sus asuntos, cosa que tampoco descartaría en lo absoluto—. He dicho que tenemos que parar, Jer. Hay cosas que están mejor enterradas.

—Vamos, sabes que no quieres decir eso. No puedes dejarme solo, no después de todo lo que te he contado. He confiado en ti por una razón y solo una, Zoe. Porque sé que tú puedes ayudarme con esto. Tú misma confesaste que habías visto criaturas así en tus pesadillas. No podemos ignorar eso. Tiene que significar algo.

La cabeza me daba vueltas, el sudor había dado paso a que mi visión se nublase, los bordes oscurecidos y borrosos. El no saber cómo abordar el tema con Jeremy me inquietaba. Sobre todas las cosas temía que saliese lastimado por mi culpa, por no pararlo a tiempo. Tenía que conseguirlo como fuese. Boqueé en busca de aire, que parecía fallarme por momentos, y mi garganta amenazaba con cerrarse.

—Voy al baño. Quédate aquí. Ni te muevas —advertí.

Él asintió y comenzó a ojear sus papeles mientras esperaba. Me apresuré a cruzar la puerta y me apoyé en el lavabo. Me observé en el espejo, que me devolvía una mirada aterrorizada. Quizás debía dejar las sutilezas y ser directa. Prefería hacerle daño de esa manera. Al menos sería un daño completamente reversible. La muerte no lo era. No podía sucederle nada más a esa familia. Abrí el grifo y empapé mi rostro, disfrutando de la fría sensación contra mis mejillas. Después de unos segundos así me sequé un poco y decidí regresar a la mesa.

Cuando salí choqué contra un hombre, desequilibrándome. Me disponía a disculparme cuando su mano se aferró con fuerza a mi antebrazo. Contemplé su agarre firme para después mirarlo a él. Su rostro era difuso, como si fuese incapaz de enfocar sus facciones por más que me esforzaba. Traté de zafarme, aunque eso solo incrementó la intensidad. Boqueé, lista para pedir ayuda lo más alto que pudiese, pero su voz me heló la sangre.

—Te pareces tanto a tu madre. —Tragué saliva con fuerza. La gente del pueblo no acostumbraba a hablarme de mi madre, simplemente era un tema que no se tocaba, nunca. Al menos no directamente hacia mí—. Es una pena que vayas a correr el mismo destino que ella.

—¿Disculpa? ¿Acabas de amenazarme? —cuestioné con una ceja en alto, sintiendo cómo los nervios ardían en mis venas y pugnaban por salir de forma violenta—. Porque no me gustan las amenazas.

—Es una advertencia, querida. Tu madre también jugaba con cosas que no entendía. Pero no puedes ganar la partida contra el infierno. Él siempre gana, te lo aseguro, y te llevará consigo.
Recuerda mis palabras.

De un brusco movimiento conseguí zafarme y el hombre entró rápidamente en el baño. Abrí la puerta tras él, dispuesta a increparle e incluso golpearle si hacía falta, pero no había absolutamente nadie. Miré a mi alrededor, en busca de cualquier vía de escape por la que podría haber salido, sin éxito. Me estremecí, abrazando mis propios brazos, y me apresuré a regresar a la mesa con Jeremy. Este estaba enfrascado entre sus papeles, sin apenas darse cuenta de mi presencia.

—Me voy de aquí, Jer. Ahora mismo. —Cogí mi bolso mientras él comenzaba a alzar la cabeza, todavía murmurando sobre sus descubrimientos y sin ser del todo consciente de que me marchaba.

—Mira, he pensado que puede ser cosa de demonios. —El vello de mi nuca se erizó como nunca antes al oír sus susurros y me giré para mirarlo, con la rabia hirviendo en mi piel—. ¿Sabías que cuando toman forma humana…?

—¡Se acabó! —grité sin importarme lo más mínimo que la gente se diese cuenta. Él alzó la cabeza del todo y me miró con los ojos entrecerrados—. Tienes que dejar esta estupidez ya. — Agarré como pude la mayor parte de los papeles en un puño y los metí en mi bolso, sin importarme si se arrugaban o doblaban. Lo único que quería era

tirarlos a la basura, quemarlos y que no volviese a tocarlos.

—Dijiste que me creías. Que me ayudarías. —Sus ojos se estaban cristalizando, recordándome que a pesar de su cambio físico todavía seguía siendo un niño de catorce años. Apreté los labios, sabiendo que no podía detenerme ahora.

—Te seguí el juego porque no quería que hicieses ninguna tontería. Pensé que, si te ayudaba, conseguiría que olvidases esta loca idea y me aseguraría de que no hicieses nada de lo que poder arrepentirte. Pero se te está yendo mucho la olla, Jer, y ya no es divertido jugar a los caza fantasmas. Olvídate de todo esto e intenta vivir una vida tranquila, como todo el mundo hace.

Caminé apresurada hacia la puerta, me aseguré de dejarle el dinero al camarero antes de irme y salí. Aspiré el aire fresco. Ya estaba empezando a anochecer, mis sentidos se pusieron en alerta. No podía olvidar al hombre que me había encontrado, y su extraña desaparición.

—Han asesinado a mi hermano, Zoe. —La voz de Jeremy me hizo detenerme. No me giré, aunque podía imaginar perfectamente que había dado un par de pasos al salir y me hablaba desde la puerta —. ¿De qué vida tranquila me hablas?

—Fue un maldito animal, Jeremy. —Tragué con fuerza, casi atragantándome con mis palabras y la dureza en mi voz—. Es todo lo que necesitas saber. Ahora sigue con tu vida y deja que siga con la mía. Es hora de que crezcas y asumas que ser adulto es una mierda, de nada sirve culpar a cosas mágicas e irreales de los males que nos tocan. —Hice una pausa para coger aire. Hablaba dándole la espalda, sin ser capaz de mirar cómo la expresión en su rostro se rompía—. Cuando lo aprendas y dejes las fantasías a un lado te irá mejor. —Eché a andar de nuevo sin esperar respuesta, deseando largarme de allí cuanto antes—. Y al menos seguirás vivo —musité finalmente para mis adentros.

Seguí caminando, alejándome de allí lo más rápido posible. Me adentré un poco en el bosque y me apoyé contra un árbol, dejando escapar todo el aire que había estado reteniendo en mis pulmones. Aparté el cabello que se había enredado en mi rostro y emití un suspiro profundo, con la intención de calmar mi acelerado corazón. Las manos me temblaban tanto que temí no poder dejar de hacerlo nunca.

Las ramas crujieron a mis espaldas, una respiración pesada las acompañó, cada vez más cerca. Me tensé, recordando la advertencia de antes. Habíamos causado un buen escándalo. ¿Y si algún demonio nos había oído? ¿Y si se había dado cuenta de que ya sabía demasiado? Me aferré a la corteza del árbol y contuve la respiración. De nada serviría correr. Solo esperaba que el colgante que Alix me había regalado tuviese alguna clase de poder milagroso, pero estaba segura de que no.

Quizás muriese ese día. Quizás Jeremy también. Y cuando apareció ante mí grité.

—¡Imbécil! —exclamé tras el susto inicial. La risa en el rostro de Alix era amplia y divertida, con una voz baja y ronca. Se estaba riendo de mí.

—Tranquila, dulzura. Que no quiera matarte no significa que no sepa divertirme. Y créeme, me divierte enormemente acechar a una joven hermosa. Vuestro rostro resulta tan atractivo cuando estáis atemorizadas. Justo así —dijo mientras con un dedo rozaba levemente la línea de mi mandíbula.

—Déjame en paz. He tenido suficiente por hoy. —Eché a andar, dispuesta a regresar a mi casa lo antes posible. Sentí cómo sus pasos comenzaron a seguirme y puse los ojos en blanco.

—Espera, espera —pedía detrás de mí—. Zoe, detente. —Frené en seco y me giré con los brazos cruzados, encontrándolo más cerca de lo que esperaba. Su sonrisa había desaparecido y me analizaba con una mezcla de curiosidad y preocupación—. ¿Qué ha pasado? Habéis dado un buen espectáculo en la cafetería.

—¿Acaso me espías? —cuestioné con el ceño fruncido.

—El chico es curioso, debo mantener los ojos en él. No queremos que se acerque demasiado a la verdad y le ocurra algo, ¿no? —preguntó mientras retiraba un mechón de cabello tras mi oreja. Giré levemente el rostro, aunque no lo suficiente como para soltarme de su tacto, que permaneció algo más de tiempo sobre mí.

—Nunca sé cuándo te burlas o amenazas. ¿Le harás algo? — inquirí con disgusto.

—No por el momento. No si se porta bien. Pero no puedo asegurar nada por parte de mis camaradas. Es por eso que quiero mantenerlo vigilado. Debo hacerlo—Hizo una pausa, trataba de bucear en mi mirada para encontrar algo—. ¿Y bien? ¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Básicamente le he roto el corazón para que deje de investigar este estúpido pueblo, por su bien.

—¿Te has dado cuenta de que el pequeño Jeremy está enamorado de ti? —sugirió dibujando una media sonrisa que crecía en las comisuras de su boca.

—No de esa manera, Alix. —Cogí aire, todavía algo agitada. Por no hablar de que su presencia, sobre todo tan cerca, no ayudaba a que mi pulso se calmase—. Él confiaba en mí para que le ayudase a descubrir lo que le ocurrió a su hermano. Le dije que creciese de una vez y fuese consciente de que son fantasías estúpidas. Que debe asumir la verdad y seguir con su vida. —Apreté los labios con fuerza—. Creo que lo he hecho llorar.

—Tranquila, se le pasará —añadió con desdén—. Es mejor así.
Si deja de acercarse al peligro, quizás este se aleje de él. — Sus ojos negros volvieron a profundizar en los míos—. Pero ha pasado algo más, ¿me equivoco? —siguió adivinando con los ojos entrecerrados.

Negué con la cabeza y me giré, dispuesta a marcharme, cuando él agarró mi antebrazo. Justo donde el hombre me había sujetado en el baño.

—¡Ah! —exclamé. Sacudí el brazo con fuerza para que me soltase. Volví a girarme, aunque bajé la mirada para no encontrarme con sus ojos acusadores.

—No puedo protegerte si me ocultas cosas, Zoe —advirtió. Su tono había adquirido un matiz serio poco habitual en él. No encubría ninguna burla, solo era él preocupándose. O al menos eso parecía —. Puedo notar que ha sido un demonio, quizás el mismo que pulula por el pueblo en forma de animal, aunque ha cubierto muy bien su olor. —Observó el lugar donde me había agarrado. Otra vez esas malditas marcas de dedos.

—Mi padre va a flipar como vuelva a ver moratones de manos en mi piel.

—Desde luego, empieza a parecer que lo has cogido por costumbre —meditó mientras observaba detenidamente las marcas y las rozaba suavemente con el pulgar, enviando pequeños calambres por mi tez—. ¿Qué te dijo? ¿Cómo era?

—No sé, salí del baño y allí estaba. No tenía rostro, era como una pintura emborronada. —Mi pulso volvió a acelerarse y los nervios comenzaron a florecer bajo mi piel—. Me agarró y me dijo que acabaría como mi madre. —Las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas y las piernas amenazaban con no sostenerme más—. Que si sigo jugando con el infierno él me llevará consigo.

—¿Él? ¿Quién? —preguntó confuso, dando un paso hacia mí.

—No lo sé. —Un hipido salió de mi pecho y me provocó una punzada de dolor—. No tengo ni idea de lo que está pasando, Alix, no entiendo nada. —Los sollozos que salían de mi garganta eran cada vez más fuertes—. Solo quiero despertarme y descubrir que todo ha sido un sueño. Que eres una persona normal y que no hay nada raro aquí. No quiero morir.

—Eh, tranquila. Sh. Tranquila. —Para mi sorpresa, sus brazos me rodearon con fuerza y firmeza. Sin poder evitarlo me derrumbé entre ellos, dejando que las lágrimas saliesen sin contención. Mis piernas fallaron, arrastrándome al suelo, y él se dejó caer conmigo. Me acunaba en su regazo, acariciando mi cabello con suavidad. Haciéndome sentir protegida, incluso de él mismo—. No va a pasarte nada, ¿de acuerdo? Te protegeré de cualquiera que intente hacerte daño.

Arrugué la nariz, tratando de detener el llanto, y acurrucada en su pecho aspiré su aroma. Olía a almizcle y romero. Me deleité en ese olor tan característico e intenso y conseguí relajarme un poco. Me sentía tan cansada.

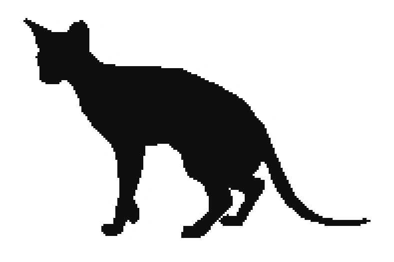
—Eres un demonio. ¿Por qué quieres protegerme? ¿Por qué a mí? —musité, sintiendo cómo el sueño parecía querer arrastrarme a sus garras. Alix acarició mi espalda, reconfortándome.

—Duerme, dulzura. Necesitas descansar.

Aparté el rostro de su pecho y lo miré fijamente a los ojos, sin poder evitar que los míos se entrecerrasen poco a poco.

—Alix… —musité apenas sin fuerza.

—Descansa, Zoe. —Sentí cómo su mano retiraba de nuevo un mechón tras mi oreja—. Dulces sueños.



Abrí los ojos y me incorporé en un brusco movimiento, desorientada. Palpé lo que había bajo mis manos, reconociendo la colcha de mi cuarto, y miré a un lado. Era la una de la madrugada. Respiré hondo y encendí la luz de la mesita de noche. Miré a todas partes, quizás esperando ver a Alix velando por mis sueños, pero mi cuarto estaba completamente vacío. Incluso las sombras. Pasé la mano por mi cabello, angustiada. ¿Él me había llevado allí? No entendía por qué se preocupaba tanto. Era un demonio, al fin y al cabo, y las historias no los tildaban precisamente de benevolentes y generosos. Me estremecí al recordar que todo era real. Por más que hubiese deseado despertarme y descubrir que había sido un sueño. Froté mis ojos y me levanté con pesadez. Sería mejor que me pusiese el pijama y me metiese bajo las mantas para tratar de retomar el sueño. Acaricié el colgante, comprobando con alivio que seguía en mi cuello, y me dispuse a regresar a la cama. Una mano acarició mi espalda. Giré sobre sí misma con un jadeo. No había nadie allí. Entrecerré los ojos y miré a mi alrededor.

—¿Alix? —pregunté. No sabía si se trataba de él. Sinceramente lo dudaba, pero era mejor que cualquiera de las opciones que se me ocurrían en aquellos momentos. Una tenue ráfaga salida de ninguna parte agitó las ondas de mi cabello, haciéndome dar un respingo—. ¿Quién anda ahí?

Una voz susurró mi nombre. Era suave, indefinida, pero venía de las escaleras. Me estremecí y eché a andar. Necesitaba comprobar que mi padre estaba bien. Eché un vistazo a su puerta, que estaba cerrada como cada noche, y otra vez la voz volvió a llamar. Acaricié el colgante con las yemas de los dedos. Como fuese Alix gastándome una

broma iba a matarlo, me daba igual que fuese un maldito demonio. No podía jugar así con mis nervios, sobre todo después de la tarde que había tenido. El maullido de Ast me sobresaltó, ella se restregó contra mi pierna para a continuación bajar a saltos los escalones. Con lentitud, cargada de temor pero también de curiosidad, bajé las escaleras tratando de hacer el menor ruido posible, siguiéndolas a ella y a la voz. Esta continuaba llamándome, atrayéndome hacia lo que no tardé en darme cuenta de que se trataba del estudio de mi madre. Fruncí el ceño al encontrar la puerta entreabierta. En los diecisiete años de mi vida jamás la había visto así, la llave siempre estaba echada. Me acerqué, cautelosa, pues los susurros parecían provenir de dentro. Mi mano se aferró con fuerza al pomo e inspiré hondo antes de empujar.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —La voz de mi padre me asustó, y cerré la puerta por inercia. Miré atrás, distinguiendo su silueta en la oscuridad. Parecía enfadado. Ast comenzó a dar vueltas entre mis piernas, visiblemente nerviosa.

—Lo siento, yo… —Tragué saliva, en busca de las palabras que me costaba pronunciar—. Escuché ruidos, pensé que venían de aquí, y la puerta estaba abierta… —Volví a mirar al pomo y lo giré, comprobando con frustración que volvía a estar la llave echada. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo era posible?

—Esa puerta sigue cerrada, como ha estado siempre. Será mejor que dejes de insistir. No quiero enfadarme contigo, cielo. —Pasó las manos por su rostro, frotándolo con frustración—. Debes de estar cansada, cuando quise hablar contigo ya habías vuelto y estabas durmiendo profundamente. — Se acercó a mí y me guió hacia las escaleras de nuevo, como si temiese que estuviera sonámbula—. Vuelve a dormir. Te encontrarás mejor por la mañana.

—Sí —musité, todavía confusa.

Regresé a mi cuarto sin poder evitar mirar atrás constantemente, buscando algún atisbo de que lo que había ocurrido había sido real. Estaba abierta, y luego ya no. ¿Quién la había abierto en primer lugar? Me enterré entre las sábanas, tapada hasta cubrir mi rostro y el cuerpecito caliente de Ast, y suspiré. Comenzaba a dudar de mi propia cordura. Sin embargo el sueño no tardó en vencerme de nuevo. Lo último que escuché antes de quedarme dormida fue esa voz susurrando mi nombre junto a mi oído, y su aliento helado.

9. Demonología

Retorcí los dedos buscando calmar la ansiedad que me recorría. Hallie me hablaba y yo, como había cogido por costumbre últimamente, estaba ignorándola sin poder evitarlo. Con todo lo ocurrido en los últimos días era incapaz de centrarme en lo que decía. Miré a la marabunta de estudiantes que pasaba por los pasillos, sujetando la puerta de mi taquilla con una mano mientras que con la otra rebuscaba entre los libros sin saber lo que mis ojos estaban viendo realmente. Esa mañana me había asustado al verme en el espejo. A pesar de que había dormido el resto de la noche de un tirón mi sueño había sido constantemente irrumpido por pesadillas que me habían hecho retorcerme entre las sábanas, empapada en sudor, y unas ojeras enormes adornaban ahora mis ojos. Además, me encontraba demasiado cansada como para siquiera mantener la cabeza erguida por demasiado tiempo. Por no hablar de que mi piel había adquirido un tono enfermizo en las últimas semanas.

—Eh, no pasa nada, puedes recuperarlo —habló Hallie trayéndome de nuevo al mundo. La miré con el ceño fruncido—. Sé que no te ha salido bien el examen, pero siempre sacas buenas notas.
Estoy segura de que te darán otra oportunidad y lo bordarás.

Gemí solo con recordarlo y me dejé caer contra el resto de taquillas. Me había olvidado por completo del examen de griego que había tenido esa mañana. No había que decir que no había estudiado lo más mínimo y, a pesar de que lograba retener bastantes conocimientos durante las clases, estaba segura de que no había sido suficiente esta vez. No sabía cómo podría concentrarme en los que estaban por venir, y como empezase a bajar las notas mi padre no tardaría en darse cuenta de que algo iba mal. Tiré de la manga de mi jersey a rayas, incómoda, y me aseguré de que la marca de los dedos del hombre desconocido quedase completamente cubierta. Apenas había desaparecido completamente la que llevaba en el cuello, y ya habían pasado muchos días de eso.

Aunque me costaba llevar el cálculo, el tiempo estaba pasando de una forma muy extraña.

—No sé qué me ocurrió —musité, con la mirada perdida al frente—. No puedo perder la media.

—Tu media no bajará de excelente, deja de preocuparte —inquirió—. Después de todo, eres un cerebrito.

—¿Gracias? —pregunté con una carcajada apagada pero cargada de ironía, recibiendo una enérgica risa en respuesta.

Fruncí el ceño cuando reparé en Alix. Estaba de espaldas, guardando sus cosas en la taquilla, como el día que lo había visto por primera vez. Su aura ya no era tan amenazante. Eso, o me estaba acostumbrado a ese ambiente pesado y asfixiante que lo rodeaba. Me miró un instante, con la expresión arrugada al ver mi rostro, y se encaminó hacia la otra punta del pasillo. Mis pies prácticamente se movieron solos y eché a andar tras él.

—¡Eh, la siguiente clase es por ahí! —gritó Hallie a mis espaldas señalando a la otra dirección—. ¡Vas a llegar tarde! ¡Así sí que vas en picado, cerebrito!

A pesar de sus acusaciones, y consciente de que era verdad todo lo que decía, además del enfado latente en su voz, continué caminando sin mirar atrás. Era inviable darle alguna clase de explicación. No sería capaz de mentirle a la cara, y contarle la verdad no era una opción. No podía ponerla en peligro a ella también, conmigo era suficiente. Seguí a Alix, con su silueta siempre dentro de mi campo de visión. Los pasillos se fueron vaciando poco a poco, pues todos estaban entrando en clases. Vi su cuerpo desaparecer tras la puerta de uno de los cuartos de limpieza. Me aseguré de que nadie me veía y me deslicé tras él, echando el cerrojo. Él se encontraba girado hacia mí, con la mirada fija clavada en mi rostro. De un largo vistazo repasó mi cuerpo de arriba abajo, desde el jersey de rayas violetas, negras y amarillas hasta el borde de mi peto de mezclilla. Me sentía expuesta cada vez que me miraba así.

—Tenemos clase de inglés, ¿no? —cuestionó, recargando su peso contra uno de los estantes. La luz era escasa, haciendo que al principio tuviese que esforzarme para distinguir adecuadamente sus rasgos.

—Sí. ¿Quieres ir? —pregunté alzando una ceja—. Es decir, no pareces alguien a quien le preocuparía saltarse algunas clases. —En cambio tú sí lo eres, y aquí estás. —Extendió los brazos y sonrió—. Lo cual me hace creer que es importante.

—Yo… —Suspiré hondo, tratando de ordenar mis ideas—. No lo sé. Es

solo que estoy segura de que no podré concentrarme, así que.

—Tienes mala cara. ¿Dormiste mal anoche? —cuestionó incorporándose hacia mí, aunque sin despegar los pies del sitio.

—La verdad es que no muy bien. —Miré al suelo, y de nuevo a sus ojos—. ¿Estuviste ayer en mi casa gastándome alguna clase de broma demoníaca sin gracia?

De sus labios brotó una carcajada antes de hablar.

—No diré que no sería propio de mí. —Hizo una pausa para valorar sus siguientes palabras—. Pero no, definitivamente no. Ya habías tenido suficientes emociones durante el día.

Acaricié el colgante que llevaba al cuello, una acción que se estaba convirtiendo en un gesto recurrido por mis dedos cuando me sentía en peligro o algo me preocupaba.

—Alguien… Algo —corregí— estaba en mi casa. Me desperté de madrugada y había una voz. Me llamaba, desde el piso inferior. Además, Ast estaba muy nerviosa.

—¿Tu gata? —cuestionó. Asentí, confusa al principio, hasta que imaginé que se habrían encontrado cuando me dejó en mi cama. Retomó la conversación tras disipar sus dudas—. Y tú fuiste a su encuentro. De verdad, ¿por qué los humanos sois tan predecibles? Nos lo ponéis demasiado fácil. — Hice una mueca, cortando la diversión que había tras sus palabras.

—Salía del despacho de mi madre. Cuando llegué la puerta estaba entreabierta, pero no pude entrar. Mi padre me pilló y me mandó volver arriba. Volví a mirar y la cerradura estaba de nuevo echada.

Frunció el ceño, analizando lo que le acababa de contar.

—¿Qué hay ahí dentro? —cuestionó con curiosidad. El negro de sus ojos brillaba ante la escasa luz.

Me encogí de hombros, frustrada.

—No tengo ni idea. Mi madre murió cuando yo era un bebé y mi padre jamás me dejó entrar allí. Creo que él tampoco ha entrado desde que pasó.

—¿Alguna vez te ha dicho por qué? —De repente parecía genuinamente interesado, como si fuese algo tan peculiar como digno de su atención.

—No. Cada vez que le pido convertirlo en un taller de arte para mí se enfada, y me grita cuando insisto. No sé qué hay ahí, pero desde luego está muy interesado en que no lo vea.

—Pues eso será lo próximo que hagas, dulzura. Descubrirlo. — Se acercó a mí y tocó mi nariz con la punta del dedo, como si tratase con una niña pequeña.

—¿Y cómo pretendes que lo haga, genio? —cuestioné—. No tengo ni idea de dónde está la llave, y no quiero tener problemas con mi padre.

—Puedo ayudarte con eso. Solo necesitamos que esté fuera de casa el tiempo suficiente.

—No te preocupes, eso no será un problema. —Pensé en todos los problemas que mantenían ocupados al cuerpo de policía y al de guardabosques—. Casi nunca está. Trabaja con el jefe de policía buscando al horrible animal que acecha Dark Lake; y a Kaytlin, la chica que desapareció en el lago.

—Que dejen de buscar. Es estúpido, no van a encontrarla.

Di un par de pasos adelante para arrinconarlo contra el estante en el que se apoyaba, lo que le arrancó una sonrisa arrogante.

—Tienes que contarme qué ocurre en ese lago. No puedo defenderme de algo que no logro entender.

Él se inclinó hacia mí, erguido en toda su estatura. A pesar de que yo también era alta y él no medía mucho más que yo, en aquellos momentos se tornaba enorme a mi lado, amedrentándome. Acercó su rostro a mi oído, rozando con sus labios la punta de mi oreja.

—Será suficiente con que no te acerques. Nunca. Así podrás protegerte. Si en algo son inteligentes la mayoría de humanos que viven aquí es en mantenerse alejados.

Mi respiración se entrecortó al recibir su aliento cálido contra mi piel. Mis piernas temblaron por una fracción de segundo. Extendió una

mano y retiró un mechón tras mi oreja, una acción que parecía haber cogido por costumbre. Su caricia continuó bajando por mi cuello y, aunque me habría gustado apartarme, no podía negar que me agradaba la sensación. Siguió acariciando mi clavícula, mi hombro sobre la ropa, a la vez que su aliento se deslizaba por la fina piel de mi garganta. Incliné levemente la cabeza hacia atrás y cerré los ojos, deleitándome en la sensación. Una de sus manos viajó a mi cintura, apenas rozándome. Emitió una risa ronca que me sacó de la ensoñación, y me eché un par de pasos hacia atrás. Mis ojos se encontraron con los suyos, que me observaban divertidos.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

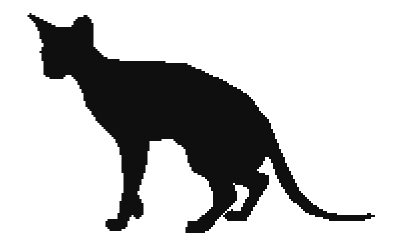
—¿Qué ha sido el qué? —cuestionó de vuelta. Su mirada me retaba a continuar.

—Eso. ¿Ha sido algún truquito de demonio?

Me preocupaba que estuviese jugando con mi mente, que lo que creía que era verdad no fuesen más que ilusiones. Que estuviese tratando de volverme loca antes de matarme. Se acercó de nuevo a mí, aunque sin tocarme esa vez. Simplemente analizaba mi expresión.

—No te mentiré. Podría hacerlo si quisiera. —Lamió su labio inferior con lentitud—. Pero eso ha sido sencillamente tu cuerpo reaccionando al mío. A mi cercanía. Ahora puedes hacer lo que quieras con esa información.

Me rodeó y abrió la puerta, saliendo y dejándome ensimismada mirando al punto donde su espalda había desaparecido. Llevé los dedos a mi garganta, ahí donde todavía parecía sentir su aliento acariciando, provocando. Sin duda alguna estaba volviéndome loca, ¿pero a qué nivel?



—Gracias por dejarme venir, Hallie —dije mientras me reacomodaba sobre el colchón y copiaba las notas que habían tomado en la clase que me había perdido. A pesar de que me habría dado tiempo de volver no fui capaz. No podía parar de pensar en la cercanía de Alix, en lo intenso que se sentía cada vez que lo tenía cerca.

—De nada —musitó, mirándome desde la silla de su escritorio. Parecía analizar cada uno de mis movimientos con detención, como si fuese un extraterrestre que se hubiese intercambiado por su amiga y estuviese buscando una muestra de ello. Sería difícil convencerla de que todo iba bien—. Nunca habías hecho eso. Faltar a clase. Recuerdo que preferías ir, aunque fuese enferma, que perderte parte del temario.

—Ajá —murmuré, fingiendo que estaba demasiado concentrada en las anotaciones que estaba haciendo, aunque no sería suficiente para que dejase el tema.

—¿Te fuiste con él? ¿Con Alix Hayes? —Hizo una pausa y emitió un sonoro suspiro—. Él tampoco volvió a clase. —Su voz estaba cargada de acusación.

—No. O sea, fui a preguntarle algo, pero estuve el resto del tiempo sola. No me encontraba bien.

—Que no te encuentras bien me lo creo. ¿Te has mirado últimamente al espejo? Parece que estés enferma, muy enferma. —Hizo una pausa y suspiró al ver que no respondía—. ¿Y por eso ni siquiera te despediste de mí? —cuestionó regresando al tema inicial. Claramente estaba molesta, aunque no podía culparla—. ¿Qué tenías que preguntarle?

—Nada. Cosas de clase de arte —repliqué con frustración. Si seguía preguntando significaba que tenía que seguir mintiendo, y eso no me gustaba nada.

—Mira —dijo mientras chasqueaba la lengua—. Entiendo que te guste, me parece estupendo si es así, pero ningún chico antes te había hecho dejar de lado los estudios. O dejarme de lado a mí. —Su tono acusatorio me hizo alzar la cabeza y fruncir el ceño.

—No es por eso, Hallie —rebatí con la intención de salir ilesa del asunto.

—¿Entonces por qué es? ¿Tan malo es que no puedes contármelo? ¿Prefieres que me enfade contigo a decirme la verdad? Desde que este comportamiento extraño comenzó apenas nos vemos, parece que me rehuyes por los pasillos, y hacía días que no te acercabas a mi casa. Solo quiero saber lo que va mal, Zoe. Solo eso.

—Déjalo estar, Hallie. —Seguí anotando las últimas frases, aunque sentía que su mirada continuaba clavada en mí. —Creía que confiábamos la una en la otra —gruñó.

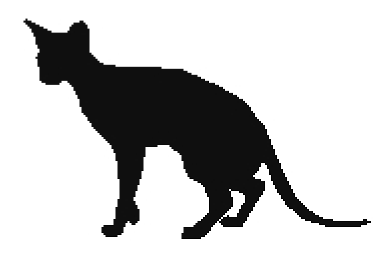
—Con la vida —musité en respuesta.

—¿Y a pesar de eso vas a seguir callando? Eres increíble. —Un bufido salió de entre sus labios. La miré de nuevo, dudando si debía contárselo o no. Después de todo era mi mejor amiga. Un escalofrío erizó el vello de mi nuca; mejor enfadada que muerta. Sacudí la cabeza, tratando de librarme de la desagradable imagen de que le sucediera algo similar a Aaron.

—Será mejor que me vaya. —Recogí mis libretas dentro de la mochila y me la eché al hombro. Me dirigí a la puerta, todo bajo su estupefacta mirada. Ella se levantó, aunque no caminó hacia mí.

—Como salgas por esa puerta en lugar de contarme qué te está pasando, olvídate de mí.

Miré sobre mi hombro con la vista en el suelo, pues no me veía capaz de encontrarme con sus ojos. Mejor enfadada que muerta, me repetí. Y me marché, conteniendo las lágrimas mientras cerraba la puerta y regresaba a mi casa. ¿Qué estaba haciendo con mi vida?



Cerré la puerta a mis espaldas en cuanto llegué a mi casa y suspiré hondo, apoyándome por unos segundos contra ella. Gruñí, mi pecho cargado de una frustración corrosiva. El maullido de Ast precedió su

aparición. Asomó por la puerta de la cocina y me observó con sus grandes ojos verdosos. Con una sonrisa me acerqué a ella y la alcé en brazos, acariciándola entre las orejas como tanto le gustaba. El ronroneo embargó por completo la casa, solitaria a excepción de nosotras dos.

—Hola, pequeñaja —murmuré mientras presionaba mi mejilla contra su cabeza. Los leves maullidos se volvieron más audibles—. Al menos os tengo a ti y a papá. —Cogí aire con fuerza, dejándolo escapar en un silbido incómodo—. Todo se ha torcido, Ast, no sé qué puedo hacer. Solo quiero que las cosas vuelvan a ser como antes, sin demonios ni ningún tío misterioso que me ponga la carne de gallina. —Me acerqué a su oído y emití una risita irónica—. Aunque no sé exactamente por qué razón me da escalofríos.

Un sonido a mis espaldas me hizo enderezarme, temerosa de lo que podría encontrar si me daba la vuelta. Las orejas de Ast se echaron hacia atrás, y el ronroneo al que ya se habían acostumbrado mis oídos se transformó en un bufido amenazante hacia mis espaldas. Sacó las afiladas uñas, clavándose un poco en mi hombro, antes de zafarse con gracilidad hacia el vacío detrás de mí.

—¡Ast, no! —grité mientras me daba la vuelta, quedándome helada al ver a quién tenía delante.

—Se me ocurren un par de razones por las que te doy escalofríos. —De nuevo esa media sonrisa—. Y te aseguro que indecentes todas ellas.

Observé su rostro, los ojos negros que me escudriñaban con fijeza, el cabello negro alborotado en todas direcciones. Ast estaba a mis pies, su respiración sibilante dirigida en su totalidad a tratar de atemorizar al chico que nos acompañaba. Si supiese lo que de verdad era…

—¿Cómo demonios has entrado? —cuestioné, emitiendo un resoplido por la nariz al caer en el doble sentido de mis palabras—. Da igual. No le gustas —murmuré señalando a Ast, que todavía se mostraba reticente a pesar de haberse calmado.

—Eso es porque sabe lo que soy. —Se agachó y le hizo una carantoña, acercando su mano. Ella lanzó su garra hacia delante, a punto de arañar, aunque finalmente se acercó a mí y se frotó contra mis piernas—. No solemos gustarles a los animales. —Alzó la mirada y me dedicó una sonrisa—. Cuando reaccione así deberías estar alerta, es probable que alguien como yo ande cerca.

—Venga, no pasa nada, vete a descansar —murmuré hacia la pequeña gata esfinge señalando al salón, donde le gustaba dormitar casi todo el día. Me entendió a la perfección, pues aguardó a recibir un par de caricias y después se contoneó hasta desaparecer de la estancia. Miré a Alix, que se había levantado y continuaba observándome; me encogí sobre mí misma y crucé los brazos ante la intensa mirada—. ¿Vas a quedarte ahí parado todo el día o piensas decirme qué haces en mi casa? Obviando el hecho de que te hayas colado sin avisar. —Mis ojos se desviaron a la puerta, donde los cerrojos continuaban echados. Ni siquiera quería plantearme la facilidad con la que habría entrado, solo serviría para no poder dormir por las noches.

—¿Dónde está ese despacho? Te dije que te ayudaría a entrar.

—¿No puedes entrar tú solo? Con lo fácil que has entrado aquí, podrías atravesar esa puerta también.

—¿Crees que he atravesado la puerta de tu casa? —preguntó con diversión. Sacudí la cabeza y eché a andar hacia el pasillo.

—Prefiero no saber qué métodos utilizas. —Me detuve frente a la puerta y lo miré. Él había frenado a un par de pasos de mí, demasiado cerca. Tragué saliva y estiré las mangas de mi camiseta—. Aquí está, haz tu magia o lo que sea.

No se movió, juraría que ni siquiera lo vi respirar. Sin embargo cuando quise darme cuenta la puerta se encontraba entreabierta. Mi mandíbula se abrió inevitablemente, y lo que había visto hizo que alternase mi mirada estupefacta entre la rendija y el demonio.

—Imaginé que te gustaría ver por ti misma qué guarda tu padre con tanto celo.

Asentí y llevé mi mano al pomo, hinchando el pecho antes de entrar. No sabía si estaba preparada para aquello, pero sabía que no podía desaprovechar la oportunidad. Toda mi vida había deseado saber más de mi madre, cómo era, qué le gustaba más allá de las generalidades que me había contado mi padre. Sabía que era mucho más de lo que se me había dicho desde niña. Empujé la puerta con un gesto seco y mis ojos se abrieron de forma desorbitada al mirar al frente, a las estanterías que cubrían las paredes. Estaban llenas de libros antiguos, viejos y polvorientos. El escritorio todavía estaba repleto de papeles desordenados; me recordaban demasiado a las investigaciones de

Jeremy, que todavía seguían arrugadas en mi bolso.

—Tu madre no perdía el tiempo —murmuró Alix, que había entrado detrás de mí, acompañando sus palabras con un silbido—. Si leyó solo la mitad de lo que hay aquí…

Escuchando su voz como un susurro de fondo, incongruente y sin forma definida, me acerqué al estante más cercano y alcancé un libro. Fruncí el ceño al leer el título y lo dejé sobre el escritorio para coger el siguiente. Lo mismo hice con los cinco que vinieron a continuación, cada cual más sorprendente que el anterior. Alix se recostó sobre el marco de la puerta y evaluó mis reacciones.

—¿Qué pasa? ¿Qué es todo eso? —cuestionó alzando una ceja. En respuesta cogí uno de los libros y se lo lancé, todavía sin poder creerlo. Él lo apresó en el aire y echó un vistazo, y una expresión de sorpresa cruzó su rostro durante un instante—. ¿En serio tu madre leía esto?

—Son todos sobre eso. —Hice una pausa, ya que me costaba el solo hecho de pronunciarlo. Alcé la mirada y mis ojos chocaron con los de él—. Demonología. Demonios.

10. El lago

—No puedo creer que mi padre nunca me haya contado nada de esto —musité mientras observaba los libros con perplejidad. Tras revisar los papeles habíamos comprobado que se trataba de un sinfín de investigaciones, similares a las de Jeremy pero mucho más certeras. Sin embargo, prefería no mencionarle nada de estas últimas a Alix. Era mejor que supiese lo mínimo posible sobre él, solo por si acaso.

—Tu madre se estaba metiendo directamente en la boca del lobo —explicó Alix tras echar un vistazo a las últimas hojas. Me apoyé en el escritorio y resollé con dificultad, ya que parecía que el aire no alcanzaba correctamente mis pulmones—. ¿Tu padre te dijo de qué murió tu madre? —Alzó una ceja hacia mí, inquieto.

—Siempre ha mencionado una supuesta enfermedad, aunque nunca ha dicho el qué. Solo que falleció al poco de nacer yo por algo que la enfermó pocos meses antes. Que era una suerte que yo no tuviese ninguna clase de problema.

—De locura —musitó, y lo miré sin comprender.

—¿Locura? ¿Crees que mi madre murió porque se volvió loca? —No, no creo que se volviese loca. Todo esto, —Señaló los papeles revueltos—, indica que iba detrás de algo muy real. Pero, a juzgar por el desastre que hay aquí, uno que dudo que tu padre haya tocado nunca, debió de pasar mucho tiempo encerrada. Creo que esa locura es a lo que tu padre se refiere con enfermedad.

—Aquel hombre dijo que iba a acabar como mi madre si seguía buscando… —dije con un hilo de voz, alzando la mirada hacia Alix y sentí cómo mis pupilas se contraían—. ¿Crees que…? —Un ruido me interrumpió, sutil pero perfectamente audible, y erizó el vello de mi nuca. Pude sentir cómo se giraba el primero de los cerrojos—. Mierda, mi padre.

Mis pies se movieron antes siquiera de que a mi cerebro le hubiese dado tiempo a procesar la información. Alix desapareció escaleras arriba, más rápido de lo que nunca creí posible, y el clic de la puerta cerrarse a mis espaldas precedió por solo unos segundos al sonido de mi padre irrumpiendo en la casa. El maullido de Ast desde el salón me

hizo dar un respingo y traté de calmar los temblores que me provocaba el temor de que me hubiese pillado.

—Hola, cariño —dijo mi padre mientras depositaba la escopeta en la entrada, donde la dejaba siempre—. ¿Qué tal ha ido el día? —preguntó. Disimuladamente eché a andar hacia él para tratar de ocultar el lugar donde me encontraba, como si simplemente fuese a recibirlo en lugar de acabar de entrar en el lugar prohibido.

—Bien, sin novedad —expliqué—. Has venido pronto —dije mientras le cogía la chaqueta y la ponía sobre el colgador de la entrada.

—Sí, hoy nos han liberado antes de la cuenta —rio mientras se dirigía a la cocina, seguido de cerca por mí. No pude evitar dirigir un vistazo a la puerta del despacho, comprobando que continuaba cerrada—. ¿Quieres cenar algo en especial? —cuestionó.

—Hay sobras de la comida en el frigorífico. Puedo preparar algo más después si quieres, pero ahora me apetece descansar un poco. —Mi cerebro estaba tan saturado por los últimos descubrimientos que lo único que quería hacer era meterme en cama a pesar de que todavía fuese por la tarde—. Vente, Ast, vamos a descansar en mi habitación.

La gata saltó a mi regazo, acomodándose en el hueco que le dejaba contra mi cuello, y me dirigí hacia las escaleras. Las palabras de mi padre me interrumpieron tras subir el primer escalón, haciendo que me detuviese para escuchar.

—Descansa lo que necesites. Últimamente pareces enferma, cariño, tienes mala cara. ¿Va todo bien?

Tragué saliva, que de pronto parecía haberse vuelto espesa y afilada en mi garganta, lo que dificultaba la tarea. Un ruido en el piso de arriba, que parecía venir de mi habitación, me sobresaltó. —Sí, papá, todo va estupendo.

Continué mi camino escaleras arriba, soltando a Ast al llegar a mi cuarto, y cerré la puerta a mis espaldas. La gata comenzó a olisquear el aire, aunque en ningún momento se mostró arisca, así que imaginé que el demonio había decidido marcharse. Alcé una ceja al ver la silla de mi escritorio tirada, junto con varios pinceles que habían caído del vaso volcado en la mesa. Me acerqué y lo recogí todo, encontrando una nota con una escritura digna de un experto calígrafo. La estiré con los dedos y mis ojos danzaron sobre las palabras.

> Será mejor que nos distanciemos un poco. Estás llegando demasiado profundo en todo esto y temo que sea demasiado tarde. Por tu seguridad, lo mejor será dejar de vernos. No vuelvas a ese despacho. Y, por lo que más quieras, no te acerques al lago.

Alix.

Fruncí el ceño y la arrugué en el puño, tirándola a la papelera metálica que había bajo la mesa. ¿Acaso pensaba que podía deshacerse de mí así como así? No tenía derecho a jugar conmigo de esa forma, tampoco de decidir cuándo alentar mis preocupaciones o cuándo desaparecer sin más. Lo que tenía claro es que, en cuanto lo viese al día siguiente en clase, le diría ciertas cosas acerca de esa estúpida nota. Miré a Ast, con el ceño fruncido para evitar llorar, y la abracé con más fuerza. La gata lamió mi rostro, deleitándome con esa sensación áspera y cálida, y me relajé un poco.

Esa noche no soñé con Alix, por más que traté de atraerlo a mi mundo subconsciente para buscar respuestas. Tampoco apareció al día siguiente en clase, ni el posterior, ni rastro. Pero el vello de mi nuca se erizaba constantemente, como si me observase. Y, a pesar de que no estaba allí, sentía sus ojos negros clavados sobre mí. Vigilando.

Di un mordisco a la tortita de maíz que me había llevado como almuerzo al instituto. Apenas comía últimamente, pero sabía que debía llevarme algo a la boca si no quería desfallecer por los pasillos. Sentía la mirada de Hallie sobre mí, desde la esquina donde también comía sola. No se había acercado desde que habíamos discutido, era como si nos hubiésemos convertido en completas desconocidas. Y, a pesar de que hacía una semana que no veía a Alix, la situación seguía igual. Debería haber tenido claro que no se arreglaría solo porque el demonio hubiese salido de mi vida. Otra mirada sobre mí me hizo estremecer, y pude ver de soslayo a Jeremy observarme fijamente. A pesar de que sus amigos hablaban con ánimo él no apartaba sus ojos de mí. Me encogí aún más en mi asiento. ¿A cuánta gente le había fallado ya por culpa de saber lo que ocurría en este maldito pueblo? Nadie había vuelto a desaparecer en el lago, ningún ataque animal desde lo sucedido con Aaron, y a pesar de ello el desastre se mascaba en el ambiente. Era una sensación que se había metido en lo profundo de mis huesos, asegurándome que esto solo había sido el principio. Alguien se dejó caer a mi lado, asustándome. Di un respingo antes de girarme levemente.

—Hola, Charlie —musité, terminando de masticar mi tortita. No era precisamente la persona a la que esperaba ver, pero al menos alguien se acercaba a mí. Últimamente me sentía como si fuese una leprosa—. ¿Qué te trae por aquí? —cuestioné con una falsa sonrisa.

—Bueno, he visto que estabas comiendo sola… —Definitivamente era la última persona a la que quería ver.

—Como los últimos días, Charlie. ¿Puedes ir al grano? En unos minutos tendremos que volver a clase, así que claro y conciso, por favor.

—Te has vuelto una fiera últimamente —silbó, recibiendo una mueca con la ceja alzada de mi parte —. Disculpa, mal chiste — admitió mientras alzaba las manos en señal de derrota—. Tienes mejor cara estos días, por cierto. Bien, resulta que mañana hay una fiesta de Halloween, y me preguntaba si querrías ser mi pareja. Podemos disfrazarnos de demonios, o algo así. Creo que el rojo te sentaría de miedo.

No pude evitar la mueca de hastío que invadió mi rostro, junto con el bufido que salió de mi nariz.

No podría haber escogido mejor disfraz.

—No tengo muchas ganas de fiestas últimamente, Charlie. No me encuentro del todo bien.

—Oye, sé que Hallie y tú estáis enfadadas. Creí que nunca vería algo así, pero bueno, supongo que a veces pasa. El caso es que creo que cuando te des cuenta lo habréis arreglado y todo será como antes. ¿Por qué no aprovechas para divertirte un poco conmigo? Puedo alegrarte el día, te lo aseguro. —Sus dedos rozaron deliberadamente los míos sobre la mesa. Retiré la mano con rapidez. No entendía qué le había dado por volver a mí, pero era algo que no tenía ningunas ganas de aguantar, y como siguiese tentando a la suerte acabaría por darle más de una mala contestación.

—Charlie, o como te llames, necesito hablar con la señorita. —Su voz me recorrió la espina dorsal como un impulso eléctrico. Me giré, viendo su figura recortada contra el cielo gris de octubre. El aire mecía las ondas de su cabello negro como si se tratase de la más fina seda. Tenía las manos metidas en los bolsillos de su abrigo negro desgastado, ese que le llegaba por las rodillas, y una mueca de mofa se

dibujaba en su sonrisa. Desde luego, no era su sonrisa de siempre. Entonces, tras dedicarle una última mirada intensa que hizo que Charlie tragase saliva con fuerza, se dirigió a mí y suavizó la expresión —. Dulzura, tenemos un problema serio.

—¿Dulzura? ¿Te llama dulzura? —preguntó el chico a mi lado, que parecía querer burlarse de él. Entrecerré los ojos como advertencia; si Alix así lo quería, no saldría bien parado de aquello—. Perdona, rarito, pero estamos manteniendo una conversación. Ya hablarás con ella después.

Alix volvió a mirarlo, pero ahora no había rastro de diversión o mofa en su expresión. Por primera vez en mucho tiempo volví a ver ese halo de oscuridad y perversión que lo rodeaba la primera vez que lo vi. Llevé los dedos a mi clavícula, donde bajo la piel mi marca palpitaba de nuevo.

—Vete de aquí. Ahora mismo. Si no quieres que… —Interrumpí la amenaza de Alix antes de que dijese algo que pudiese poner en evidencia su condición y solo lograse llamar más la atención sobre él.

—Charlie, será mejor que te vayas. Ya hablaremos de eso más tarde, ahora necesito hablar con Alix.

—De acuerdo, pero volveré a ultimar los detalles.

Se levantó de la mesa y, no sin antes dedicarle una última mirada a Alix, se marchó.

—Gracias a Dios —musité. Escuché reír levemente al demonio a mi lado, no sabía si por la expresión que había utilizado o por la diversión que le producía la reacción de Charlie—. ¿Sabes? Mis ganas de verte están bajo cero, pero gracias por salvarme de esta pesadilla. —Alix se sentó a mi lado y me observó fijamente—. ¿Por qué has vuelto de repente?

—Te lo dije en su momento, dulzura. No puedo resistirme a ti ni aunque quiera. —Recalcó la última palabra como si la saborease entre los labios y le costase digerirla—. Pero no es solo eso lo que me ha traído a ti. Como te he dicho, antes de que el imbécil me interrumpiese intentando jugar con el demonio, tenemos un problema bastante serio.

—¿Y cuál es ese terrible problema? —cuestioné con sorna, en parte

tratando de opacar los temblores que me provocaba que un demonio considerase serio un problema que me incluía a mí.

—Mi padre quiere conocerte.

Mis ojos buscaron los de él, tratando de encontrar cualquier muestra de que estaba gastándome una broma, pero su expresión atormentada me indicó que no había nada más lejos de la realidad. Hablaba completamente en serio. ¿Acaso los demonios tenían padres?

—Bueno, tampoco puede ser para tanto. Después de todo, interactúo a menudo contigo y no pasa nada. ¿Qué puede ser lo peor que ocurra?

—No lo entiendes, Zoe. —Un escalofrío recorrió mi nuca al escucharle pronunciar mi nombre—. Mi padre es Lucifer.

—Joder —exhalé, y sentí que me ahogaba con sus palabras. La brisa otoñal nos envolvió, hizo que me estremeciese al sentir el frío que me calaba en los huesos—. ¿Estás de broma? ¿Por qué coño quiere conocerme Lucifer?

—Quiere conocer al motivo de que camine tanto tiempo entre humanos —bufó, como si el tema le molestase tanto como a mí. Excepto que él no tenía el pavor que yo sentía en aquellos momentos.

—Pero, ¿qué va a hacerme? ¿Devorarme o algo así? —pregunté, de repente presa del pánico. Vagamente me pregunté si lo habría ofendido con una sugerencia así, aunque imaginaba que más bien mi angustia le resultaría divertida.

—Solo si no le agradas. —Esbozó una media sonrisa, haciéndome saber que solo era una broma—. Tranquila, ¿vale? Iremos, te conocerá, le caerás bien y volveremos aquí. Todo eso sin un rasguño. Lo único que tienes que hacer es no separarte de mí, y todo irá bien. —Algo difícil de creer teniendo en cuenta que lo había presentado como un terrible problema. Traté de contener el temblor de mis manos para que no descubriese mi nerviosismo.

—¿Iremos? —cuestioné—. ¿A dónde tenemos que ir?

Alix respiró hondo y me miró. La expresión que cruzó su rostro me resultó completamente ajena y apenas comprensible, aunque no tenía para nada buena pinta. De lo que sí estaba segura es de que no me iba a gustar lo que dijese, y que a él no le hacía ninguna gracia

contármelo.

—Mañana por la noche va a hacer una fiesta. Estarán varios demonios, además de otras… criaturas —musitó, aclarándose la garganta. Estaba claro que no le agradaba el tema en lo absoluto—. Quiere que vayamos. Adora estas fechas, cree que es divertido celebrar Halloween. Aunque claro, aquí no hay disfraces. Será algo muy elegante, una fiesta de la alta élite de los demonios. Se celebra en la antesala del infierno.

—¿Disculpa? —Estuve a punto de atragantarme con mi propia saliva, incapaz de digerir las palabras que acababa de pronunciar—. ¿Y cómo se supone que vamos a llegar allí?

Sus siguientes palabras me dejaron helada.

—A través del lago.

11. La antesala del infierno

¿Que si me preocupaba que el mismísimo Lucifer quisiera conocerme? Por supuesto. Pero más me preocupaba tener que acercarme al maldito lago. Toda mi vida había estado rodeada de advertencias. Los adultos de Dark Lake se habían encargado de perfilar la cultura del miedo a la perfección, volviéndonos niños asustados, temerosos de adentrarnos en esa masa de agua oscura y profunda de la que no volver jamás. A pesar de ello muchos habían terminado perdiéndose, y los que quedábamos no podíamos sino tratar de escondernos en nuestros hogares, a salvo de cualquier cosa que acechase ahí fuera. ¿Pero cuánta gente podría creer que algo más peligroso que un animal salvaje de lo más común estuviese esperando? Estaba a punto de averiguar de qué se trataba, y no me gustaba ni un pelo.

—Recuerda, todo irá bien.

Le había dicho a mi padre que iría a la sonada fiesta de Halloween que organizaba el instituto. Después de haberme asegurado de que Ast tenía todo lo que podía necesitar me encontraba con Alix en el medio del bosque, tiritando de frío a medida que nos acercábamos al claro donde se encontraba el lago. No era un frío normal, era uno provocado por el pánico que se arremolinaba en mi pecho y que amenazaba con clavarme en el suelo para que no diese un paso más. Mi instinto de supervivencia me gritaba insultos de lo más variopintos en aquellos momentos.

—Por supuesto, ¿qué podría salir mal? —ironicé con la voz ahogada debido a que me costaba seguir el paso rápido que llevaba mi acompañante. Miré su espalda anchear al detenerse. Se giró y me miró fijamente a los ojos. Su habitual diversión había sido sustituida por lo que parecía ser una preocupación genuina.

—Tienes mala cara. ¿Has dormido mal?

—Ojalá me hubiesen dado una moneda por cada vez que me han dicho esa frase desde que te conozco. —Resoplé, y su lengua chasqueó con disgusto. No le habían agradado mis palabras, o eso creía. Con Alix nunca podías saber qué parte de realidad tenían sus reacciones humanas—. He pasado la noche en vela pensando en la llegada de este

momento, temblando bajo mis mantas y acurrucada con Ast. Creí que era mejor despedirme de ella por si no volvía.

—Volverás. Padre solo quiere conocerte, no va a hacerte daño. Y los otros demonios… —Aspiró el aire que nos rodeaba y chasqueó la lengua de nuevo—. Los mantendré a raya.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Huelo mal? —Mis palabras le arrancaron una risa ronca que tiró de sus comisuras hacia arriba. Quise fruncir el ceño, molesta porque se riese de mí, pero lo cierto es que había sonado ridículo.

—Hueles deliciosa, dulzura, ese es el problema. —Hizo una pausa, saboreándome con la mirada—. Y tu inmaculada virginidad no ayuda en lo absoluto.

Mis ojos se abrieron tanto que estaba segura de que un poco más y se saldrían de sus órbitas. Sentí mis orejas calientes a medida que la sangre las ruborizaba y entreabrí la boca.

—Espera, ¿como sabes…? —cuestioné sin poder creerlo. Él señaló su nariz, refiriéndose al olfato.

—Los humanos estáis cargados de aromas que, en criaturas tan sensibles como nosotros los demonios, nos permiten saber muchas cosas —musitó, acercándose peligrosamente a mí. Un mechón de su cabello negro se interpuso entre su mirada y tuve ganas de retirarlo hacia atrás para poder ver completamente sus ojos, aunque me contuve y cerré la mano en un puño a mi costado—. Lo que soy incapaz de imaginar y se escapa a cualquiera de mis percepciones es por qué una criatura tan sublime como tú podría ser todavía virgen. Si se me permite la cuestión, claro.

—Nunca he sentido la necesidad —expliqué con el mentón en alto. Mis palabras consiguieron que su ceño se frunciera con curiosidad—. Ningún chico ha atraído mi atención al punto de hacerme desearlo de esa manera. Creo que el sexo es algo que no entra en mis planes.

—¿Por ahora o por siempre? —continuó. Se acercó todavía más, golpeándome con su cálido aliento, y trazó la media sonrisa que solía adornar sus labios. Tragué saliva y humedecí mi labio inferior, que se había quedado reseco a causa de su cercanía.

—Hasta que mis instintos lo decidan. Y sinceramente, no creo que

llegue a pasar nunca. Me parece completamente innecesario.

—Yo no estaría tan seguro —musitó muy cerca de mi oído, haciéndome estremecer. Mis piernas temblaron por un instante. Se separó de golpe, haciéndome anhelar el contacto que no había llegado a realizar—. Como decía, tu aroma es embriagador para nuestra especie, pero conseguiré mantenerlos a raya. —Acaricié el colgante que me había regalado, gesto que no pasó desapercibido para él, y sonrió—. Eso también te protegerá. Nunca debes entrar en el lago sin él o sin mí, o no saldrás. —Asentí, con un nudo que comenzaba a formarse en mi garganta—. Y recuerda, no mires los espejos.

—¿Por qué? —cuestioné con curiosidad.

Alix se giró y echó a andar, haciendo que me apresurase para seguirle el paso de nuevo. Caminaba demasiado rápido, aunque estaba claro que trataba de seguir un ritmo mínimamente humano por deferencia hacia mí. Claro que no lo tenía dominado.

—Te lo aseguro, no querrás ver lo que se esconde tras ellos.

Iba a hacer otra pregunta, insatisfecha como estaba por sus eternas e irremediables respuestas a medias, pero cuando pusimos los pies en el claro mi mente comenzó a trabajar a mil por hora. Nunca había visto el lago que atemorizaba al pueblo. Estaba acostumbrada a escuchar historias sobre él, pero ninguna hablaba de su magnificencia. Se habían centrado tanto en lo horrible de su historia que habían obviado algo tan importante como lo era su inmensa belleza. El bosque lo rodeaba, un bosque tan denso que podrías perderte en él sin un guía como Alix o alguno de los guardabosques. El color del pino más oscuro pintando las hojas que se mecían a través del viento. Y el lago en sí, un espejo de cerca de un kilómetro de diámetro que reflejaba todas y cada una de las pinceladas del cielo gris.

—Es hermoso —musité con un hilo de voz, incapaz de seguir el hilo de mis pensamientos.

—Y peligroso. Vamos.

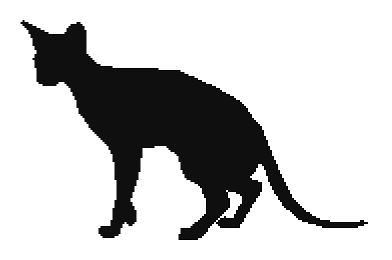
Alix tomó mi antebrazo con su mano y tiró de mí, echando a andar entre las piedras que rodeaban los escasos metros desnudos que nos separaban del agua. Me detuve cuando mis botas rozaron el agua y lo miré fijamente. Él, que ya había sumergido hasta sus tobillos, se giró para observarme fijamente. Mis ojos viajaron al agua, comprobando

que desde tan cerca se veía casi tan negra como los ojos de Alix. Podía imaginar perfectamente cómo la gente se perdía en él, la sensación al ahogarse cuando el agua inundaba sus pulmones, el hormigueo en las extremidades cuando el cerebro decidía centrar sus últimas fuerzas en seguir vivo y desconectaba el resto de órganos. Volví a mirar a Alix, y mis labios temblaron.
Estaba asustada, muy asustada.

—Alix... —Mi voz nunca había estado tan cargada de temor.

—No va a pasarte nada, dulzura. ¿Confías en mí?

Tendió su mano hacia mí, con la palma hacia arriba, y me mostró una sincera y comedida sonrisa que me infundió cierto ánimo. Finalmente asentí y entrelacé mis dedos con los suyos, dejándome arrastrar a las profundidades. Sentí cómo el agua calaba mi ropa, ascendiendo hasta mis rodillas en pocos pasos. Un par más y ya llegaba por la cintura. Cuando quise darme cuenta mi mentón ya rozaba el agua helada, y en la siguiente zancada todo se volvió negro.



Me sacudí con una tos violenta, abrí los ojos de golpe y respiré con dificultad. Todo lo que podía ver era un resplandor rojizo que me alteraba todavía más.

—Calma, calma.

Las palabras de Alix me tranquilizaron, logrando que mi respiración se regulase, junto con su mano acariciando la mía. Me encontraba sentada en el suelo, con los brazos en mi regazo y las piernas flexionadas. Me llevé las manos al cabello, que estaba empapado, igual que toda mi ropa. Di un par de largos suspiros antes de analizar mi alrededor. Nos encontrábamos a los pies de una escalinata de piedra, que adquiría el mismo tono rojizo que había en el ambiente por más que mi visión se iba aclarando. Miré al cielo, que también era

rojo oscuro, allí donde un sol de color similar arrojaba una luz crepuscular sobre todo el lugar. Miré a Alix, su piel manchada de ese resplandor desagradable. Hacía que mis ojos ardiesen. Sentí las pulsaciones de mi marca, más intensas que tras cualquier sueño, y estaba segura de que se había inflamado. Alix tomó mi rostro entre sus manos y me hizo mirarle fijamente a los ojos. Bajo esa luz parecían todavía más aterradores.

—¿Qué es todo esto? ¿Por qué el cielo es así?

—Es el infierno, dulzura. ¿Qué esperabas? —Su sonrisa socarrona no logró opacar la angustia que nacía en mi pecho—. Tranquila. Dentro será como si estuvieses en tu mundo. Como ya te dije, la fiesta se celebrará en la antesala del infierno. Esto es solo la entrada, si te dejase entrar en el propio averno me temo que ni yo podría sacarte. Ahora vamos.

Me tendió la mano para ayudarme a ponerme en pie. Me impulsé y me sostuve como pude, sentía la ropa tan pesada que apenas podía moverme.

—Estamos empapados —comenté. Imaginaba que nuestro aspecto no sería el más adecuado para una fiesta de gala. Por no hablar de que ni siquiera me había vestido apropiadamente, pues no tenía nada lo suficientemente elegante.

—Nos darán ropa aquí, no te preocupes. Además, con el calor que hace nos secaremos enseguida.

Lo cierto era que sí que hacía calor, y se estaba volviendo sofocante a cada respiración que daba. El agua que goteaba de nuestra ropa ya se había calentado. Lo seguí mientras subía los escalones y observé la amplitud del castillo que se erigía ante nosotros. Las paredes de piedra rugosa y bruta, también teñidas de rojo, parecían tan antiguas como el propio universo, y me pregunté cómo sería por dentro. La fachada era tan alta que apenas podía abarcarla echando la cabeza hacia atrás todo lo que podía. Alix tomó uno de los llamadores de la gran puerta de madera maciza y aguardó unos instantes en los que nadie dijo una palabra. Sin embargo sus dedos se entrelazaron en torno a los míos para infundirme calma. Tras varios segundos se abrió, dando paso a un hombre elegante vestido con un traje y con una pajarita adornando su cuello. Llevaba un paño blanco doblado sobre su brazo derecho.

—Buenas noches, señor. Veo que ha decidido venir acompañado —

dijo el hombre complacido. Llevaba el cabello castaño recogido en un moño en el cogote, y sus ojos eran completamente blancos. Me estremecí al percatarme de ese detalle.

—Sí, Sergei. Sabes que no podría negarle a padre sus deseos.

A pesar de su comedida y educada conversación podía notar perfectamente la ironía oculta en las palabras de Alix. Algo me decía que no podría hacerlo, literalmente, por más que quisiera. Después de todo, no se podía esperar un comportamiento normal entre padre e hijo cuando se trataba de demonios. El tal Sergei, que parecía ser el mayordomo o una figura similar, asintió con una sonrisa.

—Hemos preparado un cuarto para usted y la señorita donde podrán ponerse la ropa que se ha elegido para ustedes esta noche.
No tarden, saben que al señor no le gusta esperar.

—No tardaremos, gracias.

Aferré con más fuerza la mano de Alix y juntos seguimos a Sergei, que nos guió por un largo pasillo. Abrió la puerta del fondo y nos dejó pasar, cerrando a nuestras espaldas. Comprobé que nos encontrábamos solos y dejé escapar un suspiro de alivio.

—¿Cómo voy a aguantar esta noche? Me ha aterrorizado.

—Venga ya, es solo un humano —rió Alix mientras alcanzaba un par de bolsas negras que colgaban en un burro metálico. Me tendió una de ellas, la más grande.

—Sus ojos no eran humanos.

—Eso es lo que ocurre cuando un alma humana se queda atrapada aquí, Zoe. Dicen que los ojos son el espejo del alma, ¿no? Pues una vez que estás atrapado en el infierno, esta pertenece al diablo y la consume. Ya no hay alma que ver a través de sus ojos. —Contuve un gemido horrorizado—. Ahora vístete. Sergei tiene razón cuando dice que a padre no le gusta esperar. Tras ese biombo hay un espejo que sí puedes mirar. Pedí que trajeran uno de la superficie, para que pudieses prepararte cómodamente.

Asentí, todavía confundida por el misterio que Alix mantenía sobre los espejos del infierno, y me desvanecí tras el biombo para que no me viese mientras me cambiaba. Aunque qué sabía yo si tenía alguna

especie de rayos equis que le permitiesen ver a través de él. Como pude me deshice de la ropa mojada y la tiré a un lado, quedándome en ropa interior. Efectivamente mi cabello casi se había secado por completo. Abrí la bolsa y mis labios se entreabrieron al contemplar el vestido que se hallaba en su interior. Lo saqué y lo estiré para poder verlo mejor. Era de color borgoña, con un corpiño de efecto satinado y un escote estrecho que llegaba a la cintura, terminando de forma afilada. La falda era amplia, con una capa de delicada gasa por encima que le daba un efecto vaporoso digno de un cuento de princesas. Me quité el sujetador, ya que se vería demasiado, y me lo puse. Los finos tirantes se acomodaron sobre mis hombros como si hubieran sido creados para ellos. Me observé en el espejo, contemplando cómo realzaba mis curvas —unas que no acostumbraba a ver a menudo—, a pesar de que el corpiño todavía estaba algo flojo. Faltaba un último detalle.

—Alix, necesito ayuda con esto.

Sus pasos precedieron su aparición tras el biombo. Tragué saliva al verlo. Llevaba un traje de color borgoña, a juego con mi vestido, con una camisa negra que realzaba el color de sus ojos. No llevaba corbata ni pajarita, simplemente abotonado hasta el final. Mordí mi labio inferior por un instante. Su cabello se había secado en unas desenfadadas ondas que había acomodado con las manos hacia atrás. Sonrió de medio lado, una sonrisa cargada de perversiones.

—Ya te lo has puesto. ¿Quieres ayuda para quitártelo? No tendría problema con eso, dulzura.

—Tú mismo lo has dicho, a tu padre no le gusta esperar. —Sacudí el rostro para tratar de olvidar los pensamientos obscenos que estaban rondando mi mente y me giré para mostrarle la espalda—. Y yo sola no puedo apretar el lazo.

El corpiño era de estilo corsé, haciendo necesario un ajuste del que yo sería incapaz de encargarme. Alix se acercó a mí, pude verlo reflejado en el espejo, y depositó sus manos sobre mis hombros con delicadeza. Las miré, incapaz de apartar la vista de sus dedos, y el los deslizó con lentitud por mis brazos. Sus manos se aferraron un instante a mi cintura, deleitándose por unos segundos, y comenzó a toquetear el lazo. Dio un tirón seco, apretó el primer tramo y me arrancó un gemido de sorpresa. A través del reflejo vi cómo sonreía, para a continuación pegar más su cuerpo al mío. Inspiré hondo y cerré los ojos, sintiendo el siguiente tirón apretar el corpiño un poco más. Un

nuevo gemido salió de entre mis labios, provocando que desparramase deliberadamente su aliento contra mi cuello. Pasé las manos por la falda del vestido, sin saber bien qué hacer con ellas, porque cada parte de mí anhelaba tocarle. Dio un último tirón en la parte baja, haciéndome gemir otra vez, y abrí los ojos. Los suyos, tan negros como la más profunda noche, me observaban cargados de deseo a través del reflejo. Finalizó el nudo del lazo y sonrió. Me di la vuelta con la respiración entrecortada. A pesar de tener el pecho levemente comprimido era perfectamente soportable. Alix acarició uno de los tirantes, y de paso mi piel, y volvió a colocarlo en su lugar, pues se había resbalado.

—No puedes gemir así, dulzura. Provocarás a más de un demonio. —Sus labios se acercaron peligrosamente a los míos y contuve la respiración, con los ojos entrecerrados ante su cercanía. Su aliento ya se mezclaba con el mío—. Vamos, padre debe de estar impacientándose. —Me separé de él abruptamente y asentí. Me calcé con unas sandalias de tacón de color oro y me encaminé hacia la puerta, pero Alix me detuvo—. Una última cosa.

Con cuidado, casi como si pudiese romperme, cogió una horquilla de oro de un estante cercano y recogió hábilmente mi cabello con ella. Se trataba de un moño flojo a media altura con un par de mechones ondulados que caían a ambos lados de mi rostro. Sonreí.

—Gracias.

—Estás hermosa, dulzura.

Tomé su mano de nuevo, aterrada por el inminente encuentro, y nos encaminamos hacia nuestro destino. Hinché el pecho, todo lo que me lo permitía la sensación ajena y extraña que me provocaba el corpiño, y emití un discreto suspiro. Alix apretó mi mano en respuesta para infundirme valor.

Después de todo, solo iba a conocer a Lucifer, el rey del infierno.
¿Qué podía salir mal?

12. Lucifer

Caminé junto a Alix; me cubría con su cuerpo lo mejor que podía, y él no soltó mi mano en ningún momento. Era la única manera de lograr que temblase un poco menos. Me dediqué a observar a nuestro alrededor mientras recorríamos los largos pasillos. A juzgar por el lúgubre exterior había imaginado un castillo lleno de estatuas escalofriantes, moho en las paredes y candelabros titilantes, digno de una novela de Bram Stoker. Sin embargo, contra todo pronóstico, los altos techos daban lugar a amplias estancias de un color blanco impoluto, haciendo el lugar luminoso. Cada pocos pasos podían encontrarse jarrones y objetos similares en porcelana y oro, así como enormes cuadros que retrataban escenas de lo más variopintas, a menudo machos cabríos o criaturas con cuernos. En cualquier otra circunstancia me habría detenido a admirarlos, pues solo con pasar junto a ellos ya podía ver que su calidad era exquisita; sin embargo, nada en ese momento me preocupaba más que encontrarme en un lugar lleno de demonios. Alix se detuvo frente a unas puertas dobles de gran tamaño, en una madera tallada intrínsecamente que parecía ser de roble o algo semejante.

—¿Estás lista? —preguntó. Me aparté un par de pasos de él y acaricié mi colgante, armada de valor. Si no dejaba de temblar como un conejillo asustado sería todavía más apetecible para todas las criaturas que pudiese haber al otro lado.

—No tengo remedio —suspiré—. Intentaré disimular.

—Tu olor te delata —dijo tras fruncir el ceño con diversión. Se acercó a mi oído—. Me encanta cuando hueles así, dulzura.

Un cosquilleo descendió desde mi bajo vientre y alcé el mentón, hinchando el pecho y dando un paso hacia delante. Puse los ojos en blanco.

—Vamos, imbécil, antes de que me arrepienta —respondí cuando logré recuperar una expresión seria.

Respiré hondo mientras sus nudillos golpearon la madera. Una, dos, tres veces. Pude ver de soslayo la sonrisa arrogante que no abandonaba su rostro. Le divertía sobremanera incomodarme al punto

de sacarme los colores, pero no le daría el gusto. Tenía que esforzarme en dar una buena impresión.

Más que buena, hacerles creer que no debían meterse conmigo. Incluso en mi cabeza sonaba terriblemente ridículo. Las puertas se abrieron y contuve la respiración, sorprendida ante lo que veían mis ojos. Frente a nosotros había un salón de baile amplio y lujoso, con lámparas de araña doradas cuyas lágrimas de cristal semejaban llover sobre los invitados. Todos parecían normales, charlando animadamente con copas en la mano. De verdad tenía la esperanza de que ese líquido oscuro y misterioso fuese simplemente vino. Vestían trajes y vestidos espléndidos, tanto como los nuestros, y la gran mayoría se giró hacia nosotros en cuanto entramos. Tragué saliva, pero en ningún momento me planteé bajar el mentón. No cambiaría mi postura por la de una niñita asustada, aunque por dentro mi instinto de supervivencia me estuviese suplicando entre llantos que saliese corriendo de aquel maldito lugar. Alix caminó entre los demonios, conmigo pisando sus talones, mis tacones resonaban por el lugar sobre el murmullo de una suave y escalofriante balada de violín. Gracias a los zapatos había alcanzado su altura, lo que en cierto modo me hacía sentir más poderosa. Al menos, no tan pequeña rodeada de monstruos de pesadilla. La gente nos hizo paso, lo que indicaba el alto estatus que tenía mi compañero entre ellos. Cuando las últimas siluetas se apartaron del camino pude observar una especie de trono de oro. Desde luego todo allí resultaba ostentoso. Pero lo más sorprendente fue que, sentado en él, se encontraba un hombre normal. Bueno, si se podía llamar normal a alguien tan sumamente atractivo. Su cabello rubio oscuro se peinaba hacia atrás, pegado a su cabeza, y sus ojos negros eran grandes y ligeramente avellanados. Era todavía más alto que Alix y yo, debía rondar los dos metros, y debajo del traje completamente negro sus músculos parecían querer sobresalir. Al vernos profirió una sonrisa ladina, enseñando unos perfectos dientes blancos enmarcados por unos suaves labios. Sus facciones eran alargadas, más suaves que las de Alix, aunque en apariencia era mayor. No demasiado, al contrario de lo que debía de ser su verdadero aspecto. Contuve la respiración e instintivamente me incliné haciendo una reverencia, seguida por Alix. Le había sorprendido mi acción, aunque estaba segura de que había sido lo adecuado. Apreté los dientes tratando de ignorar la estrella que palpitaba cada vez más en mi clavícula. El hombre ante nosotros se levantó y se acercó, tomando mis dedos. Me estremecí ante el contacto helado, que dejó una sensación turbia en mi piel. Contuve la respiración hasta que depositó un leve beso sobre el dorso de la mano.

—Hacía tiempo que no teníamos una belleza tan deliciosa por aquí. —El brillo en sus ojos fue escalofriante. Dirigió su mirada a Alix—. Puedes traernos un par de copas, hijo.

—Sinceramente, para algo tienes al servicio —respondió él con el pecho hinchado mientras cubría parte de mi cuerpo de forma protectora. Entrecerré los ojos, comprendiendo que no quería dejarme sola con él. Después de todo, era el mismo diablo—. Yo estoy cómodo aquí.

—Vamos, hijo, no seas así delante de nuestra invitada. Haz lo que se te dice. —Su voz se endureció, y pude ver cómo la rabia tiraba de una de las comisuras de su boca, perturbando su sonrisa—. Un poco de vino para la señorita estará bien, está en las bodegas. Es una cosecha especial, los humanos que viven aquí trabajan muy bien —explicó hacia mí, emitiendo una sonora carcajada—. Después de todo, es lo que pueden hacer para satisfacerme. Trabajar.

Alix buscó mi mirada, aparentemente imperturbable, y yo asentí con suavidad. Expulsó el aire por la nariz y en grandes zancadas desapareció entre la multitud. Me estremecí al darme cuenta de que los demás habían vuelto a sus conversaciones y mis músculos se tensaron cuando sentí la mirada de Lucifer fija sobre mí. Lo miré de soslayo, incómoda.

—No suelo tomar vino —indiqué con un hilo de voz. Cada vez resultaba más difícil mantener la postura erguida, pues en realidad estaba deseando esconderme debajo de una de las mesas de cóctel.

—Este te gustará, seguro. Lo he pedido especialmente para ti. —Comenzó a caminar por la enorme sala sin dejar de observarme. Mantenía mi mirada con curiosidad, casi como lo hacía Alix, pero la perversidad danzaba en sus pupilas mucho más malévola—. De hecho, la fiesta se celebra aquí por y para ti. Para que puedas estar con nosotros en una velada tan agradable como lo es la noche de los muertos.

Asentí, pareciendo distraída, aunque mis ojos vagaban de un punto a otro sin cesar, escaneando la multitud que nos rodeaba. Caminé junto a él, sabía que quería que lo acompañase en aquel pequeño paseo. No dejaba de analizar cada uno de mis movimientos, y no supe discernir si eran más fuertes las ganas de devorarme o de arrastrarme con él hasta las profundidades del averno.

—Hay una cuestión… —comencé a decir a la par que cogía todo el aire que cabía en mis pulmones. Este parecía viciado, desagradable y pesado al respirar. Olía a almizcle y azufre—. El pueblo ha detectado recientemente ataques… Animales — finalicé. Sus párpados se abrieron más, sabía que había captado su atención por lo que tenía que decir.

—Parece un pueblo tranquilo ese en el que vives —observó sin dejar de caminar ninguno de nosotros. Parecía ridículo pasear dentro de una estancia, aunque el salón de baile era tan grande que podríamos caminar varios minutos sin pasar por el mismo sitio. Traté de ignorar la desagradable sensación cuando pasábamos cerca de un grupo de demonios y estos se giraban para observarme e, incluso, olfatear el aire con descaro. Me pregunté cómo de bien olería para ellos, y mis dedos se retorcieron con nerviosismo mientras me desesperaba por el regreso de Alix. Pasamos junto a un espejo y giré mi rostro, incapaz de mirarlo debido a sus advertencias—. Un animal no debería lograr ningún estropicio salientable.

—No —titubeé—, si solo fuese un animal. —Me atreví a mirar los ojos negros del hombre junto a mí, muy distintos a los de Alix. Estos desprendían pura maldad líquida—. Me temo que alguno de tus demonios haya decidido divertirse a nuestra costa.

Una carcajada tenue pero audible brotó de su garganta, y Lucifer me miró con diversión.

—¿Alguno de mis niños paseándose por un pueblo mortal? Bueno, no puedo decir que me sorprenda, ciertamente. —Su amplia sonrisa dejó entrever lo afilados que realmente eran sus dientes, aunque si me hiciesen jurar aseguraría que se afilaban a medida que su diversión crecía—. ¿Te ha causado algún tipo de problema? —cuestionó con un parpadeo forzado.

—No mucho, nada irreparable —respondí de forma seca—. Pero mis amigos y familia me preocupan. Además, ha vuelto a haber una desaparición en el lago. Aunque ahora puedo imaginar lo que ocurre allí.

Lucifer asintió complacido, orgulloso de su obra, de lo que hacían en nuestra contra. Disfrutaba del caos y la destrucción, y era absurdo sugerir siquiera que sus demonios se comportasen por mí.

—No puedo controlar a todos mis demonios, querida, consume mucho

tiempo educar a estos salvajes. Aunque por lo menos se están comportando ahora. —Acarició uno de los mechones sueltos de mi cabello—. Es muy complicado obviar el delicioso olor que desprendes.

Me separé sutilmente, sin querer ofender al rey de los demonios, aunque sería difícil hacer algo que realmente le molestase. Parecía alguien a quien poco le importaban los actos de los demás.

—Lo entiendo, pero quizás podrías convencerlos de que fijen su atención en otro pueblo. Después de todo, no disfruto especialmente las amenazas.

Sus ojos danzaron sobre mi rostro, escudriñando mi expresión con el ceño fruncido.

—¿Alguno de ellos te ha amenazado directamente?

—He recibido amenazas, sí. Y he sido atacada, aunque algo sin importancia. —A pesar de que mis piernas todavía temblaban al recordar aquellas manos en torno a mi cuello. Observé las de Lucifer, visiblemente más grandes que las de Alix. ¿Podría haber sido él? Si era así, no le estaba contando nada nuevo, pero le estaba dejando claras mis sospechas. Si, por el contrario, se trataba de otro, esperaba que sirviese de algo compartirlas con él. Cuadré los hombros y me armé de valor para continuar—. Espero encarecidamente que ninguno de ellos se vuelva a acercar a mí. Después de todo, debe de significar algo que sea tu invitada y no intentes dejarme aquí atrapada.

—Te aseguro, querida, que intentaré llegar al fondo del asunto. No se te tocará ni un pelo. Eres demasiado… —Contempló mi silueta al completo—… Majestuosa como para permitir que alguno de ellos haga algo que no debe. —Hizo una pausa y chistó con la lengua—. Eso nos lleva a un tema que nos atañe. Me fascina la actitud que tienes hacia mi hijo, y más la que él tiene hacia ti. El hecho de que, sabiendo lo que es, no te apartes de él es, cuanto menos, peculiar. ¿Hay algo que se me escape en esa cabecita tuya? Me pregunto qué piensas sobre él. Como humana, es extraño que no lo hayas culpado de todos los misterios que han comenzado en el pueblo tras su llegada.

Tragué saliva y retorcí mis dedos de nuevo.

—No negaré que fue el blanco de todas mis sospechas —admití en un suspiro. Miré a mi alrededor, deseando que apareciese para interrumpir la incómoda conversación—. No sabría explicarlo, pero

confío en él. —Una nueva carcajada brotó de su pecho, aún más fuerte que la otra.

—Querida. Confiar en un demonio —Se acercó a mi oído, lo suficiente como para que lo escuchase —. Es condenarse a muerte.

Entrecerré los ojos y lo miré, desafiante.

—Desde luego lo haría de confiar en ti —admití. Él me observó fijamente, como si lo que acabase de decir lo hubiese descolocado por completo.

—Ten cuidado con lo que dices, Zoe Cox. Un alma como la tuya es como un caramelo en la boca de un demonio enfadado. Y no me quieres ver enfadado.

Sentí un cuerpo junto a mí, y él tomó mi codo antes de que me tambalease por la impresión. La mirada que todavía me dedicaba Lucifer estaba cargada de una ira intensa y vagamente encubierta, y mi estrella palpitaba en advertencia. Mi piel se estaba calentando en aquella zona, algo que resultaba demasiado incómodo. Como continuase así terminaría ardiendo.

—Aquí tienes tu copa —musitó Alix. Un suspiro de alivio salió de entre mis labios al escuchar su voz ronca tan cerca de mí, al tener su tacto contra la piel desnuda de mi brazo—. Fue difícil de encontrar, padre, lo tenías bien escondido.

Lucifer pareció regresar a nuestro plano, suavizando la expresión y sonriendo de nuevo. Su sonrisa, todavía más perversa si cabe, me provocó un terrible escalofrío.

—No tan escondido. Todavía no habíamos terminado.

—Sí, ya habíamos terminado. —Busqué con urgencia los ojos de Alix, que me observaba con cautela, como si buscase cualquier rastro de daño sobre mi cuerpo—. Había empezado a preguntarme dónde demonios te habías metido.

—Siempre me divertirá esa expresión —musitó el rey demonio con una leve carcajada.

Me acerqué más a Alix, buscando la protección de su cuerpo, y eché un vistazo a la fina copa de vino. No había demasiado, solo un par de

dedos, pero suficiente para que el aroma impregnase todos mis sentidos. Me giré cuando un olor metálico se interpuso entre ello. Una chica se acercaba a Lucifer, vestida con un traje negro similar al del mayordomo. Llevaba en su mano derecha una copa de un líquido mucho más oscuro, y no hacía falta sumar dos más dos para saber de qué se trataba. El demonio la tomó e hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza. Observé a la joven, que estaba ya por retirarse. Tenía el cabello rubio, corto por los hombros, y aunque sus ojos eran completamente blancos ahora yo sabía perfectamente que habían sido verde esmeralda. Tomé su brazo con fuerza antes de que se marchase.

—Kaytlin —musité con los labios entreabiertos. La hija del jefe de policía. Ella se giró hacia mí, por un instante pensé que me habría reconocido, que todavía quedaban atisbos de su vida de antaño. Pero su mirada estaba tan vacía como sus propios ojos, y supe que nada se podía hacer ya. La solté con lentitud y ella se marchó sin volver a mirar atrás.

—Veo que ya os conocíais —sentenció Lucifer—. Bueno, es fácil. Después de todo Dark Lake es uno de nuestros portales más eficaces. Lleva siglos trayendo deliciosas almas hasta aquí. Kaytlin, ahí donde la ves, es maravillosa en todos los aspectos.
Hace lo que se le ordena cuando se le ordena.

Es muy buena en todo tipo de trabajos. Lo que yo le pida, sea lo que sea. Y tú, Zoe, —El tono de su voz, lo que quería decir más allá de sus propias palabras, lo que insinuó, me revolvió el estómago hasta provocarme arcadas. Sus ojos me miraron fijamente con un destello feroz—, ¿eres así de obediente?

—Se acabó, nos marchamos. —El gruñido de Alix fue elevado, lo suficiente como para atraer la mirada de todos los asistentes. Lucifer abrió los brazos en un amplio gesto de diversión.

—¿Por qué tan pronto, hijo? Quiero divertirme un poco más con tu virginal amiguita. Estoy seguro de que cualquiera de ellos querría tener una animada charla con ella.

Su carcajada me hizo trastabillar. Alix ya me había tomado por el brazo y me estaba arrastrando hacia las puertas. Las abrió de par en par, pero mis pies se quedaron clavados en el umbral, haciendo que su mano se soltase de mí y avanzase varios pasos por delante. Había evitado todos los espejos, pero no había podido hacerlo con aquel. En el reflejo vi la multitud que había a mis espaldas, que se acercaba

hacia mí, mas eso no fue lo que me horrorizó. Entendí entonces las advertencias de Alix. No podía mirar los espejos del infierno, porque en ellos se reflejaba la verdadera naturaleza de aquellas criaturas. Así, todo lo que podía ver en aquel cristal enmarcado en oro eran un sinfín de espectros repletos de cuernos y malformaciones, figuras humanoides con garras afiladas que venían a por mí. Mi garganta se desgarró en un grito ensordecedor. Tenía que salir de allí.



13. Protégeme

Alix caminaba frente a mí. Tras recuperar nuestra ropa, y comprobar por activa y por pasiva que ningún demonio había decidido perseguirnos fuera del salón de baile, nos había sacado a ambos de aquel horrible lugar. Ahora mis pies se arrastraban por el bosque, con dificultad debido a la oscuridad de la noche que ya se cernía sobre nosotros, con la ropa todavía húmeda y estremeciéndome bajo mi propio abrazo. Observé la espalda que se mecía varios pasos por delante.

—¿Qué ocurrió con ese espejo? —cuestioné, todavía confusa por lo que había visto.

—Los espejos del infierno revelan nuestra verdadera forma, por más que tratemos de ocultarla — respondió de forma escueta y seca. Continuó caminando en silencio.

—¿He hecho algo mal? —pregunté tras varios tediosos minutos, tratando de alzar la voz carrasposa. Alix se detuvo y miró atrás, pero no respondió—. Desde que salimos de ahí dentro has estado callado. Ni siquiera me miras a la cara y, sinceramente, estoy demasiado asustada como para tener ganas de aguantar esa actitud. —Sentí finas gotas de lluvia entre los árboles y miré al cielo. A pesar de que las hojas lograban ampararnos, pronto el agua comenzaría a calar sobre nosotros.

—No eres tú quien ha hecho algo mal —musitó mirándome directamente a los ojos.

Era raro encontrarlo así, serio, sin que su habitual media sonrisa de diversión y suficiencia decorase su bello rostro. Lo observé con el ceño fruncido, buscando responder a la pregunta que me hacía en lo más profundo de mí; era probable que nunca fuese capaz de decidir si era más hermoso de una forma u otra. Pestañeé con pesadez al sentir el peso de las gotas de agua que se acumulaban en mis párpados.

—Bueno, en ese caso reconoceré que su magnificencia, el rey de los demonios, se ha comportado como un auténtico… — comencé a despotricar, incapaz de detener mis labios una vez hube empezado a hablar. Sin embargo, la negación que gesticuló me detuvo antes de

que pronunciase otra palabra.

—Había anticipado un comportamiento así, es lo que hace, domina el arte de incomodar y hacer daño. —Hizo una pausa, sus ojos sin abandonar mi rostro ni un minúsculo momento. La lluvia comenzaba a sentirse pesada, gotas más gruesas se desparramaban sobre nosotros, que continuábamos parados en medio de la arboleda—. Yo he sido el único que ha hecho mal.

Solté una carcajada ahogada y cambié mi peso de una pierna a la otra, desconcertada. No podía creer que de verdad estuviese hablando en serio.

—¿Por qué tú? Si no hubiese sido por ti, estoy segura de que ahora mismo sería pasto de demonios. Te tienen respeto, y eso ha sido lo único que los ha detenido de venir a por mí. Al menos, es lo que parece.

—El único demonio que no me respeta es mi padre, tienes razón al creer que el resto lo hacen. Pero si no hubiese sido por mí no estarías allí en primer lugar. Y no estarías metida en todo este lío.

—Alix… —comencé, frustrada por sus palabras. Por más que lo miraba era incapaz de atisbar una mínima señal de amenaza, cualquier cosa que indicase que no era digno de mi confianza. No sabía si Lucifer había querido jugar con mi mente, pero no permitiría que sus sucias palabras sobrepasasen los latidos de mi corazón. Si había algo en lo que confiar, era eso—. ¿Recuerdas nuestra primera conversación? Digo la real, porque las palabras que cruzamos aquel día en el instituto fueron una charla de besugos. —La media sonrisa volvió a dibujarse en su rostro—. Creo que aquel día, cuando me miraste a los ojos, te quedó bien claro que no has tenido nada que ver en eso. Yo solita me estaba metiendo en este sinsentido, sin tu ayuda. Yo accedí a investigar con Jeremy, y a perseguirte. Quizás la diferencia radicaría en que, si tú no estuvieras, esos demonios ya me habrían comido.

—Ciertamente eres apetecible —musitó acercándose un par de pasos hacia mí—. Esto es muy peligroso, Zoe. Lo mejor que podéis hacer tu padre y tú es marcharos de este lugar ahora mismo, y nunca mirar atrás.

—No puedo irme —resollé, en parte debido a su cercanía—. Has visto lo que había en el despacho de mi madre. Necesito averiguar lo que realmente pasó.

—No puedo consentir que nada te ocurra.

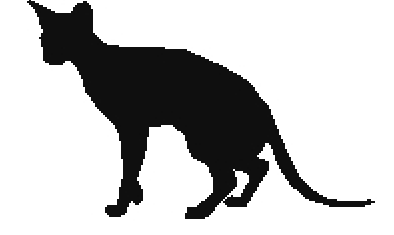
Sus palabras me tomaron por sorpresa, aunque no tanto como sus manos acunando mi rostro con más dulzura de la que nunca lo había visto gozar. Apreté los labios y dejé que las gotas de lluvia que ya los empapaban resbalasen por mi barbilla. Miró a un lateral de mí y peinó el mechón empapado que se había pegado a mi mejilla.

—¿Y eso por qué? —Cuestioné. Mis ojos viajaban sin control entre los suyos y sus labios, tan cerca como estaba, el cabello húmedo se adhería a su piel. Antes apenas podía verlo, ya que la luz de la luna quedaba opacada por la espesura de la flora silvestre, pero ahora que estábamos tan cerca era capaz de apreciar cada detalle. Él continuaba con su escudriñamiento, pero no respondió. Pasaron largos segundos hasta que volví a hablar. Mi rostro se acercó más al suyo de forma inconsciente; nuestros alientos, entremezclados en uno solo, escenificaban una danza que solo ambos conocían, ni siquiera nosotros —. Entonces ayúdame. Protégeme.

Alix negó con la cabeza y se separó, echando a andar de nuevo. Sus hombros se cuadraron en una postura rígida y yo trastabillé entre las raíces que sobresalían antes de apresurarme para no perderlo de vista. Lo último que quería era quedarme sola en aquel oscuro lugar. Todavía sentía la presencia del lago a mis espaldas, demasiado cerca.

—Ni siquiera soy capaz de protegerte de lo más sencillo —pronunció, lo suficientemente alto como para que pudiese oírlo—. De mí mismo. —Boqueé sin saber qué responder, aunque lo que de verdad me planteaba era si tendría que pedirle que aminorase el paso. Podía notar que estaba disgustado, y me habría atrevido a jurar que cada día que pasaba junto a mí se volvía más humano. Quizás eso era lo que yo quería creer—. Te llevaré a casa. A veces olvido que eres humana. No quiero que te resfríes.

Quizás.



El resto del camino transcurrió en un silencio sepulcral entre ambos. Me limité a escuchar los sonidos que hacían los animalillos del bosque, estremeciéndome con cada rama que se rompía a mis espaldas e incapaz de dejar de mirar atrás. Alix desapareció sin decir nada en cuando llegué al umbral de mi puerta, donde las luces se encontraban encendidas. Me sorprendió verlas también en el salón. No sabía la hora exacta; sin embargo, por la posición de la luna, estaba segura de que ya era de madrugada. Giré la llave con cuidado, esperando no despertar a mi padre si se había quedado dormido en el sofá. En cuanto puse un pie en el interior Ast saltó a mi regazo, ignorando por completo que estuviese empapada, y tras olfatearme con disgusto comenzó a lamerme con urgencia.

Como si así pudiese deshacerse del asqueroso y denso olor a azufre que debía de percibir en mí. Cerré la puerta y mi padre asomó en el recibidor con el ceño fruncido.

—Estás empapada. ¿Has venido andando? —corrió a abrazarme con necesidad. Ast se removió, incómoda, aunque no parecía querer abandonar mis brazos—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, papá. Solo me he mojado un poco en el camino, ha estado lloviendo. ¿Qué pasa?

—Van a poner un toque de queda en el pueblo.

—¿Un toque de queda? —pregunté confundida. Lo miré con una ceja alzada, a la espera de recibir más información que la que me estaba dando—. Papá, dime qué ocurre.

—Ha aparecido otro cuerpo, cerca del lago. —Tragué saliva, incapaz de creer que mientras todos aquellos demonios se divertían en un sinsentido de fiesta aristocrática alguno de ellos había buscado entretenimiento en volver a atacar al pueblo—. Harold. El jefe de policía.

Tragué saliva y lleve una mano a mis labios, conmocionada. Me apoyé en el mueble del recibidor, con Ast todavía en brazos mientras continuaba lamiendo mi piel. El sonido de mi teléfono, que había dejado sobre la repisa de madera antes de irme, me hizo dar un respingo. Lo cogí y, tras desbloquearlo, palidecí de golpe. De nuevo

número inexistente.

> **Te he visto esta noche. Estabas hermosa con ese vestido borgoña, te pareces tanto a tu madre. El cuerpo del jefe no ha sido mi último regalo.**
>
> **Lo que sea para alguien tan majestuosa. Reservaré lo mejor para el final, no temas por eso. Estaré observando.**

Tragué con fuerza y apreté el teléfono en mi mano, mis emociones contenidas para no lanzarlo contra la pared y pisotearlo hasta que estuviese hecho añicos.

—Cielo, ¿ocurre algo?

Recordé el rostro de Kaytlin, desprovisto de cualquier signo que afirmase que alguna vez había sido una humana sin preocupaciones, con esos ojos completamente blancos que mostraban lo vacía que estaba, y mis ojos comenzaron a escocer. Negué con la cabeza, con el vello de la nuca erizado. Observé a Ast, que tras haber finalizado su trabajo estaba tranquila acomodada entre mis brazos, y luego la puerta del despacho de mi madre cerrada a cal y canto. Por último los ojos de mi padre, que me observaban preocupados.

—No. Es solo que la vida en el pueblo se está convirtiendo en una locura. —Llevé una mano a mi frente, que estaba ardiendo y palpitaba. Me sentí febril, pero no sabía qué parte se debía al frío y cuál a la sucesión de catástrofes que poco a poco iban haciendo mella en mi estado de ánimo.

—Será mejor que te des una buena ducha caliente y te metas en cama. Como sigas con eso puesto vas a enfermar.

—Tienes razón, papá. Por favor, intenta descansar. —Besé su mejilla antes de subir las escaleras. La gata esfinge no se había movido de mi regazo, ni mostraba trazas de querer hacerlo. Estaba muy preocupada por mí, lo mostraba con cada mirada—. Siento mucho lo de Harold.

Él asintió y dio un apretón cariñoso en mi mano. Subí a mi cuarto y cerré la puerta, de nuevo a salvo en mi burbuja. Deposité a Ast sobre la cama y me metí en el cuarto de baño, deshaciéndome rápidamente de la pesada ropa mojada. Abrí el grifo y aguardé hasta que el agua comenzó a humear para meterme bajo la ducha. Inspiré hondo mientras las gotas corrían por mi cuerpo, acariciándome en una lengua cálida que comenzó a relajar poco a poco mis agarrotados músculos. Mi pelo se sentía pesado, largo como era, y agradeció el

champú que eliminó cualquier rastro de olor a infierno. Mi mente viajó a Alix, a sus ojos negros como el mismo lago cuando los mirabas de cerca. Sus manos acariciando mi piel con una suavidad impropia de un demonio. Imaginé sus dedos recorriendo mi cuerpo, sus labios viajando a lo largo de mi cuello, bajando por mi hombro y clavículas y llegando a lugares inciertos. La lengua que rasgaría con calidez todas mis barreras, volviéndome vulnerable bajo su mirada feroz y su sonrisa pecaminosa. Emití un jadeo ahogado y abrí los ojos al tiempo que cerré el grifo. Me froté la cara para retirar el grueso del agua que se adhería a ella. Negué con la cabeza, saturada ante los múltiples sentimientos que se apoderaban de mi mente, y salí con cuidado de la ducha. Me puse el pijama más cálido que encontré y me metí entre las sábanas, dejando que Ast se acomodase contra mi vientre para darme aún más calor.

—Eres una estufa viviente, pequeñaja —murmuré antes de subirme la manta hasta las orejas. A pesar de la ducha caliente, y el vaho que todavía impregnaba la estancia, seguía tiritando—. Te quiero mucho, Ast. Gracias por estar aquí.

La gata emitió un maullido contra mí, acurrucándose todavía más, lo que me arrancó una sonrisa. No sé qué haría sin mi querida esfinge. Era algo que no quería ni plantearme. Al comprobar que se encontraba tranquila, señal de que ningún demonio acechaba entre las sombras, conseguí conciliar el sueño sin apenas darme cuenta de que estaba cayendo dormida.

El escenario había cambiado de nuevo. Me había acostumbrado a ello desde la aparición de Alix, que trastocaba por completo mi subconsciente. Claro que cuanto más me adentraba en su mundo más me planteaba si aquello se trataba de una pesadilla o ciertamente eran recuerdos que se habían deformado con el paso del tiempo. Esta vez me encontraba en una vasta extensión árida bañada por una luz rojiza. El infierno. Observé a mi alrededor, pero todo se encontraba en completo silencio. Di un par de pasos al frente, sintiendo la arenisca arañar las plantas de mis pies descalzos. Me observé y comprobé que llevaba el habitual camisón blanco. Mi cabello estaba trenzado despreocupadamente a un lado de mi rostro. Escuché pasos a mis espaldas, y mis músculos se volvieron rígidos como si estuviesen esculpidos en mármol. No me giré, me limité a escuchar cómo quienquiera que fuese se acercaba lentamente. Me pregunté entonces si Lucifer tenía el poder de introducirse en mis sueños como lo hacía Alix.

—No puede —susurró este a mi oído, todavía a mis espaldas. Una de sus manos se posó sobre mi brazo, haciéndome dar un respingo contenido.

Entonces me giré para observarlo con el ceño fruncido—. No si tú no le das paso. —Tocó mi colgante con la punta de un dedo—. Es una protección. Puedo pasar porque tú me permites que lo haga, pero mientras le cierres la puerta a él todo irá bien.

—No recuerdo haberte dado el paso a ti.

Su risa leve sonó ronca. Me miró con una sonrisa ladeada.

—Inconscientemente lo has hecho. Porque te agrado. —Su vista se desvió entonces al cielo sobre nosotros, teñido del color de la sangre—. A menudo sitio nos has traído, dulzura.

—Supongo que ha sido tan traumático que no puedo evitar soñar con ello —bromeé, aunque no pareció hacerle gracia. Mi expresión se enserió y bajé la mirada—. El padre de Kaytlin ha aparecido muerto esta noche. —Sus ojos me buscaron de nuevo y sus cejas se alzaron—. El jefe de policía.

—¿Demonios? —preguntó con una mueca de hastío y obviedad. Asentí—. Cuando encuentre al maldito demonio que está haciendo esto le patearé el trasero tan fuerte que lo mandaré derechito al círculo más profundo del infierno.

—¿Por qué te importa? Se supone que es algo que todos los demonios hacéis... ¿No? —cuestioné, insegura de por dónde continuar sin resultar ofensiva.

—Hay cosas que no sabes de mí y es mucho mejor así, dulzura. —Por sus ojos cruzó la estela de un sentimiento indescifrable—.
Pero te lo he dicho, no permitiré que te dañen.

—¿Qué tiene que ver todo esto conmigo? —inquirí. Además de los mensajes que me atacaban directamente.

—Son demonios, Zoe, ese es su juego. —Tomó mis brazos y me miró con tanta intensidad que creí que me derretiría—. Uno de ellos se ha encaprichado de ti, y jugará hasta que no queden piezas en el tablero. —Entonces recordé el mensaje. Reservaré lo mejor para el final, había dicho. Lo había llamado regalo—. Esto es lo que hará. Irá acabando con la gente que conoces, te desquiciará, se acercará más y más a ti. Hasta que no te quede nada. Hasta que estés tan desesperada que te vuelvas completamente loca y quedes bajo su merced. Hasta que te tenga comiendo de la palma de su mano. Y entonces ya será tarde.

—No puedo dejar que haga daño a más gente. ¿Qué puedo hacer? —. Mi voz tembló. Estaba al borde del llanto y no sabía cuánto tiempo más podría aguantar. Alix me miró fijamente, ablandando su expresión.

—Confiar. Todo lo que debes hacer es confiar.

Abrí los ojos, empapada en sudor y enredada entre las mantas. Estiré las piernas y sentí el maullido de Ast al saltar al suelo. Se ve que se había quedado atrapada entre el nudo de sábanas y extremidades que había formado durante mis sueños. Terminé de deshacer el lío que había creado y me levanté, comprobando que todavía faltaban unas horas para que saliese el sol. Coloqué un lienzo en blanco sobre el caballete, preparé mis pinturas y comencé a deslizar el pincel sobre la impoluta superficie. Llevaba días sin hacerlo, y necesitaba exorcizar mis demonios. Había demasiados rondando mi cabeza.

14. El diario

Pasé una mano por mi frente para secar las gotas perladas de sudor que comenzaban a aparecer. Sin duda tenía algo de fiebre. Emití una risa tenue al darme cuenta de que no había soltado el pincel, así que probablemente me había manchado la piel. Comprobé que era así al tocar la zona con la yema de los dedos, que se mancharon de rojo y negro. Observé el cuadro desde un ángulo más amplio para buscar cualquier defecto consciente que pudiese subsanar. El hombre en el lienzo me observaba con crueldad, y sus pupilas me arrancaron un escalofrío desde lo más profundo de mí. Todavía me parecía oír los violines que entonaban la melodía en aquel lugar. Estiré mis brazos, haciendo crujir mi espalda en el proceso, y me acomodé de nuevo en la silla. El sonido de mi puerta al ser golpeada con fuerza me hizo alzar una ceja, extrañada. Quizás era mi padre, que quería dejar entrar a Ast, pero él no solía llamar tan fuerte.

—Adelante —indiqué mientras dejaba el pincel dentro del vaso con disolvente y me limpiaba las manos con un trapo viejo. Aunque sería más difícil que eso retirar los restos de pintura reseca.

—Hola, Zoe. —Me giré de golpe al escuchar su voz, e inmediatamente me puse en pie y traté de cubrir el cuadro con mi propio cuerpo. Pero resultaba complicado con mi complexión menuda—. Tu padre se ha marchado ya. Me ha dicho que estás enferma, pero quería hablar contigo.

Lo miré fijamente, el cabello rubio pasaba ya la altura de sus ojos; a pesar de su elevada estatura parecía el niño que en realidad era. Tenía ojeras, quizás incluso más llamativas que las mías. Me pregunté cómo estaría llevando todo.

—Jer —saludé—. Sí, tengo fiebre, quizás habría sido mejor que no hubieses venido. —Caminé hacia él con la esperanza de sacarlo del cuarto, pero sus ojos viajaron con avidez sobre mi hombro. Después de todo, era todavía más alto que yo.

—¿Qué es eso? —De repente su mirada se iluminó, parecía haber encontrado una nueva motivación para estar allí.

—Es una cosa en la que estoy trabajando, no tiene importancia —

manifesté, pero él estaba dispuesto a insistir.

—Creí que habías dicho que no debía seguir dándole vueltas a ese tema.

Gemí con frustración y lo miré con fijeza, para después desviar la vista al cuadro. El hombre que nos devolvía la mirada era Lucifer. Con ese rostro incluso angelical, redondeado y hermoso, y unos ojos negros como los de Alix. El cabello peinado hacia atrás, tal como lo había visto. Pero su pecho se encontraba desnudo, y de su cabeza brotaban dos enormes cuernos de hueso desgastado. Su sonrisa era más amplia de lo que había mostrado, y de ella brotaban dientes afilados y amenazadores. Me encogí de hombros.

—Estoy haciendo un proyecto de arte —mentí. Odiaba mentir, y últimamente era lo único que hacía. Desde que había conocido a Alix.

—¿Sobre demonios? —cuestionó con una ceja alzada en mi dirección.

—Jer, ¿a qué has venido? —pregunté, cruzándome de brazos sobre la fina bata que llevaba encima del pijama. Me sentía agotada, mis músculos estaban todavía agarrotados y mi cabeza comenzaba a enviar pulsaciones de lo más dolorosas por mis nervios. Quizás se debía a que había pasado demasiado tiempo oliendo las pinturas y el disolvente, pero solo pensar en cómo sacar a Jeremy de ahí sin que se enterase de absolutamente nada me provocaba jaqueca.

—He hablado con Hallie. —Hizo una pausa—. He visto que ya no os habláis. Me pareció muy raro. Ha dicho que últimamente estás muy rara. Tiene algo que ver con esto, ¿verdad? —Señaló el cuadro con la mano.

Respiré hondo y emití un fuerte suspiro que raspó mi garganta. Llevé los dedos al colgante en un acto reflejo, algo que no pasó desapercibido para Jeremy, que era incapaz de apartar su vista de mí. Estaba claro que no dejaría estar el tema, y mi mente comenzó a trabajar a cien por hora con el fin de encontrar la manera de convencerlo de que lo mejor era alejarse. En silencio eché a andar hacia el pasillo, dejándolo todo sin recoger, y le hice un ademán para que me siguiera.

—¿Quieres beber algo? —pregunté cuando sentí que había terminado de bajar las escaleras a mis espaldas. No me atrevía a mirarlo, aunque sabía que él tenía los ojos puestos en mí. Emití un resuello ahogado.

—Un vaso de agua está bien.

Asentí y fui a la cocina. Cuando regresé Jeremy ya se había acomodado en el sofá y Ast se encontraba enredada entre sus pies. No obstante, en cuanto me vio acudió en mi busca para solicitar mi compañía. Acaricié su cabeza mientras depositaba el vaso de agua en la mesita de café y me senté en el sillón individual que había frente al chico.

—¿Por qué no lo dejas estar, Jeremy? —cuestioné cuando por fin lo miré directamente. Mi voz sonaba extenuada, como si hubiese corrido una maratón. Me sentía así desde que habíamos regresado del lago, aunque parecía remitir con el paso de las horas. No había ayudado en nada el hecho de que no había dormido apenas, y que había pasado horas con la mirada fija en la pintura y el sonido de los violines taladrando el recuerdo en mis oídos. Pellizqué el puente de mi nariz con frustración.

—¿Pretendes que deje estar lo que ha matado a mi hermano? ¿Ahora que también ha atacado al jefe Harold? Estoy seguro de que ha sido la misma criatura.

—Supongamos que así ha sido —concedí—. ¿Qué podrías hacer tú? O, ya puestos, ¿qué crees que podría hacer yo para ayudarte? Porque creo recordar que zanjé este asunto contigo hace días.

—Zoe —comenzó, con el ceño fruncido con preocupación—. Te recuerdo que vivimos en un pueblo muy pequeño. La gente habla, mucho. Hallie dice que la ignoras y te pasas el día con el chico nuevo, Alix Hayes. —Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Todavía recordaba la conversación que habíamos tenido, su cercanía y todo lo que me hacía sentir. Jeremy apretó los dientes con fuerza, tanto que la línea de su mandíbula se marcó más de lo que nunca había visto—. Y, ¿sabes? Sé que soy un niño, pero tengo ojos en la cara. Puedo ver cómo, desde que todo esto empezó, cada día pareces más cansada. Faltas a clase, tus notas están bajando. Estás enferma, aunque parece que no quieras verlo, pero hasta tu padre está preocupado por ti. Lo he escuchado hablar con Allison en Obsidian.

—Estoy enferma porque anoche me cogió el frío, nada más. Es solo un resfriado.

—En el pueblo dicen que a tu madre le pasó lo mismo. —La sangre en

mis venas se heló. Entrecerré los párpados y lo miré en un gesto acusador—. Que su carácter cambió. Muchos lo achacaban al embarazo, aunque a otros les pareció más que raro. Y, poco después de nacer tú, desapareció en el lago sin dejar rastro.

—Vete de aquí, Jeremy —musité mientras mi mirada viajaba directamente al suelo.

—No puedes mentirme. Sé que sabes lo que está pasando, y creo que estás metida hasta el cuello.

Puedo hacerme una idea de lo que ocurre, pero no podré ayudarte si no me lo cuentas exactamente...

—¡Cállate! —grité. El chico se encogió, pero eso no me hizo dar marcha atrás. El pulso latía desbocado en mi muñeca, el dolor de cabeza martilleaba en mis sienes como un maldito reloj—. Deja de hablar como si tuvieses idea de algo. Mi madre enfermó, sí, y murió como cualquier persona. Los que dicen que desapareció en el lago son unos malditos mentirosos. El pueblo se está volviendo loco con todo esto, pero mi madre tuvo una muerte perfectamente humana y normal. Así que déjalo estar.

—Déjame ayudarte, Zoe.

—¡No puedes! —Me levanté de golpe y él me imitó como un resorte. Dio un par de pasos hacia atrás como si le hubiese golpeado—. No puedes ayudarme, Jeremy, y como sigas así vas a acabar muy mal. Te lo aseguro. —Tenía los ojos tan abiertos que sentía que se me saldrían de las cuencas. Me pregunté qué estaría viendo: a una chica despeinada, con aspecto de desquiciada y con grandes ojeras que le cubrían el rostro. Quizás sí estuviese enfermando, volviéndome loca—. Si sigues acercándote al problema, al final no voy a poder protegerte. Créeme cuando te digo que las cosas están mejor enterradas donde están.

Él tragó saliva y se movió con rapidez. Creí que saldría corriendo como alma que lleva el diablo por la puerta, para dejarme tranquila, pero en su lugar se acercó a mí y me envolvió entre sus brazos. Me encogí, minúscula junto a él, y las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas. Permití que mi cuerpo se sacudiese en temblores incontrolables. Sentía su mano acariciar mi cabello con delicadeza. ¿Cuándo había madurado tanto?

—Me voy a marchar. —Asentí en respuesta, todavía contra su pecho —. Pero quiero que me prometas una cosa. Que, si todo esto se pone muy difícil, acudirás a mí. Sea lo que sea, antes de que sea demasiado tarde. Todos estamos muy preocupados, incluida Hallie, a pesar de que ahora esté enfadada contigo. Necesitas hablar con alguien, no solo con el impresentable de Hayes.

Parpadeé y me separé, con la mirada cargada de dureza. Si algo me había quedado claro era que Alix estaba haciendo todo lo posible para ayudarme, incluso ir contra su propia especie, y no tenía ningún derecho a hablar así de él. Sin embargo, no podría reprochárselo sin explicarle lo que estaba ocurriendo, lo que se cernía sobre mí. Así que me tragué mis frustraciones y me limité a musitar lo que sí podía.

—Alix no es un mal chico, Jer. —La mueca en su rostro tomó un tinte mortecino y disgustado, aunque no quise darle importancia—. No puedo prometerte nada. Por favor, es hora de que te marches.

Comenzó a caminar hacia la puerta y lo seguí para poder cerrarla cuando se hubiese ido. Se apoyó en el umbral un instante antes de marcharse.

—Tengo la esperanza de que sepas que no estás sola. Y que, si en algún momento lo necesitas, te des cuenta de que estaremos para lo que haga falta.

—Gracias —emití en un suspiro ahogado, aunque tuviese claro que jamás les contaría nada de esto. No cuando hacerlo implicaba sumergirlos en un peligro atroz.

Jeremy se marchó sin decir nada más y cerré la puerta, eché todos los cerrojos y me recosté contra ella para recuperar el aliento. Suspiré, con tanta fuerza que temí escupir uno de mis pulmones, y cerré los ojos. ¿En qué momento mi vida había cambiado tanto? Apenas recordaba lo que era no tener preocupaciones. El pueblo había estado tranquilo durante muchos años, pero estaba claro que las leyendas que corrían en torno a Dark Lake habían salido de algún sitio. Aunque ninguna hablaba de terribles demonios que te devoraban y consumían el alma, quizás porque nadie que hubiese entrado allí había podido volver para contarlo. Pensé en Kaytlin, en sus ojos completamente blancos, y en lo que Lucifer había dicho de ella. Apreté los puños, frustrada, pues ya no había nada que hacer para salvarla. Se la habían llevado para siempre, convirtiendo esa cáscara que quedaba de ella en una marioneta que usar a su antojo. Quise gritar, llena de angustia,

pero el sonido no salió de mi garganta. Nunca habíamos tenido relación, pero eso no significaba que no me aterrase el pensar en el dolor que habría sentido, en lo mal que lo estaría pasando si todavía quedaba algo de ella ahí dentro.

Un sonido me hizo abrir los ojos. Miré a ambos lados del pasillo, buscando lo que fuese que pudiese haberlo ocasionado.

—¿Ast? —pregunté. Desde que me había despedido de Jeremy no la había visto—. ¿Alix? —me aventuré. Quizás él hubiese decidido hacerme una visita. Después de todo, no sabía si continuaba espiando al chico para asegurarse de que no se acercase demasiado a la verdad. Lo cierto era que estaba haciendo una pésima labor en mis intentos por mantenerlo a salvo.

Mis ojos viajaron a la puerta del despacho de mi madre. El ruido había venido del pomo al girarse y abrirse, pues una rendija de luz proveniente de los ventanales interiores se las arreglaba para llegar hasta mí. Apreté los dientes y caminé hacia ella. Si mi padre acababa de irse, eso significaba que aún tardaría en volver. Fue por ello que decidí que sería buena idea adentrarme en el interior para intentar descubrir algo. Después de todo, Ast no estaba conmigo, erizada y tratando de abalanzarse contra cualquiera que pudiese estar al otro lado, así que no debía de haber peligro. Di un empujón suave a la puerta, consiguiendo que se abriese del todo, y fruncí el ceño. Todos los libros que Alix y yo habíamos encontrado la otra vez habían desaparecido, dejando en su lugar unos estantes llenos de polvo que mostraba dónde se habían situado alguna vez. Di un par de pasos hacia el interior, observando a mi alrededor con calma y tratando de figurarme qué habría ocurrido con todos los volúmenes. ¿Los habría retirado mi padre ante mi clara insistencia por entrar ahí? Si era así, ¿dónde los habría escondido? Quizás había decidido que lo mejor era tirarlos, para así evitar que pudiese encontrarlos por error en cualquier otro rincón de la casa. Caminé en un lento círculo alrededor del escritorio, en busca de cualquier pista, y vi una llave dorada en uno de los cajones. Me devané los sesos al tratar de recordar si la última vez que había entrado la había visto. La cogí entre mis dedos pulgar e índice y le di un par de vueltas, observando la bella decoración que había labrada en el metal. Tiré del pomo del cajón, que se abrió de un golpe seco que levantó algo de polvo, y ahí estaba. Lo único que parecía haber quedado intacto. Quizás había olvidado el cajón, o puede que alguien lo hubiese puesto ahí para que lo encontrase. Sea como fuere, tomé el cuaderno envejecido y lo observé. La encuadernación era de cuero negro, bastante desgastada, y las

páginas se habían vuelto grises y amarillentas, con manchas. Agradecí que no se hubiese colado ningún tipo de insecto que pudiese haberlo chafado. Me senté sobre la silla de madera y abrí la primera página. La letra que figuraba era claramente manuscrita, escrita apresurada y de cualquier manera. *«Dark Lake»* estaba escrito, y justo debajo un nombre. Nora Cox. Mi madre. Pasé la página, decidida a averiguar de qué se trataba exactamente lo que tenía entre manos. La misma letra llenaba el resto de hojas, apretada por ambas caras, tanto que resultaba algo difícil leer.

> Anotaré esto antes de perder la cabeza y desaparecer. Porque sé que es eso lo que ocurrirá tarde o temprano. Solo espero proteger a la niña que llevo dentro, tener tiempo a que nazca antes de que nada malo me ocurra. Cuando comencé a investigar lo que sucedía en este pueblo nunca pensé que lo que hallaría sería tan terrible. Que lo que parecían unos simples ahogamientos serían en realidad el descenso de las almas al averno. Lo que ocurre en ese lago es labor del mismo diablo, y alguien tiene que frenarlo. Nadie cree en lo que he descubierto, tampoco intento que lo hagan. Ahora mismo soy para la mayoría la loca embarazada de Dark Lake.
>
> Incluso Gordon lo piensa, aunque finja que me cree. Pero sé lo que he visto, lo que he sentido, y nadie podrá quitármelo de la cabeza. Mariam ha desaparecido en el lago, y sé que tengo que hacer algo. No sé si podré sacarla de ahí abajo antes de que sea demasiado tarde, aunque tengo que intentarlo. Pero mi pequeña debe nacer primero. No puedo arriesgar su vida, tiene que venir al mundo. Su padre cuidará de ella en caso de que algo me ocurra.

Tragué saliva y cerré el cuaderno con fuerza a la par que sentía crecer la presión en mi pecho y el nudo de mi garganta. Mi madre sabía todo lo que estaba ocurriendo. ¿Y si era verdad que desapareció en el lago? Todos los rumores que había tratado de evitar a lo largo de los años parecían volverse más reales que nunca. ¿Había entrado para salvar a Mariam, fuese quien fuese, y había pagado el precio por jugar con el infierno? ¿Significaba eso que yo correría la misma suerte? Debía mantener a Jeremy y Hallie alejados de aquel lugar. No podría perdonarme que algo les ocurriese y no haber hecho nada para evitarlo.

Salí del despacho y, tras asegurarme de cerrar la puerta a mis espaldas, subí a mi cuarto a guardar el diario. Lo escondí a conciencia;

no es que mi padre soliese entrar allí, mucho menos cotillear entre mis cosas, pero no quería arriesgarme. No sabía quién había abierto la puerta, o quién lo habría dejado allí. Quizás ya estaba y simplemente no lo había visto. Fruncí el ceño al darme cuenta de una terrible verdad. Si lo que había leído era cierto, y así parecían confirmarlo las historias que se contaban, significaba que mi padre me había mentido. Que la tumba que siempre me había llevado a visitar estaba vacía.

Escuché la puerta y miré la hora. Le habían dado permiso para volver a comer. Bajé las escaleras con premura y lo encontré todavía sacándose la chaqueta en la entrada.

—Cielo. ¿Todavía estás en pijama? ¿Sigues encontrándote mal?

—Tenemos que hablar, papá —musité. No aguantaba más. Su rostro palideció al oír la tensión en mis palabras—. De mamá.

15. Quédate conmigo, por favor

Estábamos en silencio, sentados el uno frente al otro en el salón. Ast rondaba en torno a nuestras piernas, incapaz de decidir si quedarse con uno u otro. Mi padre tragó saliva, temeroso de preguntar.

Yo quería iniciar la conversación de una vez, pero las palabras no parecían querer salir.

—¿Vas a decir algo, cielo? —cuestionó mi padre cuando fue incapaz de aguantar el silencio.

—Sí, perdona. Estaba pensando. —Hice una pausa y cogí aire en silencio—. Papá, ¿qué le pasó a mamá? —Sus ojos bailaron sobre mi rostro, con la duda escrita en ellos. Le estaba dando la oportunidad de corregir la mentira que había mantenido durante tanto tiempo.

—Tu madre murió por una enfermedad, cariño, te lo he dicho siempre. Ya lo sabes.

Mis dedos se arrugaron en mi regazo, en busca de la paciencia que me permitiese hablar con calma en lugar de estallar. No quería tener problemas con mi padre, todo lo que había ocurrido era muy difícil y no había tenido tiempo de asumir lo ocurrido con su amigo.

—Deja de mentirme, papá. Te lo suplico. —En su mirada se dibujó la comprensión. Él sabía que yo lo sabía. Sin oírlo podía saber que su pulso se había acelerado ante tal revelación—. He pasado años tachando de mentirosos y locos a todos aquellos que decían que mamá había desaparecido en el lago. Años visitando una tumba que, si no me equivoco, está vacía. ¿Podrías ser sincero conmigo esta vez? Por favor —supliqué con un gimoteo. Apreté los labios para evitar echarme a llorar. No me veía con fuerzas para aguantar el llanto, y una vez que empezase no creía que pudiese parar.

—¿Has entrado en el despacho? —cuestionó. Su voz se alzó un poco, no demasiado, pero estaba claro por qué nunca había querido que entrase allí. Para que no averiguase la verdad.

—Deja ya el maldito despacho, papá —pedí—. Todo ha vuelto a empezar, y la gente continúa murmurando. Es solo que tu verdad es

cada vez menos consistente.

—Lo siento. Lo siento tanto. —Sorbió por la nariz y miró al suelo, avergonzado—. No creí poder contarle a una niña pequeña que su madre había desaparecido sin dejar rastro por culpa de su propia estupidez.

—¿Su estupidez? —cuestioné al recordar las palabras de mamá en su diario. *«Incluso Gordon lo piensa, aunque finja que me cree»*. —Se obsesionó con el lago. Creía que se trataba de un portal al infierno. ¿Puedes creerlo? —Su risa seca hizo que me recorriese un escalofrío. Por supuesto que podía—. Decía que Mariam estaba allí, que su amiga había sido atrapada por el diablo y que tenía que salvarla. Un día me escribió un mensaje, que iría al lago, y no apareció nunca más. ¿Cómo podría contarte esto, cariño? Dejar que te obsesionases con salvar a tu madre, o Dios sabe qué, y perderte a ti también. ¿Cómo permitir que una niña sepa que su madre está desaparecida, quién sabe dónde? Creí que lo mejor era que pensases que estaba muerta.

—Habría sido genial no quedar como una niña estúpida delante de toda esa gente que no ha parado de susurrar que mi madre desapareció en el lago, ¿sabes? —No podía echarle en cara no haber creído a mamá, porque eso significaría revelar que yo sabía lo mismo que ella, y solo conseguiría que también pensase que me había vuelto loca. Todo lo que hiciese sería al margen de las personas que me importaban, aunque eso me consumiese por completo.

—Ahora no podemos volver atrás. Pero, por favor, no me vuelvas a mentir. —Irónico que pidiese eso cuando era lo único que hacía yo.

—No lo haré, cariño. Tu madre te quería, y yo a ella. Y a ti. Lo sabes, ¿verdad? —Asentí en silencio y me levanté, decidida a encerrarme en mi habitación y leer más sobre ese diario—. ¿No vas a comer?

—No tengo hambre, papá.

No dijo nada más, no insistió. Entré en mi cuarto y cerré la puerta de un golpe, más fuerte de lo que pretendía. Claro que no tenía hambre, el nudo en el estómago se había encargado de anular mi apetito por completo.

Me estremecí al sentir la brisa que entró por mi ventana entreabierta. Fruncí el ceño, confusa, pues no recordaba haberla abierto, y me acerqué a cerrarla. Unas manos fuertes y ásperas rodearon mis

muñecas y contuve un grito, aterrorizada. Sobre todo cuando bajé la vista y vi que no se trataba de las de Alix. Por supuesto que no; su familiar aroma a almizcle y romero no estaba, sino un fuerte hedor a azufre y algo que se quemaba. Me giré con rapidez, incapaz de emitir sonido alguno, pues eso alertaría a mi padre y lo pondría en peligro si subía a comprobar qué ocurría. La criatura que me estaba agarrando no era como los demonios de apariencia humana que había visto, sino que había elegido su verdadera forma para mostrarse. Su cuerpo estaba cubierto por completo de un pelo negro y grueso, tan mate y pajizo que parecía el de una bestia salvaje que se hubiese perdido por el bosque. Las fauces estaban cubiertas de colmillos manchados y malolientes, con una baba desagradable que goteaba. Tres cuernos salían de su cabeza, se enroscaban tanto que en cualquier momento se clavarían en su propio cráneo. Volvió a apretar mis muñecas con fuerza, provocándome un gemido ahogado de dolor.

—Estaba deseando respirar tu aroma de nuevo. —Su voz susurrante sonaba como miles de cuchillas al rasgar una pizarra. Apreté los labios y contuve la respiración. Me estaba mareando.

—Suéltame —murmuré entre dientes.

—Fue mala idea que el jefe te invitase la otra noche. Ahora ninguno de nosotros podemos olvidar tu olor. Esa deliciosa esencia virgen. —Se acercó a mi cabello y aspiró con fuerza. Mi cuerpo no paraba de temblar, mis piernas apenas lograban sostenerme. Cerré los ojos con la esperanza de que todo fuese una pesadilla y, cuando los abriera de nuevo, él no estuviera ahí. La estrella de mi clavícula palpitaba tanto que dolía.

—Por favor, vete —sollocé. Mi rostro estaba empapado en lágrimas de puro terror. Una de sus garras se alzó y acarició mi mejilla con delicadeza, casi como si temiera romperme.

—El jefe dijo que no podíamos tenerte, que eres solo suya. — Tragué saliva al escuchar sus palabras. Debería haber sabido que las intenciones de Lucifer no serían puras, ni que me mantendría a salvo por mera simpatía. Apreté la mandíbula ante el rechazo que me producía su repugnante tacto —. Pero no he podido contenerme.

—Si me haces algo, Alix irá a por ti —exhalé. No sabía si mis palabras tendrían alguna clase de efecto sobre él.

—La pequeña mano derecha de Lucifer, sí. A él no le tengo miedo,

hermosa. No quiero matarte. — Se apartó un par de pasos de mí y, de un tirón en el brazo que todavía sujetaba, me lanzó sobre la cama. Traté de rodar al suelo, pero cuando quise darme cuenta lo tenía encima. Su aliento nauseabundo inundó mis fosas nasales y contuve una arcada al sentirlo colocarse a horcajadas sobre mis caderas—. Pero puedo hacerte mía. Sí, serás mía para siempre. Mi juguete. Y cuando acabe contigo solo vas a desear morir.

Sus fauces recorrieron mi cuello, humedeciéndolo, y con una uña afilada retiró el cabello de mi frente.

—Nunca seré tuya. —Mi mandíbula temblaba con tanta fuerza que mis dientes golpeaban entre sí. Contuve las ganas que tenía de gritar pidiendo ayuda. Eso solo serviría para convertir a mi padre en un blanco. Sentí un sonido de arañazos; Ast debía de estar intentando entrar—. Alix, por favor, te necesito —musité en un susurro apenas audible, opacado por las lágrimas que ya se me atragantaban.

—No necesito tu aprobación, pequeña furcia. Vas a ser mía, y no podrás hacer nada para evitarlo. —Una de sus garras se introdujo por mi bata, apartándola, y dejé escapar un nuevo sollozo—. Hueles delicioso cuando tienes miedo. Extasiante.

Apreté los párpados con fuerza, deseando que todo fuese una estúpida pesadilla, pero el peso asfixiante que había sobre mí desapareció. Aterrorizada abrí los ojos con cuidado, con temor a lo que encontraría, y vi a Alix de pie frente a mí. Tenía una especie de daga en la mano, manchada de un viscoso líquido oscuro. El otro demonio ya no estaba.

—Ese ya no va a volver, al menos no en mucho tiempo —dijo, en apariencia carente de emoción mientras miraba a un punto fijo en algún lugar impreciso.

—Alix —exhalé en un nuevo sollozo.

Me incorporé como pude entre temblorosos espasmos y me quedé sentada sobre el edredón. Coloqué la bata, que se había deslizado por mi hombro, y busqué su mirada. Él, como saliendo de una ensoñación, guardó la daga en el abrigo y se apresuró a sentarse junto a mí para inspeccionarme.

—Tranquila, tranquila. —Me abalancé contra su pecho y dejé que mis hombros se meciesen con las lágrimas silenciosas que brotaban de mis ojos—. Joder, ¿estás bien? Tranquila, dulzura. Ya se ha ido. —Me

abrazó, estrechándome entre sus fuertes brazos, y acarició mi espalda con suavidad—. ¿Te ha hecho algo?

—Alix, por Dios, gracias —musité contra él—. ¿Cómo has sabido…?

—Me llamaste, ¿no? —Me apartó levemente de él, tomándome por los hombros, y me dedicó una sonrisa de medio lado. No la que acostumbraba, burlona y altiva, sino una sincera y tranquilizadora —. No dejaré que te hagan daño, nunca. ¿Entiendes?

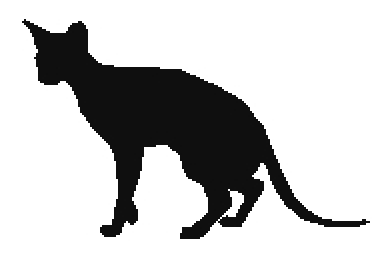
Asentí con suavidad y me volví a enredar entre sus brazos, en busca de su calor. Era incapaz de dejar de temblar; todavía recordaba el hedor del demonio, así que aspiré con fuerza el aroma a almizcle que tanto me relajaba.

—Quédate conmigo, por favor —supliqué.

Él me guio con delicadeza para que me acostase y se tumbó a mi lado, rodeándome con su calidez.

—Siempre —susurró.

No tardé demasiado en dormirme. La carga de adrenalina había bajado, dejándome exhausta, y no ayudaba en nada el apenas haber dormido y lo febril que todavía me sentía. Habían sido demasiadas emociones en un solo día, y el calor de Alix me acunó hasta caer en un profundo sueño. Todavía no le había dicho nada acerca del diario de mi madre, aunque no estaba segura de querer hacerlo todavía. Primero necesitaba averiguar más, qué sabía ella, qué había descubierto. Lo que me esperaba si seguía por este camino.



Me puse la chaqueta al salir de clase. Llevaba un jersey negro de cuello alto, pues me había salido un sarpullido rojizo allí donde la saliva del demonio había hecho contacto. Alix decía que era algo

normal, que algunos de ellos eran tóxicos. No quería ni imaginarme qué habría pasado si hubiese lamido todo mi cuerpo. Me estremecí ante el desagradable pensamiento y sacudí la cabeza con el fin de alejarlo de mí. Estiré las mangas, allí donde las garras de la criatura habían dejado unos feos surcos que tardarían un tiempo en curar. Había puesto apósitos y gasas, pero el pueblo era muy pequeño y no quería que los rumores corriesen. Ya era suficiente problema ocultárselo a mi padre en casa, como para que aún encima alguien inventase que me había intentado suicidar o cualquier barbaridad semejante. No había leído mucho más del cuaderno de mi madre, pero había descubierto un demonio la acechaba. Hablaba con ella, intentando arrastrarla al lago. Susurraba en su oído por las noches. Lo cierto es que cada día tenía menos claro en quién confiar, pero por alguna razón que era incapaz de explicar Alix conseguía que las barreras que intentaba imponer ni siquiera llegasen a erigirse.

Me acerqué a la biblioteca para devolver un par de libros que había pedido para realizar un trabajo de clase griego; no lo había terminado, cómo podría con todo lo que estaba pasando, ni siquiera era capaz de concentrarme. Sin embargo el tiempo de préstamo había terminado y tendría que esperar al menos una semana para volver a solicitarlos. Estaba aguardando a que la bibliotecaria registrase la devolución cuando vi de soslayo a Alix sentado en una de las butacas. Mordí mi labio inferior mientras la punta de mi pie golpeteaba el suelo. Después de lo ocurrido con el demonio en mi cuarto había llegado a una conclusión que, si bien semejaba un sinsentido, parecía la única solución plausible. Quizás no ayudase a solucionar el problema, pero sí esperaba que al menos lo mitigase. A pesar de todo no estaba segura de exteriorizarlo en voz alta.

La mujer terminó y me dirigí hacia la puerta, aunque sin pretenderlo cambié de opinión y di media vuelta. Aferré con fuerza el asa de mi mochila mientras caminaba hacia él. Quizás así fuese capaz de contener los temblores explosivos que trataban de sacudir mis manos. Inspiré hondo y me detuve a un par de pasos. Alix, que estaba ensimismado en lo que tenía entre manos, alzó la vista del libro que parecía leer despreocupadamente y me miró. Mi respiración se cortó durante unos segundos; todavía no me acostumbraba a la intensidad de sus profundos ojos negros. Tragué saliva y lamí mi labio inferior mientras analizaba su postura. Estaba repantigado hacia atrás, entre los mullidos cojines; y una de sus piernas reposaba sobre la otra, el tobillo apoyado casualmente en su rodilla. Dejó el libro en su regazo y cruzó las manos, observándome al detalle de arriba abajo.

—¿Y bien? —preguntó con una media sonrisa. Carraspeé, insegura de si las palabras saldrían tras haberlas premeditado excesivamente antes de dormir.

—He estado pensando. Sobre lo que ocurrió el fin de semana. —Miré a ambos lados para asegurarme de que no había nadie que nos pudiese escuchar. Nadie estaba cerca, y todos parecían inmiscuidos en sus apuntes, libros o tenues conversaciones. Sin embargo el silencio casi total era abrumador, así que traté de hablar en susurros. La situación se estaba tornando interminable y mi corazón corría desbocado a medida que se acercaba la hora de confesar qué pensamientos rondaban mi mente—. En lo desprotegida que me sentí, y en lo que quería ese demonio.

Su rostro se ensombreció y se reacomodó en una postura más erguida, decidido a escuchar lo que tenía que decir.

—Te dije que podía protegerte. Sé que es difícil librarse de la sensación, pero estás segura conmigo —afirmó con la mandíbula tensa. Era difícil saber lo que pasaba por su cabeza; bien podría ser que le frustrase mi falta de confianza, o que de verdad quería asegurarme que estaría a salvo mientras permaneciese a mi lado.

—Lo sé, pero lo que dijiste… —Inspiré con fuerza. No podía ser que me costase tanto decirlo, no era para tanto—. Dijiste que mi virginidad era peligrosa. Que eso me hacía más atractiva para cualquier demonio que pudiese acercarse a mí. Y eso era exactamente lo que buscaba… él. — Tragué saliva, sin poder creer que hubiese pronunciado esas palabras. Alix se enderezó todavía más, con una sonrisa divertida que quería asomar entre sus labios. Claramente la estaba conteniendo.

—¿Y bien? ¿Has decidido que el jugador de fútbol es un buen candidato para salvarte de tal peligro? —cuestionó, refiriéndose a Charlie sin tapujos.

Su tono de voz dejaba asomar la burla, y una clara molestia que me permitía adivinar lo mal que le parecía que estuviese interesado en mí. Aunque tratase por todos los medios que se alejase, tanto por su bien como por el mío. Me removí, incómoda, ya que no sabía exactamente cómo continuar. Mis piernas hormigueaban, me hacían sentir que en cualquier momento dejarían de ser capaces de sostenerme en pie.

—No —respondí con toda la firmeza que pude. Me obligué a mirarlo fijamente a los ojos, encontrándome con una sensación excitante que me recorrió de pies a cabeza—. ¿Crees que…? — Respiré hondo para tratar de terminar la frase de un tirón. Él miró a ambos lados, como yo había hecho antes, asegurándose de que nadie estuviese escuchando —. ¿Crees que podríamos hacerlo… tú y yo? —pregunté al fin. Durante un segundo pude ver la sorpresa en su rostro, aunque rápidamente fue sustituida por una sonrisa creciente.

—¿Tú y yo? —preguntó con diversión, a la caza de cada detalle en mi expresión—. ¿Me lo dices en serio o te estás quedando conmigo? —inquirió. Por primera vez estaba segura de que no lograba descifrar mis pensamientos.

—¿Por qué no iba a ser en serio? —dije—. Después de todo, no es para tanto. Solo es sexo. —Mis ojos bailaron por su cuerpo, con la intención de detectar cualquier cambio en sus reacciones.

—Claro, solo sexo. Pero, ¿qué hay de eso que decís todas de esperar al indicado? Creía que nunca habías sentido nada lo suficientemente fuerte por nadie como para siquiera desearlo. — Repitió mis palabras —. De hecho, por la definición que hiciste te calificaría como asexual.

Estaba claro que estaba jugando con mi mente, presionando para tratar de extraer lo que de verdad pensaba, pero no iba a lograrlo.

—No me etiquetes —reproché—. Es por mi propia seguridad. No te hagas ilusiones. —La carcajada fue suave, emergida de su garganta genuinamente, antes de volver a buscar mis ojos con urgencia.

—Tranquila, no tengo un corazón frágil que se atenga a eso que llamas ilusiones. —Hizo una pausa y su sonrisa se desdibujó—. ¿Estás segura? Quiero decir, puedo protegerte. Tampoco es que vayamos a hacer una gran diferencia, simplemente no serás tan apetitosa para ellos.

—Segurísima —confirmé. Levanté ligeramente el mentón, como si así reafirmase mi seguridad, y mantuve su mirada—. Mi padre no estará en casa hoy. Pásate a las cinco.

Y, antes de tener opción a sentirme más expuesta, me giré sobre mis talones y emprendí el camino.

Habló antes de alejarme demasiado, lo suficientemente alto como para

que pudiese escucharlo.

—Lo estoy deseando.

Sonreí tenuemente, aunque en ningún momento me giré para comprobar si él lo hacía también. No necesitaba mirarlo para saber que era así. Cuando salí de la biblioteca suspiré aliviada. Bajo la presión de sus ojos había estado a punto de reconocer algo que no quería. Que el hecho de ser menos apetecible para los demonios solo era una excusa. Después de todo, él era la primera persona, si se le podía llamar así, que me había hecho desearlo de esa forma. Me estaba atrayendo a las mismísimas llamas del infierno.



16. El placer del pecado

No faltaba mucho para la hora que había acordado con Alix. Cada vez que pensaba en esa forma tan extraña en la que había sucedido todo me removía por dentro. Desde luego no era la idea romántica que se veía en películas y libros. Tampoco es que él fuese precisamente la clase de chico que lo haría romántico. Me pregunté entonces cómo sería, tenerlo junto a mí de esa forma, sin poder evitar que cosquilleos cada vez más intensos recorriesen mi espina dorsal. Abrí el cajón de la ropa interior y rebusqué con rapidez. Si iba a ser así, que al menos se llevase una sorpresa cuando me quitase la ropa. Saqué un conjunto de encaje rojo que Hallie me había hecho comprar cuando salía con Charlie. Nunca lo había usado, ya que no había sentido deseos de esa clase por él ni por ningún otro, así que se había quedado perdido por ahí con la etiqueta todavía puesta. La arranqué con los dientes y me lo puse. Me detuve frente al espejo de la habitación, que estaba de pie en una esquina, reflejándome completamente. Apenas recordaba lo bien que me sentaba. Ignoré los vendajes de mis muñecas, que me traían malos recuerdos, y ahuequé mi cabello con los dedos con el fin de ahuecarlo un poco. Las yemas de estos bailaron inconscientemente sobre mi vientre, dibujando mi cintura hasta llegar a la línea del tanga. Cerré los ojos e imaginé cómo sería su reacción. Un cálido aliento acarició mi nuca, haciéndome dar un respingo, y cuando abrí los ojos lo vi en el espejo. Estaba a mi espalda, demasiado cerca de mí, observándome. No fui capaz de girarme para mirarlo, mis piernas eran como gelatina en estos momentos, así que continué manteniendo su mirada en el reflejo.

—Te dije a las cinco. Todavía no he acabado de... prepararme —dije tras tragar saliva. Los ojos de Alix observaban mi imagen de arriba abajo, deteniéndose en cada centímetro de mi cuerpo expuesto. Me sentía como si me estuviese devorando con la mirada, una de salvaje depredador. Sus manos se deslizaron suavemente hasta acomodarse en mi cintura. Me estremecí bajo su tacto. Nunca había estado tan desnuda al lado de nadie, no de esta manera.

—Si acabar de prepararte significa ponerte la ropa, déjame decirte que estás mucho mejor así — susurró a mi oído, y sus labios acariciaron levemente el lóbulo de mi oreja. Su voz grave hizo que la cara interior de mis muslos se humedeciera al instante—. Nunca habría logrado imaginarme las maravillas que me esperaban bajo tu ropa. Todos los

intentos han sido insignificantes ahora que veo la realidad.

Su cuerpo se pegó más al mío, haciéndome temblar. Una de sus manos se deslizó hasta mi vientre, trazando círculos por él, en unas tortuosas caricias que amenazaban con llevarme a la locura. Si alguien me hubiese dicho que podían sentirse cosas así con un simple roce jamás lo habría creído. Entrecerré los ojos, sin querer perderme el aspecto que nos devolvía el espejo, e incliné la cabeza hacia atrás para que reposase en el hueco de su cuello. De mi boca escapó una abrupta exhalación cuando su mano bajó todavía más, acariciando la tela de mi ropa interior.

—¿Sigues estando segura? —preguntó en un jadeo contra mi oreja. Me apreté más contra él, podía sentir cómo su cuerpo comenzaba a reaccionar al mío. Claramente se estaba excitando, igual que yo, y me gustaba demasiado el juego de lentitud y tortura en el que ambos estábamos cayendo.

—Sí —afirmé, mi voz transformada en un gemido cuando sus manos se aferraron a mis caderas y tiraron más hacia él.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al recibir su aliento contra mi cuello. Depositó un húmedo beso, seguido de varios más. Trazando un camino de caricias llegó hasta uno de mis pechos; lo rozó con delicadeza, jugando con él.

—Una vez que empiece no sé si podré parar —indicó, lo que me encendió todavía más. Sentí cómo mis mejillas se enrojecían—. Es decir, lo haría por ti, pero sería una tortura cruel.

—No te pediré que pares —jadeé. Cubrí su mano sobre mi pecho con la mía y la apreté con fuerza, instándole a que continuase con su tarea.

—Debo avisarte que no soy como cualquier chico humano — explicó mientras con la otra mano recorría mi espalda en una larga caricia a lo largo de mi columna vertebral. Me arqueé hacia atrás, lo que arrancó un gemido de sus labios—. Te daré más placer del que cualquiera podría darte, aunque no puedo prometer ser delicado.

En un acto de valentía agarré una de sus manos y la llevé a mi tanga, justo donde mi piel palpitaba cada vez con más fuerza, ardiendo en deseos de que me enseñase todo lo que podía hacerme. Con su otra mano apartó mi cabello y sujetó mi cuello, la presión justa para

deshacer todos mis esquemas. Gemí, sacudiendo mis caderas en busca de contacto y presión. Todo era muy nuevo para mí, nunca antes había sentido la necesidad de tener sexo, una que ahora se había vuelto imperiosa y urgente.

—Alix —jadeé en un susurro mientras sus besos se deslizaban por mi hombro. Sin dejar de besarme sus ojos viajaron a los míos en el espejo, un reflejo que me permitía ver mi propio deseo llameando en mis pupilas. De repente su ropa me sobraba, necesitaba que se la quitase. Me giré y enrosqué mis brazos en torno a su cuello—. Quiero que lo hagas. Ya.

Sus labios golpearon los míos con fuerza y sin una pizca de cuidado. Nuestras lenguas emprendieron un baile húmedo que amenazaba con hacer saltar chispas. Mordió mi labio inferior, enviando una punzada dolorosa y placentera directamente a mis entrañas. Me tumbó en la cama, él de pie mientras yo lo observaba, y comenzó a desvestirse. Primero cayó su abrigo, luego el jersey negro se deslizó sobre su cabeza para permitirme contemplar el vientre definido que siempre había imaginado bajo su ropa. Me miró fijamente, una sonrisa cargada de perversión dibujada en su rostro, y desabrochó sus pantalones. Contuve la respiración al ver cómo se deshacía de las prendas. Los apartó a un lado y se abalanzó sobre mi cuerpo como un depredador atacaría a una presa que por fin había alcanzado. La sensación de nuestras pieles desnudas al tocarse me brindó un delicioso e inesperado placer. Mis manos se aferraron a su espalda, buscando todo el contacto posible, apretándolo más contra mí. Podía sentir cómo la humedad se deslizaba por mis muslos, una sensación tan nueva como excitante. Continuó besándome, lamiendo mi cuello, mis clavículas, y luego mis pechos. Deslizó su lengua por mi piel sensible, llevando los impulsos nerviosos que recorrían mi cuerpo a límites insospechados. Se incorporó sobre los codos y me observó. Fruncí el ceño, disgustada ante la pérdida de su contacto. Sus ojos negros oscilaban entre los míos y mis labios.

—Estás muy excitada, todavía no quiero que llegues al límite.

Su ronca voz salió de sus labios en un cálido ronroneo y me hizo arquearme bajo su cuerpo. Su sonrisa me fascinaba, me tenía atrapada.

—Alix… —murmuré en una exhalación, una demanda porque continuase. Él bajó una mano y comenzó a juguetear con el borde de mi ropa interior.

—Dijiste que nunca habías experimentado deseo sexual, hacia nadie —comenzó a decir sin dejar de rozar la tela. Mi respiración tenía la intensidad de un huracán en esos instantes, agitada y salvaje—. Pero me deseas, todo tu cuerpo me lo está dejando claro.

Me estremecí bajo su aliento cuando su rostro se acercó al mío con suavidad.

—Quizás nunca antes había aparecido alguien que me hiciese sentir como lo haces tú —exhalé. Su cuerpo se pegó más al mío, su erección palpitante rozándose contra mí.

—Así que soy el primer hombre que te produce esto —meditó, señalando las reacciones irreconocibles de mi cuerpo—. Me lo estás poniendo difícil, no sabes cuánto me excita siquiera pensarlo.

Empujó sus caderas hacia mí en una tortura silenciosa. Mis piernas se enroscaron contra él para aprisionarlo y así obligarlo a pegarse todavía más. Mi mente era una vorágine de sensaciones y pensamientos, reacciones primarias, mi boca incapaz de controlar lo que salía por ella.

—Quiero que me demuestres cuánto te excito—murmuré. Pude percibir una grata sorpresa cruzar su mirada.

—Después de esto dudo que recuerdes siquiera cómo se respira, Zoe. Te lo aseguro.

Sus manos finalmente se aferraron a mi tanga y lo bajaron, deslizándolo por mis tobillos hasta lanzarlo a la otra punta de la habitación. Se incorporó sobre sus rodillas y me observó, con las piernas abiertas para él, y lamió su labio inferior sin ser capaz de apartar la mirada. Antes de haber tenido siquiera tiempo de quejarme ante la falta de su calor su rostro se escondió entre mis muslos y sentí cómo su lengua comenzaba a trazar los pliegues de mi piel. Mi espalda se arqueó y tuve que aferrar entre mis dedos las mantas, que se arrugaron bajo mis puños, debido a la increíble sensación. Se deslizaba como si hubiese estado hecha solo para ello, lamiendo, acariciando, presionando en los puntos justos. Sentí cómo toda la sangre de mi cuerpo se arremolinaba justo ahí, donde él estaba centrando todos sus esfuerzos, y los espasmos que comenzaron a sacudir mis caderas pronto se volvieron incontrolables. Justo cuando pensaba que no podría soportarlo más, con los gemidos escapando de

mis labios constantemente, introdujo un par de dedos. La sensación fue extraña, no estaba acostumbrada, sin embargo pronto mi cuerpo se adaptó a su presencia en el interior. En un maravilloso vaivén cada vez más rápido, siempre acompañado por su lengua que acariciaba todos mis recovecos, envolví su cabello negro entre mis manos y un grito irrefrenable salió de entre mis labios a la par que mi cuerpo se estremecía involuntariamente. Poco a poco mi voz se fue apagando, quedando como un murmullo que tardó en detenerse, y mi cuerpo se relajó bajo el suyo. Cerré los ojos con fuerza, incapaz de creer que algo así siquiera fuese posible. Inspiré hondo antes de abrirlos de nuevo y me encontré con una mueca divertida en su rostro. Lamí mi labio inferior mientras lo observaba, ganándome un nuevo beso que devoró mi boca con necesidad.

—Dios mío —suspiré, con la mirada perdida en el techo y luego en él. Me incorporé sobre los codos, él arrodillado entre mis piernas.

—No lo nombres todavía, Zoe, aún me queda mucho por enseñarte. Después de esto vas a arder en el infierno.

Emití un gemido cuando sus manos tiraron de mis tobillos hacia él; me tumbó completamente de nuevo, y observé cómo se despojaba de la última prenda que lo separaba de mí. Se inclinó hacia delante, presionando sobre mi piel que todavía palpitaba, y metió las manos bajo mi espalda para desabrochar el sujetador y deshacerse completamente de él.

—Arderé con gusto si eso significa tenerte —musité, todavía mareada por las sensaciones que había sentido.

—Tu rostro es tan excitante ahora mismo. —Acarició una de mis mejillas con delicadeza, rozando mis labios con el pulgar y entreabriendo mi boca—. Podrás tenerme así las veces que quieras, Zoe, dudo que pudiese contenerme aunque quisiera si me lo pides. Y, joder, después de esto es imposible negarse.

Besó mis labios con fuerza. Me estremecí al sentir su contacto contra mí, y percibí cómo la humedad volvía a esparcirse entre mis muslos.

—Espera, ¿no tienes…? —comencé a decir al ver su disposición sin siquiera molestarse en protegerse.

—¿Un condón? —inclinó su rostro hacia atrás en una ronca carcajada y volvió a mirarme a los ojos —. No es necesario. Puede que esté en

un cuerpo mortal, pero sigo gozando de ciertas habilidades y limitaciones demoníacas. Haría falta más que follarte para que te quedases embarazada de mí, ni hablar de que nosotros no enfermamos. Así que tranquila, limítate a disfrutar.

Sentí cómo se arrimaba contra mí, acariciando mi humedad con su erección, mientras trazaba círculos placenteros que me desesperaban y encantaban a partes iguales. Su pecho presionó contra el mío, mis pezones rozaron contra su piel y enviaron sensaciones electrizantes por mi cuerpo, y acercó sus labios a mi oreja. Bajó por mi cuello, besándome con delicadeza, y mientras tanto se preparó para entrar en mí. Relajé mi cuerpo todo lo que pude y arqueé la espalda para facilitar el trabajo. Poco a poco fue avanzando. Resbalaba con facilidad debido a lo mojada que estaba, y los gemidos se sucedían en mi garganta al sentir cómo me llenaba completamente. Inspiré hondo y miré sus ojos mientras clavaba mis uñas en su espalda. Su aliento se entremezcló con el mío debido a la proximidad.

—¿Estás bien? Avísame si quieres que pare, no pasa nada — susurró. Asentí con firmeza y lamí su cuello en una larga y húmeda pasada.

—No pares, por favor —pedí.

Enterró su mano entre mi cabello, tirando levemente de él, a la vez que comenzaba a moverse en mi interior. Primero suave, despacio, para luego aumentar el ritmo al ver que mi espalda se arqueaba de placer. Empujó contra mí en un golpe seco que arrancó un gemido profundo de mi garganta; mis uñas se clavaron con todavía más fuerza en su espalda. Sus gemidos y jadeos crecían más a medida que se movía al compás, mi cadera deshaciéndose en espasmos para poder sentirlo mejor. Cubrió mi boca con sus labios y gimió contra ella, aumentando el placer. Una de sus manos bajó y comenzó a acariciar la zona más sensible de mi cuerpo en esos momentos, la pellizcó, haciendo que palpitase todavía más. No pude contener el grito que salió de mis entrañas al llegar al éxtasis, algo que creí imposible de superar hasta que siguió empujando con más fuerza todavía, rozándome más y prolongando la sensación; mis músculos se derramaban en placer bajo su merced. Su cuerpo se mecía contra mí en espasmos cada vez más bruscos, acompañados de gruñidos profundos, hasta que todos sus músculos se tensaron. Un gemido grave y prolongado escapó de sus labios mientras sentía su calidez llenarme por completo, y se desplomó sobre mí entre jadeos e improperios. Mi pecho ascendía y descendía a gran velocidad, todavía tratando de acostumbrarme a esa sensación de plenitud. Nuestras miradas se

encontraron y él depositó un beso en mis labios, jugueteando unos segundos con mi lengua antes de dejarse caer a un lado junto a mí. Me acerqué a él, todavía temblando, y apoyé mi cabeza sobre su hombro. Él pasó un brazo bajo mi cuello y suspiró con fuerza, todavía agitado.

—Joder —susurró, con la mirada perdida en el techo—. ¿Estás bien? —preguntó tras dedicarme una mirada de soslayo. Pasó uno de sus brazos sobre mis hombros en un cálido abrazo.

—Nunca había estado mejor —ronroneé contra su pecho. Él besó mi cabeza, dejándome con una sensación extraña en mi interior. ¿Cómo podía un demonio ser tan cariñoso con alguien?

—Podría hacerte un altar ahora mismo —indicó. Su respiración comenzaba a calmarse, aunque todavía continuaba agitada. Igual que la mía.

—Eres un exagerado —sonreí contra su piel.

—Cree lo que quieras, Zoe —dijo mientras acariciaba con sus dedos mi vientre, erizándome la piel —. Pero no miento cuando digo que jamás había sentido algo así de intenso.

Sin borrar mi sonrisa me acurruqué junto a él. No dije nada más. Prefería quedarme con esa frase antes que profundizar en algo que no sabía si quería oír. Por el momento era más que suficiente. Se tumbó boca abajo y comencé a trazar círculos de caricias por su espalda. Observé una cicatriz peculiar que ocupaba gran parte del hueco entre los omóplatos. Era grande, sin forma determinada, de color blanquecino y un poco hundida. Pasé las puntas de los dedos por ella y se estremeció, todos y cada uno de sus músculos se tensaron. Fruncí el ceño.

—¿Qué te ocurrió? —pregunté, sin poder evitar pensar de inmediato en Lucifer. Era el tipo de monstruo que haría cosas horribles a su propio hijo. Incluso cuando no sabía a ciencia cierta qué abarcaba ese término en el mundo de los demonios.

—Eres muy curiosa, Zoe —admitió con el rostro hundido contra la almohada. Me pregunté si era un gesto de lo más banal o si pretendía ocultar algún cambio en su expresión para que no me diese cuenta—. No es un tema que me guste tocar, y desde luego nada de lo que tengamos que hablar.

Tragué saliva ante el cariz que habían adoptado sus palabras y me acomodé boca arriba, fría como un témpano. Me sentí demasiado expuesta de un instante a otro, así que me levanté y me apresuré a vestirme. Él se giró hacia mí, todavía desnudo, y ahora que habían pasado el calor y la pasión del momento mi rostro se enrojeció y me di la vuelta, mirando a un punto indefinido de la pared. Él se rio en voz baja. Si había tenido miedo de arruinar el momento con mi desconsiderada cuestión, este se desvaneció por completo.

—¿Ahora se ha vuelto pudorosa, señorita Cox? —inquirió con una nueva carcajada. Podía imaginar a la perfección su sonrisa.

—Vístete, por favor.

—A sus órdenes —siguió bromeando. Escuché con atención hasta que oí cómo subía la cremallera de sus pantalones, y entonces sí me giré. Solo su abrigo descansaba en un rincón. Lo recogí y se lo tendí—. ¿Sigues sin sentir deseo sexual? —Entrecerró los ojos en una expresión seductora.

—Venga, cállate. —Lo golpeé con el propio abrigo antes de permitir que lo cogiese.

Se acercó a mí, peligrosamente a mis labios, e inspiró profundo. Me limité a deleitarme con el aroma del romero, que ese día parecía más intenso en él.

—Me tomaré todo esto como un cumplido, te lo aseguro. — Alejó el rostro un par de centímetros y guiñó un ojo—. Solo trata de recordar que ya soy lo bastante egocéntrico como para andar haciéndome cumplidos, dulzura.

Quise replicar, llamarlo engreído y narcisista, pero se apresuró a impactar contra mis labios en un beso feroz y, cuando abrí los ojos, había desaparecido. Sonreí.

Solté mi cabello y lo até de nuevo, ya que el recogido se había ido aflojando a lo largo de la tarde. Estaba sentada sobre la cama, enfrascada en la lectura del diario, sin ser capaz de sacar demasiado en claro. Mordisqueé un palito de zanahoria del montón que había subido mientras acariciaba el lomo de Ast y leía la siguiente página.

> Él viene a verme todas las noches. Quiere que vaya allí, lo susurra mientras duermo. Se introduce en mis sueños. No sé hasta cuándo

podré aguantar. Lo único que me mantiene firme es pensar que no debo arriesgarme mientras mi niña está todavía dentro de mí.

Se introduce en mis sueños. De inmediato pensé en Alix. Él también aparecía en los míos. Pero no podía ser él el que acechaba a mi madre. Si así fuera, no trataría de alejarme a toda costa del lago, sino todo lo contrario. ¿O acaso era lo que yo quería creer? Cerré el cuaderno y froté mis ojos, cansada ya de leer. Habían pasado varias horas y había oscurecido. En lugar de aclararme las cosas, las palabras de mi madre no hacían más que confundirme. Saqué la llave dorada del bolsillo y la acaricié con suma delicadeza. Era preciosa, todavía relucía a pesar de haber estado en aquel lugar lleno de polvo. Tenía un brillo genuino, y me pregunté si se trataría de verdadero oro. Dudaba que tuviésemos algo tan valioso en casa, aunque tampoco podía estar segura. Miré por la ventana y un destello entre los árboles del jardín captó mi atención. Me acerqué, aunque apenas era capaz de distinguir nada. Observé a Ast, que dormitaba tranquila, y tras guardar el diario en el almohadón me dirigí al piso de abajo.

—¿A dónde vas, cielo? —preguntó mi padre desde el salón cuando me aproximé a la puerta de la entrada—. Son más de las ocho, el toque de queda ha empezado.

—No te preocupes, papá. Solo saldré un momento al jardín.

—Lleva esto. —Se apresuró a levantarse y, al llegar a mí, me tendió un frasco de gas pimienta. Lo alcé entre los dedos con una sonrisa.

—Es solo el jardín, papá. —Y no creía que, en caso de ser atacada por el famoso animal del que todos hablaban, el gas pimienta fuese a ser de mucha ayuda.

—Es solo… Por si acaso. Ya ha anochecido y nunca se sabe…

—De acuerdo, papá. Gracias. —Asentí y besé su mejilla. Lo tomé por los hombros y lo envié de nuevo al sofá.

Todavía estaba disgustado tras nuestra charla sobre mamá, lo sabía porque apenas se atrevía a mirarme a los ojos cuando me hablaba. Tampoco podía decir que no lo entendiese. Me había tenido engañada durante toda la vida, en un pueblo en el que todos parecían saber la verdad menos yo, una de las personas afectadas. Yo también había estado algo distante con él, aunque se nos pasaría. Solo era una pequeña herida que sanaría con el tiempo.

Salí al exterior, arrebujada en la chaqueta de lana que había cogido, con el bote en mi mano derecha. No pude evitar colocar el dedo índice sobre el pulsador, solo por si acaso. Caminé hacia la parte trasera, allí donde había visto el destello. Me aproximé a los árboles y me sobresalté al contemplar una figura de espaldas a mí. Me acerqué un par de pasos más, aunque no demasiado.

—¿Hola? —pregunté con los ojos entrecerrados a causa de la brisa que se había levantado.

La figura se giró, desvelando a una mujer esbelta vestida de blanco. La observé, su cabello oscuro cayendo hasta su cintura, sus facciones afiladas y sus ojos color avellana. Estaba tan familiarizada con aquel rostro que era como si la conociese de toda la vida. Trastabillé hacia delante y emití un sonido ahogado al intentar hablar. Ella sonrió.

—Mamá.



17. No confíes

La había visto tantas veces en fotografías que me sentía como si siempre hubiese estado a mi lado. Mil cuestiones se agolpaban en mi mente a una velocidad vertiginosa, aunque la más importante era saber qué demonios hacía allí, y cómo. Di un par de pasos hacia delante sin saber muy bien qué hacer. Ella me miraba con una tierna sonrisa.

—¿Cómo…? ¿Cómo es esto posible? —titubeé. No tenía ni idea de cómo abordar el tema, nunca creí que verla fuese posible.

—No tengo mucho tiempo, cielo. Los ángeles no me dejarán estar aquí y debo regresar antes de que se enteren. —Llegó hasta mí y tomó mis manos con cariño.

—Espera —musité confundida, sin ser apenas capaz de ordenar las palabras—. ¿Los ángeles? Papá dijo que te habías perdido en el lago, y ahí solo hay…

—Demonios, lo sé —completó por mí. La sonrisa que me dedicaba me daba ganas de abrazarla y nunca soltarla—. Es una historia complicada, cielo, pero nunca llegué a entrar en el lago. Sé que tu padre piensa que sí, porque es lo que iba a hacer, pero hubo un cambio de planes. El demonio que me acechaba me atacó, me dejó moribunda en medio del bosque. Un ángel intercedió y me ofreció unirme a ellos al morir. Dijo que sería la única forma de protegerte… —Sus dedos viajaron a la marca en forma de estrella de mi clavícula y contuve la respiración.

—Tú fuiste esa luz que me salvó de aquella criatura —musité en voz muy baja, incapaz de creerlo.

Que todo hubiese sido real. No eran pesadillas, había ocurrido de verdad. Mi madre asintió—. Pero, ¿por qué aparecer ahora? ¿Por qué nunca antes habías venido a mí, o a papá?

—Como ya te he dicho, no se me permite hacer lo que me plazca allí arriba —susurró mirando al cielo, como si temiese que la estuviesen observando—. Pero debo advertirte sobre Alix. — Fruncí el ceño, confusa—. Es un demonio, cariño, no debes fiarte de él. —Acarició mi

mejilla con suavidad —. Lo que él te pida, por muy noble que pueda parecer, será para cumplir sus perversas intenciones. El jamás te va a querer, ¿cómo podría? —Las lágrimas humedecieron mis ojos, aunque no permití que escapasen de ellos. ¿Era eso lo que yo anhelaba? ¿Que me quisiera?—. No puedes contarle nada de esto. Por favor, cariño, cuídate de él. Y sea lo que sea lo que te pida, ten mucho cuidado. Confío en tu juicio. —Hizo una pausa y me estrechó entre sus brazos —. Te quiero, mi pequeña.

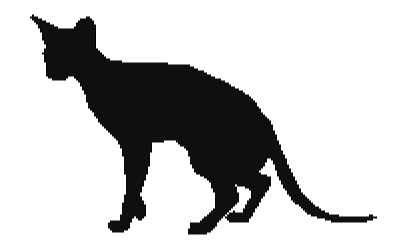
—Mamá —llamé con un sollozo al darme cuenta de que ya se iba—. Mamá, espera. —Pero ya era tarde. Se había esfumado ante mis ojos.

Me quedé de pie durante varios segundos en los que fui incapaz de hacer nada. No podía moverme, no podía hablar, no podía siquiera respirar con normalidad. Tuve ganas de dejarme caer en la hierba y no volver a levantarme en horas, pero si no regresaba al interior mi padre se preocuparía. Así que decidí entrar y, sin ganas de cenar, me excusé para subir a mi cuarto. Saqué el diario de dentro del almohadón y continué la lectura.

> Intento no dormir para que él no aparezca. Siempre viene, y aprovecha cuando Gordon no está para presentarse en casa. Con esos ojos negros como la obsidiana. Me pide que lo acompañe, que me hará feliz. Pero cómo podría hacerme feliz en el infierno, lejos de mi familia. En él solo cabe la maldad más pura. Por más que intento desprenderme de todos esos pensamientos, de olvidar lo que atormenta, su olor sigue impregnado en todo lo que me rodea. Almizcle y romero.

Llevé una mano a mis labios, conmocionada. Ese era el exacto olor de Alix. Y él olía diferente al resto de demonios.

Solo podía tratarse de él.



El día siguiente fue frío, así que no me costó nada ponerme una bufanda al cuello para cubrir el sarpullido. Recogí mi cabello en una coleta y me encaminé a la clase de griego. El profesor estaba en el aula ya. Mierda, llegaba tarde. Me apresuré a entrar con un gesto de disculpa ante su mirada de desaprobación y me dejé caer en mi sitio habitual. Junto a Alix. Él me dedicó una sonrisa ladeada, pero yo fui incapaz de devolverle la mirada. En su lugar me centré en la pizarra y en tomar apuntes. Tenía que recuperar el tiempo perdido, mis notas eran un desastre desde que todo esto había empezado.

Reprimí los reiterados impulsos en los que mis ojos querían buscarlo, mirarlo. En mi cabeza se enfrentaban los sentimientos con respecto a lo que había sucedido ayer en mi cuarto, y los que me decían a gritos que él había sido el causante de lo que le había sucedido a mi madre. La noche había sido horrible, repleta de pesadillas incoherentes en las que todo se mezclaba, y él no había aparecido en ningún momento. No podía dejar de pensar en cuál era la verdad, cuál la mentira. En realidad, mi madre no había mencionado en ningún momento que él hubiese sido el responsable. Ni en nuestra conversación, ni en el diario. ¿Podía ser que otro demonio oliese igual que él? Se me antojaba imposible, Alix Hayes era único en todas sus formas. Sin embargo, después de lo que había sucedido entre nosotros, de su forma de tratarme, me negaba a creer que quisiera hacerme daño. Mi madre podría equivocarse. Quizás el trauma sufrido por el ataque del demonio le había hecho creer que todos eran iguales, que Alix era uno más. Pero no podía serlo, no. Me negaba a creerlo. ¿Y si querer creer que era más humano de lo que en realidad era me arrastraba a un destino fatal? Si bien no sabía en qué pensar, tampoco podía confiar ciegamente. Ni en él, ni en mi madre. Dudaba que se hubiese arriesgado a hablar conmigo si no estuviese convencida de que lo que decía era cierto, aunque después de todo nunca la había conocido. Las pulsaciones en mi cabeza eran cada vez más fuertes, sentía que me iba a estallar. Paré de tomar apuntes y comencé a masajear mis sienes con firmeza.

—Necesito hablar contigo —susurró Alix acercándose muy cerca de mi oído. Me estremecí cuando su aliento rozó mi cuello. No asentí, no dije nada, solo miré al frente, y casi pude sentir cómo fruncía el ceño ante mi falta de respuesta.

—Señorita Cox —llamó el maestro. Miré a ambos lados y me di cuenta de que todo el mundo estaba recogiendo ya. Había terminado la clase. Asentí y me dirigí hacia él—. Me gustaría hablar con usted un segundo, si está de acuerdo.

—Oh, claro, por supuesto.

Alix pasó por mi lado, un roce deliberado, y acercó sus labios a mi oído de nuevo.

—Ven al baño cuando salgas, por favor.

Lo dijo tan bajito que estaba segura de que el profesor no lo había escuchado, y asentí muy suave. No estaba segura de en quién podía confiar, pero no quería dejarle ver mis dudas. Si mi madre tenía razón no podía permitir que supiese que sospechaba, eso solo lo asustaría y provocaría un movimiento imprevisible y, probablemente, peligroso. Sacudí la cabeza y miré al señor Grant con un amago de sonrisa mientras recolocaba la bufanda en su sitio.

—Señorita Cox, los demás profesores y yo hemos notado un descenso de su rendimiento académico en poco tiempo. ¿Todo bien?

Apreté los labios con fuerza. Otra mentira que sumar a la lista. Me estaba convirtiendo en una experta sin tener el más mínimo deseo por ello.

—Sí, señor Grant. Lo siento mucho, es solo que todo lo que está sucediendo en el pueblo es terrible. —Frunció el ceño sobre sus gruesas gafas negras—. Ya sabe que mi padre es guardabosques, las cosas están agitadas en casa. Además, el hijo de los Sheppard era mi niñero cuando era pequeña. Ha sido un duro golpe.

—Supongo que todo esto no hace más que recordarle lo sucedido con… —comenzó a decir, aunque se interrumpió enseguida, probablemente al darse cuenta de que no era un tema adecuado.

—Con mi madre, sí. —Ahora que sabía la verdad podía decirla sin tapujos. Bueno, la verdad que el pueblo y mi padre conocían, ya que ella misma había perfilado lo sucedido en nuestra charla la noche anterior—. Mire, lo siento, de verdad. Intento mantenerme centrada pero me resulta muy complicado. Pienso subir mis notas de nuevo, solo necesito un poco de tiempo para adaptarme. Recuperaré lo que haga falta.

—Estoy seguro de que no ha hecho el trabajo todavía. —Maldije en silencio. Claro que no lo había hecho, y por si fuera poco había tenido que devolver los libros, lo que me retrasaría una semana más —. No se

preocupe. Puedo darle más tiempo si lo necesita.

—¡No, no! —exclamé, sobresaltándolo—. No, de verdad, no quiero ninguna preferencia. Lo haré en el tiempo estipulado, no se preocupe. —El hombre asintió.

—De acuerdo, puede marcharse. Si necesita algo, los profesores estamos aquí para lo que necesite. —Agradecí sus palabras y me encaminé a la salida. Me detuvo a un par de pasos de la puerta, helándome la sangre—. Tiene mala cara. ¿Está enferma?

Negué con la cabeza y me apresuré a salir de allí. Emití un profundo suspiro. La gente no paraba de repetirlo. Ni siquiera estaba segura de que mi estado febril del fin de semana se hubiese recuperado por completo. Caminé con lentitud por el pasillo, tratando de aclarar unas ideas que eran cada vez más caóticas en mi cabeza. Estaba asustada por la conversación con Alix. No quería estarlo, deseaba confiar en él, pero lo que había dicho mi madre solo había logrado poner a prueba todo lo que había creído hasta este momento. Me detuve junto a los baños. Había dicho una vez que el masculino era más discreto, así que imaginé que se refería a ese. Miré a ambos lados para comprobar que no había nadie que pudiese verme y entré. Estaba apoyado contra el lavabo, de brazos cruzados, y su sonrisa no era tan amplia como lo solía ser. Su cabello estaba desordenado, las ondas se entrecruzaban como si no se hubiese molestado en peinarlas, indomables. Su mandíbula estaba tensa.

—Hola, dulzura. —La voz parecía salir directa de su garganta, grave y áspera.

—Hola —musité. Frunció el ceño.

—Escucha, ¿te sientes mal por lo de ayer? Puedes decírmelo, está bien. —Hizo una pausa para aguardar mi respuesta, que tardó unos segundos en llegar.

—No. No es eso, no te preocupes —admití. Sentía el corazón golpear con fuerza contra mi caja torácica, similar a un tambor en el punto álgido de la pieza.

—No me has mirado en clase, ni un solo momento. Tampoco me has hablado. Creo que comprendo bastante bien el comportamiento humano como para saber que algo no va bien contigo. ¿Qué es?

Lo miré a los ojos, gran error que pagué al sentir cómo mis barreras se derrumbaban de nuevo. No podía contemplar ese rostro, teñido de genuina preocupación, y creer que podría hacerme algo malo. Me negaba a pensar en ello, no podía. Quizás estaba siendo una estúpida, pero Alix había calado en lo más profundo de mí y ya no creía que hubiese marcha atrás. Aunque el resultado de tal unión pudiese desencadenar mi prematura muerte.

—Estoy hecha un lío, Alix. —Hice una pausa. No podía contarle lo del diario, ni que había visto a mi madre. No podía decirle que ella era la que me cuidaba, velaba por mí y me protegía de los demonios desde mi nacimiento. Aunque hubiese fallado estrepitosamente en los últimos días. Pero sí podía arrojar un poco de luz sobre las penumbras que parecían cernirse sobre mi comportamiento —. Hablé con mi padre. Me confesó que los rumores en el pueblo son ciertos. Mi madre sabía lo que ocurría en el lago, aunque nadie la creía. Un día le escribió diciendo que iría al lago, y desapareció. —No le había mentido, solo le ocultaba cierta información, y aún así se sentía como la traición más horrible. Su cuerpo se tensó ante mis palabras, aunque la expresión en su rostro no cambió.

—No puedo decir que no lo imaginase —admitió tras cavilar durante unos segundos muy largos—.

¿Qué quería el señor Grant?

Negué con la cabeza para restarle importancia.

—Mis notas están bajando y todos los profesores están preocupados por mí. Supongo que vivir en un pueblo pequeño significa que siempre hay alguien pendiente de tus movimientos. —Me encogí de hombros y emití un largo suspiro.

—Bueno, es comprensible que hayas descuidado tus quehaceres. Con todo lo que está pasando…

Un alarido interrumpió nuestra conversación. Mi cuerpo se tensó de pies a cabeza, también el de Alix. Tomó mi mano y se apresuró a salir del baño. Tiró de mí para lograr que me moviese más rápido. Mis piernas apenas respondían después de lo que había escuchado. Había sido un grito de puro horror. Los pasillos estaban ya llenos de alumnos que corrían hacia las puertas de entrada, donde se arremolinaba una marabunta de gente alterada que no paraba de murmurar y llorar. La sangre se heló en mis venas, y supe que algo terrible había sucedido.

Pensé en mil escenarios posibles, cada uno peor que el anterior, pero ninguno de ellos me preparó para el desastre que encontraría. Alix se adelantó, como una sombra que se deslizaba entre la gente, y mi mano soltó la suya sin intención. Me costó más que a él avanzar, abriéndome paso con la mayor delicadeza posible entre alumnos y profesores conmocionados. Llegué al final del grupo casi sin aliento, solo para que el poco que me quedaba saliese de mis pulmones en un golpe sordo que me hizo caer sobre mis rodillas. Alix, al que había logrado llegar a duras penas, apoyó con suavidad una de sus manos sobre mi hombro para recordarme que estaba allí, junto a mí. Que me protegería pasase lo que pasase. Lo que tenía claro era que, si en algún momento las había tenido, ya no quedaban dudas de que el animal que atacaba en el pueblo no era él. Había estado conmigo en el baño, hablando, y lo que había ante mis ojos estaba tan fresco que todavía se podía percibir el olor metálico de la sangre en el ambiente. Cubrí mi boca con los dedos, incapaz de pensar algo coherente.

Observé con fijeza el cuerpo que había junto a la puerta, tumbado en el suelo. Desmembrado. El brazo derecho estaba tirado a un par de metros. La cintura estaba unida al tronco superior por finos hilos de carne y vísceras, con las tripas desperdigadas por el suelo de cemento. A pesar de la ingente cantidad de sangre que cubría la escena, incluida la piel del rostro de aquella persona, supe perfectamente de quién se trataba. No necesitaba verla con claridad para saberlo. Lauren. Recordaba su mirada de terror el primer día que Alix apareció, cómo ella había notado que algo no estaba bien con él. La había visto en clase de griego, hacía apenas unos minutos. No podía pensar con claridad, lo único que tomaba forma en mi cabeza era una frase, tan simple como apabullante. *«Es tu culpa»*. Vi de soslayo el cabello anaranjado de Hallie, que alternaba su mirada entre Lauren y yo con preocupación. Sabía que éramos compañeras de clase y que nos llevábamos bien, aunque nunca hubiésemos sido amigas íntimas. Alix me levantó sin apenas esfuerzo y me ayudó a mantenerme en pie. Me estrechó entre sus brazos. Los profesores comenzaron a dispersarnos, tarde para evitar que contemplásemos tan atroz suceso. Y lo que vi a los pies de su cadáver, escrito con sangre, me hizo desear una muerte rápida e indolora. Porque sabía que lo que se estaba gestando para mí sería cualquier cosa menos eso.

Te veo.

18. Desgracia tras desgracia

Tomé la taza de chocolate caliente entre mis manos, que se calentaron con rapidez. Alix me había echado una manta encima para que entrase en calor, aunque era difícil llegar a un corazón que se sentía helado. Estábamos en el salón de casa, y Ast hacía guardia a nuestro alrededor. Todavía no le gustaba el demonio, pero parecía que ya lo toleraba mejor. Sorbí un pequeño trago que me llenó de calidez.

—¿Por qué está pasando esto? —pregunté a la nada, agotada.

—Descubriré quién está detrás de todo esto, Zoe. Lo haré — afirmó con solemnidad, como si fuese una promesa. ¿De verdad lo era? ¿O eso era lo que me hacía creer?

—Sea quien sea, ese demonio me quiere, quiere matarme. ¿Por qué no darle lo que busca? Así acabaremos con todo este sinsentido —expresé sin emoción alguna en la voz.

—No puedo dejar que hagas eso. Todo se arreglará, ¿de acuerdo?
—Acarició mi mejilla con suavidad.

—La muerte no puede arreglarse, Alix. —Alcé la mirada y evalué sus ojos, que parecían teñidos de una genuina tristeza que jamás había visto reflejada en ellos. ¿Cómo pensar que todo esto era mentira? No podía serlo—. No puedo permitir que la gente siga muriendo por un retorcido juego contra mí. ¿A qué estoy esperando? ¿A que ataquen a mi padre? ¿A Hallie? O incluso a Jeremy. Me estoy volviendo loca.

—Es lo que busca —musitó él, como un pensamiento en voz alta.

—Pues no quiero permitírselo. Estoy harta. Sea quien sea, iré a su encuentro.

La entrada de mi padre interrumpió cualquier réplica que fuese a hacer en mi contra. No necesitaba que dijese nada para saber que no me permitiría hacer nada parecido. La pregunta era si lo hacía para protegerme o porque, si regresaba al lago, echaría a perder sus planes, fuesen los que fuesen.

La puerta se cerró y mi padre irrumpió en el salón. Se detuvo un

instante al localizar a un extraño en casa.

—Es un compañero de clase, papá. Alix Hayes —expliqué con una débil sonrisa. Él asintió.

—Lo sé —dijo. Estaba claro que había escuchado hablar de él en el pueblo. Me preguntaba qué cosas se decían exactamente.

—No creí que fuese adecuado dejar que su hija volviese sola a casa, señor. No me parecía seguro que estuviese ahí fuera, así que he querido acompañarla. —Mi padre pareció aliviado, y le dedicó una sincera sonrisa.

—Gracias por traerla. —Se giró hacia mí y me dio un fuerte abrazo, con cuidado de no tirar el chocolate que todavía sujetaba entre mis manos—. Dios mío, estaba muy preocupado. Tengo que volver, pero necesitaba saber que estás bien. Cuando nos contaron lo sucedido… tenía que asegurarme.

—Estoy bien, papá, tranquilo. Gracias por venir.

—Te quiero mucho. Lo sabes.

—Y yo a ti.

Me estrechó una vez más con fuerza y se dirigió de nuevo a Alix. Estaba demasiado serio, imponía un respeto poco usual.

—¿Puedo confiar en que te quedarás con ella hasta que se calme un poco? —cuestionó. Alix asintió serio.

—No se preocupe, cuidaré de ella.

—Si no lo haces, chico, recuerda que tengo una escopeta.

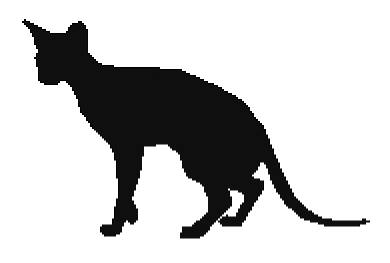
Mi padre se marchó y, cuando nos quedamos de nuevo solos, no pude evitar emitir una carcajada. Alix me miró, con esa sonrisa ladeada que tanto lo caracterizaba, y se sentó a mi lado. Puso la taza de chocolate a medio terminar en la mesita de café y me rodeó con un brazo. Depositó un dulce beso en mi frente.

—Tu padre debería pensarse a quién amenaza con una escopeta. —Sonrió contra mi cabello. Me hacía sentir segura.

—Venga ya, ¿vas a decirme que no te haría nada si te disparase? —cuestioné con burla.

—Algo, sí. Pero solo me ralentizaría. Si quisiera devorarte podría hacerlo de igual forma —bromeó, escondiendo el rostro en mi cuello con un cosquilleo.

Mi mirada se perdió al frente y tragué saliva. Si quisiera devorarme, no habría nada que hacer. Pensé en la escopeta de repuesto que guardaba mi padre y la localicé en mi mente. En el armario de la cocina, el que se cerraba con llave. Y esta dentro del cajón de los cubiertos.



El ronroneo de Ast al frotarse contra mí fue lo primero que oí antes de abrir los ojos. Me había quedado dormida en el sofá, con la manta envuelta en mi cuerpo y la pequeña esfinge acurrucada contra mí. Eché la mano al sitio que había a mi lado, allí donde Alix había estado todo el tiempo. Pero ya no estaba. Me incorporé y estiré mis músculos uno a uno, entumecida como me había quedado. Había pasado horas dormitando, tanto que ya había anochecido de nuevo. Papá no había venido, supuse que porque lo que había ocurrido los tenía enfrascados en el trabajo. No era para menos; una cosa era un animal que atacaba en las entrañas del bosque, incluso en los jardines cercanos a este —como había sido el caso de Aaron—, pero que algo hubiese tenido el valor de matar y descuartizar a plena luz del día en la entrada del instituto… No sabía qué decisión tomarían ahora las autoridades, pero dudaba que pudiésemos volver a clase en una buena temporada, y era más que probable que extendiesen el toque de queda y solo se nos permitiese salir para lo necesario. Claro que duraría hasta que se les olvidase, hasta que todo pareciese tranquilo o hasta que el demonio acabase con todos nosotros. Porque no había animal que cazar para hallar tranquilidad. Nadie podría encontrarlo; quien lo hiciese sería porque así lo quería, y el destino sería trágico. Había intentado abordar con Alix de nuevo el tema que mi padre había interrumpido

y, aunque no había conseguido convencerlo del todo, me había pedido algo: dos días. Debía de tener mucha fe en que encontraría al causante y podría solucionarlo o no habría accedido a semejante idea. Pero yo cada vez tenía más claro que me negaba a permitir que más gente muriese o sufriese por mi culpa. Ahí fuera ya había dos familias que habían perdido a un hijo, y otra que había sido extinguida por completo. No podía dejar que todo fuese a más. El sonido del teléfono me produjo un escalofrío; el silencio en el que se había sumido la casa era atroz. Estiré la mano hacia el móvil, que estaba en un rincón del sofá, y lo desbloqueé con cautela. Suspiré de alivio al ver que solo se trataba de Hallie, aunque me sorprendió recibir un mensaje de su parte.

> **Zoe, siento mucho lo ocurrido. Sé que no estamos bien, pero podemos hablar de lo que sea. He estado hablando con Jeremy, sabemos que algo va mal. Habla conmigo, por favor.**

Jugueteé con los dedos sobre la pantalla unos segundos antes de decidirme a responder. Me encantaría hacerlo, contarle la verdad, soltar parte del peso que cargaba sobre mis hombros y volver a ser como antes, las mejores amigas que jamás se guardaban secretos. Que se apoyaban la una a la otra. Pero hacer eso la condenaría a algo horrible. Sin saberlo, el haberse alejado de mí probablemente había logrado sacar la diana que tendría dibujada en su espalda de haber pasado más tiempo conmigo. Algo que no podía decir de mi padre, pero no permitiría que le tocasen un pelo.

> **Muchísimas gracias, Hallie. Por todo. Sé que puedo contar contigo, pero de verdad que ahora mismo es imposible. No espero que lo entiendas, porque ni yo misma lo hago. Te quiero.**

Bloqueé el teléfono y lo guardé en mi bolsillo trasero. Me puse en pie y alcé a Ast en el aire, haciéndole carantoñas como a ella le gustaba. Pero su lomo se erizó y se apresuró a saltar de mis brazos mientras gruñía hacia la ventana en tono amenazador. Mi cuerpo se tensó y miré a través del cristal del salón. Ahí, en la negra espesura del jardín, unos ojos negros me observaban. ¿Alix? No. ¿Lucifer? Quizás. La figura desapareció de mi vista en dirección a la puerta principal. Corrí y me abalancé sobre ella a tiempo de sentir una fuerte embestida. Me apresuré a echar todos y cada uno de los cerrojos y cogí a Ast en brazos antes de correr a la cocina para asegurarme de que las ventanas estaban cerradas. Los golpes en la puerta continuaron, cada vez más fuertes, y me sentía como si alguien tuviese la mirada fija en mi cogote. Ast seguía gruñendo, cada vez más erizada, y no se separaba de mí. Abrí el cajón de los cubiertos con angustia, rebusqué entre ellos y tiré más de uno al suelo por el camino. Saqué la vieja llave de hierro

y la apreté con los dedos temblorosos y húmedos a causa del sudor nervioso que recorría mis manos. *«Solo me ralentizaría»*, había dicho Alix. Pues bien, fuese quien fuese el demonio que estaba acechando mi casa, mejor lento que en plenas condiciones.

Un golpe todavía más fuerte resonó en mis oídos. La puerta había aguantado, aunque dudaba que lo hiciese con el siguiente si era de esa magnitud. Tan rápido que la llave casi se me cayó al suelo un par de veces, abrí la puerta del armario y observé la escopeta. Jamás la había usado, pero siempre había una primera vez para todo. Traté de imitar lo que había visto hacer a mi padre numerosas veces, aunque el temblor de mis manos y los pensamientos embotados de mi cerebro no ayudaban en lo absoluto. La abrí como pude, dejando el interior de los cañones a la vista, y saqué un par de cartuchos de la caja de cartón que había al lado. Los deslicé con premura y alcé el cañón doble de nuevo para cerrarlo. Respiré hondo cuando sonó el clic. Tenía un arma cargada entre manos y ni idea de disparar. Los golpes parecieron cesar de repente. Me asomé con sigilo, comprobando que no había conseguido entrar, y eché a correr escaleras arriba con Ast pisándome los talones. La escopeta pesaba demasiado, y la llevaba con todo el cuidado posible para evitar que se disparase; por un lado, porque no entraba en mis planes dispararme a mí misma, mucho menos a Ast; por otro, un tiro al aire, o en este caso al suelo, significaba uno menos que encajar en el pecho del demonio. Nos encerramos en mi cuarto y eché la puerta a tiempo de escuchar un fuerte golpe en el piso inferior. Estaba segura de que esta vez sí había roto la puerta. Apagué la luz, me senté contra la pared más alejada y apunté hacia la entrada de mi habitación con la escopeta. Ast se puso junto a mí, y la mandé callar con cariño. No quería llamar su atención. Escuché los pasos que subían las escaleras con lentitud, casi arrastrando los pies, y se dirigían a nosotras. Mis manos temblaban, pero no permití que ninguna lágrima se acumulase en mis ojos. Necesitaba ver con claridad si la cosa se complicaba. Agucé el oído a tiempo de sentir cómo la criatura, fuese lo que fuese, pasaba de largo por el pasillo. Quizás si permanecíamos en silencio no sabría que estábamos aquí. El sonido de mi teléfono me alertó, y me apresuré a cogerlo antes de que volviese a sonar. Vi la silueta de sus pies recortada contra la luz que entraba por la pequeña rendija bajo la puerta cuando se detuvo frente a nosotras. Desbloqueé la pantalla y un estremecimiento recorrió mi columna al ver el mensaje del número inexistente.

Te veo, Zoe. Ábreme, solo quiero jugar.

El pomo de la puerta comenzó a girar con suavidad, con el crujido de las bisagras al comenzar a abrirse. Lancé el móvil a un lado, alcé el

cañón y disparé dos veces. El retroceso me dejó aturdida, me había golpeado en la barbilla con bastante fuerza. Mis oídos parecían cubiertos de algodón, no esperaba un ruido tan fuerte. Ast había corrido a esconderse bajo el escritorio, o al menos eso me había parecido ver. Tras varios segundos en los que todo estaba en el más puro silencio me levanté con cuidado, apoyé el arma a un lado en el suelo y me acerqué con lentitud hacia la puerta. La luz entraba por los dos orificios ennegrecidos y una rendija que mostraba que estaba entreabierta. Tomé el pomo con temor y abrí poco a poco, al tiempo que escuchaba una voz que no esperaba oír de alguien que subía las escaleras.

—¿La has encontrado ya? —cuestionó la voz de Jeremy.

Entonces todo pasó a la vez. Abrí del todo la puerta, encontrando a quien había disparado. Jer, por su parte, bailó su mirada entre el cuerpo desparramado en el suelo y mi rostro aterrorizado. Corrió hacia nosotros.

—No —musité. No era posible—. No, yo no he hecho esto, no eras tú. No. —Las lágrimas que escocían en mis ojos me impedían ver con claridad. Sin embargo los dos agujeros en su torso se grabaron a fuego en mis retinas.

—¿Qué has hecho? —preguntó Jeremy mientras se agachaba junto al cuerpo—. Zoe, ¿qué ha pasado? ¡¿Qué has hecho?!

Gritaba en busca de una explicación, una que apenas lograba salir de entre mis labios. Todo lo que podía hacer era resollar con fuerza en busca del aire que no quería entrar en mis pulmones. Comencé a llorar sin poder contenerlo más. Mis rodillas golpearon el suelo con un horrible crujido que ni siquiera sentí. Mi cuerpo se había entumecido por completo.

—No quería… Yo no quería… —Las palabras salían de mi boca como si tuviesen vida propia, me sentía incapaz de controlarlas, no tenían sentido para mí.

—No respira. ¡Zoe, no respira! —Jeremy no paraba de gritar, y en mi aturdimiento solo quería que parase de hacerlo. No quería dispararle. No a él.

—Alix, por favor —sollocé tocando el cuerpo inerte en el suelo—. Te necesito.

El cadáver que había frente a mí era el de Charlie. Alix apareció en el pasillo en cuestión de segundos, con una sonrisa burlona que desapareció en un parpadeo al contemplar la escena. Pude imaginar lo que estaba viendo: a mí, deshaciéndome en lágrimas y con el único deseo de hacerme un ovillo en el suelo y sumirme en la nada; a Jeremy, que trataba de reanimar un alma que ya no volvería; y al jugador de fútbol que tanto aborrecía tumbado en un charco creciente de sangre con dos agujeros en el estómago.

—Joder, dulzura, ¿qué ha pasado? —Se acercó a mí y me estrechó entre sus brazos. Sollocé sin ser capaz de emitir una palabra coherente en medio de tanto caos—. Sh, tranquila. Por favor, tranquila. Necesito que me expliques. —Pasó los pulgares por mis mejillas, retirando así parte de las lágrimas que continuaban corriendo por ellas, y sujetó mi rostro para que pudiese mirarle a los ojos. Esos ojos negros que nunca me habían parecido tan cálidos como hoy.

—Había un demonio fuera, estaba intentando entrar. Yo… — Sorbí con fuerza entre hipidos, tratando de aclararme antes de continuar—. Cogí la escopeta de mi padre. Ast estaba como loca, no paraba de gruñir, dijiste que cuando se pusiera así sería porque alguien como tú estaba acechando. —Asintió con firmeza sin soltarme para instarme a continuar—. Así que nos escondimos aquí. Había alguien en la puerta, y recibí un mensaje. Como los anteriores. Pedía que le abriese, para… para jugar. Y entonces disparé a través de la puerta. Pero no era un demonio, era él. —Había hablado tan rápido que dudaba que pudiese haberme entendido, pero así había sido. Acarició de nuevo mis mejillas y besó mi cabello con fuerza.

—¿Demonio? —Las palabras de Jeremy nos alertaron. Mierda, ni siquiera recordaba que estuviese allí. Me las arreglé para retener los sollozos y lo miré. Su camiseta estaba manchada de la sangre de Charlie, y su cabello rubio revuelto cubría casi por completo sus ojos. Lo retiró con el antebrazo; parecía haberse dado cuenta de que ya no podía hacer nada por el chico que yacía a sus pies. Estaba segura de que había visto a Alix aparecer de la nada—. ¿De eso se trata todo esto, Zoe? ¿De demonios?

Alix soltó un resoplido y se levantó, ayudándome a hacerlo también. Me abrazó por la cintura con el fin de sostenerme. Jeremy nos imitó, aunque se mantuvo alejado. Por prudencia, supuse.

—No quería que lo supieses. No quería que… Te hiciesen daño, como

a todo el mundo.

—Dulzura, ahora ya lo sabe. —Hizo una pausa—. Y debes irte de aquí, enseguida. ¿Qué hacíais aquí, en primer lugar?

—Después de lo que pasó con Lauren en clase quería verte, saber que estabas bien —dijo refiriéndose a mí en todo momento. Él no le agradaba, me lo había dejado claro en nuestra última conversación—. Me crucé con Charlie. Dijo que venía a visitarte también, así que nos acercamos juntos. La puerta estaba rota cuando llegamos. Le dije que revisase el piso de arriba mientras yo te buscaba por la planta baja. —Hizo una pausa para coger una profunda bocanada de aire.

Cerré los ojos con fuerza e inspiré hondo. Si él hubiese subido, en lugar de Charlie… Lo habría matado. Había asesinado a una persona. A mi exnovio. En mi propia casa, con la escopeta de mi padre.

—Necesito que te vayas a casa, Jeremy. Esto no es seguro para ti —explicó Alix con calma y seriedad—. Un demonio ha tendido una trampa a Zoe, no sé bien por qué, pero no puedes estar aquí con él todavía rondando.

—¿Y dejarla sola contigo? —El pecho de Jeremy se hinchó, haciéndolo parecer todavía más alto—. Por lo que yo sé, tú también eres un demonio.

—Sí, uno que podría matarte ahora mismo como no cierres el pico. Ahora vete y deja que nos encarguemos los mayores. —Su mirada fija en él poseía una advertencia implícita; sería capaz de hacerlo sin pestañear—. Y olvida lo que ha pasado aquí. Tengo que encargarme de esto antes de que llegue su padre.

—Jeremy, por favor, vete —supliqué. Él me miró con una expresión dolida—. No quiero que te hagan daño.

—Promete que estarás bien. Con él —musitó entre dientes. Alix le dedicó una mirada salvaje e inescrutable, algo que ignoró por completo. Tenía los ojos fijos en mí—. Y, en cuanto puedas, necesito que me lo expliques todo.

—No puedo prometerte nada. Ahora vete.

Trastabilló un par de pasos hacia atrás, como si lo hubiese golpeado, y asintió con lentitud. Nos dedicó una última mirada sombría y bajó las

escaleras con cuidado.

—¿Podemos fiarnos de que no cuente nada? —cuestionó Alix cuando lo escuchamos marcharse.

Me giré y fruncí el ceño.

—Por supuesto.

—Pues déjame limpiar todo esto antes de que vaya a matar a ese maldito demonio tocapelotas.

19. No confíes en un demonio

Alix se había encargado de todo. Apenas presté atención a lo que hacía, y cuando quise darme cuenta era como si nada hubiese ocurrido. Las puertas volvían a estar enteras, la cocina recogida, la escopeta en su sitio y no había rastro de sangre, ni del cuerpo. No supe dónde lo había escondido, tampoco lo pregunté. Solo quería que la pesadilla acabase. Mi padre llegó del trabajo agotado. Le preparé algo de cenar con cuidado de no hablar demasiado y me despedí con un beso antes de excusarme para subir a mi cuarto. Tampoco era mentira; nunca me había sentido más enferma. Había vomitado varias veces desde lo sucedido, y parecía que cualquier cosa que tratase de ingerir seguiría por el mismo camino. Entré en mi cuarto y Alix estaba sentado en la cama, esperando.

—Sigues aquí —musité sin fuerzas. Me dejé caer junto a él, con la mirada perdida en el suelo. Había dejado a Ast fuera, con mi padre, para que estuviese tranquila. Habían sido muchas emociones para ella también.

—¿Cómo podría irme? —cuestionó con una tenue sonrisa. Reí sin ganas.

—Te marchaste mientras dormía esta tarde.

—Te pedí dos días. No podía perder un valioso tiempo de búsqueda —explicó. Asentí. Lo comprendía a la perfección. ¿Habría cambiado algo que hubiese estado allí? Probablemente solo la fecha. Después de todo, si como él decía se trataba de una trampa, habrían esperado a que estuviese sola. Y él no podía quedarse eternamente conmigo, en todo momento.

—Tenemos que ir al lago. Debo hablar con Lucifer, zanjar esto de una vez por todas —dejé escapar en un susurro. Él me miró, aunque no me llevó la contraria. Sabía que ya no me quedaban fuerzas para seguir luchando, para perder a más gente—. No tardará en saberse que Charlie ha desaparecido. Sus padres estarán destrozados.

—Eh, no es tu culpa. —Tomó mi rostro entre sus manos y lo acunó suavemente.

—Te equivocas —dije sin apenas emoción—. Todo es exactamente por mi culpa. Llévame a ese maldito lago, Hayes. Por favor, no puedo más.

Apretó los labios y meditó durante unos segundos.

—Te llevaré, llegaremos al fondo de esto. Pero por la mañana. Ahora te pido que descanses.

Asentí con suavidad y me tumbé en la cama, acurrucada entre las sábanas que él ya había deshecho para mí.

—¿Te quedarás esta vez? —cuestioné en tono de súplica. Él se tumbó junto a mí y asintió. Besó mis labios con dulzura y delicadeza antes de permitirme apoyarme contra su pecho.

—Te prometo que no me iré ni un segundo. No voy a soltarte.

Y podría jurar que sentí un sollozo en su voz. Aunque no podía estar segura, pues en cuanto cerré los ojos caí rendida en las garras del sueño.

No había rastro del blanco habitual. En su lugar me encontraba en un prado verde, bañado por la luz del sol. Mi vestido veraniego de flores ondeaba con el viento. Estaba tumbada sobre una manta amplia de color crema. Unos pasos a mi lado me sobresaltaron, aunque no me preocupé. Sabía perfectamente de quién se trataba.

—¿Desde cuándo mis sueños nos traen a lugares tan hermosos? —pregunté con una sonrisa. Ya nada quedaba del caos del día, solo una calma inexplicable. Alix se dejó caer a mi lado y me dedicó una expresión de complicidad.

—Este es el mío —explicó. Lo miré a los ojos y fruncí el ceño, confusa.

—¿Tu sueño? ¿Cómo he entrado en tu sueño?

—Bueno, técnicamente estamos en tu cabeza, como siempre. Pero lo he creado para ti.

Cerré los ojos y aspiré el dulce aroma de verano.

—Gracias. Necesitaba esto —respondí en un suspiro.

—Debes descansar lo máximo posible. No sé qué es lo que pretendes hacer

cuando lleguemos allí, pero debes estar preparada para cualquier cosa.

Abrí los ojos y lo observé con curiosidad. El mantenía los ojos al frente, sin devolverme la mirada. —¿Por qué me dejas ir? —cuestioné.

—¿Preferirías que te lo impidiese? —me devolvió la pelota con una sonrisa irónica.

—No, claro que no —musité en respuesta. Pero lo cierto era que sí lo esperaba. Que se hubiese puesto hecho una furia y me hubiese prohibido ir, bajo ningún concepto. Después de todo, solo era una simple humana que se estaba adentrando en cosas que se escapaban de su alcance. Quizás mi madre tuviese razón y tuviese planes mayores para mí. Puede que solo hubiese sido una estúpida al creer que mi corazón era certero con él. Me removí, incómoda en mi propia piel.

—Escucha, te conozco a la perfección, más de lo que tú piensas. —Hizo una pausa y alcanzó uno de los mechones de mi cabello, y jugueteó con él haciendo y deshaciendo bucles—. Si te lo prohibiese, estoy seguro de que pasaría esto: en cuanto te dejase sola saldrías de casa e irías al lago. En caso de que no te perdieses en medio del bosque y, efectivamente, llegases allí, sería cuestión de segundos que, cansada de todo lo que está ocurriendo, entrases sin miramientos. Y solo el diablo sabe lo que podría pasar allí abajo. Aunque consiguieses llegar al castillo, no pondría la mano en el fuego por Lucifer. Jamás. ¿Qué ganaría con ello? Además de perderte. Prefiero acompañarte, estar contigo ante todo lo que pueda ocurrir, y con suerte sea quien sea el que te está acechando dará un paso en falso y lograremos algo.

Lo miré a los ojos, tan negros o incluso más de lo que recordaba. El primer día me habían producido terror, uno que calaba los huesos, y no entendía por qué. Ahora que sabía todo lo que se escondía tras ellos me parecían lo más hermoso que había visto jamás. Podía ver en ellos cómo luchaba contra su naturaleza. Por mí. Cómo podría hacerle caso a mi madre, por mucho que mi cerebro me lo gritase a los cuatro vientos, si mi corazón era tan firme en su decisión. Sabía en quién confiar, aun cuando yo no tenía ni idea.

—Solo quiero detener esta locura. —Froté mi rostro con ahínco tratando de despejar mi mente.

—Venga, te he traído aquí para que descanses del mundo real, no para que sigas martirizándote. Así que deja que te ayude a relajarte.

Me giró con suavidad, dejándome boca abajo, y se colocó a horcajadas sobre mí. Sus manos comenzaron a deslizarse por mi espalda en un masaje que descargó mis músculos casi al instante. Cerré los ojos y me dejé llevar por sus caricias, por los dedos de sus manos imprimiendo la fuerza adecuada en cada punto, soltando las tensiones que llevaba acumulando desde que todo había empezado. Me dormí, por primera vez sin pensar en todo lo que nos rodeaba, en lo que acechaba en la oscuridad, en aquello que me atemorizaba, incluso en mi propia casa. Y, aunque todo fuese un sueño, sentí paz.

Abrí los ojos con cuidado ante la luz que me molestaba. Me pregunté qué hora sería. Me removí entre las sábanas y eché un brazo a mi lado. Sonreí al darme cuenta de que Alix seguía ahí, conmigo.

—Buenos días, dulzura —susurró en mi oído.

—Días —murmuré, todavía adormecida.

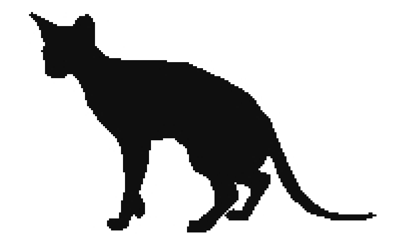
—Tu padre ya se ha marchado a trabajar. No tiene ni idea de lo que ha sucedido, tranquila.

Una sensación plomiza se instaló en mi pecho al recordar lo ocurrido. Había disparado a Charlie. Lo había matado, con mis propias manos. Tragué saliva. Si salía de esta tendría que tener una intensa y reveladora charla con Jeremy. Se lo merecía, ahora que había descubierto la verdad. Maldije en voz baja. ¿Por qué había tenido que venir? Debería haber hecho como Hallie, mandarme un simple mensaje. La gente estaba mucho mejor sin mí. Mis ojos se abrieron de golpe con alarma.

—¿Mi padre te ha visto? —pregunté al recordar que solía venir a comprobar si seguía durmiendo cuando se marchaba temprano.

—No. Abrió la puerta y solo te vio a ti durmiendo plácidamente. Las ilusiones sencillas suelen funcionar con la gente que no conoce lo que somos realmente. —Asentí en silencio—. ¿Estás preparada?

—Nunca se está preparado para esto —admití. Aparté las mantas de mi cuerpo y me incorporé en la cama en un gesto brusco. Mis músculos trabajaban mucho mejor después del masaje onírico que me había dado—. Vamos a por ellos.



A medida que nos acercábamos al lago el frío iba calando mis huesos. No eran solo las bajas temperaturas, la humedad de un día lluvioso de noviembre inundaba el ambiente. Me había puesto un chubasquero de color caqui que me protegería en caso de que una lluvia espesa se cerniese sobre nosotros. Aunque, pensándolo bien, menuda estupidez. Si entrábamos en el lago acabaría empapada de igual forma, y desde luego sería lo que menos me preocupase. Inspiré hondo y tragué saliva cuando Alix me tomó de la mano, apretando mis dedos con firmeza.

—Puedes volver a casa. Yo me encargaré de todo.

—No —respondí abruptamente. No sabía qué me horrorizaba más, si no hacer todo lo que estuviese en mi mano para detener el caos que se había formado a mi alrededor o quedarme sola en casa de nuevo. Porque, por más que Alix tuviese razón en que de no acompañarme habría acudido sola, no quería volver a repetir las experiencias vividas sin él. A su lado me sentía a salvo, aunque sonase incongruente, pues su especie era la que estaba arruinando mi vida. ¿Pero qué tenía que ver él con todos ellos?

Nada, en lo absoluto—. Debo hacerlo ahora. Cuanto antes vaya, antes acabará todo esto.

—Si es lo que quieres —musitó entre dientes, con la mandíbula tan apretada que podía percibir el músculo tensarse.

Estaba claro que había mantenido la esperanza de que cambiase de idea, pero no pensaba hacerlo. No cuando me habían manipulado para que cometiese un asesinato, ni ahora que ya se habían llevado a demasiada gente. Iba a detenerlo, aunque para ello tuviese que sufrir en mis propias carnes todo lo que ese ser hubiese preparado para mí. Continuamos caminando en silencio lo que parecieron horas. El olor a agua estancada que precedía al lago inundó mis fosas nasales pocos metros antes de que llegásemos a él. Y con este vino uno que lo acompañaba, el aroma a azufre. Mi cuerpo se tensó y me anticipé

mentalmente para lo que podía estar esperando. Quizás no tendríamos que entrar en el lago, y el peligro había venido a nosotros en lugar de esperarnos. Alix me soltó la mano y se situó delante de mí para cubrirme parcialmente con su cuerpo. Observó nuestro alrededor con cautela, analizando cada rincón, incluso los que mi visión humana no podía alcanzar. Contuve la respiración, como si de alguna manera fuese a lograr así que quienquiera que estuviese con nosotros no me detectase. Unos pasos sonaron a nuestras espaldas, acompañados de lentos aplausos que resonaron en el claro. Ambos nos giramos al lugar de donde provenía el sonido. Apreté de forma inconsciente el brazo de Alix al reconocer a Lucifer, con el cabello rubio retirado hacia atrás y una sonrisa mordaz que adornaba sus labios. Los colmillos que asomaban parecían peligrosamente afilados.

—Sois un espectáculo digno de ver —admitió girando a nuestro alrededor. Alix imitaba sus movimientos sin descubrirme, para no perderlo de vista ni dejarme desprotegida—. ¿Qué os trae por aquí?

—¿Qué te trae a ti por aquí, padre? —recitó con burla, y escupió la última palabra como si fuese veneno—. Creía que lo de salir del infierno era solo para demonios menores. Que caminar por terreno mundano era algo para… ¿Cómo lo llamaste? Ah, sí, para fracasados. —Estaba claro que habían mantenido más de una conversación acerca de lo que hacía Alix, y que no habían sido agradables. Se movían muy lento, tanto que parecía que apenas lo hacían.

—Querido niño, caminar entre humanos es para fracasados. Yo solo disfruto de pasear para contemplar el caos que crean nuestros congéneres. Deberías hacerlo tú también, en lugar de confraternizar con simples mortales. —Me dedicó una mirada lasciva—. Aunque he de alabar tu refinado gusto. Muy similar al mío, sin ninguna duda. —Odié lo que veía en sus ojos. Esa superioridad, ese placer por la desdicha humana—. Cuanto más destrozada está, más delicioso huele. —Aspiró el aire que nos rodeaba con deleite.

—Quiero saber quién de tus acólitos está yendo a por ella, y quiero saberlo ya —gruñó el chico que se cernía protector sobre mí. La guerra entre sus miradas era apabullante, me producía escalofríos.

—¿Crees que tengo control sobre todos ellos? Me sobreestimas. —Su sonrisa se ensanchó con prepotencia.

—Solo somos unos pocos los que podemos ocultar nuestro olor de otros como nosotros —replicó Alix—, y todo hilo de pensamiento me

lleva a ti, padre. ¿Por qué disfrazar tus intenciones de este modo cuando es muy obvio que la quieres a ella?

—Te crees un chico muy listo, ¿cierto? ¿Crees que puedes superarme de cualquier modo? Ni siquiera en tu forma demoníaca podrías llegar a ser la mitad que yo, muchacho. Ten muy claro de dónde vienes. Te adopté como mi mano derecha por una simple razón, pero no toleraré ninguna clase de insubordinación. Eres mío, y contigo todo lo que es tuyo. —Me dedicó una mirada divertida de soslayo a la par que se acercaba a mí. Alix trató de impedirlo, pero lo aparté y di un par de pasos al frente. Esto pareció entretener al demonio, que me brindó una mirada curiosa, a la espera.

—Yo no soy de nadie, Lucifer. Eso es lo primero que debes saber. —Alcé el mentón sin saber muy bien por qué había decidido hablarle de esa forma. Quizás porque, en lo más profundo, sabía que era cierto que Alix no podría con él. Y no podía permitir que la conversación se acalorase al punto de que le hiciese daño.

—Por más peleona que seas, debes saber que nadie puede resistirse a las garras del infierno. Y menos tú. Ya estás muy rota para eso. —Había llegado junto a mí en un suspiro y extendió una mano para acariciar la línea de mi mandíbula. Alix se tensó a mi lado, mas no hizo ningún movimiento. No había peligro inminente, y sabía tan bien como yo que un paso en falso podría desencadenar una lucha que no podía ganar. Ni hablar si tenía que encargarse de protegerme también —. Después de todo, cuando seas mía estoy seguro de que serás tan servicial como tu amiguita Kaytlin. Con tu majestuosidad, incluso mejor.

Cuando. Había dicho cuando. No era un condicional, era una afirmación. De que sería suya y no podría hacer nada para evitarlo. Haría conmigo lo mismo que con Kaytlin, o incluso peor. Mis dudas se habían despejado por completo. Ya hubiese sido de forma directa o indirecta, él había sido el responsable de todo lo que había pasado. Majestuosa, eso decía el mensaje. Y así me había llamado él desde que me había conocido. Fruncí el ceño y golpeé su rostro con fuerza, tanta que mi mano se enrojeció al instante, así como su mejilla. Igual que el primer día que había visto a Alix, cuando intenté darle un puñetazo, solo que él lo había parado. Lo había previsto, pero Lucifer no. Alzó de nuevo la mirada y sus ojos parecieron refulgir, rojo sobre negro, en una ira más profunda de lo que jamás había contemplado. Temí por mi vida. Su mano grande y fuerte tomó mi muñeca y tiró de ella, zarandeándome. Me lanzó al suelo, y mi cuerpo se golpeó con las

piedras irregulares que había desperdigadas por la orilla. Alix dio un paso al frente y se interpuso entre ambos.

—¡No vuelvas a tocarla! —Se agachó junto a mí y me ayudó a ponerme en pie. Lucifer sonrió, la sonrisa más perversa que podría haber imaginado, y alzó la voz para que oyésemos a la perfección lo que iba a decir.

—¡Me he cansado de este jueguecito ya! El adorable demonio que cambia por la chica y ella se siente a salvo en sus brazos. —Hizo una pausa y me miró fijamente a los ojos. Su frialdad caló hasta lo más profundo de mi alma y fui incapaz de apartar la vista—. Tu querido Alix es un mentiroso que no ha dejado de engañarte desde que te conoció.

Fruncí el ceño ante su acusación y me sentí como si me hubiesen golpeado. No fueron sus palabras, si no la tensión repentina en el cuerpo de él a mi lado, lo que me hizo darme cuenta. Era cierto.
Mi madre tenía razón. Me había mentido.

20. Mortales mentiras

—Me has estado ocultando cosas —murmuré sin siquiera mirarle. El demonio frente a mí no daba tanto miedo ahora que la ira parecía haber pasado, pero no por ello lo perdería de vista. Además, si le retiraba la mirada lo único que haría sería mostrarle una debilidad que fingía no tener.

—Sí. —El asentimiento de Alix fue débil, apenas un susurro ahogado, que se sintió como si me lo hubiese gritado al oído. Así de doloroso. La carcajada de Lucifer me produjo un escalofrío.

—Pues claro. Pero la niñita de verdad creía que podía confiar en un demonio, ¿a que sí? Te lo advertí. —Mi madre también lo había hecho. Dio un par de pasos al frente y me encogí, pensando que planeaba hacerme algo. En su lugar desvió su camino y tomó el mentón de Alix entre sus afilados dedos. Lo forzó a alzar la cabeza para mirarle. Fruncí el ceño al verlo tan vulnerable, mis manos se cerraron en puños cuando vi lo inservible que me había vuelto—. Esto que ves es un rostro diseñado para hacerte caer a las mismísimas garras del averno, querida. Es decir, las mías. Nunca entenderé esa forma que tenéis los humanos de aferraros a lo que os gustaría que alguien diera por vosotros, en lugar de lo que realmente hace. Os degradáis como criaturas de este universo.

—No tienes ni idea de nada. —Alix escupió sus palabras con veneno, pero el rey de los demonios no lo soltó. Parecía divertido con el enfrentamiento, con el descubrimiento que me acababa de brindar, y yo solo podía mirar y desear que no le hiciese nada. Me había mentido, pero nada de lo que había en mi interior se había esfumado —. Sí, he sido un puto egoísta, he ocultado cosas, pero jamás he querido hacerle daño. ¡Jamás!

—Hijo mío, te permití estar a mi lado para recibir a cambio una obediencia sublime de tu parte. Sin embargo has fallado estrepitosamente en tu cometido. ¿Qué será de ti si yo te rechazo también? Si te expulso de un reino en el que para empezar nunca debiste entrar. Parece una cruel ironía.

Mi cuerpo dio un respingo involuntario ante sus palabras y mis ojos buscaron con desesperación la mirada de Alix en busca de alguna

explicación coherente. Sin embargo, él no rompía la conexión con Lucifer. No estaba dispuesto a dejarle ganar. El otro demonio apretó más su agarre. Donde sus uñas se clavaban comenzaron a brotar hilillos de sangre que descendieron por las mejillas y el cuello del otro demonio. Esperaba que fuese rojo brillante, quizás incluso negra, pero no el color dorado que pude ver. Era como oro líquido corriendo por su piel.

—¿Qué demonios está ocurriendo? —pregunté. La sonrisa de Lucifer se ensanchó al oírme y, como si hubiese vuelto al lugar donde estábamos después de que su mente viajase muy lejos, me miró de soslayo. Estaba disfrutando la situación, deleitándose en el sufrimiento de ambos.

—Esto, querida niña, es un ángel. —Mis ojos se abrieron en toda su plenitud; boqueé sin saber qué responder, mis labios temblaban con fuerza—. Lo que has tenido delante de ti durante todo este tiempo es un ángel disfrazado de demonio. Solo que él no ha escogido este disfraz. Sus congéneres lo expulsaron del cielo y lo condenaron a vagar por el mundo en esta cáscara demoníaca.

La mirada de Alix viajó al suelo, a los pies del rey del infierno, para rehuir la mía. Mis dedos temblaron y se movieron en pequeños espasmos, pues lo que más deseaba en ese momento era caminar hacia él y obligarle a mirarme a los ojos. Pero mis músculos decidieron que no era buena idea moverme, amenazando con no sostenerme si lo intentaba. Recordé la cicatriz en su espalda, esa que no había querido explicar, y entonces pensé en su cuadro del ángel caído con las alas arrancadas.

—Alix. —Su nombre salió a borbotones, como si doliera pronunciarlo —. ¿Es eso cierto? ¿Qué más me has estado ocultando?

—Venga, díselo. Cuéntaselo. —La sonrisa de Lucifer era cada vez más amplia, más salvaje, y sus colmillos rozaban su labio inferior.

—La... Yo... —Le costaba hablar, y no solo debido a lo complicado que resultaba confesarme la verdad, sino también a que las garras de Lucifer cada vez apretaban más su mandíbula—. Quise alejarme de ti. Lo juro. Pero te lo he dicho muchas veces, no puedo. Y tú no lo pones fácil, dulzura. —Su ceño estaba fruncido, las palabras salían entre jadeos de sus labios, y parecía sufrir con cada una que pronunciaba. Se las arregló para trazar una sonrisa torcida—. Sin embargo, esto es parte del castigo. Cuanto más cerca estoy de ti, más daño te hago. Soy

tóxico para ti, y ni siquiera te quiero lo suficiente como para dejarte ir. No puedo. Yo... —Un jadeo más fuerte interrumpió sus palabras y sus piernas estuvieron a punto de doblarse. Di un paso al frente y miré fijamente a Lucifer, con toda la amenaza que una humana podía imprimir sobre un demonio. Algo más estaba pasando entre ellos. No era mero daño físico, había algo más. Estaba causándole mucho dolor, lo supe por los cambios que sufría su expresión al intentar ocultármelo.

—¡Déjalo! —supliqué. Lucifer me miró, con una ceja alzada en confusión, ajeno a los sentimientos de pavor que revoloteaban en mi pecho. Me acerqué varios pasos más, quedando a escasos centímetros de ambos—. Suéltalo de una vez, no tienes por qué hacerle eso.

Lucifer apretó los labios y, tras simular que se lo estaba pensando, retiró la mano en un brusco movimiento. Alix cayó hacia atrás, incapaz de sostenerse en pie, y quedó sentado sobre la hojarasca y la hierba. Me agaché junto a él y sostuve su rostro, mis manos se mancharon de aquel líquido dorado y caliente que ya se había secado en parte. Él, entre resuellos de alivio, alzó la mano para retirar un mechón que me cubría los ojos tras mi oreja. Fruncí el ceño y sonreí con suavidad mientras me perdía en sus ojos negros. Me giré, todavía acuclillada, para desafiar de nuevo la mirada de Lucifer.

—Tus deseos son órdenes, querida. —Hizo una pausa, observando cómo nuestras manos se entrelazaban sobre el regazo de Alix—. Patético. Lo has perdido todo por una humana estúpida. Has perdido el cielo por ella, y ahora perderás el infierno. —Volví a mirar a Alix, en busca de comprender—. ¿Todavía no lo has entendido? Él fue el ángel que puso esa marca en tu clavícula. Para alejarte de los nuestros. Y entonces su sucio jueguecito se volvió en su contra. Y apuesto a que tampoco te ha contado lo que le ocurrió a tu madre. —La mano de Alix se tensó en torno a la mía. Más mentiras, más secretos. Lucifer se agachó hasta quedar a la altura de mis ojos y chasqueó la lengua. Negué con la cabeza; mamá me había contado algo muy diferente—. Tu deliciosa madre se metió en el lago, vino a mí. Y, ante su magnificencia, no pude más que acogerla en mi pecho.

El rostro ante mí se esfumó, y de Lucifer solo quedó un rastro azufrado en el ambiente. Tragué saliva, escuchando con calma la respiración pesada de Alix a mis espaldas.

—Tienes mucho que explicar —dije mientras mi mano se deslizaba suavemente al retirarse de la suya. No quise mirarlo, no podía; porque

si lo hacía ya no sería capaz de contener las lágrimas de frustración que ardían en mi garganta—. ¿Qué has querido decir con eso? ¿Por qué deberías alejarte de mí? — Habría esperado cualquier pregunta de mi parte, en específico algo relacionado con mi madre, pero me sorprendí a mí misma con esas palabras saliendo de mi boca.

Su carcajada fue seca, sin gracia. Sabía que no estaba sonriendo, cómo podría, pero me negaba a observar las heridas de su rostro, recordando que me había mentido. Y, sobre todo, que me conocía desde mucho antes que yo a él. Memoricé la tan familiar pesadilla, una pequeña niña de diez años atacada por una criatura humanoide y salvada por un dedo ardiente que tocó su clavícula. De forma inconsciente llevé mi mano a ese punto.

—Eras una niña adorable, con esos bucles chocolate cayendo a tu espalda —comenzó a relatar—. Te observaba cada día. Tu esencia... Era familiar. Sé que suena mal, pero te juro que no te veía de ninguna forma inadecuada en aquel entonces. Solo estaba prendado de esa esencia que desprendías, tan pura, tan poco habitual en el ser humano. Sentía que debía protegerte, que merecías ser salvada de cualquier daño. El mundo debía conservarte. Este pueblo ha estado en mi punto de mira durante muchos siglos, pero los ángeles raramente se inmiscuyen en asuntos tan mundanos, así que yo no podía ser la excepción. Nunca se me permitió interceder en lo que los demonios hacían aquí. Ellos decían que, ya que había un portal al infierno tan cerca, mejor dejar que los demonios se divirtiesen aquí. Preferían que su atención estuviese enfocada en ciertos lugares concretos, de modo que no se propagase por todo el mundo. Un pequeño precio a pagar, eso es lo que repiten hasta la saciedad, como si fuese un acto de gracia divina, compasión.

—Crueles criaturas, los ángeles. Quién lo diría —musité mientras me giraba levemente hacia él, comprobando que su postura apenas había cambiado. Seguía sentado y se veía agotado. Asintió con la cabeza.

—Ni te lo imaginas. A los humanos os cuentan maravillas sobre ellos, pero rara vez interceden en casos que tendrán una repercusión ínfima en el mundo. Lo de los ángeles de la guarda es una patraña. —Hizo una pausa para recuperar el aliento—. Aquel día... —Un escalofrío recorrió mi espina dorsal—. Vi cómo ese demonio se acercaba a ti. Sabía lo que iba a hacer. También lo que los otros ángeles dirían, pero pareció justamente lo que ellos repetían como un mantra: un pequeño precio a pagar. Así que bajé aquí y puse esa marca en ti. Espanté al demonio con luz celestial, para que te dejara tranquila, y luego me

marché. —Calló de nuevo. Dudó si tomar mi mano, aunque finalmente desistió y cerró el puño sobre la tierra húmeda—. Esa marca detecta a los demonios. Es similar a la que llevan los ángeles, aunque en humanos tiene algunos efectos adversos, y esos mismos son los que te hacen enfermar cuando estás demasiado cerca de nuestro mundo. Porque tu sentido de supervivencia debería detectar esos síntomas e, inconscientemente, alejarte de la fuente para mantenerte sana. —Emitió una risa irónica—. Pero tú, en lugar de ello, decidiste permanecer a mi lado. Y yo he sido tan malditamente egoísta que no he podido alejarme de ti, ni siquiera al ver que te hago más daño que bien. Todo el mundo dice que pareces enferma por una razón, Zoe. Porque lo estás.

—¿Los ángeles te expulsaron del cielo por salvarme? —cuestioné. Las palabras sonaban ridículas mientras salían de mi boca.

—Lo cierto es que pensé que habría un castigo menor. Podrían haberme enviado a la tierra, vivir como un mortal. Pero decidieron convertirme en lo que siempre había odiado. Un demonio. Porque no fue un acto desinteresado. Porque si te salvé fue porque no quería perderme la oportunidad de verte crecer, de conocerte algún día. De saber qué era tan especial en ti como para cautivarme. — Sus labios temblaron, aunque no supe si de emoción o de qué con exactitud—. Pero, sabiendo lo que sé ahora, si volviese a suceder actuaría exactamente igual. Ha merecido la pena ser un demonio para poder conocerte.

—Se te ve muy cómodo con tu actitud de demonio —musité, jugueteando con una hoja en el suelo, incapaz de decidir qué pensaba sobre lo que acababa de contarme.

—Supongo que nunca fui un ángel convencional. Siempre he tenido un lado perverso. Aunque no es que ellos sean mucho más agradables que yo.

—¿Lo que ha dicho de mi madre es cierto? ¿Ella...? —Tragué mis propias palabras antes de repetir las de Lucifer. No me veía capaz de hacerlo. ¿Estaba decidiendo creer ciegamente lo que los demonios me contaban en lugar de lo que ella misma había dicho? No, solo pretendía exponer todos los hechos y decidir qué creer. Aunque sería lo más difícil que hiciese en mi vida.

—El demonio que te atacó aquella tarde... —La mirada que me dieron sus ojos fue tan intensa que anticipó cualquier cosa que fuese a decir a

continuación. Sabía lo que podía esperar, y mi corazón se saltó un latido cuando lo escuché pronunciarlo—. Era ella.

No. No podía ser. No lo creía. No quería hacerlo. Mi madre había hablado conmigo, me había contado la verdad, y lo que ellos me habían dicho distaba mucho de aquella.

—No es verdad. Me estás mintiendo. De nuevo —musité. Me negaba a creer que mi propia madre se hubiese convertido en un demonio y hubiese querido matarme. La expresión en el rostro de Alix mutó a una mueca indescifrable, pero con un dolor palpable dibujado en sus ojos.

—No puedo hacer que me creas, Zoe. Pero sí puedo pedírtelo. —Hizo una pausa, en busca de la fe la fe en mi mirada. Una que costaba horrores mantener y que, después de todo, pendía de un fino hilo—. Por favor, confía en mí.

—He confiado mucho, Alix. Demasiado —respondí con el corazón cargado de dolor y un nudo horroroso en el pecho—. Ya no sé en quién creer, ni en qué.

—Cree en mí —suplicó. Pero no podía hacerlo, me veía incapaz de confiar después de todo lo que había ocultado.

—¿Por qué no me dijiste todo esto antes? Cuando descubrí lo que eras. —O lo que era ahora, para ser precisa—. Te hablé de mi madre y fingiste no saber nada.

—¿Cómo podría decirte que tu propia madre quiso matarte cuando eras pequeña? Que todas tus pesadillas eran ciertas. Que la mujer que te llevó en su vientre durante nueve meses fue la misma que casi acaba con tu vida diez años después.

Recordé el diario de mi madre. Y también sus palabras. *«Es un demonio, cariño, no debes fiarte de él»*. *«Un demonio ha tendido una trampa a Zoe»*, había dicho Alix la noche anterior. ¿Y si todo era una trampa? Si toda esa representación que había presenciado entre los dos demonios no era más que un simple teatro para confundirme y llevarme exactamente a donde querían. A las fauces del infierno.

—Quiero irme a casa, Alix. Y no quiero verte más. Al menos, no por un tiempo.

Necesitaba aclararme antes de decidir si hacer caso a mi corazón, que a esas alturas parecía ser un grandísimo estúpido, o por una vez obedecer a mi cerebro y alejarme de todo aquello, de él. No me cuestionó, no dijo ni una palabra más. Asintió con firmeza y se levantó con cuidado. No se molestó en limpiarse el rostro, la sangre dorada ya se había coagulado, y emprendió el camino de regreso a mi hogar. Podría haber vuelto sola, pero habría sido de lo más arriesgado; probablemente lo único que habría conseguido habría sido perderme en medio de los árboles y no regresar del bosque. El camino transcurrió en silencio, uno que me taladraba los oídos con su peso. No nos miramos, no nos rozamos, solo el sonido del aire al bailar entre las copas de los árboles lo interrumpía. Lo que antes habían parecido horas fue como apenas un par de minutos, sabía a poco. Porque, por más que fuese incapaz de confiar en él de nuevo, todo lo vivido estaba ahí. Y Alix Hayes me había hecho sentir como nadie. Nos detuvimos en mi jardín trasero, a tiempo de que finas gotas de lluvia comenzasen a caer. Fue ahí cuando me atreví a mirarlo, mis ojos azules chocando contra el negro de los suyos.

Intenso, feroz, brutal.

—Recuerda. Si me necesitas, solo debes llamarme.

Mis labios entreabiertos emitieron un suspiro ahogado al percibir su rostro acercarse al mío. Vaciló unos segundos, para al término tomar mi mejilla y fundir su boca con la mía en un beso cargado de urgencia y necesidad. Cerré los ojos, embriagada por el mareo que sentía, y por un instante me permití disfrutar de él. De su olor a almizcle y romero. Para cuando los abrí, había desaparecido.

21. Confesiones

—¿Te encuentras bien, cielo? —preguntó mi padre durante la cena. Llevábamos quince minutos en un silencio inexorable. Removí la ensalada, que apenas había tocado, con el tenedor.

—Sí, solo estoy cansada, papá —musité en un susurro apenas audible.

—¿Has oído lo del chico con el que salías? —Mi cabeza se alzó como un resorte, mis ojos antes fijos en el plato ahora le prestaban una completa atención—. Sus padres llegaron a casa y no estaba. Dicen que no tienen noticias de él desde ayer por la mañana, cuando fue a clase, con un mensaje de buenos días. Ellos estaban fuera por trabajo —Tragué saliva, junto con un nudo del tamaño de una nuez que amenazaba con ahogarme.

—No tenía ni idea —mentí sin ganas. Una parte de mí deseaba que Alix hubiese escondido el cuerpo lo suficiente como para que nadie lo encontrase jamás. La otra solo les deseaba a sus padres llorar su muerte en lugar de su desaparición. Porque, si no aparecía, el pensamiento más probable sería que estaba en el lago. Y eso en este pueblo era suficiente como para temer por su alma. —Últimamente todo está descontrolado —añadió mi padre en un suspiro profundo. Dejó el tenedor a un lado y frotó su rostro con fuerza, como si quisiese lavarse la cara de cualquier mal—. ¿Crees que podrías hacerme un favor? —Asentí, casi segura de lo que diría—. No salgas de casa. Vais a estar una semana sin ir al instituto, o hasta que se encuentre el animal, lo cual sinceramente cada vez veo más imposible. Por eso quiero que te mantengas segura aquí.

Si mi padre supiese que ni siquiera nuestra casa era segura. Aunque era mejor creer eso y no que, allí donde nos escondiésemos, nos encontraría. Porque Lucifer había demostrado una cosa esta tarde: nada ni nadie podría impedirle lograr lo que quería. Aunque ese algo fuese yo.

—No te preocupes, papá, en serio —dije con un suspiro—. Puedes estar tranquilo.

Recordé entonces que tendría que hablar con Jeremy, pero eso podía esperar al día siguiente. Me sentía agotada, física y mentalmente, y no

estaba preparada para un mar de preguntas a las que no tendría ganas ni fuerzas de responder.

—¿Ya te encuentras mejor? Llevas unos días bastante enferma, y no querría que todo el disgusto de esa chica, la desaparición de Charlie… Te empeoren.

Apreté los labios en una fina sonrisa que, esperaba, le tranquilizaría.

—Sí, papá. Ya no tengo fiebre, me siento mucho mejor.

—Me alegro —replicó con una sonrisa radiante. Devolví la mirada al plato y metí otra aceituna en mi boca.

—Y yo.

El resto de la cena regresó al silencio sepulcral con el que había empezado. Besé la frente de mi padre con cariño y subí a mi cuarto a descansar. Contuve un grito al entrar cuando la vi allí parada, esperándome.

—Mamá —musité. Después de lo que habían dicho Lucifer y Alix ya no sabía qué pensar sobre ella. Su rostro feliz se transformó en una mueca disgustada.

—¿Qué te han dicho, cariño? ¿Qué mentiras te han contado para que me tengas miedo? —cuestionó con dolor en la voz. Me mantuve unos pasos alejada, lo suficiente por si tenía que salir corriendo, y fruncí el ceño.

—Que estabas allí. Que fuiste con Lucifer y él te hizo su reina. Y que, después de todo, tú fuiste el demonio que intentó matarme cuando era pequeña.

—Oh, mi dulce niña. —Dio un paso hacia mí, aunque se contuvo al ver mi reacción—. ¿No ves lo que intentan? Ahora mismo soy lo único que te separa de ellos. Mientras no confíes al cien por cien nunca podrás ser suya, porque necesitan un alma completamente rota que sea fácil de manipular. ¿Crees que ese demonio te ha querido en algún momento? Son los maestros del disfraz. —Volvió a acercarse, aunque esta vez se lo permití—. Claro que estuve allí cuando ese demonio te atacó. Te lo dije, yo puse la marca en ti. Porque él fue el que quiso matarte. Y el que casi me mata a mí antes. — Recordé el diario. El aroma a romero y almizcle—. Ven, ven conmigo, y te lo mostraré.

Caminé hacia ella, con cautela, y le tendí la mano. Ella la tomó con delicadeza y la colocó sobre su pecho, allí donde debería latir su corazón, pero no lo hacía. Alix sí tenía latidos, los sentía cada vez que apoyaba la cabeza contra su pecho. Un aura blanquecina rodeaba a mi madre, cuya imagen parecía incluso traslúcida al acercarte. Nada en ella se parecía a ningún demonio; ni siquiera a Alix, que era diferente de todos ellos.

—Lucifer dijo que Alix fue un ángel, que los demás ángeles lo habían expulsado del cielo porque me salvó aquella tarde. —Fue todo lo que fui capaz de añadir. La miré a los ojos, de color avellana claro. No eran negros como los de ellos.

—Todos los demonios mayores fueron ángeles caídos, cariño. ¿Crees que ellos habrían castigado así a su propia sangre por salvar a un humano? —Mordí mi labio inferior. Había sonado ridículo cuando Alix lo había dicho, y lo era aún más tras escucharlo por segunda vez en voz alta—. Esa criatura está resentida con ellos por lo que hicieron, diría cualquier cosa para desprestigiarlos. Y para engañarte. Todo lo que ellos te cuentan busca desestabilizarte. Debes creerme, mi amor, lo único que quiero es que tu padre y tú estéis bien. Puedo protegerte, pero debes tener fe en mí. Ellos solo te arrastrarán al infierno, y acabarás como mi amiga Mariam, perdida en ese lago, sin alma que salvar. No mereces eso, jamás querría eso para ti.

Mi labio inferior tembló con temor. Me dejé caer en la cama y abracé mis piernas en busca de consuelo. Mi madre se sentó junto a mí y me abrazó. La paz que me embargaba cuando me tocaba era tal que casi podía olvidarlo todo y dejarme ir, ser feliz. Casi.

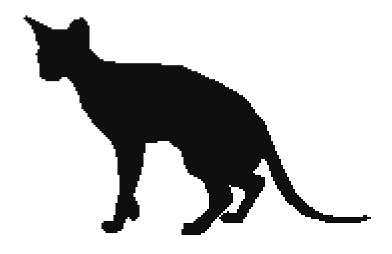
—He sido tan tonta —musité al borde del llanto—. Caí en su juego como una maldita estúpida. Todo tenía tanto sentido… Pero cuanto más me cuentas más se desmorona la historia que han creado.

—Cielo, yo también he estado enamorada. Y te aseguro que, si tu padre hubiese querido engañarme, con cualquier cosa, yo habría caído por él sin darme cuenta. Sin remordimiento. Pero a veces necesitamos alguien que tire de la cuerda, para mantenernos a flote. —Miró mi cuello, allí donde descansaba el colgante que me había dado Alix, pero no dijo nada al respecto. Después de todo puede que no fuese nada, solo una baratija que carecía de cualquier poder protector. Al menos no me hacía daño, o ella lo habría mencionado. Y no me sentía capaz de quitármelo, mi garganta se había acostumbrado al peso de la

cadena colgando de ella, y mi piel agradecía el contacto frío de la plata—. Te mantendré a salvo, estaré vigilando. Todo esto acabará antes de lo que imaginas, te lo prometo.

Una lágrima escapó de la comisura de mi ojo derecho y cayó sobre ella, que no tardó en desvanecerse, dejando un delicioso aroma a jazmín. Si algo tenía claro, por encima de todo, es que era imposible que mi madre fuese un demonio. Las sensaciones eran completamente opuestas. Y eso era lo único a lo que de verdad podía aferrarme. Ast saltó a la cama y comenzó a lamer mis mejillas, que se habían humedecido.

—Oh, pequeña. ¿En qué nos hemos metido?



A pesar de que a mi padre no le hacía demasiada gracia dejarme salir, como a ninguno de los padres del pueblo con sus respectivos hijos, conseguí convencerlo de que me acercase hasta casa de Jeremy de camino al trabajo. Sus padres no estarían y tendríamos unas horas para hablar con tranquilidad, y cuando él volviese a casa para comer me recogería. El trato era que ninguno de los dos saliésemos al exterior solos, y eso sí podía cumplirlo. Así que acomodé mi bufanda gris en torno a mi cuello y di un par de toques en el llamador. Tardé unos segundos en escuchar sus pasos acercarse, y otros tantos en sentir cómo giraba el picaporte. La imagen que apareció cuando abrió la puerta parecía un fantasma. Las bolsas bajo sus ojos, oscuras y profundas, acentuaban la palidez de su piel. Una fina capa brillante de sudor indicaba que se acababa de levantar, probablemente de una pesadilla. Llevaba una camiseta gris y unos pantalones cortos de deporte oscuros. Emitió una débil sonrisa al verme.

—Buenos días —saludó sin ánimo.

—Buenos días, Jer —respondí con incomodidad. Me sentía tan culpable por su estado. No sabía a ciencia cierta si la muerte de su

hermano, aquello con lo que todo se había desencadenado, había sido parte del juego de Lucifer para desestabilizarme o solo había sido una coincidencia que había dado paso a ello. Mi mente quería decantarse por lo segundo, pero no podía evitar que la culpabilidad me carcomiese por dentro día tras día.

—Pasa —indicó mientras se hacía a un lado.

Asentí y me adentré en la casa. Me dirigí al salón, lugar donde imaginé que nos acomodaríamos para charlar, y traté de evitar mirar demasiado al lugar junto a la ventana donde un día se había acomodado el ataúd de su hermano. Parecía algo muy lejano ya, después de todo lo que había pasado. Él apareció con una taza de café y un vaso de zumo.

—Hay más café en la cocina, pero recordé que te gusta el zumo de melocotón —dijo con una sonrisa.

—Gracias, Jer. —Lo cierto era que estaba sorprendida. Por supuesto que me gustaba, lo bebía a menudo, pero no esperaba que lo recordase—. ¿Cómo estás? —Casi temí preguntar. Emitió un resoplido y se recostó sobre el sofá, a mi lado.

—¿Cómo estás tú? —rebatió. Me miró bajo su flequillo. Si seguía creciendo así pronto no podría ni ver a través de él—. He oído que los padres de Charlie han advertido de su desaparición. Tu amigo lo escondió bien, ¿no?

—No es mi amigo —respondí con amargura. Frunció el ceño.

—Parecíais bastante amigos. Sobre todo esa noche, cuando apareció de la nada. —Silbó con sorpresa—. Es un demonio, ¿verdad? —Asentí con los ojos fijos en el vaso de zumo que todavía no había tocado—. Joder, tenía mis sospechas, tú también. Pero nunca creí que lo sería de verdad. ¿Ha tenido algo que ver…? —No fue capaz de continuar y su voz se apagó antes de terminar la pregunta. Alcé el mentón y miré al frente en busca de una respuesta adecuada. No la había.

—Quiero creer que no, Jeremy. Aunque ahora mismo no sé en qué creer. —Enredé mis dedos en busca de algo que hacer con las manos para calmar los nervios—. Me ayudó tanto… Pero ahora mismo hay muchos frentes abiertos, acusándose unos a otros, y yo ya no sé en quién confiar.

—Te dije que, si algún día lo necesitabas, estaría para lo que hiciese falta. Puedes contarme qué ha ocurrido. Ahora que ya sé lo que es.

Inspiré con fuerza, consciente de que ya no servía de nada ocultarle información, y que lo más útil para él llegado este momento era conocer todo lo que pudiese de la situación para poder estar alerta ante el peligro. Así que me embarqué en una historia llena de dolor, traición y confusión en la que todos parecían el malo y ninguno el bueno. ¿Pero acaso lo era yo? Cuando el relato terminó la caja de pañuelos que me había traído Jeremy en el proceso se había mediado y yo sentía que ya no quedaban lágrimas por derramar.

—Ya no sé qué más hacer, Jer, esa es la verdad. No sé quién trata de hundirme y quién de levantarme.

Su mano tomó la mía, cogiéndome por sorpresa, pero no la aparté. En su lugar permití que me reconfortase con su calidez. —Lo que tengo claro que no harás será volver a acercarte a ese lago —meditó—. Si quieren atraparte que vengan a por ti. Estaremos preparados. ¿Qué hay del colgante? —Lo señaló con la cabeza.

—Mi madre lo vio y no lo mencionó, así que no debe de ser nada malo. —Lo observé de soslayo, el cuarzo rosa destacaba sobre mi piel —. Y, aunque parezca estúpido, me siento más protegida con él.

—No es estúpido si es lo que sientes. —Dio un apretón en mi mano para acompañar sus palabras.

Lo miré con los ojos todavía llorosos.

—Hacer lo que siento es lo que me ha metido en esto en primer lugar, Jer.

—No, lo que te ha metido en esto he sido yo. Yo y mi estúpida cabezonería. Prácticamente te obligué a que me ayudases a descubrirlo, y mira dónde estamos.

Esbocé una sonrisa, leve pero sincera, y acaricié su mano con el pulgar.

—No, Jer. No has sido tú. Sospeché que algo iba mal con Alix desde el primer momento, así que me habría metido de lleno en la boca del lobo de igual modo. —Hice una pausa—. De verdad creí que podía confiar en él.

—¿Y en tu madre? —cuestionó. Eso era algo que tampoco tenía claro en demasía.

—Lo único que sé es que no es un demonio. Su presencia es demasiado pura. Ojalá la hubieses visto. Todo era paz y tranquilidad a su lado, como si nada hubiese ocurrido. Como si yo no hubiese… matado a alguien.

—Escucha, sé que no ha sido una buena experiencia, pero tienes que ser consciente de que no ha sido tu culpa. Estabas bajo mucha presión; Alix, Lucifer… Quien sea, te tendió una trampa y se encargó de que hicieses exactamente eso porque así es su retorcido juego. Pero no puedes hundirte, no puedes darles lo que quieren.

—¿Tú tampoco confías en él? —cuestioné con una sonrisa triste. Una parte de mí había deseado que lo hiciese, que al menos le diese el beneficio de la duda, para no sentirme tan mal por haber creído en él ciegamente. Y porque, en el fondo, no podía deshacerme de la sensación de que no dejaba de equivocarme.

—Nunca lo he hecho. No me gusta. Desde el principio supe que había algo en él que no encajaba. —Detuvo sus pensamientos al contemplar mi mirada, cada vez más compungida—. Pero no eres estúpida por haberte… enamorado, o lo que sea. —Apartó la mirada con el ceño fruncido, pronunciando cada palabra como si miles de cuchillos le atravesasen la garganta.

—¿Qué ocurre, Jeremy? Me he sincerado, ahora hazlo tú —pedí en tono de súplica. No soportaba más mentiras, necesitaba que alguien fuese sincero de una vez por todas.

Me miró de nuevo, y una expresión de genuina culpabilidad cruzó su rostro justo antes de que sus labios impactaran contra los míos. Tardé varios segundos en reaccionar, en los que su mano viajó a mi nuca y se enredó con mi pelo. Sabía a café y azúcar. Apoyé las manos en su pecho y me aparté de la forma más delicada que encontré. Aclaré mi garganta, todavía tan sorprendida que era incapaz de pronunciar palabra.

—Lo siento —musitó. No sabría decir quién estaba más impresionado, si yo por lo desprevenida que me había cogido o él por lo que había osado hacer. Llevé las yemas de los dedos a mis labios como si eso fuese a clarificar las cosas.

—Yo… No puedo, Jer.

—Lo sé. —Tomó mi mano y sonrió—. Pero necesitaba hacerlo, no sabría cómo explicarme de otro modo. Perdóname.

Asentí en silencio mientras me preguntaba cuánto tiempo llevaba ocurriendo esto dentro de él sin que me hubiese dado cuenta. ¿Así se habría sentido Aaron con Hallie si lo hubiera sabido, como yo ahora? Alix lo había intuido. Le había dicho que había roto el corazón de Jeremy, aquel día en la cafetería, y enseguida había buscado la opción más obvia para él: *«¿Te has dado cuenta de que el pequeño Jeremy está enamorado de ti?»*. ¿Cómo podía haberme equivocado tanto en mis percepciones?
Y lo seguía haciendo, cada día.

22. Desprotegida

Ya habían pasado dos semanas. Sin ir al instituto, sin ver a Alix, sin rastro de los demonios. No había habido más ataques, ni desapariciones en el lago, así que los adultos habían tomado la decisión de que ya era seguro volver a hacer una vida normal. Pobres infelices, no tenían ni idea de que el mal residía en el alma de Dark Lake y nunca lo abandonaría. Pero no podía quejarme, esos días habían sido de lo más liberadores. Habían sido un tiempo para sanar, para centrarme de nuevo en las materias que tenía atrasadas y pensar en todo. Todavía no sabía en quién confiar, pero tenía la esperanza de que la ausencia de demonios tuviese que ver con la protección de mi madre, que estaba cuidándome a pesar de no haber vuelto a venir a verme. No había querido leer el diario, no necesitaba saber más por el momento. Acaricié el colgante de cuarzo rosa entre mis dedos y cerré los ojos. La mirada oscura de Alix apareció tras mis párpados para arrancarme el aliento. A pesar de todo, su ausencia se sentía como si una parte de mí hubiese sido arrancada. No había vuelto a soñar con él.

—Despierta.

Esa voz conocida me sacó de mi ensoñación. Me reacomodé en el banco de madera y miré los palitos de zanahoria en el cuenco frente a mí. A pesar de que tanto el asiento como la mesa estaban húmedos a causa de las lluvias, había decidido almorzar fuera entre clase y clase. Era la única que se había atrevido a ello. Todos los demás permanecían dentro, como si las puertas de la escuela construyesen una barrera infranqueable que los mantuviese a salvo en su lugar seguro. Pero yo sabía a la perfección que, si así lo quisiese, cualquier demonio atacaría; así fuese en un exterior vacío o un interior plagado de gente.

—Oh, hola, Jer —musité con una sonrisa mientras mordisqueaba otro trozo de zanahoria.

—Estabas en otro mundo. —Me dedicó una sonrisa todavía más amplia y se sentó frente a mí.

No habíamos hablado mucho desde el beso, y las pocas conversaciones que habíamos mantenido se habían limitado a fingir que no había

pasado. Lo observé en silencio, apreciando cada detalle. Gracias a mi consejo se había cortado un poco el pelo, el flequillo ya no cubría sus ojos. Tenía menos ojeras, al igual que yo, y su piel ya no mostraba un tono mortecino como el día que me había presentado en su casa. Suponía que ambos estábamos más relajados, aunque fuese complicado olvidar por completo lo sucedido. Todavía no sabía cómo podría ignorar que había matado a alguien, a Charlie. Tal como había vaticinado, nadie había dado más vueltas a su ausencia; daban por hecha su desaparición en el lago.

—Sí, lo siento —musité sacudiendo la cabeza—. Es solo que se hace raro estar aquí de nuevo.

Jeremy asintió con firmeza.

—Todos dentro están murmurando. —Fijé la mirada en sus ojos, luego en sus labios mientras pronunciaba las palabras—. Algunos sobre lo estúpida, otros dicen valiente, que eres al estar comiendo aquí fuera.

Miré sobre mi hombro a la entrada, imaginando la marabunta de estudiantes compartiendo diversas opiniones sobre mis acciones. —Si algo tiene que pasar, esas puertas no detendrán nada.
—Bueno, en realidad un animal salvaje no podría abrirlas — bromeó sin gracia—. Aunque, claro está, nada de eso es real.

—¿Te ha ayudado descubrir lo que mató a tu hermano? —cuestioné de repente. No habíamos hablado sobre ello, había querido dejarle su espacio para procesarlo todo—. Aunque no sepamos con exactitud quién fue.

Lo cierto era que no creía que el propio Lucifer se hubiese encargado de aquello, estaba segura de que había enviado a alguno de sus acólitos a realizar el trabajo sucio. Un escalofrío me recorrió al pensar en Alix, en la sensación de que no podía negarse a nada que él le ordenase. ¿Habría sido el causante de alguno de los ataques? Ni siquiera sabía si todos podían transformarse en animales terribles, o cuál era su verdadera forma demoníaca.

—Parece más fácil. Tener a quién culpar, ya sabes. Aunque sea algo tan irreal —finalizó.

—Eran tus teorías. Desde el principio —admití con resignación. Todo aquello de lo que había tratado de protegerlo.

—¿Todos ellos están allí abajo? ¿Mi hermano…? —Su voz se convirtió en un simple murmullo. Lo miré, compasiva, y estreché su mano en un gesto de apoyo.

—Solo vi a Kaytlin. —Era una de las cosas que le había contado aquella mañana en su casa—. Pero, si sirve de algo, creo que allí solo quedan atrapadas las almas que se sumergen en el agua.

Asintió en silencio y permanecimos callados por varios minutos, mirando a la nada. Todavía no sabía qué hacer a continuación. ¿Debía quedarme esperando? Toda mi vida con el temor de que algo malo volviese a ocurrir. ¿Y si nos íbamos? Mi padre y yo. No parecía que nada fuese a detenerles si me querían a mí, ni siquiera miles de kilómetros de por medio. Quizás se habían cansado. O trataban de confundirnos con la calma que precede a la tormenta.

—Hola.

Su voz me hizo dar un respingo. Había sido mucho tiempo sin oírla dirigirse a mí. Me giré y encontré a Hallie, con una sonrisa triste dibujada por todo su rostro.

—Hola, Hal. —Sonreí con amplitud en respuesta, con el fin de que se relajase, y me pregunté qué la había traído aquí. Me hice a un lado y ella se sentó junto a mí. Observé a Jeremy, que nos miraba con satisfacción. La sangre se heló en mi cuerpo, me pregunté si le habría contado algo. Él pareció leerlo en mi rostro, porque negó con la cabeza para tranquilizarme.

—Lo siento —comenzó—. Lo siento tanto, por haberte dejado de lado todo este tiempo. Estaba muy enfadada, era como si ya no fueses tú. Y en vez de intentar arreglarlo te fuiste sin más. —Hizo una pausa para coger aire—. Pero he estado hablando con Jeremy, y me ha recordado lo buena amiga que has sido siempre. Las tardes jugando en su casa, cuidando de él mientras Aaron cuidaba de nosotras. Supongo que necesitaba un poco de perspectiva. Es solo que tanto secretismo…

—Tranquila. —La interrumpí con un fuerte abrazo—. Lo siento también. No he pasado por mis mejores momentos estos meses.

Se apartó y me miró con una amplia sonrisa.

—Ahora tienes mejor cara.

Mi mirada se ensombreció ante sus palabras, aunque intenté que no se notara. Alix había dicho que su presencia me hacía daño debido a la marca angelical. Supongo que, ahora que ya no nos veíamos, mi salud había comenzado a mejorar. Tampoco había vuelto al lago, lo que imaginaba que había contribuido. Los días después de haber estado allí dentro habían sido los peores.

—Sí, estoy mejor —afirmé.

Mentira. No estaba mejor. Sí aliviada, desde luego, pero la ausencia de Alix se sentía como un vacío profundo en el pecho.

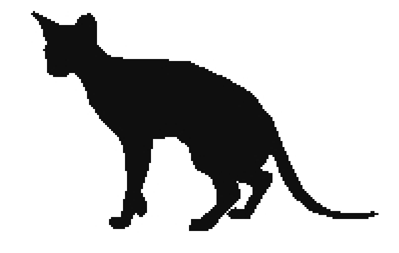
Como si nada fuese bien. Me sentía tan estúpida por dudar aún de mi madre. Más bien, por dudar de él. Porque algo me decía que estaba entendiéndolo todo mal. Pero en cuanto recordaba sus mentiras, el por qué no me había contado todo aquello, no podía evitar pensar que me había equivocado al confiar en él. No puedes fiarte de un demonio mentiroso.

—Me alegro —respondió Hallie. Llevaba el cabello pelirrojo suelto a ambos lados de su rostro, liso por completo, y parecía unos tonos más oscuros de lo normal. Eso era lo que le hacía el clima llegado el invierno, y faltaba muy poco, apenas un mes. La miré un poco más; todavía se sentía avergonzada por la riña que habíamos tenido, eso me contaban sus ojos.

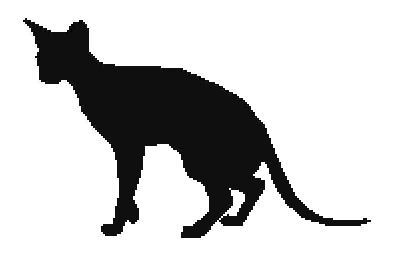
—¿Por qué no te vienes esta noche a casa? —sugerí, deseosa de volver a dormir juntas como habíamos hecho muchas veces, viendo películas hasta tarde e inflándonos a pasteles de chocolate de la cafetería de su madre. Su rostro se iluminó y alzó el mentón.

—¡Claro! —exclamó con una renovada sonrisa.

Después de todo, necesitábamos al menos un día de normalidad. Como si nada hubiese pasado.



Saqué el diario del almohadón y lo escondí al fondo del armario, bajo el montón de ropa de verano. No quería que Hallie lo encontrase por accidente y tener que dar explicaciones ridículas y sin sentido. El maullido de Ast al retozar entre mis piernas y atrapar los cordones de mi sudadera, acuclillada como estaba frente al estante más bajo, me asustó y complació a partes iguales. El tiempo que no había tenido clase lo había pasado todo conmigo, pegada a mí como si nos hubiesen unido con pegamento, incluso en las largas tardes de estudio rodeada de papeles y libretas. Me levanté, llevándola conmigo en mis brazos, y la coloqué sobre la cama para después dejarme caer junto a ella. Se arremolinó junto a mí y lamió mi frente con su áspera lengua. Casi podía escucharla diciendo que todo estaría bien. Cerré los ojos e inspiré con fuerza, repitiéndome esas mismas palabras. Todo estaría bien. Más que bien. Iba a tener a Hallie de vuelta en casa, en una noche divertida como las de antes, y no podría ser mejor. Pero nadie me desharía de la constante sensación de peligro, alerta, por si algo terrible ocurría de repente. La sombra del lago de Dark Lake se cernía sobre mí en un recordatorio de que nunca estaría a salvo.



Mi padre había salido a cenar con unos compañeros de trabajo, así que pedimos unas pizzas y pasamos la primera etapa de la noche riendo, viendo comedias románticas y poniéndonos al día. Lo cierto es que no había gran cosa que contar, no al haber tenido que obviar cualquier detalle mínimamente emocionante porque siempre tenía que ver con demonios. Nos fuimos al dormitorio temprano para poder seguir hablando con calma y no molestar a mi padre, ya que había llegado y, tras saludar, se había metido en cama. Estaba agotado después de tantas semanas recorriendo el bosque en busca del animal. Esperaba que al menos pudiese descansar, una buena temporada de alivio en el pueblo. Hallie me miró tras ponerme el pijama. Yo tenía uno de color cámel, similar a un chándal, fino pero cálido, y a ella le había prestado el que siempre escogía; uno con estampado de ovejas. Tan ella. Ni siquiera sabía por qué me lo había comprado en su momento, no lo había usado nunca, así que había quedado relegado a

su uso en las visitas.

—¿Y qué hay de Alix, el chico misterioso? —cuestionó sin rastro de rencor, con genuina curiosidad. Me senté sobre el colchón y la miré—. Hoy no ha ido a clase, pero habéis pasado mucho tiempo juntos últimamente. —Noté la punzada de resquemor en su voz, una minúscula, que supuse era inevitable. Sonreí con suavidad. Quizás, aunque no pudiese contarle nada sobre los demonios, sí podríamos tener una conversación trivial como las adolescentes que éramos.

—Yo… —musité. Apenas podía creer lo que estaba a punto de contarle. No era que me agradase hablar de él, pero no podía obviar las cosas buenas que me había dejado—. Bueno, en realidad… Lo hicimos.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente, tanto que me daban ganas de meterlos de nuevo en su sitio. Estaban desorbitados, con una expresión que distaba mucho de ser la que esperaba.

—¡¿Estás de coña?! —Tapé su boca entre risas para que mi padre no pudiera oírla y le pedí que bajase la voz—. ¿Te has tirado al tío más buenorro del instituto? —La miré con una ceja alzada hacia ella—. A ver, sé que no me cae exactamente bien, pero sigue siendo un buenorro. —Reí en voz baja ante su expresión—. ¿Ahora de repente te interesa tener sexo? ¿Qué hay de ese nunca, jamás de los jamases, que te hartabas de repetir?

—No lo sé. Solo pasó. Me apetecía, y punto —dije con una sonrisa boba. Claro que me apetecía. Me había apetecido hacerlo todo con él.

—No me puedo creer que me haya perdido de primera mano la desfloración de mi amiga. — Pronunció esa palabra con burla, ya que en su vida había sido tan recatada hablando, y ambas estallamos en una carcajada por lo bajo.

—¿De primera mano? Uf —expresé con una mueca de asco—. ¿Te piensas que habría permitido algo así?

—Bueno, de segunda, quisquillosa —aclaró. Me dio un codazo en las costillas que me arrancó una nueva risotada—. ¿Y qué, cómo fue?

Inspiré hondo y dejé escapar el aire con suavidad. Parecía casi un sueño, uno irreal, en el que todo iba bien y nos teníamos el uno al otro. Sosteniéndonos ante la inminente caída.

—Mágico. —Se burló de mí, rompiendo mis reflexiones, y seguimos hablando entre risas. Pero estaba claro que nada podía ir demasiado bien en el maldito pueblo. Su rostro se puso serio y pareció entrar en un profundo trance—. ¿Hallie?

Ignoró mi llamada y se puso en pie. Echó a andar, seguida muy de cerca por mí, hacia el pasillo.

—Debo ir.

—¿Qué? ¿A dónde? —La ansiedad comenzaba a arrugar mi garganta, y una incómoda calidez amenazaba con hervirme la sangre. Fuese lo que fuese aquello, Hallie no.

—Al lago —musitó.

Me quedé quieta por un instante mientras ella bajaba las escaleras. No, mierda. Recordé cuando mi padre había dicho que Kaytlin, antes de su desaparición, parecía ida. Que sus amigos habían tratado de convencerla pero no habían logrado que se detuviese. Bueno, yo tenía un largo recorrido en el que intentarlo.

—No, Hallie, escucha, quieta. —Bajé tras ella y agarré su brazo, pero su cuerpo estaba duro como un muro de hormigón. No podría detenerla por la fuerza, debía conseguir que me escuchase—. Hallie, tenemos que volver a la habitación, en el lago no espera nada bueno.

—Tengo que ir. Él me llama. —Alix, Lucifer. Ya no sabía en quién pensar, pero no podía deleitarme en ello ahora. Tenía que pararla, como fuese.

—Hallie, maldita sea.

Pensé en el colgante, el que según Alix me protegería de los demonios. No sabía si funcionaba, pero debía probarlo. Era mejor que nada, ya que Hallie tenía más fuerza que yo y parecía estar ensordecida por lo que fuese que estuviese escuchando. Así que me apresuré a desabrocharlo de mi cuello y lo coloqué con dificultad en el suyo. Su mano se detuvo a escasos centímetros del pomo de la puerta principal. Recordé dos semanas atrás, cuando esta había estado destrozada, y tragué saliva. Quise hablarle, comprobar si había funcionado, pero las palabras no querían salir de mi garganta. La evalué con la mirada, y sus ojos se encontraron con los míos.

—Zoe, ¿qué hacemos aquí? —cuestionó. Parecía adormilada, lo cual agradecí en demasía, ya que me brindaba una explicación de lo más conveniente.

—Te quedaste dormida hablando conmigo —susurré mientras posaba un brazo sobre su hombro y la llevaba de nuevo al piso de arriba. Recé porque mi padre no se hubiese enterado de nada—. Y te levantaste sonámbula. No veas lo que me ha costado despertarte.

La metí en cama con cuidado y la tapé. Lo mejor era que nos pusiésemos a dormir cuanto antes. No dejaba de mirar el colgante en su cuello, y esperaba que no preguntase por él. No podía decirle que se lo había puesto con la esperanza de que la sacase de un trance demoníaco.

—Madre mía. Debe de ser de haberme relajado por primera vez en semanas, hablando contigo, pero me siento agotada. Como si me hubiesen llenado de cemento. —Bostezó, dificultando la comprensión de sus últimas palabras—. Nunca había sido sonámbula.

—Pues vamos a dormir. —Apagué la luz y me tumbé junto a ella.

Me quedé dormida, pero antes de eso me aseguré de mandarle un mensaje a Jeremy.

> **Hola, Jer. Perdona por las horas. ¿Podrías quedarte con el teléfono cerca por si te llamo? Algo ha intentado atraer a Hallie hacia el lago. Creo que he conseguido pararlo, pero temo que vuelva a suceder, y si tengo que detenerla de nuevo necesitaré tu ayuda. Gracias.**

Alix se encontraba frente a mí, y yo no podía emitir palabra. Incluso allí, en un sueño, me costaba contemplarlo.

—No viniste en todos estos días —observé. Él se acercó a mí; demasiado cerca, pero sin tocarme.

—No me habías dejado entrar —musitó. Alzó la mano, dispuesto a acariciarme, pero se limitó a deslizarla a escasos centímetros de mi piel. Como una caricia a distancia.

—Hoy tampoco entraba en mis planes —respondí con voz ahogada. Su cercanía todavía me provocaba una sensación electrizante. Puede que incluso más después de tanto tiempo; porque esas dos semanas habían parecido una eternidad.

—Tu subconsciente dice otra cosa. —Cerré los ojos e inspiré con fuerza. Su aliento rozaba mis pestañas—. Te he echado mucho de menos, dulzura.

—Te dije que no quería verte. Al menos, no por ahora.

Sus manos tomaron mi cintura, cogiéndome por sorpresa, y me acercó a él de un tirón brusco. Abrí los ojos y me encontré con su profunda mirada, que me observaba teñida en deseo.

—Lo sé, y he intentado respetarlo. Pero cuando sentí que pensabas en mí con algo más que dolor y traición, no pude evitar intentarlo. Tenía que verte, aun siendo en sueños.

Pestañeé y evalué su expresión. Él acercó sus labios a mi pómulo y lo besó con delicadeza. Siguió bajando, depositando suaves y tiernos besos por mi mejilla. Trazó la línea de mi mandíbula y su boca buscó la mía con desesperación. Sin poder contenerme aferré mis manos a su nuca, enredándolas en su cabello, e introduje mi lengua entre sus labios, acariciando la suya como si hubiésemos estado separados toda una vida.

—¿Esto es un sueño o es real? —cuestioné, mareada, y me separé un poco de su boca para poder coger aire. Su respiración estaba agitada y golpeaba mi rostro con anhelo.

—Tan real como tú y como yo.

Cerré los ojos de nuevo. La balada de violín volvió a sonar a mi alrededor, y mi pecho se llenó con una presión difícil de ignorar. De terror.

«Ven». Una voz áspera y conocida me arrancó de sus brazos y me devolvió al mundo real. Abrí los ojos y me estremecí al sentir el agua fría cubrir mis muslos. Miré abajo, mi pijama empapado, y ese agua negra como un pozo oscuro que no tenía fondo. Al menos, no de este mundo. *«Ven a mí»*. Con desesperación llevé la mano a donde solía estar mi colgante, pero ya no. Lo tenía Hallie. No podía detener mis pasos, por más que en mi interior tratase de revolverme ante el control al que me habían sometido. Arañé mi piel, desesperada por salir de un cuerpo que era mío pero a la vez no, mientras el agua ya llegaba por mi pecho. Sentía la estrella latir en mi clavícula como si fuese otro corazón.

«Te tengo». Y no tuve tiempo a coger aire antes de sumergirme por completo en el lago.

23. La oscuridad más profunda

Cogí aire con fuerza al despertar, tanto que me dolieron los pulmones, y escupí agua a borbotones. Puntos negros danzaban en mi visión, y desaparecían conforme recobraba la consciencia. Me incorporé y miré a mi alrededor, pues trataba de descubrir dónde me encontraba con exactitud. Apenas recordaba lo sucedido, solo que estaba soñando con Alix… Pero él estaba allí, de verdad, como tantas otras noches. Y entonces el lago. ¿Había sido él? No, la voz que me llamaba era diferente. Pero no lograba recordar de quién. A medida que mi visión se fue acostumbrando descubrí que me encontraba tumbada en una cama, una amplia y mullida, con un edredón rojo oscuro como la sangre. El dosel era de terciopelo, se veía pesado y opaco, sin permitirme ver qué me rodeaba más allá de él. Todavía llevaba puesto el pijama húmedo y mi cabello estaba algo enredado al haberse secado gracias al calor desagradable que me rodeaba. Sin duda estaba en el infierno. Me percaté de la música, muy tenue, que sonaba de fondo. La misma balada de violines que había escuchado en la visita junto a Alix, si es que se le podía llamar de esa forma. Me estremecí, sentada sobre la cama. Con cuidado me deslicé y colgué los pies hacia fuera mientras buscaba con las manos, casi a tientas debido a la penumbra, la división de la cortina por la que podría salir. En cuanto la hallé abrí de golpe, y descubrí que a mi lado derecho había un gran ventanal que dejaba pasar la luz rojiza que parecía bañar al infierno. Las paredes eran de papel pintado, en un rojo muy oscuro lleno de ornamentos dorados que parecían relucir. El ambiente era pesado y regio, casi aplastante.

—Ya has despertado.

Una voz hueca me hizo dar un respingo. Me giré hacia mi izquierda, donde se encontraba Kaytlin. Me miraba, con esos ojos vacíos y blancos, y era como si solo quedara de ella una cáscara inútil y sin vida. Llevaba el cabello rubio recogido en una coleta baja en su nuca y el traje negro que había llevado en la fiesta, como si fuese un mayordomo. La miré sin comprender.

—Kaytlin. —Mencioné su nombre, pero fue como si hubiese dicho cualquier otra palabra. Ya no tenía alma, pensé con tristeza—. ¿Qué está pasando? ¿Qué hacemos aquí?

—Él quiere verte. Pero tienes que estar presentable. No puedes aparecer con ese aspecto.

—¿Él? ¿Alix? —cuestioné de forma automática. La pregunta sonó ridícula en mis labios. Claro que sería él. Me sentía tan traicionada que apenas podía sostenerme en pie.

—El señorito no pasa por aquí desde hace tiempo. —Hizo una pausa y buscó mi mirada, aunque yo traté de evadir la suya—.
Es Lucifer.

Tragué saliva, en parte aliviada porque todavía me quedaba la esperanza de que Alix no estuviese de acuerdo, pero también temerosa por el rey de los demonios. Había conseguido lo que quería, y me aterrorizaba pensar en el significado de aquello. Me acerqué a ella con urgencia.

—Antes íbamos juntas a clase, ¿recuerdas? —Ningún cambio en su expresión—. Por favor, debes ayudarme a salir de aquí.

Recordé las palabras de Alix. Que nunca entrase sin el colgante o sin él, pues no lograría salir. Acaricié el hueco donde este solía estar; se sentía tan vacío que dolía.

—Si intentas escapar lo hará mucho peor —mencionó, y por primera vez creí notar un atisbo de preocupación en su tono—. Deja que te prepare y podrás hablar con él. Así te explicará lo que necesites saber.

Asentí al darme cuenta de que tenía razón. No quería imaginar lo que me haría Lucifer si trataba de escapar así como así. Por ello tenía que trazar un plan, aunque me daba la impresión de que llevaría bastante tiempo. Kaytlin comenzó a prepararme y yo me dejé hacer, incapaz de pensar en otra cosa que no fuese lo que podría pasar en el mismísimo infierno. El cuarto no tenía nada que ver con el lugar donde se había celebrado la fiesta, en tonos blancos y luminosos, pero parecía igual de nuevo. Me pregunté si estaríamos en la misma zona, o en el mismo castillo. Ni siquiera sabía si se le podía llamar así. Kaytlin me indicó que me sacase el pijama y, con cierto pudor, lo deposité sobre un taburete próximo. Me sentía expuesta, vulnerable. Ella fue al armario y sacó una prenda que, en otra ocasión, me hubiera parecido impresionante. Era un vestido largo, de un blanco casi brillante, con una falda vaporosa y escote profundo. Las mangas eran semitransparentes, largas y abullonadas. Todo estaba recubierto de un encaje de flores tan delicado que parecía que se rompería al mínimo

toque. Me ayudó a ponérmelo y, tras abotonar los botones de flor de nácar en la espalda, me tendió unos tacones dorados. La acompañé hasta un tocador de oro que había junto a la puerta, con un gran espejo ovalado. Y me senté para dejar que me peinara. En ningún momento me permití llorar, o siquiera demostrar lo mal que me sentía. Si lograba controlar eso no resultaría tan apetecible para los demonios, o al menos era lo que me obligaba a pensar. Peinó mi cabello, lo desenredó y lo trenzó, y colocó sobre él una corona de flores frescas. Me pregunté cómo algo así podría sobrevivir allí abajo, puro como era, frente a la podredumbre del infierno. Porque por muy bien que se vistieran y por más elegante que fuera todo aquello de lo que se rodeaban, seguían estando podridos por dentro. Me observé en el reflejo que me devolvía el espejo cuando Kaytlin terminó. Mi rostro estaba pálido, más de lo habitual, y la estrella de mi clavícula parecía centellear levemente. No dejaba de palpitar.

—Ya estás lista —dijo mientras me instaba a levantarme. Me puse en pie y la seguí.

—En realidad no —musité, pero de poco serviría decirlo. No cambiaría nada en absoluto.

Abrió la puerta, que dio lugar a un pasillo igual de oscuro y lúgubre. Caminé tras ella por la alfombra granate, el material esponjoso amortiguaba mis pasos y amenazaba con hacerme caer cada vez que el tacón se enganchaba en alguna zona. Perdí la cuenta de los metros que habíamos recorrido, pasando por toda clase de cuadros escalofriantes colgados de las paredes, cuando llegamos a unas grandes puertas que se abrieron a nuestro paso. Era un lugar pequeño, relativamente hablando, en el que lo que más destacaba era una mesa en el centro. No era muy grande, apenas para cuatro personas, y dos servicios estaban colocados uno frente al otro. En el medio un candelabro con tres velas encendidas. Tragué saliva una vez más al ver a Lucifer, sentado en una de las sillas, con el cabello retirado hacia atrás. Llevaba un traje color borgoña, similar al que había preparado para Alix en la fiesta, pero la camisa era blanca y llevaba un par de botones desabrochados. Sus ojos negros me atravesaron cuando me echó un vistazo.

—Déjanos solos, Kaytlin —dijo mientras se levantaba y caminaba hacia nosotras—. Ya puedo encargarme yo.

Kaytlin asintió y se retiró, cerrando las puertas tras su marcha. Me estremecí ante el ruido de estas, que hizo eco en la sala. Lucifer llegó a

mí y me tendió la mano. Lo miré, con duda, pero su expresión de reproche me instó a posar la mía sobre ella. Su rostro cambió a una mueca burlona y me guio hasta la mesa.

—Creí que no sería adecuado ayudarte yo mismo a vestirte. — Evaluó mi aspecto mientras me sentaba frente a él, incómoda en mi asiento—. Estás… deliciosa, querida. Exquisita.

—¿Qué hago aquí? —cuestioné, cansada de esperar y soportar sus sandeces. Me consolaba pensar que, al menos, que me tuviese allí cautiva significaría que no iría a por ninguno de mis seres queridos.

—Eres muy impaciente —observó con una sonrisa misteriosa.

—Me lo suelen decir —repliqué irritada, a lo que él soltó una carcajada silenciosa.

—Eres mi invitada especial. Relájate y disfruta de esta cena que he preparado.

Chasqueó los dedos y los platos se llenaron. Observé con repugnancia el filete poco hecho, tanto que sangraba por los bordes, en una cama de ensalada de rúcula, tomate y frutos secos. Arrugué la nariz en una mueca cuando él comenzó a comer, haciendo que la sangre se desparramase por el plato al instante. ¿Qué esperaba? ¿Que me sirviese la cabeza de un niño en bandeja de plata? No me habría sorprendido. Solo de pensarlo tuve ganas de vomitar.

—Una invitada habría venido por voluntad propia. —Hice una pausa y corté el primer bocado. No podría comerme eso. Al menos podía intentarlo con la ensalada, aunque no debería importarme ser descortés con alguien a quien le descuidaba serlo—. Yo soy una prisionera.

—Detalles —explicó con un movimiento del cuchillo en el aire. La luz de las velas se reflejó en él, provocando que su fulgor me cegase por un ínfimo instante—. Acabarás estando aquí por voluntad propia.

—Lo dudo —dije entre dientes. Me dedicó una escueta mirada de reprobación antes de continuar con la degustación su comida. Yo mastiqué un trozo de tomate, encontrándolo exquisito de una manera que nunca antes había probado—. ¿Qué quieres de mí?

—De momento, charlar como buenos amigos. —Me removí en el

asiento, incómoda ante el tono de su voz, que encubría demasiados intereses ocultos—. Todavía me intriga esa relación que mantienes con mi… hijo. —Pronunció esa palabra como si le produjese una gracia desmesurada—. La confianza que tienes en él es…

—Ya no tengo nada que ver con tu hijo —interrumpí. Si hubiese sido humano habría jurado que se había atragantado con la comida. Sin embargo, cualquier parecido con ello era mera teatralidad ante mis palabras.

—¿Tan grave fue la traición? —Llevó una mano a su pecho de forma exagerada, como si una flecha venenosa acabase de atravesarlo—. Escucha, querida, los demonios mentimos constantemente. No es como si fuese algo horrible. Es parte de nuestra naturaleza. Yo te lo advertí —canturreó.

—Confiaba en él, me mintió. Mentira sobre mentira, así que se acabó el confiar. —Lo miré a los ojos, desafiante—. Y tampoco confío en ti, por supuesto.

—Es la mejor decisión que podrías tomar en tu vida. —Alzó la copa, como si brindase con el aire, y dio un trago del espeso líquido oscuro —. Te estás volviendo una chica lista.

—¿Me has traído aquí solo para esta estúpida conversación? — Me recosté hacia atrás contra la silla para evaluar su reacción. Si debía provocarlo para que me dijese la verdad, así sería. Su sonrisa se tornó escalofriante, los colmillos parecieron un poco más afilados y su expresión mutó a algo que vaticinaba lo peor.

—Oh, Zoe, tengo muchos planes para ti. Pero no adelantes acontecimientos, tengamos una cena tranquila. —Siguió masticando. Observé el tono que su cabello adquiría bajo la luz de las velas, ligeramente anaranjado—. No has probado bocado.

—No tengo hambre —respondí con ganas de escupirle en la cara.

—Come —ordenó sin siquiera mirarme. Su tono era profundo y cruel. Alcé una ceja y sin poder soportarlo más golpeé la mesa, captando su atención con el sonido de los objetos al tintinear tras la sacudida. Con lentitud dejó los cubiertos sobre el plato.

—¡No quiero comer! ¡No tengo hambre! ¿Por qué me obligas a estar aquí?

No fui capaz de verlo. Un segundo estaba frente a mí, tranquilo, y al siguiente sujetaba mi muñeca con fuerza. Me obligó a levantarme y la silla basculó hacia atrás, a punto de caer, aunque finalmente aguantó en su lugar. Su rostro estaba a escasos centímetros del mío, pues se había agachado un poco para colocarse a mi altura, y su aliento a azufre y sangre inundó mis pulmones. Mi estómago se revolvió con la poca ensalada que había tomado. Apretó con más fuerza su agarre, y cerró los ojos con deleite cuando emití un gemido de dolor. Volvió a mirarme, con los iris más negros que nunca, y con la mano libre acarició mi cuello. Por primera vez tuve claro que las manos que habían tratado de estrangularme eran exactamente esas, las suyas. Pasó el pulgar por mi garganta, deteniéndolo en la zona donde mis venas palpitaban con más intensidad. El corazón latía con ahínco contra mi pecho y amenazaba con agujerearlo para lograr salir.

—A partir de ahora harás lo que se te ordene, ni más ni menos. —Siguió acariciándome con suavidad, su tacto me provocaba escalofríos—. Te considero mi invitada, pero eso no significa que harás lo que te venga en gana. Si te digo que comas, comes. Si te pido que bebas, bebes. Si te ordeno que vengas conmigo, a donde sea, lo harás sin rechistar. Soy el rey de los demonios, no toleraré la desobediencia de una simple humana. Alégrate de que no te haya arrebatado tu alma, pero no me tientes. —Hizo una pausa y pasó el dorso de su mano por mi pómulo. Cerré los ojos con un estremecimiento de puro terror, mi respiración estaba cada vez más entrecortada—. Y no me obligues a destrozar un rostro tan majestuoso. Sería una verdadera pena dejarte cualquier clase de cicatriz. ¿Me he explicado con claridad? —Asentí con dificultad, pues cada movimiento hacía que sus manos aumentasen el contacto con mi garganta y mi rostro. Estaba claro que provocarlo no me traería más que problemas, y desde luego ninguna sinceridad. Tendría que intentarlo de otro modo, convenciéndolo de que era buena idea contarme sus planes. No podía vivir con el temor de qué sería lo siguiente, necesitaba saberlo todo—. Genial. — Suspiré con alivio cuando dejó de acariciar mi mejilla—. Yo que tú no estaría tan contenta. Que no vaya a desfigurarte la cara no quiere decir que tu insubordinación no merezca un castigo. Así nos aseguraremos de que no se vuelva a repetir.

—¿Qué? ¡No! —Exclamé cuando él asió mi brazo con fuerza y comenzó a arrastrarme al exterior de aquella sala. Las puertas se abrían a su paso y los sirvientes, por llamarlos de alguna manera, que nos cruzábamos se apartaban para no entorpecer el avance. Traté de soltarme en inútiles intentos, en los que solo conseguí perder la poca

fuerza que me quedaba—. ¡Por favor! ¡Por favor! —Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas al ser consciente de que podría hacerme cualquier cosa, cualquiera, y nadie estaría allí para salvarme. Ni siquiera Alix, si es que no tenía ni idea de lo que había ocurrido, lo cual parecía más que improbable—. ¡Lo haré bien, seré obediente! Te lo prometo —musité atragantada por las lágrimas. Era como si todo el esfuerzo que había hecho por contener mis emociones se hubiese esfumado de repente, y las barreras se hubiesen roto a causa del pavor que me provocaba su comportamiento feroz.

Lucifer se detuvo, haciéndome trastabillar a causa de los tacones y el brusco movimiento, y me movió al frente para observarme con una genuina sonrisa. Desprendía perversidad por cada poro.

—Sé que lo harás, querida —admitió con obviedad. El aire escapó de mis pulmones en un hipido involuntario. Iba a perdonarme por esa vez. Debía jugar mejor mis cartas si quería que no volviese a repetirse aquello, no quería volver a pasar por un pánico semejante—. Por eso el castigo será minúsculo comparado con todo lo que podría hacerte. No será tan divertido para mí, pero confío en que será lo suficiente.

Abrió una puerta ante nosotros, tras la que lo único que alcanzaba a ver era la oscuridad más absoluta. Tragué saliva. Tiró de mi brazo contra él y aspiró mi aroma cuando mi cabello golpeó su rostro. La trenza se había soltado parcialmente y algunos mechones sueltos escapaban de ella. La corona debía de haber caído en el forcejeo del camino.

—Por favor.

—Hueles tan deliciosa cuando suplicas —fantaseó—. Adoro cuando tienes miedo, tu aroma se vuelve irresistible. —Hizo una pausa, con los labios todavía contra mi cabello. Observé con fijeza sus brillantes zapatos negros, que era todo lo que podía ver en ese instante, y esperaba con todas mis fuerzas que eso fuese suficiente para convencerlo de que no me encerrara allí, fuese lo que fuese aquel lugar—. He de decir que pensé que sin tu virginidad ese perfume se echaría a perder, pero ahora es mil veces mejor. Más roto, más destrozado. Manchado de pecado.

La sangre se heló en mis venas. ¿También eso había sido una farsa? ¿Era lo que él y Alix habían pretendido todo el tiempo, que mi alma se manchase cada vez más? Más lágrimas escocieron tras mis ojos, amenazando con dejarlos en carne viva. Ardían tras mis párpados

como las llamas de una hoguera en su grandioso apogeo, y apenas podía luchar por retenerlas. Me apartó un poco de él y me miró un instante con una amplia sonrisa danzando en sus labios.

—Por favor —supliqué, en una voz tan baja que incluso dudaba que las palabras hubiesen salido realmente de mi garganta. Pero sí me había oído.

—Si me siento de humor te sacaré antes, querida. Ya veremos. — Miró al cuarto oscuro que había abierto, y luego a mí de nuevo—. Pero no sabrás hasta cuándo estarás ahí dentro. Es parte de tu castigo, para que aprendas que no se desobedece al demonio.

Besó mi frente, un gesto que en cualquier otra persona, en cualquier otro lugar, podría haber parecido incluso tierno. Pero en él estaba cargado de veneno. Me empujó al interior de la habitación y cerró de golpe; todo se volvió oscuro. Me apresuré a buscar una pared en la que apoyarme, pues no soportaría tener todos los ángulos descubiertos, mientras escuchaba cómo una llave daba vueltas en la cerradura. Una, dos, tres veces. Miré a mi alrededor, pero no podía ver más que una intensa negrura que jamás había contemplado. Me encogí sobre mí misma, abracé mis piernas y enterré el rostro entre ellas. Apreté los ojos con fuerza mientras me ahogaba. Me costaba respirar. Siempre me había dado pánico la oscuridad absoluta. En ella se podían esconder toda clase de monstruos, y me había quedado atrapada en el hogar del más temible de todos ellos.

24. Princesa entre monstruos

Pasaron minutos, horas, días, o tan solo segundos; no podría decirlo con exactitud. Lo único que sabía era que, poco a poco, me fui quedando dormida. Quizás para no ser consciente del pánico que atenazaba mis músculos. O ignorar la sensación de las terroríficas manos que me acechaban en la oscuridad.

Todo era puro como la nieve, de nuevo. Casi podía anticipar el resultado del sueño. En lugar del habitual camisón llevaba puesto el vestido blanco de encaje que me había obsequiado Lucifer. Un recordatorio de lo que me esperaba al despertar. Por primera vez quise permanecer en mis sueños, para siempre, ese lugar en que todo era blanco y tranquilo. No había rastro de la oscuridad que me rodeaba en la vida real. Caminé, dejando un reguero de ondas líquidas a mi paso. Comenzaba a entender que, aunque de forma indirecta, mi subconsciente siempre me había llevado allí, al lago. O quizás había sido Alix manipulando mi mente desde el primer momento. Sacudí la cabeza y continué con el paseo, deleitándome con la paz que sentía entre tanto caos. El muro invisible me detuvo, esta vez con más dureza que nunca antes. Parpadeé con firmeza y frente a mí apareció él. En el fondo sentía la necesidad de verlo, aunque me negase a reconocerlo.

—Zoe. —Su voz sonaba desesperada, impregnada en angustia. Bajé la mirada ante sus penetrantes iris—. ¿Qué has hecho?

—¿Qué he hecho? —Me atreví a preguntar mientras alzaba el mentón. No podía hacerme daño en un sueño, ¿no? De todos modos, si lo hacía no podría ser peor que lo que habría planeado Lucifer para mí, así que continué—. ¿Qué has hecho tú? —Dio un paso atrás, dolido, como si hubiese recibido una flecha directa al corazón—. Estoy aquí por tu culpa. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo lleváis planeando esto? ¿Qué ha sido real entre nosotros? —Apreté los labios con fuerza. La última pregunta no quería ser formulada, pero no había podido evitarlo—. ¿Por qué me has hecho esto?

—Zoe —repitió. Mi nombre en sus labios sonaba como un dardo envenenado en aquellos momentos —. Lo único que he intentado hacer desde que te conozco ha sido protegerte.

—¿Mintiendo? —cuestioné con un dedo acusador sobre su pecho—. Eso sí ha sido lo único que has hecho. —Negó con la cabeza, y las ondas oscuras

de su cabello se agitaron al compás.

—He mentido en algunas cosas, es cierto, pero no en lo realmente importante. —Tomó mi mano, y por más que quise no fui quien de alejarme de su tacto—. No en nosotros. —Sus dedos viajaron a mi pecho, encima de donde debía encontrarse mi agitado corazón—. Dije que podías confiar en mí, y a pesar de todo es cierto. Yo puse esa marca en ti, para protegerte de esto. De todo esto.

—Mientes —respondí mordaz, con los dientes tan apretados que la mandíbula me dolía horrores—. Mi madre dijo que fue ella la que lo hizo. —Chisté con la lengua. Mierda, no debería haber dicho eso. Exponer a mi madre estando atrapada como lo estaba era la peor de las ideas. Si ella tenía la oportunidad de hacer algo por sacarme de allí mi desliz podría ponerlo todo en riesgo, cualquiera que pudiese ser el plan—. Tú no…

Su voz me interrumpió, y aunque creí que percibiría burla o enfado, en su lugar solo apareció la frustración y la angustia.

—No entiendes nada, Zoe. —Tragó saliva y miró alrededor, como si algo estuviese acechando, espiando. La línea afilada de su mandíbula se acentuó cuando apretó los dientes—. Te lo dije. Tu madre era el demonio que intentó matarte, no yo. Porque estoy seguro de que fue eso lo que te dijo. —Pasó una mano por su cabello en un gesto de pura agonía—. Joder, cómo he sido tan estúpido. Tendría que haberlo previsto. ¿Por qué no me dijiste que había hablado contigo?

—Alix… —musité, incapaz de pensar en nada coherente. Aun teniéndolo delante, mirando sus ojos oscuros como el agua del lago, era incapaz de decidir si podía creerle o no. Pero mi corazón me gritaba desde lo más profundo que precisamente él era lo único verdadero de todo aquello—. No sé, yo… ¿Cómo puedo saber que lo que dices es cierto? ¿Cómo pretendes que te crea después de todo lo que me ha contado ella? Lucifer fue el primero en advertirme sobre ti. No le hice caso, y mira dónde estoy ahora. —Su mirada se ensombreció, aunque dibujó una sonrisa ladeada para mí.

—Creo que estarás de acuerdo conmigo en que Lucifer no es digno de confianza alguna. —Suspiró con fuerza—. No puedo hacer que me creas, Zoe. Solo te pido que sigas lo que diga tu corazón. Es lo más certero que verás nunca, se trata de aprender a escucharlo. —Tocó mi pecho con un dedo, y la sensación de calidez fue similar a la que había sentido al recibir la marca de la estrella. Pero no dolía, era agradable—. Habla con Lucifer. Ahora que te tiene no hay motivos para seguir engañándote. Y, tras lo que diga, podrás sacar tus propias conclusiones. Mientras tanto voy a buscar la

forma de sacarte de ahí. Aguanta.

Cerré los ojos cuando sus labios se acercaron a los míos. La calidez de su respiración se entrelazó con la mía en un aliento esperanzador. Besó la comisura de mi boca, permaneciendo unos segundos que se tornaron eternos y efímeros a la par.

Abrí los ojos y me estremecí al encontrarme de nuevo sumida en la más perturbadora oscuridad. Estiré mis músculos, que parecían atrofiados, y me pregunté cuánto tiempo llevaba dormida. Y cuánto habría pasado desde que Lucifer me había encerrado en aquel lugar. Me arrastré con cuidado y fruncí el ceño. Palpé con cuidado por dónde me movía mientras intentaba imaginar que no había ninguna criatura esperando a que la rozase por error para atacarme. Pasé mis manos por la pared durante varios tediosos minutos hasta que logré encontrar un pomo. Me puse en pie, tomándolo como referencia, y comencé a aporrear la puerta. —¡Lucifer! —grité. No creía que estuviese cerca, pero tenía la certeza de que estaría vigilando de alguna manera, así que continué gritando—. ¡Sácame de aquí, por favor! —Cerré el puño, pensando en qué decir a continuación para convencerlo—. ¡Tenemos que hablar! —Apreté los labios en una fina línea—. De Alix. —Un tenue susurro.

Unos pasos al otro lado interrumpieron el hilo de mis pensamientos. Me eché un paso atrás, acongojada al perder el contacto con cualquier superficie y sentirme rodeada por completo de nada más que negrura. Escuché la llave girar, el pomo moverse unos segundos, y la puerta se abrió. Entrecerré los ojos al recibir la luz de nuevo, aunque no era excesiva. Ese constante tono rojizo que iluminaba el infierno no era demasiado intenso. Lucifer me miró y sonrió con perversión.

—¿Quieres hablar de mi hijo? —Hizo una pausa y me observó con una mirada llena de curiosidad. Frunció los labios en una mueca, probablemente al ver el desastre que era mi rostro de ojos enrojecidos y lágrimas resecas contra las mejillas—. Algo me dice que has logrado ponerte en contacto con él, querida.

—Quiero saber —musité enojada.

—Claro. Ven conmigo.

Me tendió la mano. Apreté los puños, para nada convencida de ir con él, pero sería mejor que estar allí encerrada por más tiempo.
Enredé mi brazo con el suyo y eché a andar a su lado.

—Alix era un ángel —dije, reafirmando lo único de lo que estaba completamente segura. Todavía recordaba las marcas en su espalda y, sin poder evitarlo, un calor salvaje recorrió mi vientre al rememorar mi primera vez, con él—. Pero ya no.

—Querida, Alix ya no es nada. —Alcé los ojos hacia él y fruncí el ceño —. No es un ángel, pero tampoco será parte de este lugar. Jamás le permitiría regresar. Y, si lo intenta, todo será mucho peor para él.

—¿Por qué no? —cuestioné—. Después de todo, habéis creado todo un elaborado plan para atraerme hasta aquí.

Se detuvo un instante frente a uno de los cuadros. Se trataba de Saturno, de Rubens, y un escalofrío recorrió mi columna al contemplar el rostro desencajado del niño. Semejaba un ángel siendo destripado mientras su propio padre lo devoraba. Acarició el marco de oro con un dedo y emitió una ronca carcajada. Casi podía estar segura de que la pintura ante mí era la verdadera original. Contuve el aliento para tratar de disipar el hedor a azufre que comenzaba a marearme.

—Los humanos sois criaturas intrigantes. Me divierte observar vuestro comportamiento. —Me observó de soslayo y en sus labios se formó una sonrisa afilada—. Lo fácil que es manipularos, engañaros para que creáis exactamente lo que nosotros queremos. —Sentí cómo la piel de mis antebrazos se erizaba ante el tono amenazador de su voz, y lo que este implicaba—. Tienes razón, ha habido un plan todo este tiempo, pero mi hijo no ha tenido nada que ver. Solo ha sido una pieza más del puzle. Es más, gracias a ti ha sido más fácil. —Se giró por completo hacia mí y acarició la línea de mi mandíbula. Apreté los dientes en una mueca—. Querida, has conseguido que su lado más humano salga a relucir, ese que incluso la mayoría de ángeles termina perdiendo. Claro que él siempre ha estado más ligado a vuestro mundo que el resto —reflexionó—. Y gracias a eso, manipular sus acciones en mi beneficio ha sido de lo más sencillo. —Tragué saliva y ambos continuamos nuestro camino por el pasillo. Me hubiera gustado soltarme de su agarre y echar a correr lejos, pero por fin había conseguido que hablase y necesitaba asimilar toda la información posible. Resultaba abrumador—. Pero también ha demostrado una falta de lealtad imperdonable, y todo por ti. Aunque cada vez que te miro puedo entender su debilidad. Eres exquisita, tal como tu madre.

Mi respiración se entrecortó y di un traspiés en la alfombra, que amortiguó el sonido. El demonio a mi lado me sujetó apenas, evitando

que cayese sin el menor esfuerzo.

—Conociste a mi madre —musité con una voz muy tenue. A pesar de que buscaba hacer una pregunta, mis palabras salieron como una afirmación. Una que atenazaba mi pecho cada vez que pensaba que me había equivocado. En todo.

—Eso es una historia para otra ocasión, querida —sonrió—. Por el momento, quiero enseñarte algo.

Soltó mi brazo y rebuscó en el bolsillo de sus pantalones. Ya no llevaba la chaqueta borgoña, sino que la camisa arremangada hasta los codos dejaba asomar los músculos definidos de sus brazos. Era imponente en sus dos metros de altura; tanto que sentía que, si se lo proponía, me tumbaría de un golpe. Me preguntaba cuánto tiempo habría pasado allí encerrada, ya que él todavía llevaba el mismo traje; o puede que no, quizás tuviese miles iguales. De todos modos el tiempo no parecía pasar de la misma forma aquí abajo. Observé la puerta de madera que había frente a nosotros a la par que escuchaba el tintineo de las llaves cuando encontró la adecuada. Parecía ridículo que alguien capaz de abrir puertas a su antojo, como Alix había demostrado poder hacer, utilizase llaves en el mismísimo infierno. Claro que Lucifer semejaba alguien que disfrutaba de esos pequeños detalles. Era excéntrico, desde luego, disfrutaba de la teatralidad en cada movimiento. Me encogí cuando abrió la puerta, pues esperaba encontrar de nuevo una oscuridad infinita y devoradora, pero en su lugar unas escaleras de piedra ascendían encaracoladas.

—¿No podrías transportarnos? —cuestioné al darme cuenta de la irregularidad de la superficie, que sumado a la estrechez del espacio, mis tacones y el vestido largo y pomposo no beneficiarían en nada mi equilibrio; sin contar que ya se veía sumamente perjudicado por los temblores incontrolables de mi cuerpo. ¿Qué podía esperar al llegar arriba?

—Podría, pero quiero que disfrutes de tu humanidad mientras dura. —Acarició mi cabello antes de tomar mi mano y guiarme al primer escalón—. Porque no será por mucho —susurró en mi oído.

Un escalofrío recorrió todos los nervios de mi espina dorsal, tanto que pensé que perdería el soporte que mis piernas me brindaban, y comencé a subir las escaleras con sumo cuidado. No bajé el mentón en ningún momento; aunque resultaba algo difícil de mantener, trataría de fingir que no estaba aterrada todo el tiempo que me fuese posible.

Sabía que no lo engañaba, no podía enmascarar mi olor, pero era una forma de convencerme a mí misma. De no desmoronarme.

Llegamos al destino, que parecía una torre circular, y me empujó con suavidad hacia el balcón abierto que salía al rojizo exterior. Me asomé, apoyada a la balaustrada fría y áspera, y contemplé lo que me rodeaba. El sol de color rojo bañaba todo con su luz carmesí. Ante mí una vasta llanura de arenisca se extendía, salpicada de grandes árboles muertos que parecían sacados de una película de terror. No había gran cosa, aunque una especie de ciudad se veía a lo lejos. Era la clase de imagen que, en cualquier otra circunstancia, me habría encantado pintar, captando cada pincelada de las infinitas variedades de rojo que se mostraban ante nosotros.

—¿Qué hay allí? —pregunté, señalando el horizonte con la cabeza.

—Aquello es el hogar de los demonios, niña. —Él apoyó las manos sobre la superficie rugosa para situarse a mi lado—. Uno de ellos. No somos seres tan sociables, pero a menudo nos gusta convivir en núcleos repletos de caos y perversión. Allí pueden divertirse, entre ellos o con los humanos que no me sirven aquí. —Fruncí el ceño. Cada vez que hablaba de esa forma mis manos ardían ante las ganas de darle un puñetazo.

—Tú vives aquí solo —repliqué. Me miró y negó con la cabeza.

—Aquí tengo todo lo que necesito, querida. Incluida tú.

Observé el lugar, que se entreveía en la distancia como una minúscula mancha negruzca sin forma definida, y apreté los labios. No podía evitar recordar.

—El demonio que intentó asfixiarme. Eras tú, ¿verdad? —Rocé mi cuello con suavidad, como si todavía pudiese sentir el dolor de los moratones que habían causado sus manos.

—Podría haberte traído aquí aquella noche, habría sido fácil y nadie lo habría impedido. Pero tienes una voluntad muy fuerte, y en aquel entonces un alma pura muy difícil de manejar. —Se inclinó sobre mí, y me sentí minúscula bajo su intensa mirada—. Te aseguro que ha sido muy divertido ir destrozándote poco a poco, rompiéndote. Solo necesitaba pervertir tu alma, y los hechos se han ido dando a mi favor. El dolor al sentirte inservible mientras la gente comenzaba a desaparecer y morir, las pesadillas, lo expuesta que te sentías ante

cualquier daño. Lo de que te alejaras de tus amigos para no convertirles en un blanco no lo esperaba, pero es mucho más fácil debilitar un alma solitaria, abandonada, así que me ayudaste con ello. Y querida, por mucho que un alma virginal sea deliciosa, no imaginas lo que corrompe el alma entregarse a un demonio por voluntad propia. Ni siquiera mi querido hijo lo vio venir, ansioso como estaba de sentirte contra su piel, y entre ambos lo servisteis en bandeja de plata a mis pies.

—El demonio que me atacó en mi cuarto… —Todavía recordaba su cuerpo sobre el mío y su lengua contra mi cuello.

—Ese era el plan principal. Mi hijo no estaba contribuyendo, así que pensé que lo mejor sería enviar a uno de mis fieles compañeros a hacerte una visita. Pero ese traidor apareció una vez más para rescatarte. Se me estaba resistiendo, tuve que contenerme para no matarlo con mis propias manos. —Entreabrió la boca y me dejó ver los dientes que se afilaban más a cada instante—. Pero tú, mi querida niña, pensaste que lo mejor para evitar que otros demonios volviesen a tocarte sería entregarte a él. Al menos eso es lo que quisiste hacerle creer, aunque permíteme decirte que eres incapaz de ocultar eso que sientes por mi hijo. Tan intenso, tan real. Qué tierno. —Tomó mi mentón entre sus dedos, obligándome a mirarle fijamente a los ojos. La negrura que habitaba en ellos pareció devorar los míos, una sensación ardiente ascendió por mi cuerpo hasta quemar mi garganta, y sentía los ojos enrojecidos. Era como si fuesen a estallar, tal era la presión que estaban sufriendo —. Y que te quitases el colgante, la única protección que te quedaba, fue el sumun de la situación. Eliminaste la única barrera que se interponía entre tu mente y yo, y por fin te tengo.

Miré al exterior con el fin de aliviar la sensación de ahogo que me producían sus ojos, todavía con el rostro en su mano, y tragué saliva con dificultad. Había una pregunta que me rondaba desde el principio, una de la que me aterraba obtener respuesta, pero que era incapaz de ignorar por más tiempo.

—¿Por qué me enseñas todo esto? ¿Qué demonios quieres de mí?

Apretó aún más mi mentón y me obligó a mirarle de nuevo. Era como si intentase acceder a algo en mí, algo que hiciese clic. Su sonrisa se ensanchó y aproximó su rostro hasta que sus labios quedaron a escasos milímetros de los míos. Cerré los párpados con fuerza, incapaz de sostenerle la mirada un segundo más, y mis piernas temblaron cuando


habló por fin. Su voz era más grave de lo habitual, inhumana.

—Hacerte mi princesa.

—¿Princesa? —musité, casi sin aire, aterrada. Abrí de nuevo los ojos y busqué con desesperación cualquier señal que pudiese decirme que no era verdad, que solo era un sueño. Pero no, era tan real como yo, como él mismo. Inspiró mi aroma cuando percibió la pregunta implícita en mi mirada.

—Tu madre… —Saboreó cada palabra como si fuese lo más exquisito—. Ella es mi reina.

25. Una eterna condena

Todo había sido mentira. Excepto las palabras de Alix. Él me había dicho que mi madre era un demonio, y tenía razón. ¿Pero cómo? Había encontrado el diario, en él contaba cosas tan distintas… Quizás de verdad había entrado en el lago, y allí se había transformado en aquello. Con Alix había quedado claro que la transmutabilidad de una especie a otra era posible, aunque no sabía a qué precio, ni de qué forma. La había visto, había hablado conmigo. ¿Cómo era posible que no me hubiese dado cuenta? Era distinta a todos ellos. Puede que tampoco fuese un demonio malvado como los demás. Lucifer la tenía con él en contra de su voluntad, como pretendía hacer conmigo, de eso estaba segura. Lo más sencillo era suponer que, por haber sido una humana antes, su forma demoníaca fuese diferente a la de él. Pero me había mentido, había dicho que era un ángel. ¿Y si la habían obligado? Si estaba bajo su control, entero y absoluto, no sería descabellado creer que Alix también había sido sincero acerca de que ella me había atacado cuando era niña. No debía tener otra opción. Pero siempre había opción, ¿no? Una manera de resistirse. Sacudí la cabeza. Quién sabe qué atrocidades le había hecho Lucifer en su prisión infernal. Pensé en Alix, en el demonio que había despertado en mí todo lo que nadie más había logrado. Era cierto, había intentado protegerme a costa de su propia especie, su familia. Por mí había perdido los dos lugares a los que pertenecía, ya no le quedaba nada. ¿Qué pasaría con él? Lo único que había hecho yo a cambio había sido desconfiar y alejarme de él. Había seguido a mi cerebro, en lugar del corazón, y había fallado estrepitosamente.

La puerta se abrió y me sacó del trance en el que llevaba lo que parecían horas sumida. Sin un reloj que marcase el tiempo ni un sol natural que mostrase el transcurso de las horas era difícil entender cuánto llevaba allí. Me pregunté entonces si mi padre estaría desesperado buscándome, temiendo lo peor, que hubiese acabado como mi madre. Si Hallie se preguntaría qué había ocurrido o recordaría las voces que la atraían al lago sin remedio, y si Jeremy habría hablado con ella tras mi inesperado mensaje. Desearía poder estar con ellos, que todo fuese como antes, que Alix nunca hubiese llegado a mí. O puede que eso solo hubiese retrasado el desastre, pues si Lucifer había atrapado a mi madre, ya tendría sus negros ojos sobre mí. Lo imaginé espiándome desde que era pequeña, cuando jugaba con mis muñecas, la primera clase en el colegio, las veces que visitaba

la tumba de mi madre y me lamentaba de algo que distaba mucho de comprender. Quise asfixiarlo con mis propias manos, contemplar cómo la vida abandonaba su mirada muy lentamente. Aunque dudaba que pudiese morir de esa manera, y desde luego yo no sería capaz de infligirle daño alguno.

—Ya es hora de que conozcas a la reina de los demonios — musitó Kaytlin con la voz neutra. La miré desde la cama, que tenía el dosel abierto y me permitía verla desde el sitio donde me había acomodado a llorar. Mis ojos escocían debido a las lágrimas y al calor cada vez más sofocante que me embargaba. Parecía que Lucifer la había asignado como mi asistente personal en una macabra tortura.

—¿Tengo otra opción? —inquirí sin ganas, mi voz apenas un murmullo ronco, y alcé una ceja hacia ella.

—No lo hagas más difícil. Si haces lo que te dicen, nadie te hará ningún daño.

Quise decirle que era lo único que habían hecho, dañarme de forma irreparable, pero no serviría de nada. La pobre chica frente a mí no era más que un títere que manejaban a sus anchas. Me levanté y le brindé un asentimiento. Me había dado un nuevo vestido, uno más ligero pero igual de blanco, que parecía salpicado de piedras de cristal por todas partes. Los tirantes eran de gasa y se ceñían a mis hombros; a pesar de no estar demasiado apretados parecían ahogarme. Juntas nos encaminamos hacia mi destino, ver a mi madre de nuevo. Lo que más me aterraba era que no sabía lo que encontraría al llegar.

Las puertas se abrieron en cuanto nos acercamos a ellas, como si se lo hubiesen ordenado, y di unos pasos antes de detenerme en seco en medio de la estancia. Ignoré por completo los grandes espejos que había a ambos lados, por temor a lo que podría encontrar. Era una especie de sala del trono; pero, en lugar de uno como había visto la primera vez que había estado allí, eran dos los que se alzaban frente a mí. En uno de ellos estaba Lucifer y, en el otro, ella. Mi madre llevaba el cabello castaño oscuro recogido en un elaborado moño adornado con una tiara de brillantes. Su vestido borgoña dejaba los hombros al descubierto y la falda ajustada resaltaba todas sus curvas. Hablaba y reía con Lucifer, y ambos se giraron hacia mí al cabo de unos segundos. Boqueé como un pececillo sin saber qué decir o hacer. Ella me sonrió y se levantó para caminar hacia mí. Mientras se acercaba pude contemplar cómo sus ojos avellanados habían sido sustituidos por dos orbes negros que brillaban como carbón encendido. Llegó

hasta a mí y me estrechó en un fuerte abrazo antes de darme tiempo de alejarme. Dejé escapar un jadeo ahogado ante la sensación que me embargó.

—Mi pequeña. —Acercó sus labios a mi cabello e inspiró.

—Mamá —musité sin saber bien por dónde seguir.

—Por fin estás conmigo, con nosotros. —Fruncí el ceño y me separé de ella con un movimiento brusco.

—No, mamá —repliqué—. No sé qué te habrá hecho ese monstruo, pero tenemos que salir de aquí —dije en un susurro.

Pude sentir la carcajada tenue que Lucifer dejó escapar de entre sus labios, pero lo que me dejó sin aliento fue la que emitió mi madre frente a mí. Sus dientes se afilaban conforme la risa crecía. Miré al rey demonio, que me observaba con diversión, sin comprender nada de lo que estaba ocurriendo.

—Mi pequeña niña —canturreó. Ladeó la cabeza para mirarme, como un depredador cuando la presa capta su atención—.

Pequeña estúpida —corrigió. Parpadeé con lentitud—. Ha sido tan fácil meterse en tu cabeza.

—Yo… —musité con la intención de encontrar algo que decir en mi defensa. En mi interior una voz me gritaba lo imbécil que había sido, lo mal que había hecho al fiarme de aquella mujer, y lo diferente que hubiera acabado todo si hubiese permanecido al lado de Alix. Pero no había acabado. Todavía no.

—Pude haberte traído conmigo aquella tarde, pero tu querido novio me lo impidió —mencionó con una mueca de disgusto—. Así que decidí que, con ayuda de Luz, podrías venir más adelante. Cuando fueses más maleable. Es lo único que he querido siempre, que vinieras conmigo. Y si para ello he tenido que hacerte daño… Bueno, un pequeño precio a pagar. —Recordé las palabras que Alix me había relatado, las que decían los ángeles. Al fin y al cabo, ángeles y demonios eran la misma lacra, sin preocuparse lo más mínimo de nosotros.

—¿Por qué? —intervine para interrumpir sus palabras. No pareció contenta, aunque no dijo nada—. No dejáis de decir que era más fácil

romperme en pedazos antes de traerme aquí. ¿Por qué?

—Porque tu maravilloso y gentil padre, en lugar de criarte sumida en desesperación y dolor por mi pérdida, te llenó de esperanza. De fortaleza, de intención de vivir. ¿Habría sido fácil convencerte entonces de venir conmigo? ¿Quedarte aquí?

—¿Lo es ahora? —rebatí. Ella rio con amargura.

—Mejor tenerte aquí, destrozada y hundida, que no tenerte. —Alzó la vista con un suspiro—. Además, desde que Alix se acercó a ti todo se complicó infinitamente. Si no te hacíamos dudar y nos librábamos de él sería imposible.

—¿Por qué no matarlo? —No era lo que habría querido, de ningún modo. Prefería separarme de él mil veces, sufrir en la miseria, que permitir que dejase de existir.

—Porque es más fuerte de lo que nos gustaría admitir —dijo con franqueza a la altura de mi rostro —. O al menos lo era, antes de estar condenado a vagar por la tierra sin pertenecer a ningún lugar.

Eso sin duda acabará con él. O perteneces al cielo o al infierno, cariño, no hay otra opción posible.

Tragué saliva. Si eso era cierto no tenía ni idea de qué podría significar que Alix regresase a por mí. Debía intentar salir por mi cuenta, solo así lo mantendría a salvo.

—El diario. Tú… —Contuve un hipido, que marcaría la llegada del llanto si no lograba contenerlo —. Todo lo que había allí escrito, las veces que viniste a hablar conmigo… No parecías como ellos.

La risa de su garganta sonó ronca y cruel, y deseaba no haberme quitado nunca el colgante. Aunque el destino de Hallie habría sido sin duda peor, así que no me arrepentía si había sido para salvarla a ella. Si me quedaba, si dejaba de luchar y me rendía, la gente que quería permanecería a salvo. ¿No era eso lo que había deseado desde el principio? ¿Por qué entonces se sentía tan incorrecto, tan mal?

—El diario fue fabricado, cariño. —Mis labios se entreabrieron en una mueca—. Lo escribí desde ahí, desde ese trono, con el fin de convencerte de todo esto. Luego solo tuve que poner una máscara sobre mí, para que vieses lo que yo quería. —Hizo una pausa para

evaluar mi expresión, aterrada y llena de angustia—. No es tan fácil usar velos tan poderosos en la tierra, consume mucha energía, pero tus deseos por verme de nuevo lo hicieron más sencillo.

—Me has manipulado. —Me sentía herida, pero sobre todo humillada. Por haber sido tan estúpida como para permitir que me hubiesen manejado a su antojo, de que cada paso que había dado hubiese sido orquestado por ellos. Siempre me había considerado una persona inteligente, pero nada más lejos de la realidad. Tonta, maleable, manipulable. No era nada—. Y yo me tragué cada palabra. —Lágrimas amenazaban con brotar de mis ojos, aunque hice todo esfuerzo posible por evitarlas. No quería darles esa satisfacción. Lucifer hacía rato que parecía haber decidido limitar esto a una charla entre madre e hija, y lo agradecía. No podría haberlos manejado a los dos.

—No te sientas mal, cariño —musitó mi madre con una sonrisa. Debería haber sido cálida, reconfortante, pero en su lugar era tan aterradora como la de él—. No es tu culpa ser una débil humana. Pero eso puede cambiar. —Sentí a Lucifer levantarse del trono y acercarse a nosotros con lentitud, aunque todo lo que podía hacer era tratar de regular mi respiración con la esperanza de que mis pulmones no estallasen—. Quédate con nosotros, conmigo. Y tendrás cualquier cosa que hayas deseado.

Estiró una mano hacia la pared que había a nuestro lado, esa en la que el gran espejo del infierno nos reflejaba. Tenía miedo, por todo lo que había dicho Alix, por el pequeño atisbo de realidad que había visto aquel día. Pero por encima de ello una fuerza ajena a mí me suplicaba que me girase, que viese lo que esperaba tras su superficie. Me giré con lentitud, preparada para lo peor. Mis ojos me devolvieron la mirada, y parecían como siempre. A mi lado izquierdo se encontraba ya Lucifer, que a pesar de conservar su traje, era lo único que quedaba de la imagen que había tenido de él todo ese tiempo. Los dos metros debían de haberse convertido en casi tres, con dos patas cabrías que lo sostenían, y una cola enorme y peluda rodeando su cuerpo. Su rostro era extraño, jamás podría definir un animal con el que compararlo, y lo peor eran los cuernos que adornaban su frente, justo como en el cuadro que había realizado para liberarme de mis pesadillas. Pero al mirar a mi madre, entonces el aire abandonó mis pulmones por un largo instante. También tenía cuernos, mucho más enroscados que los de él, y tan largos que llegaban hasta su cuello como unos pendientes. Su rostro era afilado, indefinido; su cuerpo, al contrario que otros demonios que había visto, era lampiño, de un color rosado escalofriante, como la piel de una rata calva. Su figura era bastante

humanoide, aunque reconocería sus ojos en cualquier parte. Unos ojos inyectados en sangre, enormes, que me observaban con un hambre animal. Era cierto. Ella había sido el demonio que había intentado matarme.

Me aproximé al reflejo que nos enfrentaba, de forma tan inconsciente que apenas podía sentir mis piernas moverse. Yo era yo…

Pero no lo era. Ahí estaba mi rostro, mi piel, mis ojos azules. Pero algo en ellos estaba cambiando, parecían más oscuros, salvajes. No sabía cuánto tiempo tardaría en convertirme en algo como Kaytlin, o incluso como ellos, pero lo sentía en los huesos. El cambio ya había comenzado. Algo muy sutil en mi porte, en mi forma de moverme, el sigilo. Si seguía allí me convertiría en un monstruo, como mi madre. Puede que ella lo hubiese sido desde mucho antes de nacer yo. Estiré la mano hacia mi imagen, los dedos temblaban a medida que se acercaban al espejo. Solo unos centímetros.

—Así pues, ¿cuál es tu decisión? —cuestionó Lucifer, provocando mi sobresalto. Me retiré antes de llegar a tocar la superficie del espejo y lo miré. No me sentía capaz de hablar con ninguno de ellos si contemplaba su verdadera forma—. Permanecer a nuestro lado, al lado de tu madre… —Hizo una pausa, y tras su expresión una parte de mí creyó que sería benevolente en caso de rechazar la oferta. Ridículo —. O convertirte en una esclava y saber que tus seres queridos nunca estarán seguros.

Porque si hay algo que no tolero es no salirme con la mía, y mis rabietas no son agradables, querida.

Alcé el mentón y observé a mi madre con cautela.

—¿Todo estaba planeado? ¿O es esto en lo que te has convertido desde que estás aquí?

Necesitaba saber qué pasaría conmigo. Si me transformaría en una criatura sin perdón, sin remordimientos ni un ápice de bondad, o si podría conservar esa parte de mí que me hacía como era. Si era que mi permanencia en el infierno no me hacía desear apagar todo rastro de humanidad y, con ella, de dolor. Mi madre emitió una carcajada tenue, y nunca creí que podría ver una expresión semejante en aquellos ojos que había contemplado antes en las fotografías, tan dulces y sinceros antaño.

—Lucifer se presentó un día ante mí, y todo lo que me ofreció se tornó irresistible. El poder que tengo, cariño, que tú puedes tener. Cada acción ha merecido completamente la pena. Dejar a tu padre no fue difícil, ya me había enamorado del diablo, y lo que he ganado a cambio... Quiero que tú lo tengas, que disfrutes de lo que yo. Fui al lago por voluntad propia, entré aquí porque era lo que quería. Y no me arrepiento de nada. No podría desear nada mejor para mi querida hija.

Contuve la bilis que pugnaba por ascender por mi garganta. Todos aquellos libros... Hasta ahora había creído que lo que mi madre buscaba era la manera de proteger al pueblo, de encontrar a su amiga perdida y acabar con lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, lo que había estado haciendo había sido recopilar información acerca de lo que encontraría al transformarse en demonio. Tragué saliva e inspiré con fuerza, en busca del aire que me faltaba y recuperando nitidez en mi visión. Mi mandíbula se tensó. Todo lo que quería era echarme a llorar, dejarme absorber por la oscuridad que me amenazaba y no volver a sentir el dolor que atenazaba mis músculos, y sobre todo mi corazón.

—¿Qué pasará con Alix? —No quería hablar más del tema, pero debía saber lo que le harían.

—Mi hijo está condenado a una vida de vagar por la tierra sin pertenecer a ningún lugar, sin poder sobre nada, luchando por sobrevivir si es que llega a conseguirlo. —La sonrisa de Lucifer se ensanchó—. A no ser que sea tan estúpido como para venir aquí a salvarte, en cuyo caso... Que los ángeles se apiaden de su alma, si es que les interesa, porque ningún demonio lo hará. Y su cuerpo no podrá soportarlo.

Parpadeé, un solo pestañeo perplejo. Debía volver a dormir, contactar con él, advertirle. No permitiría que le hiciesen más daño por mi culpa. No perdería nada más por mí, había sido suficiente ya.

—Me quedaré —sentencié. Mis palabras agradaron a los demonios frente a mí, que adoptaron una postura más relajada. Miré al suelo, incapaz de contemplar un segundo más el rostro de la mujer que me había dado a luz para luego traicionarme—. Necesito descansar.

—Como gustes —asintió Lucifer.

La puerta se abrió, y vagamente distinguí a Kaytlin cuando entró para

guiarme de nuevo al cuarto que me habían asignado.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —sentenció mi madre.

Y un nudo en mi garganta comenzó a formarse. Porque eso era, una sentencia que solo deparaba dolor y perversión. Una condena a estar muerta en vida.

26. Somos todos la misma escoria

Habían pasado horas, o al menos eso creí, desde que me había encerrado en mi nuevo cuarto. Por más que había tratado de dormir, mi respiración y el latido de mi corazón no me lo permitían. Estaban demasiado agitados, junto con los pensamientos en mi cabeza, que fluían salvajes sin control. Desde que me había visto reflejada en aquel espejo una sensación hirviente en mis venas bullía con desesperación, como si el ser consciente del cambio que se estaba produciendo en mí no hubiese hecho más que acelerar el proceso. Tragué saliva, mi garganta se sentía como si fuese papel de lija a causa del bochorno que hacía. Había intentado abrir una ventana, pero la había cerrado al comprobar que la sensación asfixiante era todavía peor. También me había planteado tirarme por ella, o el movimiento más inteligente de bajar por una cuerda hecha de sábanas o similar, pero lo había descartado. Si escapaba de esa forma no les tomaría ni dos segundos atraparme, y el castigo sería ejemplar, de eso estaba segura. No solo para mí, sino para quienes quería. No tenía planeado quedarme en aquel lugar mucho tiempo, pero debía buscar la salida de forma inteligente y con paciencia. La impulsividad no serviría de nada.

Me estremecí cuando la puerta se abrió. Me incorporé sobre la cama, mi vestido desparramado a mi alrededor como un aura blanca que desentonaba completamente en el lugar. Tragué saliva con alivio al comprobar que solo se trataba de Kaytlin, ninguno de los demonios había tratado de sacarme de allí. Supuse que, por una vez en sus asquerosas existencias, habían decidido tener el detalle de permitirme estar tranquila hasta que así lo quisiera. O hasta que mi ausencia les desesperase lo suficiente. Cuando el cuerpo de la chica frente a mí se deslizó a través del umbral trajo con él esa melodía que aborrecía. La balada de violín que sonaba el primer día que había puesto un pie en el infierno, cuando todas aquellas criaturas habían puesto su ojo en mí, y repetidas veces en mi mente después. Agradecía no haberlos visto más rondando el lugar. Me encogí ante el sonido; aunque por suerte, cuando Kaytlin cerró la puerta tras ella, este se amortiguó hasta casi desaparecer. Pero ahora que lo había oído era imposible de ignorar, por muy tenue que fuese. Alcé el mentón hacia ella, sin fuerzas para saludar siquiera.

—Me han pedido que traiga esto para ti. —Odiaba el arañazo en mi pecho que producía cada vez que escuchaba esa voz vacía, a juego con

sus ojos, blancos como perlas.

Observé el lienzo que había traído, junto con varias pinturas y disolvente. Aspiré el aroma familiar casi con fascinación, aunque lo último que me apetecía era pintar. Aún así me las arreglé para musitar mis palabras.

—Gracias. —Un susurro ahogado salió de entre mis labios.

Kaytlin me miró fijamente, y aunque tuve ganas de apartar la mirada no lo hice, porque sus ojos se entrecerraron un poco, y su mentón se inclinó ante el paquete de pinturas. Seguí su mirada un segundo, lo suficiente para asegurarme de que de verdad había hecho ese gesto, que no lo había imaginado.

—Pintar podría calmarte y permitirte dormir un poco —insinuó de forma casual. Tan casual que apenas parecía una sugerencia inocente.

Asentí y la observé mientras se marchaba, dejándome sola de nuevo. Cuando me hube asegurado de que los pasos se alejaban, y ninguno se aproximaba a la puerta, me levanté con cuidado y olí el vaso. No era disolvente, sino agua. Simple agua. Abrí el cartón donde se guardaban los botes de pintura, algo tan mundano que desentonaba en tal lugar, y mordí mi labio al comprobar que había una píldora de color rojo. La tomé entre mis dedos y la examiné. Había dos opciones, que fuese una trampa para hacerme daño o que de verdad Kaytlin se hubiese arriesgado a conseguir algo que me permitiese contactar con Alix. ¿Por qué se molestaría? Puede que, después de todo, todavía quedase más humanidad en ella de lo que parecía admitir. Y pensarlo me entristeció, pues eso significaba que continuaba sufriendo, más de lo que debería, de lo que merecía. Alcé la pastilla frente a mis ojos y le di un último vistazo. Podría ser una trampa de Lucifer y mi madre, sí, pero dudaba que se molestasen en torturar mi alma de un modo tan mundano. Y si era la única manera de dormir… La coloqué sobre mi lengua y di un largo trago de agua, casi atragantándome en el proceso. Me dejé caer en la cama, mareada, y me pregunté si había tomado la decisión correcta cuando la habitación comenzó a dar vueltas a mi alrededor. ¿Me había equivocado? ¿Había sido tan tonta? Mis ojos se cerraron junto con un suspiro.

Sonreí al sentir el blanco que me rodeaba, la pureza que tanto echaba en falta. Inspiré con fuerza, y el aroma a almizcle y romero se abrió camino hacia mí antes incluso de que él apareciera. Porque sabía que lo haría. Pestañeé hacia él cuando apareció, y di un abrupto paso hacia delante.

—Estás bien —exhaló con suavidad. Acortó la distancia entre ambos, su nariz quedó a apenas un par de centímetros de la mía. Aspiró mi olor con necesidad, con los ojos cerrados con placer.

—He estado mejor —musité. Escudriñó mis ojos en busca de algo, frunciendo el ceño. Extendió su mano y retiró un mechón de cabello tras mi oreja. El vestido blanco se sentía asfixiante, pesado, sucio a pesar de su impolutez.

—Llevas demasiado tiempo aquí abajo —reflexionó. Lo había visto, el cambio que había percibido yo frente a mi reflejo—. Tengo que sacarte.

—¡No puedes! —exclamé. Llevé una mano a su pecho en un acto reflejo. Él la envolvió entre sus dedos con delicadeza, su mirada pedía una explicación—. Lucifer ha dicho que ya no perteneces aquí, que si te atreves a entrar tu... tu cuerpo no lo soportará.

Hasta pronunciar las palabras dolía. El horror debió ser palpable en mi rostro, pues acarició mi mejilla con angustia.

—Voy a sacarte, no importa lo que me pase...

—¡No! —interrumpí. Dio un respingo ante mi tono, pero continué hablando con la mayor firmeza posible—. No puedes. —Mi voz era tan solo un jadeo—. Ya has dado mucho por mí, sin merecerlo, no pierdas lo único que te queda.

—Escucha. —Sus manos acunaron mi rostro, el dolor que atenazaba mi pecho me mantenía encogida bajo su tacto—. Todo lo que he hecho, por ti, ha sido porque he querido. Jamás creas que ha sido tu culpa, o que lo que me pase sea tu responsabilidad. Además, —Su mirada se ensombreció—, no me queda nada más. ¿Qué clase de existencia me espera si te abandono a tu suerte?

—La misma que me espera a mí si te dejo a ti. —Cerré los ojos y maldije en un susurro. Igual que yo no me rendiría por él, Alix no lo haría por mí. No podía pedirle que lo dejase estar, no lo haría —. Al menos dame tiempo. Para intentar salir por mi cuenta. Lucifer te destrozará si pones un pie aquí. —Eso era lo que había dado a entender, y no tenía dudas de que lo estaba deseando.

—No tienes tiempo. —Fruncí el ceño y asintió con lentitud, con los ojos entrecerrados. Su respiración era pesada, al igual que la mía, y nos

habíamos acercado tanto que nuestras narices se rozaban. Los alientos se entremezclaron en una sensación cálida que había echado en falta—. Te daré un día. Si no lo has logrado cuando el sol caiga de nuevo iré a por ti.

Apreté los labios en una mueca. Ni siquiera sabía cómo funcionaba el tiempo aquí, lo que podía tardar en encontrar una salida, lo que faltaba para que anocheciera en casa. Sin embargo, cualquier intento merecería la pena si con ello conseguía evitar que se pusiera en peligro. Pero su mirada decía que no sería capaz de ser tan paciente. Tomé su mano y la estreché con fuerza.

—Por favor, hazlo por mí.

Cerró los ojos con pesadez, como si solo mantenerlos abiertos le doliera, y me pregunté si parte de ese dolor se debía al hecho de que ya no pertenecía a ningún mundo. Estaba débil, podía sentir el aura que manaba de él, antes tan poderosa e intimidante, ahora reducida a una parte minúscula de ello. No tendría nada que hacer en contra de Lucifer en su propio hogar. Ni contra mi madre.

El frío caló en mis huesos con una aparición repentina. Nunca nadie más había entrado en mis sueños, jamás pensé que pudiese hacerlo. Pero el colgante ya no estaba en mi cuello, y supuse que estar en el infierno le abría una puerta directa. Cómo no lo había pensado… Alix dio un paso al frente, protegiéndome con su cuerpo, a pesar de que no serviría de nada.

—¿Crees que puedes sacarla? Veamos lo que haces, querido hijo. —Sus ojos negros como el carbón evaluaron nuestras manos entrelazadas y me dedicó una sonrisa espeluznante—. Despierta, es hora de jugar.

Me incorporé con tal rapidez que mi cabeza pareció estallar. La superficie debajo de mí era dura, y me tomó varios segundos darme cuenta de que ya no estaba en el cuarto en el que me había recluido sino en la sala del trono. Alcé la mirada para ver a Lucifer y a mi madre sentados, observando. Oí la respiración junto a mí, una irregular y pesada, y me arrastré hacia Alix. Estaba arrodillado en el suelo, su cabello negro despeinado en todas direcciones, y le faltaba el aliento. Lo estreché entre mis brazos cuando lo alcancé. Él enterró su rostro en mi cabello y respiró hondo.

—¿Ha dolido entrar? —preguntó el rey de los demonios con diversión. Mi madre nos observaba con una mirada felina, depredadora—. Te dije que no podías volver aquí. Pero ya que ibas a hacerlo de todos modos, te he adelantado el trabajo. Veamos si puedes salir ahora.

Acaricié el rostro de Alix y lo obligué a mirarme. Sus ojos estaban vidriosos y su mirada perdida. ¿Podía sacarnos de allí? A juzgar por su palidez, más de lo habitual, dudaba que tuviese suficiente energía.

—Al desterrarme he perdido la capacidad de transportarnos fuera —explicó con un jadeo. A pesar de que me miraba, parecía que sus ojos buscaban la forma de evitar los míos. Pasé el pulgar por su mejilla, mi corazón se saltó un latido. No había podido evitarlo, y ahora habíamos quedado atrapados sin remedio. Por mi culpa.

—Dijiste que si me quedaba y él no venía aquí no le harías nada —reproché a Lucifer sin abandonar el rostro del demonio frente a mí. Si es que seguía siendo un demonio, me dije.

Su carcajada me hizo estremecer.

—Preguntaste qué pasaría con él. Dije que, si era tan estúpido de venir, nadie se apiadaría de él y su cuerpo no podría soportarlo. —Tragué saliva—. Y tú decidiste quedarte. Pero en ningún momento dije que, porque tú te quedaras, él sería intocable. Además, hasta donde yo sé estabas planeando escapar. —Cerré los ojos para contener las lágrimas. Estúpida, había sido una estúpida—. Los humanos sois bastante lentos con los tratos que hacéis. Os falta astucia. Lo que tú des por hecho es una cosa, lo que yo diga es otra. Mi pequeña niña... Tienes mucho que aprender aquí abajo. No te preocupes, tendrás una dulce eternidad para hacerlo.

—No le hables así —gruñó Alix. Estaba claro que le había consumido mucha energía el hecho de llegar al infierno, y me mataba verlo así. Apoyó un pie sobre el suelo y se levantó con dificultad, así que permití que usase mi hombro para reafirmar su postura—. Ella no se va a quedar en este maldito lugar.

Observé a mi madre cuando sentí sus pasos acercarse. Miró en mi dirección, pero caminó hasta situarse frente a él. Alix alzó el mentón, desafiante, y mi madre tomó su rostro con firmeza. Tragué saliva, evaluando el peligro potencial. No creía que fuese a hacerle nada, al menos por el momento.

—El amor es tan dulce —musitó con la voz vacía. Torció el gesto al examinar su rostro—. Estás hecho un asco. Te ha sentado mal estar tanto tiempo ahí fuera.

Los hombros de Alix se tensaron, y supe por su expresión que se estaba debatiendo entre escupir a su rostro ahora o dejar que hablase un poco más.

—Eres una criatura miserable —espetó en respuesta. Mi madre sonrió con fiereza y me miró de soslayo.

—¿Lo soy? Mírate. Mira tu propio reflejo. ¿Somos tan distintos, acaso? ¿Tú crees?

—No —pidió Alix, pero yo ya había dirigido mi mirada al espejo. La primera vez que vería su verdadero aspecto.

Ignoré el reflejo de los otros dos demonios, uno que me había aterrorizado lo suficiente como para no querer reparar más en él, y me centré en el suyo. Mediría unos dos metros y medio, no podía saberlo con exactitud, pero se veía enorme junto a mí. Su piel era lampiña, al igual que la de mi madre, pero de un color plata verdoso, como podría ser el de una hermosa criatura marina cubierta de una película de agua. La forma humanoide era estilizada, mucho más que la de los otros dos, y su rostro recordaba a la cabeza de un íbice. Dos cuernos negros se alzaban hacia atrás, aumentando todavía más su estatura, y terminaban en una punta afilada. Sus ojos me observaron a través del espejo, y fue la primera vez que había visto reflejado el verdadero horror en ellos. Comencé a caminar con suavidad, directa a esa imagen, y extendí la mano frente a mí. Debía comprobar algo.

—¿Necesitas acercarte más para decidir si sigues deseándolo? — La voz de Lucifer me interrumpió, una orden silenciosa de que me alejase. Flexioné los dedos, con la mano todavía alzada, y miré una última vez al reflejo de todos nosotros. Me di la vuelta para regresar junto a él. Alix alejó la mirada, como si le avergonzase que lo hubiese visto realmente—. Como ves, somos todos la misma escoria.

—La misma piel demoníaca recubre nuestra oscuridad. Pero te acostumbrarás al aspecto, querida. Un velo es todo lo necesario para mantener tu bonita cara ante el mundo. —Mi madre apretó los dedos contra el rostro de Alix, aunque no sacó las garras como lo había hecho Lucifer días atrás. Él masculló una maldición.

—No —repliqué—. Vosotros sois escoria. Él ha demostrado ser mil veces mejor que vosotros.

El gesto de mi madre se torció en una mueca de disgusto. Miró a Alix,

una única mirada clavada en su rostro, y el grito de agonía hizo vibrar mis huesos. A este le siguió otro, aunque esta vez intentaba encubrirlo. Chillé y me abalancé sobre ella, arremetiendo contra su cuerpo como si fuese un muro de hormigón. Caí al suelo al sentir que me faltaba el aire, y dudé de si me habría dislocado el hombro derecho, pues el dolor me arrancaba el poco aliento que tenía. Mi madre continuaba clavada en el sitio, como si nada hubiese sucedido. Alix tenía los dientes apretados, aunque el daño que ella le infligía parecía haber disminuido.

—Estoy harta de que este engendro se entrometa en nuestros asuntos —vociferó—. Voy a acabar de romperte, y entonces no querrás nada de esa estúpida humanidad que te frena, cielo.

Iba a matarlo, lo supe en el mismo instante en que terminó de hablar, y el rey de los demonios se limitaba a contemplar en silencio, su mirada cubierta de una máscara de satisfacción.

—¡Déjalo! —exclamé con la voz hecha pedazos. Observé la frente de Alix, perlada de sudor, su rostro descompuesto en una mueca indescifrable, mi propio dolor reflejado en sus pupilas. Recordé la sangre dorada, las garras de Lucifer desgarrándolo desde dentro. El cuadro de Saturno devorando a su hijo, y lo capaz que sería él de hacer algo semejante. También aquella tarde en mi cuarto, cómo su aliento se entremezclaba con el mío; sus jadeos agitados junto a mi oído, contra mi piel, mis labios. Y cuando me había acunado entre sus brazos, tantas veces que creía que no podría sostenerme por mí misma; él se había encargado de hacerlo. Por mí—. Suéltalo ahora mismo.

Di un paso atrás cuando mi madre me miró con curiosidad. Me alejé con pequeños movimientos, apenas perceptibles siquiera para mis piernas. Ella se acercó, todavía sosteniendo el rostro de Alix.

—¿Es eso una orden, cariño? —carcajeó. Tragué saliva con fuerza, y con ello el nudo que amenazaba con inmovilizar mis músculos. No podía permitirme ni un solo error.

—¿Parece que lo es? —Alcé el mentón con el desafío impregnado en mis ojos.

—Ciertamente —musitó con una sonrisa.

—¿Por qué no te enfrentas a mí? De madre a hija. —Alzó una ceja

hacia mí—. De demonio a humana. ¿Acaso temes algo?

—¿Crees que le temo a una niña tonta como tú? Quiero que permanezcas aquí conmigo, pero eso no reduce las posibilidades de que castigue cualquier insolencia por tu parte. Y estás agotando mi paciencia.

Mis ojos se estrecharon. Evalué la distancia entre Alix y yo, era mínima. Miré de nuevo a mi madre.

—Suéltalo —musité entre dientes—. Me gustaría saber cuál es ese castigo del que hablas. Dudo que te atrevas a ponerme una mano encima.

El rostro de Lucifer era divertido mientras observaba nuestro enfrentamiento, despreocupado incluso.

—Vas a ver, niña, cómo una madre demonio castiga a su hija.

Lanzó a su presa al suelo junto a mí y sus ojos parecieron encenderse con las mismísimas llamas del averno. Tomé la mano de Alix, que apenas era capaz de ponerse en pie, y le lancé un pulso de pensamiento, deseando que pudiese oírlo. Corre. Tiré de él y me di la vuelta, consciente de que me había acercado incluso más de lo que pretendía. Sentí cómo, a mis espaldas, Alix hizo acopio de toda la fuerza que le quedaba para seguirme, y las palabras de Lucifer retumbaron en la gran estancia.

—¡Cógelos!

Pero fuimos rápidos incluso para mi madre, que se dio cuenta demasiado tarde de mis intenciones. No tenía ni idea de si funcionaría, pero no me detendría para analizar las consecuencias. Tenía que sacarlo de allí. Observé el espejo ante nosotros, devolviéndome mi mirada gélida. Lucifer no me había querido cerca de él, y tenía que ser por eso. El lago debía de ser un espejo, y el espejo un portal al lago. Era la única opción posible, tenía que serlo. Así que volé contra él y cerré los ojos, a la espera del golpe que nunca llegó.

27. Ciudad de seda y oro

Mi respiración se aceleró y comencé a toser agua a borbotones. Raspaba mi garganta al salir y dejó un sabor desagradable en mi boca. Abrí los ojos y miré arriba, sin apenas mover el rostro. Ahí se encontraba Alix, que se cernía sobre mí a horcajadas, tratando de no dejar caer su peso encima. Su pierna se encontraba entre las mías, rozaba mi piel a través del fino vestido mojado. Acarició mi mejilla con suavidad, recorriendo mis facciones con urgencia en busca de cualquier tipo de respuesta en mis ojos. Estaba empapado, y las gotas de agua caían en mi piel casi como si fuese lluvia. Alcé la mano con dificultad para retirar los mechones que rozaban sus pestañas.

—¿Ha funcionado? —jadeé, incapaz de mantener la regularidad en mi voz. La sensación de ahogo todavía estaba presente en mi pecho y estaba algo mareada. El pulgar de Alix rozó mi labio inferior, sus ojos no dejaban de recorrer mi expresión. Parecía mejor, más despierto y fuerte.

—¿Cómo sabías que el espejo nos sacaría? Ni siquiera yo sabía eso —musitó sorprendido.

—Lucifer no quería que me acercase. Siempre me interrumpía cuando lo hacía. Y el resto… Instinto —respondí con dificultad. Asintió y analizó mi expresión, junto con mi garganta vacía.

—¿Cómo se te ocurre entrar ahí tú sola? Y sin el colgante —regañó. A pesar de que hablaba en susurros, como si mantuviésemos alguna especie de intimidad que aún no era capaz de asimilar, podía notar el reproche en su voz. No lo había preguntado hasta ahora.

—Hallie estuvo a punto de ir al lago… Iban a quedársela. Así que tuve que improvisar. —Sonreí levemente, atrayendo su mirada fija en mis ojos. Me dolía incluso alzar las comisuras; la sensación de ahogo había sido horrible—. Se lo di a ella.

Alix suspiró profundamente y, con cuidado, me ayudó a incorporarme. Logré quedar sentada y su mano comenzó a masajear mi espalda en pequeños círculos. Acarició mi cabello y retiró hacia atrás los mechones mojados. Sentí cómo las gotas de agua maldita se deslizaban por mis mejillas y la ropa se adhería a mi piel; me removí

ante la sensación pegajosa. El vestido pesaba contra mi cuerpo y me asfixiaba.

—¿Sabes lo que podría haberte pasado ahí dentro? Joder, estaba tan preocupado. Perdí la conexión con tu sueño, y fui a tu casa. El niñato me buscó, dijo que le habías mandado un mensaje y que no había sabido nada más de ti. Bueno, más que advertirme quiso culparme, pero capté lo necesario.

—¿Jeremy? ¿Él…? —pregunté, alarmada solo con pensar que hubiese cometido cualquier locura.

—Le mandé volver a casa después de asegurarle que me encargaría de ti. Pero no lo pones fácil, dulzura.

Reí débilmente al comprobar que, si me estaba echando la bronca, era que se sentía seguro. Su rostro se acercó al mío. Observé sus labios, entreabiertos a apenas milímetros de distancia. Alzó la mano y sujetó mi nuca con suavidad pero firmeza. Pestañeé con pesadez debido a las gotas que anegaban mis pestañas. Su respiración era intensa y áspera. Tragué saliva con fuerza, ninguno de nosotros movió un solo músculo. Nuestros alientos se entremezclaban con calidez y lamí mi labio inferior al notarlo repentinamente reseco.

—¿Vas a besarme? —murmuré contra sus labios, todavía sin rozarnos.

—Estaba esperando a que lo hicieses tú —respondió con la misma suavidad en la voz—. Por si no querías.

—Bésame. Ya.

Sus labios se unieron a los míos en un gesto más brusco de lo esperado, haciendo que todo en mi mente se tambaleara, y entreabrí los míos para dejar entrar su lengua cálida. Rodeé su cuello con los brazos, necesitaba aferrarme a algo para no marearme con la intensidad. Nuestros dientes chocaron, arrancándome una risa tenue que nos hizo separarnos unos milímetros. Rozó mi pómulo con los dedos en una caricia. Fruncí el ceño, apreté los labios y me alejé un poco más. Alcé la mirada para encontrar la confusión en sus ojos oscuros.

—¿Qué ocurre? —cuestionó—. Si necesitas hablar de lo que ocurrió ahí abajo… —Por supuesto que lo necesitaba, las charlas con mi madre habían sido cualquier cosa menos agradable, pero lo que me

preocupaba en ese instante era lo difuminado que estaba el rostro de Alix. Al principio había creído que se debía a que el mareo todavía afectaba a mi visión, pero ahora ya no estaba tan segura. Mi corazón comenzó a bombear tan rápido que creí que se me saldría del pecho.

—Alix… Lucifer dijo que, ahora que te había expulsado también del infierno, no podías volver a entrar. Pero lo has hecho. —Hice una pausa, pues sentía que me estaba ahogando con mis palabras —. ¿Qué va a ocurrirte ahora?

Él me miró, sin perder la sonrisa. Sin embargo sí se desdibujó de sus ojos, allí donde fue sustituida por una densa y opaca angustia que volvió sus iris todavía más oscuros, si es que eso era acaso posible. Acarició de nuevo mi cabello, deteniendo su palma en la línea de mi mandíbula, y entonces odié lo cariñoso que estaba siendo conmigo. Porque sabía a despedida.

—Sinceramente, no lo sé. No me importa. —Lo miré con reproche—. Para alguien como yo, que nací como ángel, pertenecer al infierno debilita. Pero no pertenecer ni a uno ni a otro… Supongo que mi esencia se consumirá hasta desaparecer. Y creo que entrar ahí no ha hecho más que acelerar el proceso.

—Pero no puedes… No puedes simplemente desaparecer —dije con lágrimas que escocían en mis ojos—. Te necesito ahora, conmigo.

—Lo que necesitas es convencer a tu padre, y a tus amigos, de que debéis marcharos de aquí. Lo más lejos que podáis. Recuperaré tu colgante, conseguiré más si hace falta, pero no te lo quites nunca más. No sé lo que haría si te ocurriese algo.

—No sabrás lo que me ocurre si desapareces. —Las lágrimas rompieron mi voz y se deslizaron sobre mis mejillas, unidas al agua que todavía nos empapaba. Las nubes amenazaron con descargar, haciendo juego con la tristeza en mi pecho—. Si te vas yo…

—Estarás bien, ¿de acuerdo? —Acarició mis mejillas con ambos pulgares, en una caricia que buscaba limpiar las lágrimas que no paraban de brotar—. Debéis tener cuidado, eso es todo. Por favor, deja de llorar. Me destrozas, dulzura.

Un sollozo perfectamente audible salió de entre mis labios al escuchar el sobrenombre que tanto había aborrecido antes, y que ahora desearía no dejar de oír de sus labios. Se acercó a mí y sus labios

rozaron los míos con suavidad, como si pidieran permiso, o tuviese miedo de romperme en pedazos con un solo roce. Degusté cada toque de su aliento, de su piel, y me empapé del aroma que impregnaba su piel a pesar de acabar de salir del infierno. Ni siquiera eso podía ocultar su delicioso olor. Pero el azufre se intensificó, y supe lo que significaba a pesar de haber sabido que esto pasaría.

Simplemente había querido un instante sin preocupaciones, disfrutar de él.

Alix se levantó y me tendió una mano para ayudarme a levantarme. El agua que había absorbido el vestido lo convirtió en un peso plomizo que tiraba de mí contra el suelo, dificultando la tarea de mantenerme en pie, junto los temblores de mis piernas al contemplar a mi madre. Se había erguido en toda su estatura, imponente, y la rabia que irradiaban sus ojos parecía capaz de destruir cualquier cosa que estuviese demasiado cerca.

—¡Devuélvela! —rugió sin apenas moverse.

—Se ha ido porque ha querido. Déjala tranquila —siseó Alix en respuesta, cubriéndome con su cuerpo.

Mi madre profirió una sonrisa frustrada y hastiada y se acercó un paso.

—Cuando ya no le quede nada vendrá a mí, te lo aseguro — bramó con furia.

—Preferiría morir antes que permanecer en el infierno contigo, mamá. —La palabra brotó de mis labios cargada de desprecio.

—Lucifer tiene métodos mucho más divertidos que la muerte, si es lo que quieres. Pero primero me encargaré de acabar con todo lo que te queda, empezando por este bastardo.

Mi cuerpo se tensó cuando la observé cambiar. Su figura humana se deformó, como si se tratase de barro siendo moldeado de nuevo, y el color cambió al rosa pálido que tanto me había horrorizado en aquel espejo. De su mano brotó una alargada y terrorífica garra, y apenas tuve tiempo de pensar cuando se abalanzó sobre Alix. Vi los músculos de su espalda, cómo se tensaron preparados para recibir el ataque. También su rostro cuando me aferré a su brazo y tiré de él con todas las fuerzas que me quedaban. Me miró, sus ojos se abrieron

desmesuradamente al comprender, y frunció el ceño. Trató de soltarse y dar un paso adelante, para así poder interponerse de nuevo, pero ya era demasiado tarde para arrepentirme o cambiar las cosas. Lo primero que sentí fue cómo la garra rasgó mi piel, después la carne y por debajo el músculo. Estuve segura de que había alcanzado los órganos internos, pero para entonces fue como no sentir nada. Mi boca se entreabrió en una mueca inconsciente y percibí los brazos de Alix rodearme en un fuerte agarre para evitar que cayese al suelo. El rostro de mi madre había vuelto a su forma humana, desencajado por haber frustrado sus planes, y también me observaba en silencio. Mi mirada se encontró con los ojos de Alix. Parecían húmedos, al menos lo que podía ver a través del velo que bien podría haber estado cubriendo mi visión, ya que no era capaz de enfocar la vista. O quizás era él, que se desvanecía cada vez más rápido. No podía decirlo con exactitud.

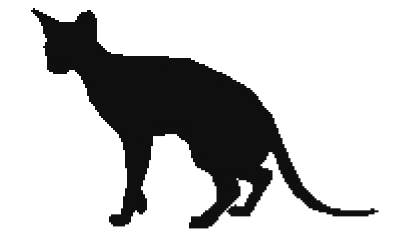
—Quédate conmigo —musitó en una tenue súplica.

De mi pecho salió un resuello aterrador. No quedaba mucho. La sangre caliente, o al menos eso supuse que era, empapaba mi vestido blanco al punto de volverlo pegajoso contra mi piel. Pero resultaba cálido, tanto que me sentía confortable. No percibía el dolor, había sido simplemente un pinchazo solitario, y después nada. No había manera de saber si era a causa del shock, o quizás Alix utilizando el poco poder que le quedaba para evitar que sufriese. Lo cierto era que no importaba.

Sonreí todo lo que pude, aunque me atraganté con mi propia bilis, saliva y, probablemente, sangre.

—Voy a estar bien, ya lo sabes.

Alix retiró un mechón húmedo tras mi oreja y depositó un dedo sobre la comisura de mi boca. Sus labios temblaron con fuerza. Sé que iba a decir algo, pero antes de poder escucharlo todo se volvió negro.



Siempre me había preguntado qué había tras la muerte. Porque así me sentía, como si estuviese muerta. Me había preocupado, por mi madre, por qué habría pasado con ella. Ahora que ya lo había visto, deseaba fervientemente que hubiese otra alternativa más allá para mí. Miré a mi alrededor. Podría haber imaginado el cielo, el infierno, incluso la nada misma. Pero no esperaba encontrarme en un lugar construido de oro y seda. Las paredes estaban talladas en el precioso metal, con cortinones de tela traslúcida que se mecían sin la ayuda de ninguna brisa. Miré a mi pecho, donde debería haber estado la enorme mancha de sangre, pero el vestido estaba impoluto. Llevé la mano a mi cabello, que estaba seco, y me pregunté si la muerte querría brindarme el mejor aspecto posible para pasar la eternidad. ¿Qué me esperaba ahora?

—No estás muerta. —Una voz melodiosa me sobresaltó. Miré a la mujer que me hablaba. Salió de detrás de una columna con vetas blanquecinas y me observó con la cabeza ladeada. Su cabello era dorado, caía en ondas a su espalda, y su vestido de un tono similar a las cortinas, puro y casto. Al lado de su brillo, el mío parecía sucio y sin vida—. Tranquila.

—¿Dónde estoy entonces? —cuestioné. Por más que mi cerebro insistía en que debería estar asustada, lo único que hallaba a mi alrededor era paz y armonía.

—Esto es el limbo. Yo soy uno de los arcángeles. —Unas alas emplumadas se extendieron a su espalda. Era como si existieran y a la vez no, tan etéreas—. Y te hemos traído aquí por una razón.

Miré a mi alrededor, como si esperase despertar de un sueño. Pero no lo era, esta vez era real. Volví a mirar a la mujer ante mí, y recordé todo lo que me había contado Alix. Lo que le habían hecho. Un escalofrío me recorrió al recordar que mi madre continuaba junto a él. Seguía en peligro.

—¿Para hacerme daño? ¿Para convertirme en un demonio como lo hicisteis con Alix? —cuestioné con brusquedad.

—Se le castigó por incumplir las normas. —Su voz era pausada, gentil incluso, como si tuviese toda la razón consigo—. Por inmiscuirse en asuntos humanos por motivos personales y egoístas.

—Me salvó —musité entre dientes, sintiendo que me brotarían colmillos si fuese posible—. Varias veces. Y eso es mucho más de lo que habéis hecho vosotros por este pueblo.

Su carcajada fue suave y amable.

—No podemos preocuparnos de todos los humanos. Encargarnos de impedir el desastre de los demonios alrededor del mundo lograría enfrentarnos en una guerra que, por el momento, no estamos preparados para librar. Significaría la extinción del mundo tal como lo conocemos, el apocalipsis llegado el caso, si prefieres llamarlo así. —Evaluó mi mirada—. Lo que ocurrió con él no fue justo, tampoco yo di la orden. Sabemos que por desobedecer nos enfrentamos a un castigo, él era consciente de que tendría que pagar.

—Pero no tal precio. —Me encogí sobre mí misma al recordar su rostro difuminado—. Él no ha hecho más que protegerme, salvarme una y otra vez de ellos. No merecía ser un demonio, igual que no merece ahora desvanecerse.

La mujer evaluó la dureza de mi expresión, el dolor que debía reflejarse en mis ojos ya húmedos.

—Es por eso que se ha decidido darte la oportunidad de escoger. —Su voz había adquirido un cariz frío y calculador—. Te has enamorado de un alma que no tenía salvación, has visto lo bueno en la oscuridad, y solo por eso se te darán dos opciones. —Tragué saliva con dificultad—. Puedes escoger. Podrás quedarte con él, será un humano normal y pasará a tu lado el resto de vuestros días, si es lo que ambos queréis. Deberéis protegeros de los demonios vosotros mismos, y dudo que los reyes decidan cesar en su empeño. La otra opción —añadió antes de que pudiese replicar algo—, es que elijas dejarlo ir. Deja que se desvanezca en el universo, y a cambio os salvaremos. Cerraremos el portal del lago, protegeremos el pueblo. No podrán volver los muertos, pero el dolor que los demonios causan se irá para siempre. Tú, tu familia y tus seres queridos estaréis a salvo el resto de vuestra vida. Está en tus manos acabar con el sufrimiento.

—A cambio del mío propio —musité sin aliento.

Era un trato tan injusto, condenar a alguien que no lo merecía, a cambio del bien del pueblo. Pero, ¿en qué me convertiría sacrificar tantas vidas inocentes por mi propia felicidad? Tantos, por solo uno. ¿Era egoísta por querer a Alix para mí? ¿Por querer que él fuese feliz

después de siglos?

—Tú decides con qué sufrimiento quieres acabar.

Miré su rostro, por primera vez desde que había llegado me fijé en la frialdad de su expresión. E incluso así se las arreglaba para mantener un ambiente relajado y evitar que perdiese los nervios. Porque mi interior había entrado en ebullición, y en cualquier otro lugar habría estallado en mil pedazos, llevándome por delante todo a mi alrededor.

—No es justo —musité—. Los ángeles sois seres crueles. No merecéis el pedestal en el que se os ha puesto. —Ella frunció el ceño ante mis palabras, mas no me interrumpió—. Cuanto más te escucho más entiendo el odio que Alix siente por vosotros. Sois la misma escoria que los demonios.

—Puedes pensar lo que quieras de nosotros. —La sonrisa que me dedicó fue fiera—. Yo no pongo las reglas. Podemos devolverte al abismo del que has escapado y dejar que Lucifer se encargue en ti. —Vi la crueldad en sus astutos ojos—. Pero se ha decidido darte la oportunidad. Así que, ¿qué será? ¿Lo escoges a él… o a tu gente?

Cerré los ojos con fuerza, deseaba fervientemente que todo fuese un sueño. Pensé en Alix, en cómo me miraba. En esa manía tonta que tenía de retirar un mechón detrás de mi oreja. La sensación de sus brazos al rodearme para protegerme de todo el mal alrededor. Sus labios rozando los míos, la piel de mi cuello, mi clavícula. La estrella que él me había regalado cuando ni siquiera nos conocíamos. Esos ojos negros que parecían rebuscar en lo más profundo de mi alma. Me odiaría toda la vida por la elección que estaba a punto de tomar, pero no podía hacerlo de otro modo. Lo quería tanto…

—Proteged el pueblo. —Me atraganté con mis propias palabras. Su sonrisa se suavizó y asintió con lentitud, como si quisiera decirme que estaba haciendo lo correcto. Me sentí miserable—. No merecen seguir sufriendo.

La estrella en mi clavícula ardió, y reprimí el grito que comenzó a abrirse paso por mi garganta. Lo había traicionado, condenado.
Yo era la peor escoria.

Epílogo: En las estrellas

Respiré hondo, percibiendo los aromas que brindaba el bosque en torno a mí. Se respiraba tranquilidad, paz. El olor a verde llenaba mis fosas nasales, también el olor del agua dulce. Alcé la mirada de mi lienzo y observé lo que tenía frente a mí. El lago se mostraba en toda su extensión, apacible y cristalino. Hallie y Jeremy sumergidos en él, nadando con calma. Como si nunca hubiese sido un portal al infierno. Me estremecí con un escalofrío que recorrió mi espina dorsal al recordarlo todo y sacudí la cabeza en un gesto casual. Una manta rodeó mis hombros y sonreí.

—Gracias, papá.

Él me estrechó entre sus brazos.

—Lo que sea por mi niña. —Hizo una pausa y contempló a mis amigos —. ¿Has visto cómo te mira Jeremy? —cuestionó en voz baja con burla—. Creo que le gustas a ese chico. —Recordé el día en que me había besado, lo ciega que había estado a sus sentimientos. ¿Seguiría sintiendo lo mismo, o solo había sido producto de la cercanía surgida después de la muerte de su hermano? Los demonios habían sido borrados de sus memorias, así que no estaba segura de qué tipo de cosas todavía recordaba. Él captó mi mirada desde la lejanía y le sonreí.

—Papá, por favor, es solo un niño —bromeé. Él alzó los brazos en un gesto defensivo.

—De acuerdo, de acuerdo. No me meto.

Sonreí una vez más y lo observé mientras se dejaba caer sobre la manta que habíamos estirado en el suelo, a juego con la que me había tapado. Ast se meció contra mis piernas, atada con un arnés a las patas de mi caballete portátil, y acaricié el punto entre sus orejas que tanto le gustaba. Miré de nuevo mi lienzo, mi sonrisa perdió fuerza. La pintura no estaba terminada, dudaba que fuese a estarlo alguna vez. En ella se veía a un chico de ojos negros como la noche. El cabello oscuro estaba revuelto. Su piel pálida estaba al descubierto, la musculatura que apenas solía enseñar brillando ante la tenue luz del crepúsculo que plasmaba en el cuadro. Apreté los labios al recordar la

balada que me había acompañado abajo en el abismo. Aquello ya no podía hacerme daño. Una solitaria lágrima escapó por mi mejilla junto con una pincelada blanquecina y cerré los ojos.

Su aliento acarició mi nuca y ronroneé como un gato.

—¿Me has extrañado, dulzura?

Inspiré con fuerza, mis labios temblaron con violencia al sentir sus dientes rozar la fina piel de mi cuello. Abrí los ojos y me di cuenta de que nadie más estaba en el lugar. Solo nosotros. Una ilusión, supuse, quizás se había colado en mi mente. Como cuando soñaba. Asentí con lentitud mientras me rodeaba con sus brazos. Me giré entre ellos para quedar de frente a él y nuestras narices se rozaron. Reí con suavidad, aunque era una risa triste.

—Lo siento —susurré. Sus ojos estaban demasiado cerca de los míos, absorbiendo todo lo que pudieron. El dolor, las lágrimas—. Lo siento tanto.

—Me alegro de que lo hayas hecho —musitó—. Creo que yo nunca habría podido si se tratase de ti. Y habría sido tan egoísta...

—No es justo. Que haya tenido que escoger esto. No soy la encargada de decidir quién vive y quién muere.

—Los ángeles tienen un sentido de la justicia un tanto peculiar —reflexionó—. Sin embargo, ¿cómo podría vivir con la carga de saber que estás en peligro por mi culpa? Desde que te conocí tuve una cosa muy clara, Zoe. Harías lo que fuera por la gente que quieres, incluso si sufres como consecuencia. Tienes ese fuego en ti. —Rozó mi pecho con un dedo y suspiré—. Has sacrificado una y otra vez tu felicidad por todos. Te alejaste de Hallie porque sabías que la alternativa era peor, le diste tu colgante aun poniéndote en riesgo con ello. —Lo acaricié. Volvía a estar en mi cuello, pesado y frío contra la piel. Y se sentía como hogar—. Empujaste a Jeremy lejos. Y nos sacaste de allí, no porque quisieras salir y ponerlos a todos en riesgo, sino porque yo estaba en peligro. Lo vi dibujado en tus ojos —explicó ante mi pregunta silenciosa—.
No podrías haber actuado de otra manera.

—Se siente tan horrible condenar la vida de una sola persona, por más que sea a cambio de salvar muchas otras. —Su rostro se acercó más, nuestras narices se acariciaron. Su respiración era pesada, grave,

acompasada con la mía—. Pero sobre todo siendo tú. Perdiste todo por mí, y yo…

—Sh, dulzura. —Puso un dedo sobre mis labios y sus ojos me miraron muy profundo—. Jamás oses sentirte culpable por esto. Has hecho la elección correcta. He vivido muchos siglos como ángel, llevo toda tu vida siendo un demonio. Conocerte, poder tenerte junto a mí, ha sido suficiente para irme en paz. Ahora encárgate de ser feliz… Aunque sea junto al niñato —musitó entre dientes alzando la comisura derecha de su boca. Solté una carcajada suave ante su expresión.

—¿Queréis dejar de intentar emparejarme con él? —reproché, recordando a mi padre minutos atrás —. Él… Él estará bien. Y yo jamás podré olvidarte.

—No te pido que lo hagas. —Su aliento lamió mi rostro con delicadeza—. Yo no te olvidaré jamás.

La noche se arremolinó sobre nosotros de manera antinatural, como si hubiese sido convocada por él, y alcé una ceja con confusión. No pude evitar el doble latido que asaltó mi corazón; por más que supiera que los ángeles nos mantenían a salvo, cada cosa extraña que sucedía me mantenía alerta.

—¿Qué demonios…? —Alix rio ante mi expresión. Como había hecho siempre.

—Tengo permitido despedirme. —Me separó apenas unos centímetros de él y me dio una vuelta, apresándome de espaldas a su pecho. Alzó el brazo sobre mi hombro y señaló a lo alto, a la estrella más brillante que había visto nunca—. Cuando esa estrella esté brillando en el cielo, allí donde yo esté, significará que estoy pensando en ti.

—Qué poético —me burlé, pero apreté con fuerza la mano que posaba sobre mí y junté los labios en una fina línea. No quería llorar, no lo haría. Odiaba las despedidas.

—Me gusta el espectáculo, qué puedo decir —rio entre dientes. Me giró de nuevo, mirándome. Contemplé sus ojos brillantes, su rostro que comenzaba a difuminarse de nuevo, aunque era apenas perceptible—. Prométeme que serás feliz. Es todo lo que necesito.

—Perdóname. Por no haberte elegido. —Las lágrimas escocían cada vez más en mis ojos, cubiertos de una película acuosa que me

dificultaba la visión—. Por no haber sido egoísta.

—Gracias —rebatió él—, por no haberlo sido.

Se inclinó sobre mí y me besó con fiereza. Enrosqué los brazos alrededor de su cuello, aprisionando cada hebra de cabello entre mis dedos como si eso fuese a permitirle permanecer conmigo. Tomó mi cintura con fuerza y devoró mi boca con un hambre animal. Como el último beso que sabíamos que era. El sabor salado de mis lágrimas se entremezcló en nuestros labios y me estremecí. Aspiré el aroma a almizcle y romero, reteniéndolo en cada poro de mí, para que nunca se fuera. Se apartó apenas unos milímetros y me miró, nuestros labios todavía se rozaban levemente.

—Volveremos a vernos algún día. —Limpió mi mejilla y recorrió la forma de mi mandíbula con el pulgar, delicado como nunca antes—. Te estaré esperando.

Me tragué el nudo que atenazaba mi garganta y contemplé cómo se desvanecía junto con la noche, dejándome sola. Lo último que atisbé fueron sus ojos negros, como la obsidiana más hermosa. Y musité una frase que sabía que escucharía.

—Nos encontraremos en las estrellas.





Agradecimientos

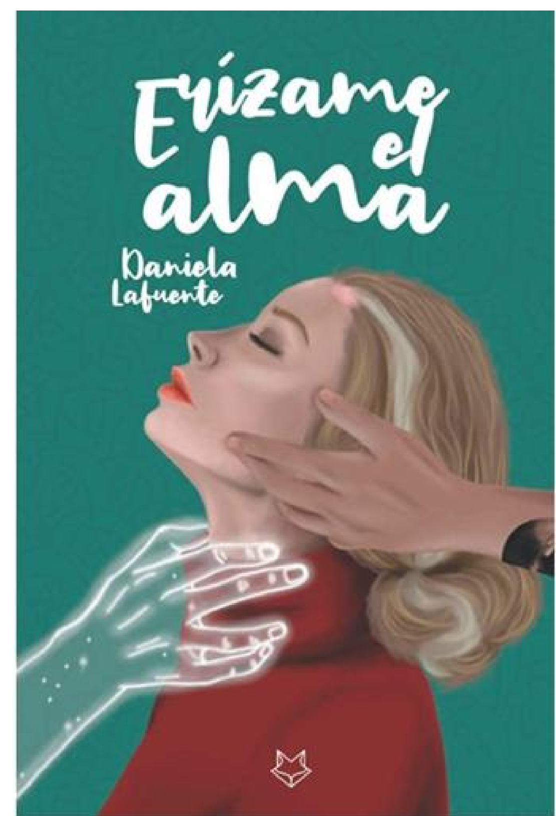
Muchas gracias a todxs vosotrxs por haberme acompañado en el camino hasta aquí. Por haberme leído y haber disfrutado de mis personajes. Por amar a Alix casi tanto como lo hago yo y acompañar a Zoe mientras retoma su vida tras la pérdida.

Habéis estado conmigo antes, como Daniela Lafuente, y lo estáis ahora, como Fany Sánchez. Me ha costado mucho dejar atrás el pseudónimo que siempre he usado, pero ahora que he recuperado mi identidad al completo no podría estar más feliz.

Gracias a mi familia, amigos y pareja, por el apoyo que representan para mí día a día. Os lo agradeceré siempre.

Otros libros de la autora





Disponible en Amazon